



A LA CUENTA DE

TRES

FÉLIX VILLACÍS

A LA CUENTA DE

TRES

FÉLIX VILLACÍS





A la cuenta de tres
©2017 Félix Villacís

Correcciones: Florencia Casella
Diseño de interior: Natalia Hatt
Diseño de portada: Marta Cuchillero
www.autopublicarte.com

Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita del autor

Para mi sobrina Fernanda

PRÓLOGO

No esperemos una enfermedad incurable para arrepentirnos de lo malo que hemos hecho porque, si vivimos con esa mentalidad hasta el día en que partamos, no recibiremos nada arriba en el cielo.
Félix Villacís

La tensión aumentaba en la base militar. Todos corrían de un lado para otro sin cesar, con los ojos rojos por el sueño y aún sosteniendo sus tazas humeantes de café. Todo el mundo aguardaba órdenes de sus superiores, listos para iniciar. Los oficiales, para mantenerse ocupados, movían ciertas cosas de lugar, mientras que los rostros de los demás estaban fijos a las computadoras, informándoles sobre las unidades que estaban esperando en su punto de partida, listas para poder salir.

—Iniciaremos el ataque en pocos minutos —anunció el general—. Todos, preparaos.

En cuestión de segundos, se encontraban ya en sus posiciones, colocándose audífonos y abriendo líneas de comunicación. Por otra parte, los aviones de guerra aguardaban, fijos en su objetivo. Los uniformados estaban preparados y equipados para ir y recuperar lo que primero fue de ellos. El sol había salido hacía un buen rato y su brillo alumbraba en toda la superficie. El reloj marcaba las ocho de la mañana y su tic tac resonaba en la cabeza de cada persona en la base.

—Inicia la cuenta regresiva. —Todos contuvieron la respiración, luego asintieron—. Comandantes, hacedme el honor.

—¡Señor, sí señor!

—Comiencen —ordenó. Luego, sonrió.

—¡Diez! —gritó el primero.

—¡Nueve! —el siguiente.

—¡Ocho!

—¡Siete!

Todos comenzaron a llamar al mismo tiempo. Los aviones avanzaron por las rampas de manera simultánea, esperando a que les den la señal de despegue.

—¡Tres!

—¡Dos!

—¡Uno!

¿Cuánto duraría todo eso? Nadie lo sabía, pero estaban seguros de su deseo de que aquel conteo nunca terminase.

—¡Ahora!

Los aviones emprendieron el vuelo hacia el horizonte. La ciudad, tranquila, desconocía lo que se les avecinaba. Nadie lo sabía. En el cuartel, todos esperaban que el ataque estuviese completo, pero no querían engañarse; faltaba sacrificar mucho para eso.

El general, un viejo calvo con dentadura postiza, revisaba todo, mientras que algunos guardias se le aproximaban para felicitarle.

—Ya lo tenemos, general. El país será nuestro. Todo lo que durante estos años fue suyo, ahora será nuestro.

El general asintió en silencio, se levantó de su silla y se alejó caminando. La base militar se alzaba majestuosa, con sus paredes cafés como la madera y un techo transparente que dejaba pasar la luz del sol. El asistente del general, un moreno flacucho y pequeño, avanzó rápidamente hasta estar junto a él.

—¿Qué sucede, general? —preguntó, un poco nervioso por la expresión de enojo que su jefe siempre tenía.

—Vidas inocentes se perderán. Millares de ellas.

—Así es la vida. Les dimos su oportunidad de rendirse pero no la aceptaron.

—A veces me siento como un imbécil por haber accedido a planificar esto. Somos una creación perfecta y los animales, que no lo son, conviven mejor que nosotros. —Por un momento, el general había cerrado su mano tan fuerte que sus nudillos se habían puesto blancos.

En el cielo, los transportes de guerra avanzaban a una altura considerable. Más de doscientos aviones se encontraban sobre el país próximo a ser atacado y en cuanto se dio la señal de desembarque, miles de soldados saltaron con sus paracaídas hacia tierra firme. Los aviones bajaron y depositaron en espacios abiertos transportes de guerra de todo tipo. Los que estaban debajo apenas habían alcanzado a divisar las aeronaves. Los niños en las escuelas y los adultos en los trabajos no sabían nada de lo que sucedería en las siguientes horas o días.

El silencio rondaba en la base militar, todos los comandantes esperando el resultado: la victoria.

—Bien —anunció el general encargado—. Las indicaciones se las dejó bien claras. Estamos en la parte norte del país, muchos de los aviones de

guerra ya están yendo hasta el centro de la provincia. Lo primero en ser atacado serán las vías de comunicación y las bases militares, que, por cierto, en ese país son demasiado escasas.

—¿Cuánto demorará el ataque inicial? —preguntó una mujer vestida de negro, sus ojos grises resaltando su impaciencia.

—Debe de durar como máximo un día; todo esto ha sido planeado con mucho cuidado. Ahora, el resto está en manos de nuestros militares. Lo siguiente será atacar las escuelas, hospitales y albergues. Luego, empieza la exterminación con armas más potentes como bombas, granadas y explosivos. Debo retirarme, necesito hablar con otras personas. —Tras despedirse con formalidad, avanzó hasta la puerta y se fue por el pasillo. Uno de los asistentes corrió hacia él para acompañarlo.

—¿Qué fue eso?

—No lo sé, chico. Ojalá no me equivoque en este proceso. Me siento culpable, sí, pero debo cumplir con esto.

—Tiene razón, señor. Aquí no hay tiempo para dudas.

El general lo fulminó con la mirada.

—¿Han preparado refugios? —preguntó, tratando de ignorar el comentario.

Inhaló fuerte y esperó un segundo, aguardando la respuesta.

—Ya lo verá —respondió el asistente y se marchó.

LEO

De la tranquilidad a la duda, solo se necesita un pequeño momento.
Félix Villacís

—¡Mamá! —grito, asustado.

—¿Qué sucede, Leo? —Ella entra en el cuarto rápidamente y se sienta junto a mí en la cama. Siento mi respiración agitada y mis manos y hombros están temblando.

—Estaba soñando algo horrible —contesto con lágrimas en los ojos.

—¿Qué soñabas, mi niño? —pregunta un poco preocupada.

—Soñaba que tú ya no estabas conmigo, mamá. Tú te ibas y yo me quedaba solo.

Siento que todo está nublado a mi alrededor y parece que no estoy en mi cuerpo. Sigo llorando porque, al ver a mi madre alejarse de mí, me siento como la persona más sola en el mundo.

—No digas eso, amor. Pero debes afrontar las cosas como son porque en algún momento yo ya no estaré.

—No, mamá —replico mientras me pego a ella—. Tú nunca te irás de mi lado, ¿verdad?

—No mientras viva.

—Lo sé, mami. Lo sé.

—No mientras...

Me despabilo con el sonido del despertador. Es curioso, porque nunca me despierto cuando suena; es mi mamá quien viene a levantarme todas las mañanas diciendo que debo ir a la escuela. Pero esta es la primera vez que me despierto con ese sonido, aunque, como de costumbre, llega mi mamá luego de cinco minutos. Al verla, recuerdo lo que acabo de soñar y me siento aliviado cuando se sienta junto a mí.

—Ya levántate —me ordena quitándome las mantas y dándome un beso en la frente—. No querrás llegar tarde. Tienes que desayunar, también.

—Voy —digo, lanzando un bostezo—. Espéreme.

Hago mi rutina de todos los días de escuela: asearme, cambiarme y tomar

mis cosas. Luego, emocionado, voy a la parte que más me gusta.

Al bajar las escaleras, siento un notorio olor a comida. Aunque no puedo identificar de qué se trata, sé que será de la buena, como toda la que suele hacer mamá

—¿Qué hay para desayunar? —pregunto, restregándome los ojos con las manos. Es normal en mí que, luego de bañarme con agua fría, siga con sueño.

—Comida —contesta mi hermano, agarrando unos vasos del estante de la cocina.

—No seas grosero —lo regaña mamá—. Pan tostado y café. Siéntate.

—Qué bien, yo creí que me iba a comer hoy los zapatos de mi papá —replico, acomodándome en el extremo de la mesa y remangándome mi abrigo para no ensuciarme.

—Dije que ya basta. —Esta vez nos regaña más fuerte, fulminándonos con la mirada.

—Está bien, pero él empezó —nos excusamos a coro los dos.

«Pero empezó él» pienso, aunque me quedo callado y comienzo a tomar mi café. Mamá ignora nuestra respuesta y sigue hablando:

—Bien, como ya sabéis, hoy viene su hermana —comenta, emocionada—. Por fin, hoy será un día en familia.

El brillo en los ojos de mi madre es reconocible. Está más que feliz de que mi hermana venga. Hace mucho tiempo que no la vemos por sus estudios en Estados Unidos, y hoy, al fin, viene a casa. Yo también estoy contento; ella me quiere mucho y yo a ella. Somos tres hermanos: mi hermana mayor, que viene hoy; mi hermano, que es el segundo, y yo, que soy el último.

El último.

—Genial —digo mientras mastico—. La extraño demasiado.

Antes de que se fuera, pasaba mucho tiempo junto a ella, jugábamos mucho. Yo en ese tiempo tenía seis años, y cada vez que me caía o lloraba por cualquier cosa, ella era la primera que estaba allí conmigo. Para mí, la segunda persona más buena del mundo después de mi mamá es mi hermana.

—Sí, qué lástima que alguien hoy tenga clases y no pueda estar con nosotros todo el día —se burla mi hermano. Siempre ha sido muy molesto. Mi madre dice que es normal, él tiene dieciocho años y no tiene un hermano de su edad que lo comprenda. Necesita alguien a quien hacerle fechorías y yo, que tengo once, soy un blanco perfecto para molestar. Aunque me cuesta ignorarlo, solo trato de hacer caso omiso a sus apodos como *enano*, *gnomo* y

pulga, entre otros.

Cuando estoy terminando mi comida, llega Raemal, mi perro y mi mejor amigo después de Gus. Él nunca falta cuando es la hora de comer. Así sea a última hora de la noche, él huele comida y está a centímetros de ella.

—Raemal —lo llamo—. Ven aquí.

El nombre lo eligió mi papá pero no me acuerdo de cuál programa de televisión lo sacó.

Todos sonreímos cuando él mueve la cola. Se acerca a mí y pone su cabeza en mi pierna con cara de animal que no ha comido en años.

—Dale de comer al perro, Evan —ordena mi mamá, señalando a Raemal.

—¿A cuál? —pregunta, y después suelta una gran carcajada.

—Bien, fue suficiente —advierde papá, creo que viene en mi ayuda—. Vámonos, Leo, ya es tarde.

No respondo, sino que como un poco más rápido mi desayuno, y en cuestión de minutos, lo acabo, ubico la taza encima del plato y le doy un poco de pan al perro.

—Voy —digo, haciendo una seña con mi mano—. Espéreme.

Bajándome rápido de la silla, doy unos cuantos pasos para llegar al baño. Siempre hay un bastón para mí para poder encender la luz. Me lavo de nuevo los dientes, esta vez un poco de crema dental cae sobre mi camisa y trato de ignorarlo, pero con rapidez echo agua sobre la mancha para que desaparezca; mis compañeros se burlan hasta de lo más mínimo. Cierro la llave del agua después de lavar el cepillo, apago la luz y cierro la puerta detrás de mí.

—Adiós, Evan.

—Rómpete una pierna.

—Lo haré. Adiós, Raemal.

Me responde con un ladrido y camina detrás de mí.

—Adiós, mamá —digo, dándole un beso—. Os veré luego.

—Cuídate, hijo —me responde.

Pasando la puerta de entrada, subo al auto. Me saco la mochila y la pongo en el piso, abrocho el cinturón con algo de dificultad y miro hacia delante, elevándome un poco para verme en el espejo retrovisor. Al cabo de un rato llega mi papá y hace lo mismo que yo, solo que sin problemas. Lo malo de él es que no es de esos padres que salen a jugar con sus hijos o conversan con ellos y ven el fútbol. Él es solo de esos que te dan las buenas noches y te manda a dormir, y a mí sí me gustaría mucho que haga lo que los otros padres hacen. O al menos que me escuche cuando le hablo.

—¿Qué le pasa? —pregunto—. Está extraño.

Siempre hago la misma pregunta para que me dé señales de querer iniciar una conversación conmigo.

—¿Qué me va a pasar? —me responde con otra pregunta como siempre, como si yo fuese un detective que se lo va a llevar preso.

En ocasiones ya me ha retado por hacerle ese cuestionamiento, pero no se da cuenta de que me gustaría hablar con él o algo por el estilo, sentir que tengo un padre.

—No, por nada, solo preguntaba —digo para no dar más rodeos al asunto.

Mientras pasan los minutos camino a la escuela, pienso en cómo sería cuando la termine, y también el colegio y la universidad. Aunque con todo lo que me han dicho, el mundo de los adultos no es tan interesante como parece.

O como me lo han enseñado.

Mi padre me mira por el espejo retrovisor, luego de un instante, aparta la mirada y empieza a bajar la velocidad. En ese momento pasan encima de nosotros tres avionetas alineadas y me pego a la ventana para ver el espectáculo.

—Ya estamos a poca distancia —anuncia, girando en una esquina—. Ve agarrando tus cosas para que bajas.

Asiento, siempre lo hago cuando es una orden de él. Según el testimonio de mis hermanos, lo que más detesta es que le desobedezcan sus hijos, y mucho más el menor.

Abro la puerta y mientras voy sacando un pie del auto, me detiene.

—Oye —me llama—. Espera un momento. La bendición.

«Muy católicos», pienso.

—Está bien —acepto, mientras él hace las señas con las manos en mi frente.

—Cuídate hijo —me dice, dándome un beso en la frente.

—Está bien —contesto, alejándome—. No se preocupe.

Mientras me bajo saltando del auto, observo la silueta de un niño pequeño, que se va haciendo más grande a medida que avanza en mi dirección. Gus, mi mejor amigo desde que tenemos cinco años. Viene vestido con una pantaloneta azul, camiseta blanca y zapatos negros. Jadeando como un perro, se acerca hacia mí y, pasándose la mano por la frente, dice:

—Leo, ¿cómo estás?

—Bien, bien. No me quejo. ¿Jugaremos hoy? —pregunto, para escuchar su típica respuesta de siempre.

—Pues claro —me responde—. Cuando el mundo acabe, o uno de nosotros dos muera, dejaremos de jugar.

Reímos los dos y nos vamos caminando hacia la gran puerta de la entrada.

Suena el timbre y todos entran como vacas endiabladas a los salones. Bueno, Gus y yo no somos la excepción. Avanzamos escuchando los insultos de los más grandes y formamos filas para subir a los cursos. Nosotros estamos en sexto grado, pero parecemos niños de cinco por nuestra pequeña y muy exagerada estatura. Gus es del mismo tamaño que yo, solo que un poco más grueso; pero aun así, nos vemos prácticamente iguales.

Después de un rato andando, entramos a nuestros cursos y nos ubicamos en la parte delantera, y luego de una hora de clase, la figura de una mujer muy grande se presenta en la puerta: ahí está la profesora Heather. No sé qué es peor, estar con ella una clase diaria o quedarme colgado de un precipicio. Hasta tengo un compañero que tiene pesadillas con ella. ¿Y quién no las tendría con la tremenda cara y el temperamento que tiene? Una vez nos preguntó si nos queríamos morir, porque ella nos lo facilitaría. Fue algo chistoso, aunque tenebroso.

En cuanto se acomoda, corre la lista, no sin antes burlarse de mi compañero con el apellido *Ganso*, aunque sí es muy chistoso. Después de pasar la lista completa, cierra la carpeta y se pone de pie para explicarnos algo sobre las narices que son muy grandes. No sé qué tendrá que ver eso con la clase anterior, que fue acerca de la contaminación. Y creo que mis amigos piensan lo mismo, ya que en plena explicación acerca de los genes, un compañero grita:

—¿Esto qué tiene que ver con la clase pasada?

Hay un rotundo e inquietante silencio por todo el salón. Frank, quien fue el que preguntó, simula que está buscando algo en el piso para no ver el rostro de la profesora. Pero aun así, cuando no le queda más opción que levantarse, ella clava sus ojos en él.

—Por tu seguridad, haré como si no hubiera escuchado eso —le dice, sin esperar respuesta—. Bien, ahora todos formaréis parejas. ¡Ya!

La primera persona que proyecto en mi mente es Gus, y sí, ahí está llamándome desde el otro lado del salón.

—¡Leo! ¡Ven!

—¡Voy! —respondo, haciendo un gesto con la mano—. Espérame.

Cojo mis cosas y muevo mi asiento hasta su mesa. De por sí, el salón es

grande, y la escuela, mucho más. Siempre me pierdo; hay muchos edificios conectados, y según cuentan otros niños, con pasadizos secretos que llevan a otros lugares. Aunque sigue siendo un mito, bien podría ser verdad.

Mientras hacemos el trabajo acerca de las narices que la profesora Heather nos mandó (dibujar nuestras narices y compararlas), se escuchan ruidos estruendosos a lo lejos. Por un momento, pienso que son explosiones, y nunca falta Gus con sus comentarios acerca de videojuegos y de que nos iríamos como en *Metal Slug*, con un arma en una mano y un paquete de bombas en la otra.

—¿Te lo imaginas? —me pregunta, pero no, no lo hago. Podría apostar que no duraríamos ni un día—. Sería increíble.

—Deja de decir ridiculeces —le digo, lanzándole un lápiz.

Al cabo de unos minutos, luego de que Gus y yo terminamos el trabajo y vemos que la profesora nos mira a todos como desquiciada, se escucha la voz del director a través del parlante del curso:

—Bien, este será un anuncio breve y se deberá cumplir al pie de la letra —empieza diciendo—: todos los alumnos deben ser retirados de la institución, no preguntéis porque no hay mucho tiempo para responder. Maestros, encargaos de vuestros estudiantes y llevadlos al patio. No esperéis a nadie, solo retiraos. Si no están vuestros padres, no os desesperéis, porque ellos vendrán a veros. Hacedlo lo más rápido posible. Repito, lo más rápido posible.

El silencio que sigue es mucho más largo y preocupante que el anterior.

Nadie hizo caso a lo que se acababa de decir. En realidad nunca lo hacían, pero ahora se veía serio, quizá malo. Muy malo, ya que siempre llamaban por el parlante a los profesores para una reunión o algo por el estilo, pero esta vez parece ser diferente. Y lo peor es que ni detalles dio acerca de lo que está pasando.

—¿A qué se refiere? —pregunta Gus—. ¿Qué hacemos?

—No tengo ni la menor idea —respondo, pero quizá la solución la dé la profesora Heather—, quizá tu imaginación se hizo realidad.

«No, cállate. Ni siquiera pienses eso».

—Esthela, ¿qué sucede? —le pregunta Gus a nuestra compañera.

—No lo sé. El director nunca había dicho algo así. Estoy preocupada por Bertha, ella está en el otro salón.

Los ruidos estruendosos de hace unos minutos empiezan a cobrar más fuerza. Como no hay ventanas que den al exterior para ver lo que ocurre

afuera, no tengo ni la menor idea de lo que está pasando. Dudo un poco acerca de salir porque la profesora, que dejó el salón apenas escuchó la noticia, tardó varios minutos en volver. Y eso que el curso que da hacia la calle está a tres pasos de aquí. Una vez que entra, solo se sienta en su escritorio, mientras que fuera del aula, jóvenes y niños corren desesperados.

Gus y yo nos quedamos mirando las caras.

Cuando el sonido de lo que yo pienso son explosiones se vuelve más fuerte, todos comienzan a gritar. El suelo bajo nuestros pies se estremece cada vez más. Los otros niños —a excepción de algunos— salen apurados del salón y vete a saber qué es lo que irán a hacer afuera. Gus y yo nos quedamos sentados y tranquilos en nuestros puestos, esperando órdenes de la maestra, pero al parecer está en estado de shock. Bueno, siempre lo ha estado.

—¡Un terremoto! —grita Sam, nuestro compañero. El gordo bravucón que nos ve como bolsas de boxeo todos los días—. ¡Corran!

No creo que sea eso porque en la escuela se han hecho simulacros desde hace años para poder bajar tranquilos y no largarnos como locos de un momento a otro, así que automáticamente descarto esa opción.

Todos los que quedaban empiezan a correr, igual que los pocos de los otros salones. Miro espantado el pasillo, ya que es como ver a perros atrás de carne, pero esta vez, el cebo es la salida. O mejor dicho, la escalera. En medio de todo el ruido, miro a los demás, no sin antes ver a la profesora con la misma expresión de hace unos minutos. Me acerco a ella, al menos para que me diga qué debemos hacer.

—Am..., maestra. —Muevo las manos frente a su rostro pero no recibo respuesta por parte de ella—. Maestra, ¿qué hacemos?

Se me queda mirando un rato, y luego, parece salir del trance.

—Ya escuchasteis la orden, niños —contesta, levantándose de un salto. Observa toda la sala y parece tener una idea—. Debemos irnos.

Nunca la había escuchado hablarnos de esa manera, ya hasta parece que nos quiere. Quizá, cuando todo se ve mal, algunos aprovechan para querer a todos.

«Pero no sé qué vamos a hacer».

Mamá o Hellen habrían sabido qué hacer. Pero ellas no están ahora. Me alejo de la profesora y camino hacia el puesto de Gus, que se levanta apenas me ve acercarme. Parece que ambos vamos a llorar de un momento a otro.

—Debemos irnos —le digo por encima de todo el ruido—. Vaciamos las mochilas y vámonos; nos harán mucho peso si las llevamos con cosas. La

profesora Heather nos guiará hasta la salida.

—¿Ella? —pregunta con cara de horror.

—Sí, ella.

—Bueno —acepta por fin.

Me sorprende que esté comportándose tranquilo con todo lo que sucede porque yo me siento completamente confundido y asustado, y hasta cuando se caía una taza y se partía, él se ponía a llorar. Ni siquiera puedo sentirme fuerte porque nadie tiene idea de lo que sucede, pero me han enseñado que debo serlo cuando nadie más lo es.

—¡Niños, seguidme! —ordena la profesora con voz de megáfono.

Levantamos las mochilas y botamos los cuadernos al piso, las subimos a nuestras espaldas y salimos del salón, que ya estaba medio vacío y solo quedábamos unos quince. Nos adentramos en la multitud, empujando y abriendo paso con los codos, corriendo en los pasillos y golpeándonos con alguien más. Doblamos a la derecha, vemos a algunos niños tirados en el piso llorando y a uno le sangra la nariz, supongo que es porque son menores que nosotros y han de estar el doble de asustados, pero no pueden levantarse dado que los demás siguen corriendo hacia las escaleras y no les permiten avanzar. Encuentro a uno, quizá de mi edad, que está también llorando en el suelo y tiene un ojo muy cerrado por el dolor. Está mirándonos con el que tiene abierto, mientras que con una mano se coge la mandíbula. La profesora Heather, al parecer, no lo ha visto, porque se va de largo con un gran número de niños a su espalda. No me gustaría dejarlo así, le podría ir peor. Me pego más a Gus para poder hablarle.

—Sigamos juntos. —Me mira al instante pero tuerce la cara al no poder escucharme bien—. No te separes y agárrate de mí mochila.

«Pero si me tiran al piso, estamos fritos completamente».

De un tirón, se agarra y nos acercamos tropezando a levantar al chico ya que los otros están demasiados asustados como para hacer algo.

—¿Estás bien? —pregunto, pero al ver como está, me callo—. Vamos, levántate, está pasando algo malo.

Se endereza apoyándose en nosotros, con un moretón en el ojo y la nariz sangrando. Continuamos corriendo, aunque ya no tan rápido como antes. Un grupo pequeño sigue a la profesora Heather, pero al ver que muchos se empujan por la desesperación, nos separamos de ellos. Doblamos en las esquinas y damos codazos para que los más grandes no nos molesten. Luego de varios minutos avanzando los tres, el chico apoyándose en nosotros,

logramos salir de la multitud. Por lo visto, estaban buscando única y exclusivamente la salida. Nos acercamos a uno de los baños, y creo que no deberíamos demorarnos mucho. El moretón que tiene en el ojo no es tan grave cuando lo miras más de cerca, pero el dolor en su pierna se nota cada vez que avanzamos un paso.

Me tiro agua en la cara para refrescarme, porque el estar entre todos los demás era sofocante y sentía que estaba en un horno. Gus está callado y no me atrevo a preguntarle nada. Tomamos al chico para lavarle la cara, y mientras lo hacemos, se le dibuja una mueca de dolor. Más chicos entran en el mismo baño que nosotros pero no se demoran demasiado. Mientras salen, nos lanzan miradas de curiosidad que no duran mucho. Luego de lavarlo, el chico se voltea a mirarnos.

—Gracias —nos dice, quitándose con el dorso de la mano la última mancha de sangre de la nariz.

—No te preocupes. Todos estamos en el mismo barco que tú —respondo, sentándome en el suelo. Sin saber por qué, siento mi respiración acelerada y no sé cuánto tiempo pasa—. ¿Cómo terminaste sangrando?

—Aún no sé qué sucede realmente, y ni siquiera nos han explicado las cosas bien. Estaba tranquilo en clase y, de repente, escuchamos gritos en las calles. No los que suelen salir de la nada, sino los que son de horror. Me asomé por la ventana junto con mis compañeros y vimos muchas personas que iban corriendo de un lado a otro y, al final, quedaban acorraladas por militares. Muchos eran golpeados. Todo sucedía muy rápido, era horrible.

—Nosotros no vimos eso —comenta Gus—. Suena espantoso.

No contesto, sino que sigo escuchando al chico. Si eso está pasando aquí, no quiero imaginar qué le estará pasando a mamá...

«No, ellos están bien. Tú también lo estarás».

—Aviones y avionetas pasaban muy cerca, pero no sé por qué eran tantos —nos sigue contando—. El profesor nos dio instrucciones de quedarnos quietos y agachados en el piso, hasta que el director habló por el parlante enviándonos a todos a nuestras casas. Pero ninguno sabía qué hacer, y de un momento a otro, todos salieron corriendo de los cursos, no sé adónde, pero supongo que a la salida. Sin darme cuenta, yo ya estaba entre la multitud, siendo golpeado y empujado por los más grandes. Me rendí y me quedé tirado en el suelo, esperando a que todo pase, aunque parecía que nunca acabaría. Luego llegaron ustedes y me sacaron de ahí, y les agradezco eso. En serio.

Ahora entiendo por qué vi esas tres avionetas hace un par de horas, aunque todavía no entiendo por qué están aquí y qué tan grave es. Después de un rato en silencio, él rompe en llanto, diciendo palabras que no alcanzo a entender. Lo miro a Gus, que empieza a llorar, aunque no me sorprende, porque yo también me pongo triste por todo. Trato de ser positivo y me acerco a ambos.

—Chicos, no es para tanto... —digo, pero Gus me lanza una mirada triste, callándome.

Luego de un rato, y tras haberme tranquilizado, empiezo a desesperarme al verlos aún llorando. No sé por qué lo hacen si no es el fin del mundo. Solo debemos pedir ayuda, hacer lo posible por huir de aquí y llamar a nuestros padres, aunque no tengo la menor idea de cómo salir sin ser pisoteados, o cómo llegar a nuestras casas sin que nos perdamos en la calle. No creo que tengamos oportunidad de escapar rápido, pero confío en que lo haremos.

—Por cierto —habla nuestro nuevo amigo—, ¿cuáles son vuestros nombres?

—Yo soy Leo —me presento, alzando una mano.

—Yo, Gus —responde mi amigo.

—¿Y tú? —preguntamos ambos al mismo tiempo.

—Franco —responde, secándose las últimas lágrimas. El morado de su ojo se nota mucho y la pierna, al parecer, ha dejado de dolerle—. Mi nombre es Franco.

—Bueno, Franco, debemos pensar en algo para salir de aquí. Aunque ya no escucho gritos ni nada afuera, quizá, ya todo se ha calmado.

—Yo no lo creo —me dice Gus.

—¿A qué te refieres? —preguntamos Franco y yo en simultáneo.

Gus se queda con la típica expresión de siempre, como cuando tiene una respuesta pero por algún motivo no quiere salir de su maldita cabeza.

—Solo sigamos.

Lo miro con cara confusa pero parece no importarle. Después de que nos lavamos la cara por última vez, salimos del baño y seguimos corriendo. Bajamos unas escaleras y sentimos mucho calor dentro, así que decidimos avanzar rápido. Muchos niños de otros salones están moviéndose por todos lados, y a Franco se le hace difícil caminar. Los pasillos de los edificios parecen túneles que se dividen cada vez más.

«¿Desde cuándo este colegio es tan grande y tiene tantos alumnos?».

—Dios, parece que nunca saldremos, chicos —comenta Gus, ya cansado

de estar corriendo. Un par de niños chocan con nosotros y caemos contra la pared. Franco se desploma encima de nosotros y me golpeo fuerte la cabeza.

—¡Leo! —exclama Gus, que no se golpeó demasiado.

—Estoy bien, creo. Eso ha dolido. Franco, ¿cómo estás? —pregunto al verlo con la cara retorcida.

—Me duele la pierna, chicos.

—Solo aguanta. Pronto saldremos.

Nos levantamos con esfuerzo. Nos cuesta mucho evadir a todos en los pasillos porque nos agarran las mochilas y nos detienen. Luego de varios minutos, llegamos a uno de los últimos. Enojado, me esfuerzo por salir al patio dando codazos, y es allí donde la gran mayoría está reunida. El resplandor del sol me cierra los ojos y me detengo un rato.

—Allá hay un pasadizo que da a la salida —avisa Franco, señalando una rejilla un poco grande con el dedo. Lo que sé es que por allí suelen tirar el agua cuando las lluvias provocan inundaciones. No está muy lejos, pero con tanta gente corriendo y con Franco así, no quiero arriesgarme a que lo golpeen nuevamente—. Si queréis, podéis seguir, aunque es un poco estrecho.

—Pues vamos —respondo entre jadeos, aunque no sé si preguntarle a algún maestro primero, antes de hacer algo de lo que me vaya a arrepentir. Quizá no sea seguro salir apresuradamente, o quizá sí. Pero no puedo engañarme, nadie me va a decir qué hacer—, no perdamos tiempo.

Porque eso es lo que menos tenemos.

—Bien —acepta Gus.

Durante el cruce del patio hacia la abertura, no puedo ver ni escuchar lo que pasa en la puerta, todo por los estruendos y gritos de afuera. Algunos vociferan que es un atentado, y ni siquiera sé lo que eso significa; otros, que es un incendio. Pero ninguno parece estar seguro de dónde está parado.

Corremos para llegar al pasaje que nos había señalado Franco, no sin antes detenernos para observar un poco mejor, aunque es en vano porque Gus y yo somos muy pequeños. Franco apenas puede mantenerse estable. Una vez allí, nos agachamos para ver qué hay en el fondo. Nos pegamos a la pared mientras los demás hacen lo posible para salir. En la enorme puerta de entrada, muchos alumnos de cursos superiores y maestros están observando a través de las rendijas. Del otro lado, se oye a la gente gritar cosas que no entiendo, y a las que nadie presta atención. .

«¿Qué sucede allá afuera?».

Franco abre la rendija y entra por allí, arrastrándose. Nosotros lo seguimos sin decir nada. Me sorprende de su rápida recuperación, porque parecía que no podía ni agacharse.

Nos lleva por un pasadizo pequeño, aunque lo suficientemente grande como para que quepamos; aunque no es que seamos enormes, tampoco. Está muy oscuro y apeta, pero por algún motivo no nos ensuciamos. Me arrepiento un poco de haber entrado por aquí porque los ruidos son demasiado fuertes ahora, tanto que me duelen los oídos. No sé en qué está pensando Gus, pero espero que no se ponga a llorar porque la única persona en la que me puedo apoyar es en él, y supongo que él piensa lo mismo acerca de mí. Gateamos por este pequeño y oscuro túnel solo para poder salir; pero si lo hacemos, bien podría ser peligroso. Intento confiar en nuestra buena suerte y en que afuera estará mejor.

Luego de pasar un par de minutos arrastrándonos con dificultad, Franco se detiene y vuelve la cabeza hacia nosotros.

—Bien —nos dice—. ¿Seguro queréis salir?

Gus y yo nos miramos por un rato, luego asentimos.

—Yo pienso que deberíamos volver —sugiere Franco.

—Ya estamos casi fuera —replico.

—Entonces no hay problema.

«Quizá están grabando una película de superhéroes. Sí, quizá sea eso».

No quiero pensar en nada horrible, no ahora.

Levanta con un brazo la mini puerta que da al exterior y una luz cegadora nos envuelve.

LEO

La inocencia de un niño es más valiosa que todo el dinero del mundo.

Félix Villacís

Quiero regresar. El hecho de ver este lugar me hace sentir diminuto.

«No parece una película —pienso, horrorizado—. Ahora habrá que avanzar rápido».

Hay personas corriendo por todas partes: unas caen al suelo, otras disparan con armas demasiado grandes. Me fijo en la puerta de entrada de la escuela, donde hay gente amontonada haciendo esfuerzos inútiles para derrumbarla. Gus está en estado de shock, igual que Franco. Los muevo para que reaccionen y, luego de unos segundos, vuelven a la normalidad.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta mi amigo, desesperado.

—No lo sé —respondo, y es en serio. No sé qué hacer.

Podríamos escapar por cualquier lado, pero al ver a las personas caer precipitadamente descarto esa posibilidad.

—Huyamos —sugiere Franco elevando la voz—, y rápido.

«Pero si ni siquiera puedes moverte bien», pienso, aunque no le digo nada.

—¿A dónde? —quiere saber Gus, que ahora está el doble de asustado—. Por todos lados hay caos. No saldremos vivos.

Tiene razón, a pesar de que cualquiera se daría cuenta de ello. Solo he visto situaciones como esta en los videojuegos, y los que se salvan son los que tienen armas, que, por cierto, son muy grandes, y pertenecen al bando bueno. Pero nosotros no tenemos armamento, y ni siquiera sabemos de qué bando somos. Lo mejor para nosotros será movernos e ir a casa de alguien, y luego llamar a nuestros padres. Pero para qué me voy a engañar, estamos en la peor situación.

—Ya veremos un lugar seguro —digo tranquilamente—. ¡Moveos!

Corremos. Avanzamos lejos de todo el caos y no miro atrás, solo me concentro en correr.

«Mamá, tú debes estar bien». Al pensar en eso, se nubla mi visión y al instante suelto lágrimas.

Escuchamos gritos detrás de nosotros pero me obligo a no prestarles atención y a no mirar nada más que el piso. Sin darme cuenta, los tres ya

estamos un poco alejados de la escuela y desde aquí podemos ver mejor el panorama del lugar.

—Leo. —Noto un hilillo de voz en Gus—. Mira.

«No lo hagas», me ordeno.

—No. —Me niego a mirar.

—No, en serio.

Luego de un suspiro, me volteo a ver.

Me señala con el dedo a una persona de tantas que está apuntando a la escuela con algo que parece una pistola, aunque diez veces más grande. El hombre suelta una pequeña parte del arma y una bola de fuego sale volando por el aire hasta que cae en una de los muros del edificio. Todo se convierte en llamas.

Escucho a Gus y Franco gritar de horror. Ni siquiera parpadeo mientras las flamas consumen las paredes. Me pongo a llorar, porque es lo único que se me ocurre hacer.

«Mamá, papá, ¿qué está pasando? —pienso, pero sé que ellos deben estar preguntándose lo mismo—. ¿Dónde estáis?».

Los gritos se intensifican tanto que se escuchan hasta donde estamos. Oigo un «ayuda» o un «se está quemando», pero, al parecer, nadie puede hacer nada. Mucha gente pasa corriendo cerca de nosotros sin notar nuestra presencia. Observo a lo lejos un camión de bomberos que se acerca al lugar —supongo que se dirigía a otro sitio, no es que sean tan rápidos—, pero en cuestión de segundos, los uniformados con sus grandes armas y transportes atacan a los camiones, lo que hace que se volqueen; luego, los bomberos no dan señales de existencia.

Nos encontramos tan solo a dos cuadras del lugar y ni una bala nos ha pasado cerca. No puedo evitar que me parezca casi ridículo que de tantos disparos ninguno se aproxime; aunque tampoco es que quiera que nos maten, así que eso ha resultado ser algo bueno.

—¡Oye! —me grita Franco, chasqueando los dedos—. Reacciona que debemos de irnos.

Lo miro un momento fijamente y luego salgo del trance.

—Tienes razón —contesto sacudiendo la cabeza—. Debemos ganar tiempo antes de que esa gente venga a por nosotros.

—Yo solo sé que debo seguirlos a ustedes —dice Gus. Y yo no sé a quién seguir, solo sé que debo correr.

—Tranquilo, esto ya pasará —le digo para calmarlo, pero no debe creerlo

porque ni yo mismo lo hago.

«¿Cómo vamos a salir de aquí?».

Sin decir más, huimos, con las mochilas saltándonos en las espaldas y el sudor bañándonos. Terminamos la cuadra y giramos a la izquierda, solo para ver a lo lejos aviones ir en secuencia, pero los ignoramos y seguimos andando. Continúo pensando en qué estará pasándole a mi familia. ¿Estarán corriendo como yo ahora? ¿Estarán vivos? Trato de no pensar en lo peor, no quiero llorar, aunque la posibilidad de perderlos me destroza.

Bajo un poco la velocidad porque escucho gritos y sonidos de balas. En las casas todavía hay personas asomadas, pero no esperan demasiado antes de irse. Mucha gente pregunta por la escuela y qué ha sucedido, pero nadie encuentra respuesta. Me desespero al oír más balas pero no digo nada, aunque siento que mi piel se eriza y estoy temblando. Lágrimas empiezan a correr por mis mejillas y cierro los ojos. Bajamos un par de cuadras más, y es entonces que comienzo a notar el cansancio. Cuando creo que hemos avanzado lo suficiente, les confieso a los chicos:

—No sé a dónde ir, y lo digo en serio. No sé a dónde iremos.

—Si tú no sabes, nosotros menos —replica Franco.

—Concuerdo con él —termina Gus.

Me encojo de hombros al ver que no me ayudan. Tras pensar en las pocas opciones que tenemos, seguimos andando. Los gritos se intensifican, los sonidos de balas se aproximan con rapidez hacia donde estamos. Me acerco a observar desde una esquina y veo a los uniformados apresurándose en nuestra dirección, a pocas cuadras de distancia.

—Están viniendo —aviso, un poco asustado y esforzándome para no gritar—. ¡Moveos!

No espero su respuesta, sino que entro por un callejón que divide la cuadra en dos y da a la otra calle, los demás me siguen. El sol empieza a cobrar cuentas y el sudor baña mi frente; me seco con la camiseta, pero no es suficiente. Me quito el abrigo y lo guardo en la mochila, Gus y Franco me imitan. Comienzo a tener sed, lo bueno es que mi botella con agua no la he tocado. Miro a los muchachos por encima del hombro porque les llevo ventaja.

—Volteemos a la izquierda —les ordeno—. Para no toparnos con nadie indeseable.

—De acuerdo —acepta Gus—. Vamos más rápido.

Cuando doblamos, me choco con una figura enorme y uniformada.

Ahora sí que estamos en problemas.

—A ver, a ver —nos dice un hombre alto y blanco, sonriendo—. ¿Qué tenemos aquí?

Nos observa detenidamente a cada uno, luego ríe. Gus se pone a llorar, y yo también, porque ya sabemos quién es. Igual trato de mirarlo para que no parezcamos débiles, aunque lo seamos. ¿Qué diablos hago? Mi mirada es un chiste para ese pedazo de mamut. Podría salir huyendo por donde vinimos, pero las balas están cada vez más cerca.

«¿Qué harían los héroes en los videojuegos ante una situación como esta?».

No, no soy un héroe, pero ya sé qué debo hacer.

—¿Os ha comido la lengua el ratón? —nos pregunta, pero si él es del bando malo, no sé por qué aún no nos ha matado

No lo pienso dos veces, así que cierro mi mano en un puño y lo clavo en su entrepierna. Sucede tan rápido que, sin darme cuenta, ya estoy corriendo como toro endiablado hacia el final de la cuadra. Gus y Franco me siguen y vamos lo más rápido que podemos. Muchos pasos detrás de nosotros, está siguiéndonos el uniformado, aunque no nos dispara, a pesar de que tiene un arma.

Doy gracias a Dios por eso.

«Vamos, vamos —me digo, mientras volteo y veo que nos está pisando los talones—. Franco, resiste un poco más».

—Doblemos a la izquierda —sugiero, aunque todo mi pecho arde y siento que ya no puedo dar ni un paso más—. Sigamos corriendo.

Al hacerlo, no encontramos nada más que un callejón.

—Muy bien, Leo —me agradece Gus con sarcasmo, fulminándome con la mirada.

Desesperado, y antes de que llegue el uniformado, busco como loco una salida rápida, pero no encuentro ninguna. Estamos en un callejón pequeño y sucio, con restos de basura en las esquinas. El horrible olor me produce arcadas.

—Bien, bien —nos dice el señor, juntando las manos—. ¿Tenéis algo que decir?

—Ay Dios —digo poniendo cara larga. Creo que me voy a ir de una manera muy extraña; primero, porque no sé qué está pasando realmente; segundo, porque no me había despedido de nadie, ni siquiera de Gus.

Y tercero, no quiero morir.

Miro a Franco para ver qué dice, pero es inútil porque no podemos hacer nada. Volteo hacia Gus, pero es como no ver nada. Observo al señor para ver si es que se apiada de nosotros y nos deja ir, pero me siento más tonto. Dejándonos ir no pierde nada, y no se habría manchado las manos de sangre, aún.

El uniformado saca de su pantalón una pistola y la contempla dándole vueltas en el aire. El lugar es tan estrecho que si tratamos de escabullirnos, recibiremos un disparo automáticamente. Se queda quieto un segundo y luego se ríe.

—¿Qué sentirán vuestros padres —nos pregunta— al enterarse de que sus hijos han muerto de un balazo?

Los tres nos quedamos callados y empezamos a llorar. Ninguno de nosotros quiere morir, no ahora. No sé en qué pensarán los otros, pero yo estoy en blanco. No le respondemos, y estoy convencido de que eso significa una muerte más divertida para él. Pero ocurre todo lo contrario. En un segundo, el señor empieza a llorar. Ahora sí que es raro, aunque no siento pena por él. Luego de unos momentos de sollozo, se queda serio, nos mira y recarga la pistola.

—Lo siento mucho —nos dice, apuntándonos.

«Dondequiera que estés, mamá, te amo mucho».

Cierro los ojos y espero lo peor. Gus y Franco gritan.

Se escucha un disparo y nada más.

Abro los ojos, asustado, pensando que quizá solo le ha disparado a uno de nosotros, y no puedo sacarme de la cabeza el peor panorama: que ese sea Gus. Los dos están bien, pero el uniformado llorón está en el piso y una mancha de sangre se extiende en el suelo a su alrededor. Un alivio muy extraño se propaga a través de mí. ¿Me alegro de que alguien haya muerto o de que nos salvamos? Estoy sorprendido porque no sé quién le ha disparado, pero también agradecido a quien haya sido, porque nos ha salvado la vida. La escena me saca lágrimas y levanto la cabeza. Observo todo a mi alrededor: la figura de una persona alta está de pie enfrente de nosotros. Me asusto de nuevo, pero me relajo al pensar que esta podría ser la persona que nos ha salvado. Se guarda el arma en el bolsillo, nos mira y asiente con la cabeza.

—Bien, no os asustéis —empieza diciendo—. No vengo a lastimaros.

«¿Cómo quiere que no nos asustemos?».

Está vestido igual que el señor anterior, pero creo que está de nuestro bando. O sea, del lado que no parece tener muchas oportunidades de

sobrevivir. Gus sale del trance y se pone a llorar. Franco me mira, esperando una respuesta, pero lo único que hago es encogerme de hombros. Me volteo a ver al hombre de nuevo.

Se nos queda mirando un rato. Tanto ha sido el susto que ya ni notamos el olor de la basura. Empiezo a llorar porque no merezco pasar esto. Toco mi mochila con el agua y noto que sigue allí. El charco de sangre que se extiende en el piso me ha manchado la punta de un zapato, y es una marca que no se podrá borrar jamás de mi mente.

—Como os decía, quiero que vengáis conmigo. Claro, si es que queréis. Os llevaré a un lugar seguro. Estamos en guerra, y así —nos dice, señalándonos—, sin nada, no sobreviviréis.

—¿En guerra? —pregunta Gus, todavía confuso por todo lo que ha pasado, y no lo culpo, creo que estoy peor—. ¿A qué se refiere?

—Las diferencias entre vuestro país y el mío llegaron al punto límite —contesta el uniformado con aire intelectual—. No tenemos tiempo, venid.

—¿Y cómo sabemos que no nos matará? —cuestiona Franco. La misma pregunta iba a hacerla yo, pero no sabía cómo formularla sin echarme a llorar.

—Confiad en mí —nos responde de manera tranquila—, no os pasará nada malo.

Quizá sí nos ayude. Ha matado a uno de su bando, creo que esa es una prueba de que él nos quiere ayudar.

—¿Por qué matar a ese otro señor para salvarnos? —pregunto un poco dudoso.

—¿Cuál sería el precio de tu vida en una situación así? —me responde.

«No lo sé, quizá nadie sabe».

Yo no mataría a alguien por gente que no conozco.

Yo no mataría ni a una mosca.

—¡Mentira! —grita Franco con los ojos muy abiertos—. ¡Usted nos asesinará!

—No lo creo, ya lo hubiese hecho —replica con tranquilidad—. Moveos, no querréis morir tan jóvenes.

Él tiene razón, pero Franco, al parecer, está muy convencido de su decisión. Yo pienso igual que él, pero escucho ya varios sonidos horribles y gritos. Si nos quedamos aquí mucho tiempo, quizá después no tengamos cómo huir. Varios hombres con uniforme pasan cerca del callejón, y cada vez que veo a uno, siento que mi corazón se detiene de miedo.

—No iré —nos dice—, iros vosotros, pero yo no me moveré de aquí. No me marcharé para morir allá afuera.

—Franco, Franco —le digo, desesperado y triste a la vez—. No puedes quedarte aquí; no debes. Aquí morirás, y el señor no debería dejarte a tu suerte. Casi morimos una vez y él nos está salvando de las siguientes.

—No iré —finaliza la conversación.

—Está bien —acepto, resignado.

El hombre me mira y me arrepiento de no insistirle. Damos media vuelta sin decir nada y echamos a andar. Volteo y veo a Franco, sentado y llorando, agarrándose las rodillas. Miro al frente y, para nuestra suerte, no han pasado uniformados, ya que se escucha que están al otro lado. Mi mirada se encuentra con la de Gus y él asiente: está decidido, igual que yo, a seguir a este señor.

—Debemos acelerar el paso, chicos —sugiere el militar—. Así nunca llegaremos.

Ambos asentimos y avanzamos con él, corriendo a pesar de que mis piernas arden. Cuando hacemos una pequeña parada, Gus y yo aprovechamos para tomar agua. No sé por qué razón todavía tenemos las mochilas, pero nadie nos ha ordenado quitárnoslas. Cruzamos un par de cuadras sin rastros de personas, lo que me parece sorprendente. Desde este punto, se puede ver avionetas sobrevolando el lugar, y creo que si avanzamos será más fácil toparnos con ellos.

«Mamá, papá, ¿cómo estáis?», pienso y no puedo evitar llorar al ver nuestra situación.

Avanzamos un par de cuadras, no sin antes mirar hacia atrás para ver cómo está Franco. En ocasiones, me detengo un poco por lo cansado que estoy, y Gus hace lo mismo. El hombre se voltea y nos mira, luego nos dice:

—Así nunca nos mantendremos a salvo.

—Lo siento —digo—, pero no tenemos la misma resistencia.

—De acuerdo —comprende—. Caminemos un par de minutos.

—Gracias —respondo a su generosidad asintiendo con la cabeza.

Mientras avanzamos más despacio, Gus, que estaba al otro lado, se acerca a mí de modo sospechoso.

—Leo —me susurra muy bajo para que nadie más que yo escuche—. Estoy asustado, no sé si confiar en ese señor.

No me había puesto a pensar en otras posibilidades, pero ¿qué más puedo hacer? Si no fuera por él, quizá ni siquiera estaría hablando ahora.

—Yo tampoco —le contesto con el mismo volumen—. Por el momento, será mejor seguirlo, quizá en realidad nos quiere ayudar.

«Y si no...».

—Está bien.

Mientras caminamos, los sonidos de disparos se intensifican. Es un poco extraño que en este lugar esté todo tranquilo y que a tan solo unos metros de distancia exista solo caos. Me imagino a esas familias que no alcanzaron a huir y pienso en cómo estarán las que sí lo lograron. Veo gente corriendo en las calles a mi derecha e izquierda, en el momento que puedo ver al final de la cuadra, y todos están siendo atrapados por uniformados, o bien cayendo al piso luego de recibir un disparo. Me desespero un poco, pero no hago ningún comentario.

—Deberíamos avanzar más rápido —sugiero, asustado—. En cualquier momento podrían alcanzarnos.

Luego de decir eso, reflexiono: si el señor está de su lado, dudo que le hagan algo; aunque si lo ven con nosotros, quizá estemos fritos.

Al notar que más militares vienen en nuestra dirección, aumentamos la velocidad y nos metemos por callejones que nunca había visto antes. Aunque, para ser honesto, no he conocido muchos más sitios que la escuela, el parque, la casa de mis tíos y la de Gus. Y la mía, claro.

Cuando abandonamos los callejones y salimos a una avenida principal, la encontramos completamente vacía. Lo único que nos rodea son autos volcados, cadáveres de todo tipo de personas y mucha sangre. Al ver este panorama, me asusto demasiado y me lleno de pena, pero el señor mira todo esto con indiferencia.

—Dios —habla Gus con su voz quebrándose—. Esto es horrible.

—Será mejor que no veáis —nos advierte el hombre.

—Deberíamos seguir corriendo —sugiero—. No quiero terminar como ellos.

El uniformado me mira y asiente, luego avanzamos. Estoy a punto de preguntar una cosa, pero me detiene una voz que nos grita a lo lejos.

—¡Esperad! ¡Esperadme!

Es Franco, que viene corriendo como si fuera a terminar una maratón en medio de cientos de personas. No sé cómo nos habrá alcanzado, pero estoy muy feliz de que venga. Para nuestra mala suerte, las explosiones y balas empiezan nuevamente.

—¡Nos alcanzaron! —advierte el militar por encima del ruido repentino

—. ¡Corred!

Salimos disparados de allí y vemos a Franco detrás de nosotros a ya solo una cuadra. Avanzamos por la acera de una casa que se me hace familiar, hasta que me doy cuenta de que es la de mis abuelos. Una vez mis padres me dijeron que si algo llegaba a pasar en la escuela y debía salir, que fuera a casa de mis abuelos, que ellos me recibirían bien. Pero ahora esa no es una opción. Pasamos unas residencias más antes de que las balas empiecen a llegar a pocos metros de nosotros.

Franco sigue corriendo hacia donde estamos, ya tan cerca, pero aún muy lejos. Si tan solo hubiera venido con nosotros hace diez minutos, ahora no estaría en aprietos. Veo junto a él a un grupo de personas, no son uniformados, sino gente que está huyendo. Ya están a menos de una cuadra de distancia y parece que se salvarán... Pero ocurre lo peor. De repente, una masa de fuego se expande justo debajo de ellos. El cuerpo de Franco acaba partido a la mitad, una parte vuela por los aires mientras la otra sale disparada por el suelo.

Es como una de esas horribles películas de terror en las que una persona es cortada por la mitad. Siempre me dije que eso yo nunca lo viviría, pero ahora lo estoy, y es más escalofriante, como si estuviera en tercera dimensión. Pensar que hace una hora Gus y yo lo vimos en el suelo llorando, y que ahora, por su necesidad, él está muerto.

—¡No! —grita mi amigo— ¡Está muerto, no puede ser, está muerto!

—Sigamos nomás —lo interrumpe el hombre, mirando al frente; no puedo creer que le importe tan poco—. No lo iremos a revivir, solo conseguiremos que nos vuelen en dos a nosotros.

Aún estoy conmocionado por lo que ha pasado y no puedo procesar lo que están diciendo. No digo nada, solo asiento con la cabeza con lágrimas en los ojos y sigo corriendo.

«No mires atrás, Leo. No mires de nuevo».

No siento el cansancio, aunque el ardor en mis piernas es más notable y el aire en mis pulmones es más difícil de almacenar. Empiezo a llorar y siento que han abierto una llave dentro de mis ojos. Miro a Gus, solo para ver que está en las mismas condiciones. Avanzamos muy rápido otras diez cuabras, según mis cálculos. Al parar un momento, vemos alrededor de treinta personas tiradas en el piso, demostrándome que yo terminaré de esa manera. Cierro mis ojos y la tristeza me envuelve. Llora desconsoladamente, el hecho de no tener a mi mamá aquí me da miedo, pero mayor es el temor de

encontrarla tirada entre esta gente. Muerta.

Seguimos adelante varias cuadras más hasta que llegamos a un lugar en donde ya no veo a nadie. Nadie. Es como un desierto. Miro de reojo las casas y su interior pero están vacías. Ni siquiera sé dónde estamos o adónde vamos.

—¿Ahora nos contará que es lo que está pasando? — le pregunto al uniformado.

—Inició una guerra. —Lo dice con tanta simpleza que parece que lo estuviera leyendo—. Ahora mi país está atacando diferentes partes del suyo. Esto ha ocurrido por los problemas internacionales, pero ellos, perdón, nosotros, hemos sido muy rápidos en cuestión de ataque; quizá un veinte por ciento de la población ha sido aniquilada. No exageremos, este es un país pequeño y con muy pocos habitantes. Todo fue muy bien planeado y se ha realizado en solo una mañana. Esto es como un pequeño conflicto total, pero solo es aquí; no faltará mucho para que otros países intervengan en el enfrentamiento.

—No entiendo, ¿qué tenemos que ver nosotros? ¿Las escuelas, familias, todos los afectados?

—Pues es simple. En un país como este, hasta el vagabundo es importante. La familia es la unidad básica de la sociedad. Así que lo primero que hicimos fue atacar usando la vía aérea y de ahí caer hacia todos lados, asaltando los lugares que se pueda. Las autoridades recién se enteraron de esto cuando ya era demasiado tarde. Yo estoy del lado de ellos, pero, a pesar de eso, un grupo de nosotros hacemos lo posible para rescatar a los niños, aunque llegamos muy tarde al lugar.

—¿Y a dónde nos llevará? —pregunta Gus.

—A un sitio seguro —contesta—. Bueno, existen dos.

—¿Y a cuál vamos? —pregunto, ansioso.

—Pues la palabra no es «vamos» —responde un poco preocupado—. Al primero solo puedo llevar a una persona.

—No entiendo —replica Gus.

—Que solo uno de nosotros irá —le explico, pero eso no se escucha bien.

—Exacto —dice el señor—. Y será el más débil, o sea, Gus.

Mi amigo y yo nos miramos. Nos separarán y eso no se escucha nada bien. Gus no conoce a este hombre y no confía en él. Reflexiono un poco acerca de la intención de querer ayudarnos. Él ahora es un traidor para su país, prácticamente lo ha dejado todo solo para salvarnos y ese es un riesgo que no cualquiera tomaría. Pero es un gesto que salvará muchas vidas.

—¿Y por qué no nos puede llevar a los dos juntos? —pregunto.

—Porque en el lugar no hay suficientes municiones y comida. Suponemos que en una mañana se han evacuado a más de quinientas personas, y los soldados que hemos rescatado a los niños solo podemos enviar a uno. Los que se han mandado han ido en camiones y helicópteros. Ese refugio está al sur del país, pero será un gran reto para ustedes llegar porque habrá un momento en el que yo no estaré y tendrán que vérselas solos.

—Pero, ¿no se supone que los niños somos prioridad? —exijo saber, ya que siempre me han dicho que los niños son primero.

—El refugio fue construido para varios familiares y amigos de nuestras tropas, y también para ciertas personas de este país; pero las cosas cambian, y no debe de faltar mucho para que sucedan modificaciones importantes. No os preocupéis, pronto veremos la forma de llegar todos a salvo, y aparte, si alguien me ve, no sospecharían nada. Pero quiero que recordéis que muchos uniformados de mi bando no saben acerca del refugio porque ha sido información exclusiva para algunos. A pesar de ciertas diferencias, varias bases militares se unieron para este proyecto. Pero aun así, existe gente sin compasión que mataría a cualquiera de aquí, sin importar quien sea.

—Entonces... ¿Los que estaban atacando la escuela no saben que deben proteger a los niños?

—El setenta por ciento de nosotros no lo sabe porque nos dieron una orden clara: recuperar lo que fue nuestro.

—Dios —suspiro al recordar el fuego en la pared de la escuela. Ni siquiera sé si el grupo de la profesora Hellen habrá logrado salir de allí, y no quiero ni imaginarme que no.

Si ir con Gus y este señor significa menos posibilidades de morir, debo obedecer.

—Está bien —acepto con un nudo en la garganta—. Me quedaré aquí.

—¿Y el segundo lugar del que usted habla? —pregunta Gus, ignorando mi respuesta.

—Bien, les explico. Ese sitio está al sur del país. Lo bueno de su situación es que ya estamos en la parte sur, así que, una vez que lleguen al primer refugio seguro, estarán cerca del otro, y ahí los mandarán en camiones a todos.

—¿Y cuál es el punto? —pregunto, enojado porque no me han tomado en cuenta.

—Pues que tú te quedarás en esta parte de la provincia —responde—. Y a

tu amigo Gus me lo llevaré al primer refugio.

—¿Qué? —lo interrumpo— ¿Y yo? ¿Me dejará a mi suerte aquí?

—No —responde con calma—. Relájate, te dejaré con unas personas por aquí. Están bien aseguradas a algunos kilómetros de aquí; con ellos estarás bien.

—Yo no me iré sin Leo —dice Gus, enojado—. Con él salí, con él muero.

«Eso es tener un mejor amigo», pienso, y es verdad. Si fuese otra persona, él ya no estaría aquí.

—Pues no tenéis opción —replica—. Confiad en nosotros. Vosotros sois el futuro, y lo primordial es tener con vida a todos los niños que podamos. Sois afortunados de que los haya encontrado, o si no, no estaríais aquí discutiendo conmigo.

—Y ¿cómo está tan seguro de que encontraremos a nuestras familias en el lugar seguro del que usted habla? —pregunto.

—Las personas que han estado más al sur ya están en camino para allá— me responde—. Y tened por seguro que los estarán esperando con ansias.

—No lo sé, en verdad no lo sé —duda Gus, que todavía no asimila todo—. Haga el esfuerzo de llevarnos a los dos.

—No se puede —se rehúsa secamente—. Ya os he mencionado las razones. Vosotros elegís.

No quiero quedarme con más desconocidos. No quiero separarme de Gus sabiendo que nos puede pasar algo a cualquiera de nosotros. Tengo miedo de no poder volver a verlos a él o a mi familia. «Pero, ¿qué habrían hecho mamá o Hellen? ¿Qué pensarían ellas de lo que estoy haciendo ahora?».

Quiero volver a ver a mi familia, y si esta es la forma en la que se debe hacer, lo acepto.

—Está bien —digo con un nudo en la garganta.

—¿Qué? —pregunta mi amigo, desconcertado.

—Que está bien —respondo—. Si él dice que estaré bien con esa gente, lo estaré.

—Y no miento —agrega el señor.

Asiento, y como Gus no puede hacer nada, acepta también. Avanzamos en silencio por callejones en los que ya no hay nadie, y así nos mantenemos por horas. Paramos en una casa para comer lo que encontramos, sin nadie allí. Luego de eso, seguimos, siempre hacia el sur. Gus y yo conversamos de cosas diferentes, de cómo nos defenderemos, aunque es una idea tonta ya que estaremos con gente mayor. Estoy preocupado, sí, pero estoy bien y me

siento casi seguro con este hombre, y sé que puede que también lo esté con las personas a las que conoceré. Gus está muy preocupado, pero le digo que todo se solucionará, que no debe inquietarse; que pronto, cuando esto se acabe, seguiremos jugando como siempre.

«Y jugaremos contando nuestra experiencia de cómo salimos vivos de una escuela en apuros».

Llegada la noche, luego de que Gus y yo estamos muertos de cansancio tras huir durante horas y ver panoramas horribles, el militar anuncia airoso:

—Bien, en esta casa están las personas que conozco y que te cuidarán. — Se dirige a mí como si fuese muy fácil—. Espero que confíes en ellos.

—¿Y cómo es que a los que están aquí no les ha pasado nada? —pregunta Gus.

—Me aseguré de eso para cuando tuviera que traer a alguien.

Puede que sea peligroso quedarme aquí con esta gente. Si él se va, ¿quién cuidara de nosotros?

«Tú no digas nada, el que obedece no se equivoca».

Miro a Gus y él se encoge de hombros. Elevo la vista al cielo; muy pocos postes tienen los focos encendidos en las calles y casi todo el lugar está desierto. ¿A dónde habrán ido todos, si lo único que se puede hacer es quedarse en casa? No encuentro una solución lógica y mis pensamientos cambian a mi familia. ¿Lograron salvarse? No sé si exista una respuesta ahora para eso, pero tengo la esperanza de que estén todos bien.

A lo largo del trayecto, mientras huíamos, muchas personas pasaban junto a nosotros y corrían asustadas, pensando que el uniformado les iba a disparar. Él solo tuvo que usar el arma un par de veces, porque algunos militares se habían dado cuenta de su traición. Muchos aviones todavía sobrevuelan el lugar y, de vez en cuando, aparece un destello de luz en el cielo, seguido por humo. Cuento las pocas estrellas que logro ver: una, dos, tres. Nada más. Me gustaría estar con ellas; al menos allá arriba estaría seguro, aunque solo. Pero más vale estar a salvo. Me quedo en silencio mientras el hombre toca la puerta varias veces, hasta que una señora mayor la entreabre y se asoma. Él le habla:

—Soy yo.

La anciana abre la puerta y, con una sonrisa, nos hace una señal para que entremos. Primero entra el señor, luego yo y por último Gus. La casa es un poco grande, supongo, porque se ve muy espaciosa. Hay una sala pequeña con una mesa rectangular en el centro. A mi derecha hay una escalera en

espiral que da a un segundo piso y debajo de ella, una puerta. Escucho una voz al otro lado de la casa, la de un hombre, pero me limito a mirar. Llegamos al comedor, que está separado de la sala por una cortina. En él se encuentra una mesa grande circular con siete sillas alrededor.

—Bueno, lo siento por los demás —habla el señor, sin un rastro de sentimiento en su voz—. Sé que no lo lograron, pero vendrán cosas mejores.

—Eso espero. —La señora parece un poco triste, pero no da señales de eso—. Nunca creí que los perdería de un día para otro.

«Quizá están hablando de sus nietos», pienso, y al recordar a mi abuela se me hace un nudo en la garganta que me hace esforzarme por no llorar.

Luego de unos segundos en silencio, la anciana rompe en llanto. Se me hace pequeño el corazón al verla. Recuerdo haber visto llorar a mi abuela una vez, en ese momento me senté a su lado y la acompañé en sus lágrimas. Ahora, el dolor de ella me hace sentir tonto, inútil. Con todo lo que está pasando, me siento apretado, sin ánimos, pero no debo llorar. Me siento a dos puestos de la anciana y Gus se sienta al lado mío. Me golpea con el codo y me mira.

—Me da pena esa señora —susurra.

—A mí también —respondo.

Luego de unos minutos de sollozos por parte de la anciana con el señor consolándola, se ponen de pie y nos habla ella:

—¿Cómo se sienten al venir aquí?

—Mal —dice Gus, escupiendo las palabras.

—Confundido —logro decir, pero tengo las cosas bien claras.

—¡Oh, mis niños! —nos dice y nos abraza a los dos a la vez—. Aquí estaréis bien.

—Os lo dije —dice el señor, guiñándonos un ojo—. No tienes de qué preocuparte, Leo.

No digo nada, sino que cruzo los brazos en la mesa y apoyo mi cabeza en ellos.

—Os traeré comida —ofrece la anciana con una sonrisa—. Debéis de tener hambre.

Me levanto de un salto al escuchar la palabra «comida» y lo único que hago es asentir. Esta mujer me hace sentir seguro, como en casa. Pero no me ilusiono porque no estoy en ella. Observo las cosas que hay en el comedor y lo que me llama la atención es un librero enorme junto a un estante en la pared.

La mujer trae comida y nos la reparte. Veo unos sándwiches en un plato blanco y grande y sin fijarme de qué son, me los meto a la boca de una manera bestial. Tomo un poco de leche para pasar los alimentos, y luego de tres panes, me detengo.

—Sí que habéis tenido hambre —observa la anciana sonriendo—. Será mejor que descanséis, tenéis un largo camino por recorrer.

—De eso quería hablar contigo —interrumpe el hombre, dirigiéndose a ella—. Necesito que vengas conmigo un momento.

Los dos salen por la cortina separadora, y este es el momento de hablar con Gus. Lo muevo con la mano para que me preste atención, y me dice:

—No quiero irme, me podría pasar algo malo. Y a ti también.

Ignoro su comentario, pero tiene razón y no lo discuto. Solo lo miro y le respondo:

—No pasará nada malo. Esta es gente buena, tú solo llega al refugio y cuídate.

Me mira, luego rompe en llanto y no me sorprende, porque yo también lo hago.

«Mides un metro cincuenta, Leo. ¿Qué harás?».

Jamás creí que le diría algo así a alguien, y mucho menos a Gus. Jamás creí que estaría con muchos desconocidos lejos de casa, y menos que vería como alguien muere.

—No lo lograré —replica, decidido a no irse—. Matarán a este señor por ser un traidor, y luego seguiré yo. Sé que no lo lograré. Ninguno de nosotros lo hará.

—Sí lo haremos —digo—. Solo debes tener...

—Bien —llega el hombre hablando alto—. Gus, nos tenemos que ir ahora.

—¿Ya? —pregunta, asustado y confuso.

—Sí —responde—. Saldremos en la noche para que no nos detecten. Y lo mejor es que iremos en auto. Aunque será peligroso, es un riesgo que se puede tomar. Para mañana en la noche llegaremos al refugio seguro.

—¿Ves? —le digo a Gus con una sonrisa—. Te dije que les iría bien.

—Y así será —concluye el militar—. Bueno, Gus, es hora de partir. Coge tu mochila y guarda un poco de comida.

—Puedes ir a la cocina, si quieres —acota la anciana con una voz dulce.

Mi amigo no dice nada, solo se levanta y se dirige a la cocina, desapareciendo entre la cortina.

—Y tú —me dice el señor—. Espero que te portes bien. Aquí estarás a salvo hasta que vuelva.

Lo miro y asiento. Espero que tenga razón.

Luego de unos minutos, Gus vuelve con la mochila medio llena y con cara larga. Lo miro y sonrío para que no note mi preocupación.

—Creo que es hora de irnos.

—Está bien —acepta, inexpresivo.

—Bien. Despídanse, niños.

Gus se me acerca, me abraza y llora. Yo no lo hago porque sé que lo volveré a ver. Me suelta y el señor asiente; creo que eso es lo que más hacemos: asentir. Gus se seca las lágrimas con las manos y me mira. Hace la seña que aprendimos en un campamento que significa «volveré», y ambos desaparecen por la puerta. Escucho el sonido de un motor al encenderse y se me encoge el corazón. La anciana me abraza para reconfortarme, pero no puedo evitar llorar.

Se fue, mi mejor amigo se ha ido.

GUS

*¿Cómo puedo creermelo mejor que un asesino, si yo mato a mi hermano con solo insultarlo?
Félix Villacís*

No estoy bien y no me importa lo que haya dicho este señor. Ahora no sé dónde estoy parado, y no puedo procesar lo que ha estado pasando. ¿Una guerra? ¿De una manera tan repentina? Sí, he escuchado que el país estaba peleando con el vecino, pero que esto haya pasado tan rápido... No lo creo, pero en una mínima parte agradezco que este hombre nos haya salvado.

Aún no supero el hecho de ver a Franco volar en dos, y cada vez que lo recuerdo, tengo una sensación de terror y náuseas. Nunca pensé pasar esto en un solo día, y ahora lo he vivido.

«En un día y solo, sin tu familia».

Miro a través de la ventana y en mi mente reproduzco la película de mi día. Ahora estoy en este auto, yendo a un lugar con gente desconocida. Estoy preocupado por no saber cómo está mi familia, si se habrán salvado o simplemente son una víctima más entre todas. Tengo miedo de que les haya pasado lo mismo que a Franco, porque realmente no sabría qué hacer. Es más, ahora mismo lloro porque ¿qué haría yo sin mamá, papá o mis hermanos? Si tan solo pudiese retroceder el tiempo, haberme quedado en mi casa en vez de ir al colegio, quizá ahora no estaría pasando esto. Aunque ya es demasiado tarde; debo hacer lo que me dijo Leo, llegar al refugio seguro y cuidarme.

—¿En qué piensas? —me pregunta el soldado al notar mi silencio. Sujeto fuerte el cinturón de seguridad. Estoy temblando.

No contesto e ignoro el comentario, pero luego de un rato me veo obligado a responder.

—En nada. —Es la mentira más grande que he dicho en toda mi vida.

—Yo no lo creo.

—Debería ser adivino —le contesto.

—Mira —me dice—. Sé que debes estar molesto, pero todo saldrá bien. Luego volveré por Leo y...

—¿Y qué? —lo interrumpo—. ¿Nos darán dulces por pasar el modo aventura?

—No te culpo, deberías estar más molesto —dice con una voz tranquilizadora—. Yo en tu lugar me hubiese golpeado.

«Ganas no me faltan», pienso. Y en realidad quiero golpear a este hombre por varias y obvias razones. La principal, haberme separado de la única persona en la que puedo confiar en situaciones como esta, Leo.

«Pero no puedo ser malagradecido, porque me ha salvado la vida».

—Pues yo no lo he hecho —respondo en tono seco, pero mi voz se está quebrando—. Disculpe... Es que son muchas cosas en un día.

—Está bien, está bien —me calma—. Pero te aseguro que todo saldrá bien. He recibido noticias por mi intercomunicador, y el lugar que está siendo atacado es el norte. Pero no hay que bajar la guardia, hay militares en esta zona, asegurándose de que nadie quede vivo.

—¿Y para qué? —pregunto con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué matarnos a todos?

—Pues este país era primero parte del mío, y en el momento en que se separó, los conflictos empezaron. Mi país aún no lo reconoce y detesta a la raza que lo habita, por eso en esta guerra, que ha sido planificada por años, nada debe salir mal. Lo primero que se planeó atacar fueron las escuelas, lo cual ha salido muy bien. Luego, hospitales y estaciones de bomberos y de policías. Grandes cantidades de aviones asaltaron en un primer momento las bases militares, por eso sus defensas son muy bajas.

—¿Y por qué decide ayudarnos? —pregunto.

—El diez por ciento de los militares perdimos a nuestra descendencia en la guerra. Entre las víctimas, estaban mis cuatro hijos —dice, y veo lágrimas en sus ojos—. Por eso muchos de nosotros estamos ayudando a los niños que podemos. Así como he sacrificado mucho por ti y por tu amigo, me hubiera gustado que alguien lo hubiera hecho con mis hijos.

Ahora recuerdo las palabras del militar al que mató. Solo que él quería venganza, y este quiere que no nos pase lo mismo a nosotros.

—Lo siento. —Es lo único que puedo decir.

—No te preocupes —contesta, revolviendo mis cabellos.

—Aún no puedo creer lo que está pasando. —Me recuesto en el asiento y cierro los ojos.

—Lo sé, lo sé.

—¿Usted tiene familia aquí?

—No —me responde—. Por eso es que os estoy ayudando, fuisteis a los primeros que vi, a pesar de que tuve que matar al otro militar.

—Pero ¿matarlo solo para salvarnos? —pregunto.

—¿Cuál es el precio de tu vida en situaciones como esta? —me responde con la misma pregunta que le hizo a Leo el día que nos conoció.

—No lo sé —digo siendo cortante—. Apuesto a que todos los de la escuela deben de estar muertos. Todos.

Se me erizan los vellos de los brazos y no por frío, sino de miedo.

—No todos —replica—. He recibido noticias, muchos han sido rescatados. De ahí, pocos, pero en otros lugares sí hubo éxito.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que habrán más sobrevivientes de lo que se pensaba.

No respondo porque nada de lo que diga o haga ahora cambiará las cosas que han pasado hoy. Aún no asimilo todo. Se suponía que iría a jugar un partido de fútbol con mi papá, pero no. He visto a alguien volar en dos, y no es nada bonito. Estaré con el miedo de morir de una bala o de cualquier cosa aquí, y no tengo ni idea de si llegaré al refugio seguro.

Pasamos buen rato en el auto; es grande, pero no tanto. Se escucha una música puesta desde un rollo en la radio, pero ni eso es reconfortante.

—¿Falta mucho? —pregunto.

—Sí.

—¿No es al final de la provincia el refugio seguro del que usted tanto habla? —pregunto enojado.

—Y el final queda a muchos kilómetros de aquí, así que será un largo viaje. Y si no te molesta, desde el día de mañana ya no andaremos en auto, sino a pie. Nos podrían descubrir si no tomamos las debidas precauciones.

—Entiendo. —Aunque en realidad se me hace difícil captar todo.

«Dios, solo te pido que mi familia esté bien, por favor».

—¿Quiénes nos esperan en el lugar seguro? —pregunto.

—Son militares también. Todos son gente experimentada, no tienes nada que temer.

Espero que tenga razón. No quiero morir. No así, sin nada ni nadie.

—¿No ha recibido ninguna noticia? —pregunto, preocupado por lo que puede estar pasando con Leo.

—Todo el tiempo —me responde, pero no entiendo—. Aquí en mi oreja tengo un mini audífono. Cada cinco minutos recibo noticias de mis otros compañeros.

—¿Qué le han dicho?

—Medio país ha sido atacado, las fuerzas armadas han sido bloqueadas y

muy pocas bases militares están en acción. Lo siento, tu país no tiene oportunidad.

«Menos mal que está siendo amable».

Trago saliva; no son buenas noticias. Esto hace que me preocupe más por mi familia, si están bien o no, si siguen vivos. Un dolor me atraviesa el corazón, pero sé que para ellos aún hay esperanza. El auto empieza a moverse de forma incomoda, pero luego sigue su curso. Miro las calles, muchas se ven agrietadas. Edificios destruidos, casas derrumbadas por completo.

—¿Por qué en vez de salvarnos a nosotros no lo hizo con la anciana y el otro señor? —pregunto un poco dudoso.

—No quisieron. Sarah dijo que ya ha vivido lo suficiente y por eso prefirió quedarse en aquella casa, en la que lleva varias generaciones. Y Ángel, el hombre, decidió quedarse con ella para cuidarla.

—Que lámpara.

—Y, por si te lo preguntas, no traigo a Leo porque el refugio queda a muchos kilómetros en la profundidad del campo. Hubiera preferido que viniera y dejarlo algo más lejos, pero me pareció demasiado arriesgado.

«No lo había visto de esa forma».

Lo que antes eran tiendas, ahora son escombros insignificantes en las calles.

—¿Y todo esto ha pasado en un día? —pregunto, y creo que es la cuarta vez que lo hago.

—Parece increíble, pero sí —me responde—. Como te dije, este ataque ha sido planeado por años. Tu país y el mío han estado en conflicto desde su separación. Desde entonces, se organizaron bases y mentes militares para llevar a cabo este plan, y dio resultado. Pero no todos serán asesinados, los sobrevivientes poblarán este país, pero como trabajadores con salarios mínimos.

Trato de procesar de la mejor manera lo que acaba de decir, pero me resulta imposible.

—¿Usted me está diciendo que para lo que me salva es para mandarme como esclavo? —pregunto enfurecido.

Se queda callado un momento, luego responde:

—No, los de los refugios están protegidos.

—No le creo. —Toda esta gente solo dice mentiras y quién sabe qué le estará pasando a Leo en estos momentos.

—No lo hagas. Nunca le debes de creer a nadie, pero esta es la única

opción que tienes. Si te dejo aquí, es para que esperes las bombas que se lanzarán. Y ahí no tendrás escapatoria.

Medito lo que me dice y tiene razón. Lo único que hago es quedarme callado por un buen rato, aunque el auto vaya a velocidad de bicicleta. Llegará un momento en el que dejaremos este vehículo, y seguiremos a pie día y noche. Por un segundo, veo personas asomándose un poco por una ventana, pero en el momento en que mis ojos se cruzan con los de ellos, se agachan rápidamente.

—Aquí aún hay personas —digo, girando la cabeza para mirar las calles que pasamos—. ¿Qué les pasará?

—Para eso son las bombas, para limpiar los restos de civilización aquí.

—Pero si eliminan todo, ¿qué harán con todo esto sin nada?

—Este país es rico en petróleo, muchacho —me responde—. Debajo de donde estamos pasando hay petróleo, y eso es lo que más dinero da últimamente. Por eso, cuando este proceso de destrucción acabe, empezará la extracción de petróleo hasta la última gota. Espero que lo entiendas.

—Su país es un monstruo —digo con furia—. Ninguno de nosotros se merece esto. Ninguno.

—No te entristezcas. Los que están en los refugios estarán inmunes, ya verás.

—Eso espero. Con tal de que mi familia termine bien. —En vez de pensarlo, lo digo. Sueno como esos ricachones en un hotel que quieren que todo el mundo haga lo que ellos quieren. Si sigo sonando así, no llegaré a ningún lado.

Antes de poder escuchar una respuesta, el auto se detiene de golpe y provoca un chirrido insoportable. Por suerte tengo el cinturón puesto; si no, ahora estaría clavado en el parabrisas.

—¿Qué fue eso? —pregunto.

—No lo sé, pero será mejor que lo averigüemos rápido.

El señor abre la puerta, luego se quita el cinturón de seguridad y baja de un salto. Hago lo mismo, avanzo dando saltos hasta él, y entre los dos abrimos el capó del auto. No sé nada acerca de coches, así que no tengo idea de qué le pasa a este. Me alejo un poco para observar el lugar, pero todo está oscuro; ni una sola farola está encendida, a diferencia de antes, que había una iluminando cada cinco cuadras.

—Estamos en aprietos —advierte.

—¿Qué pasó? —pregunto, asustado.

—Se quebró una pieza importante. Este auto ha resultado ser de mala calidad.

—¿Y eso qué significa? —pregunto, pero ya me hago una idea de la situación.

—Que tendremos que parar. No se puede hacer nada con esto, no ahora. Baja tu mochila.

—¿A dónde vamos?

—Ya veremos, por aquí debe de haber un lugar para pasar la noche, no te preocupes.

Dejamos el auto tal como está, me pongo mi mochila al hombro y avanzo. Como no se ve nada, me mantengo agarrado de la bolsa del señor. El olor a llantas quemándose se hace presente y lo único que puedo hacer es taparme la nariz. Avanzamos un par de cuadras sin que sepa qué estamos haciendo, hasta que me decido a preguntar:

—¿Qué estamos buscando?

—Un auto, pero este lugar, al parecer, es muy ecológico; no encuentro ni siquiera una motocicleta. Aunque es ridículo de mi parte pretender encontrar un transporte por aquí.

—Entonces busquemos un lugar para pasar la noche —sugiero, dudando un poco—. Así nunca llegaremos a ningún lado.

—Tienes razón; hagámoslo rápido. Tengo mucho sueño.

Había perdido la noción del tiempo, pero sé que ya han pasado varias horas de la noche. No tengo sueño, así que no me tambaleo como lo hace el señor mientras avanza. Nos detenemos en un callejón, que según parece no ha sido atacado, a diferencia de la mayoría de por aquí. Así que en una de estas casas estaremos tranquilos, supongo. Pasamos varias de largo para llegar a la última. En el camino, empiezo a ver un poco mejor, pero, sin darme cuenta, piso algo en el suelo. Es una persona.

—¡Ala! —grito, asustado—. Mire eso.

—¡Shhh! Cállate, no sabemos quién anda por aquí.

—Lo siento.

Llegamos hasta una casa pequeña y, al parecer, inhabitada. Por fuera tiene una bandera celeste donde dice que votemos por una lista, y las macetas con plantas en las ventanas están todas quebradas. El señor observa desde fuera con una linterna y asiente. Entramos en silencio. Solo hay dos sofás y una mesa para dos en un espacio muy reducido; parece no haber cocina y no quiero entrar a los cuartos. Depositamos nuestras cosas en la sala y cerramos

todo con calma, sin decir una palabra.

—Al fin todo tranquilo —comenta el militar, quitándose sus enormes botas. Tiene un corte en el labio, y a pesar de que sus dientes son rectos, están sumamente amarillos.

—Sí, pero ¿qué haremos mañana?

—Ya veremos —contesta, recostándose en el sofá—. Solo déjame descansar.

—Está bien. —Acepto que esté fatigado—. Hasta mañana.

No me responde e instantáneamente se queda dormido. No quiero ponerme a pensar otra vez en lo que pueda estarles pasando a mis familiares y amigos, así que solo cierro mis ojos. Digo una plegaria y dejo que el cansancio me envuelva hasta quedarme dormido.

LEO

Dios nos dio la capacidad de razonar y convivir entre nosotros, pero ahora los animales lo hacen mejor.
Félix Villacís

—Buenos días, grandulón —me despierta una voz ronca—. Ya levántate o no alcanzarás al desayuno.

Es la anciana quien me habla. Me restriego los ojos con las manos y parpadeo varias veces, solo para ver el cuarto pequeño en el que estoy.

—¿Qué hora es? —pregunto, aún abrumado por el sueño.

—Las once de la mañana —responde una voz desde la puerta—. Así nunca comerás.

—No seas tan duro con él —replica la mujer, luego me sonrío—. Vamos, debes comer.

—Está bien. Gracias.

Me quito las sábanas de encima y me siento en el borde de la cama. Me pongo mis zapatos y me levanto estirando los brazos.

—Bajemos —pide el señor—. Yo tampoco he desayunado.

No digo nada, solo me muevo. Quien primero sale de la habitación es el hombre, con pisadas fuertes; le sigue la anciana, un poco más lento; y yo soy el último. Pasamos a un pasillo enorme de lo que debe ser el segundo piso. A medida que avanzamos, veo cinco puertas más que deben de ser cuartos. Llegamos hasta las escaleras en espiral por las que me cargaron la noche anterior y desde ahí distingo el olor del desayuno. Me entristezco, porque ayer, un poco más temprano, quien me levantaba era mi mamá, y yo bajaba a escuchar las bromas de mi hermano y ver a Raemal. Ahora estoy con gente desconocida, aunque amable, y debería agradecer por eso, pero no es tan reconfortante.

Me siento en la cabecera de la mesa —según instrucciones de la anciana— y espero el desayuno. Me pregunto cómo estará pasándolo Gus, quizá mejor, o para su mala suerte, peor. Luego de unos minutos, vuelve la señora con una taza de leche humeante y dos panes con mantequilla y una pequeña línea de queso. Los deposita en la mesa y luego trae su comida. Mastico y trago despacio las hogazas, y las digiero más rápido con la leche. Ahora puedo ver mejor el comedor: a los lados tiene dos vitrinas enormes llenas de

copas y en el centro hay un cuadro de La Última Cena.

«Muy católicos».

—¿Dormiste bien? —me pregunta la anciana. Asiento, nada más.

Me extraña que el hombre todavía no esté sentado a la mesa. La mujer señala lo que queda del desayuno:

—¿Qué tal está?

—Bien —digo en tono cortante, pero me siento como un robot por contestar así.

—Mira —me dice, acercándose—. Yo sé que lo que estás pasando, lo que estamos pasando, nunca creíste que lo vivirías. Solo te pido que nos obedezcas. No importa lo que pase, siempre debes estar con nosotros, si no, no tienes oportunidad.

—¿Y por qué se toman la molesta tarea de mantenernos con vida? —pregunto frunciendo el ceño.

—Mis nietos ayer no volvieron de la escuela —contesta, con su voz quebrándose—. Ya no espero más.

—¿Y usted no estaba enterada? ¿Por qué los mandó? —pregunto, confuso.

—No, me enteré demasiado tarde. Cuando los militares llegaron, recibí la llamada de mi sobrino, el que te trajo. Ya era demasiado tarde para ese entonces.

—¿Y él no les avisó antes?

—Me explicó que si alguno de ellos hacía una llamada a este territorio, sería eliminado.

Trago saliva. No puedo creer que exista esa clase de personas en el mundo.

—Lo siento. —Cierro los ojos.

—No te preocupes, mi niño.

—¿Y por eso es que nos estáis ayudando?

—Sí, porque debo tener un motivo por el cual seguir en pie, con ganas de vivir.

Asiento. Me imagino a esta anciana jugando hace un par de días con sus nietos, y ahora sin nada, todo perdido a manos de la maldad de las personas.

—Por cierto —retoma la conversación—, ¿cómo te llamas?

—Leo, y el que se fue es Gus.

—Bonitos nombres —me dice sonriendo—. Yo soy Sarah.

«Espero que ya estés llegando al refugio, Gus».

—¿Y qué piensa acerca de todo esto? ¿Cree que se solucionará? —pregunto.

—Dios nos dio la capacidad de razonar y convivir entre nosotros, pero ahora los animales lo hacen mejor.

—Entiendo —digo, pero no comprendo nada. Los niños nunca entenderemos nada de lo que los adultos traten de decirnos.

Termino mi desayuno y me dirijo a la cocina con el plato en las manos para dejarlo en el lavadero. Agradezco por la comida y me dirijo al cuarto. Al llegar, me encuentro con ropa nueva encima de la cama ya tendida. Es obvio que me debo bañar, creo que ya apesto. Cierro la puerta, me quito la ropa, la tiro al tacho que está en la esquina del cuarto y me dirijo al baño. Ya dentro de la ducha, abro la llave y una corriente de agua fría me estremece, tengo un momento de escalofríos, pero luego pasa y trato de relajarme. No pienso en lo que está pasando e imagino por un momento que sigo en mi casa en un día normal.

Luego de bañarme, me siento en la cama y examino la ropa. Me visto y noto que me queda perfectamente; quizá ese es el motivo por el cual Sarah me trata tan bien, por el parecido que tengo con uno de sus nietos. Me acuesto y cierro los ojos. No estoy cansado, por eso no puedo dormirme.

Las horas pasan y todo parece muy tranquilo. Lo único que me desespera es la cantidad de aviones que pasan cada cinco minutos. Me voy a la sala y encuentro a Sarah y al señor, ambos sentados, pegados a una radio. Me acerco más pero no logro oír nada, así que solo espero a que ellos noten mi presencia y me digan qué noticias hay. Luego de un rato, se voltean y me miran, pero es el hombre el que toma la palabra:

—No es buena la situación. —Me mira directo a los ojos y agradezco que no me mienta.

—Muchos países están enterados, y ahora todos pelean por un puesto en este país —cuenta la anciana, y se nota que va a romper en llanto.

—No hay que perder la esperanza, porque muchos de ellos pelean por nuestra seguridad, ya se están enviando equipos de rescate.

—¿Y los ataques? —pregunto.

—Siguen activos, y esa es la peor noticia. Tres países están aliados con el atacante, así que no estamos en las mejores condiciones. Los puntos

principales de enfrentamientos son en la zona norte, luego el centro, y por acá se presume que pronto llegarán. Así que no tenemos mucho tiempo hasta que vayamos marchando.

«Ya no tenemos tiempo», pienso, y me lleno de miedo al considerar que Gus podría ya no tener oportunidad. Me recuesto en el sillón y escucho murmullos entre los señores. Ya deben ser las siete de la noche, porque hasta hace unos minutos seguía claro el cielo. Merendamos, y esta vez doy gracias porque no ha pasado nada malo hasta ahora. Pensar que ayer estuve corriendo más de lo que lo había hecho antes en mi vida, y ahora puedo descansar.

Los siguientes días son normales y con la misma rutina: desayunar, almorzar y merendar; desayunar, almorzar y merendar. Me pregunto cómo se encontrará Gus en estos momentos, si estará bien... O si, tal vez, ya no estuviese.

«No, él ya está en el refugio, esperándote».

Los señores me han tratado bien, no me retan y tenemos comida para unos cuantos días más. Ciertas veces pasan uniformados por las calles, pero ahora, aquí, ya no me da miedo. Debajo de mi cama hay un cuchillo, por si acaso llegasen personas al lugar. Pienso que no debería tener estas cosas, si, al final, tampoco sé usarlas.

«Y no debería usarlas».

En momentos aburridos, los señores me cuentan acerca de sus vidas. La anciana fue una excelente psicóloga y cantante. El hombre fue doctor, solo eso dijo. Ambos son hermanos. La mujer ha tenido cuatro hijos; dos de ellos, muertos a causa de los enfrentamientos ocurridos hace años. Los otros dos la han dejado sola, y ella tuvo que cargar con cuatro nietos, de los cuales no sabe el paradero. Hoy, viernes, solo aguardo, pero ya casi no tengo esperanzas. El militar tuvo que haber vuelto hace un par de días, pero nada.

—¿Cree que lo lograron? —le pregunto a la anciana.

—No lo sé, mi niño.

—¿Qué día es?

—Ya es viernes, y ustedes llegaron el lunes por la noche.

—No te hagas esperanzas —me dice el señor—. A estas alturas ya deben de estar muertos.

—¿No tendrá un teléfono?

—Las líneas están muertas, llamarlo es inútil.

Me quedo callado, pero la posibilidad de que Gus esté muerto me aterra. Escucho a la anciana cantar algo, pero no entiendo lo que dice porque está en

inglés. Después de unos minutos más aquí abajo, vuelvo a mi habitación, pero debo hacer algo, si no nunca llegaré a mi familia. Extraigo una caja grande que hay debajo de la cama, pero no encuentro nada. El sol ya no se hace presente a través de la ventana, así que cierro la cortina. Algo me llama la atención, algo que se esconde entre el armario y la pared. Me acerco y, de un tirón, extraigo un libro sin carátula, completamente negro. Lo abro y encuentro lo que, supongo, son poemas. Me acuesto en la cama para leerlo pero la letra es ilegible, apenas logro entender unos pocos versos. Uno dice:

«Perros innumerables me rodean,
y una banda de malhechores me acomete,
atan mis manos y mis pies,
se pueden contar mis huesos,
me observan y me miran,
se reparten mis vestidos, se sortean mi túnica.
Mas tú, Dios mío, no estés lejos,
ven en mi ayuda, fuerza mía,
libra mi alma de la espada,
libra mi vida de las fauces del león
libra un alma de los cuernos de los búfalos.»

Me parece bonito, aunque mi familia solo vaya a misa los domingos. Cierro el libro y lo dejo en la mesita junto a la cama. Me recuesto sin hacer nada, solo mirar la madera del techo. Si tan solo me diesen señales de humo bastaría, pero ya no creo poder volver con mi familia. En medio de todos mis pensamientos, me quedo dormido.

—¡Leo! —Es el hombre, que está moviéndome para que despierte—.
Leo.

Abro los ojos, parpadeo varias veces y me dice:

—Hay uniformados en estas calles. Ya llegaron.

—¿Qué? —pregunto, confuso y asustado—. ¿Quiénes?

Me fulmina con la mirada pero no dice nada.

—¿Qué está pasando? —insisto otra vez.

—Ya están limpiando completamente esta zona, apúrate. Nos vamos.

Por fin proceso lo que me está diciendo y, en efecto, están atacando. Escucho los sonidos de balas y, para mi sorpresa, no hemos sido los únicos refugiados, se escuchan gritos en las calles alrededor de este callejón. Me lleno de miedo, sobre todo por lo cerca que están los disparos.

«No pasará nada malo».

Bajamos las escaleras casi saltando. Veo a la anciana agachada al lado de la ventana y el señor cruza del comedor a la sala de un salto. Me hace señas con el dedo para que haga silencio. Asiento, de un salto llego a la mitad del camino y avanzo rápidamente hasta la sala.

—No te preocupes, no pasará nada malo —me asegura el hombre como si hubiera leído mis pensamientos.

—¿Qué día es hoy? —Es la pregunta más tonta que he hecho pero al menos quiero saber qué día voy a morir.

—Sábado. Diecisiete de marzo del dos mil catorce. Son las diez de la mañana.

Asiento, fue muy específico. Veo a la anciana al otro lado, cierra la cortina de un tirón y avanza hacia nosotros, llorando. Se ubica a mi lado y me acaricia el cabello. La miro, pero no le puedo decir nada.

—¿Qué hacemos? —pregunto con las lágrimas corriéndome por la cara.

—Nada, no podemos hacer nada —contesta él.

—Quizá si... —empieza a decir Sarah.

Pero no puede terminarlo porque un estruendo enorme inunda la casa. La pared del comedor se expande hasta volar en pedazos.

GUS

*Si no existe una luz en tu vida, no te preocupes, sabemos que en el principio todo era
caos y confusión.
Félix Villacís*

Lunes.

Martes.

Miércoles.

Jueves.

Viernes.

Los peores cinco días de mi vida. Han pasado tan lentos; lo único que podemos hacer es asomar la cabeza por la ventana. Hemos cambiado de lugar ya siete veces, y para nuestra mala suerte, hemos tenido que retroceder kilómetros, más de la mitad de lo que ya hemos avanzado; todo porque ahora los uniformados del sur trasladan sus bases más al norte, o al menos eso es lo que me ha contado el señor.

El día martes nos enteramos de los ataques. Primero decidimos cambiar de lugar, caminamos por horas hasta que encontramos un conjunto de casas inhabitadas donde nos establecimos, pero fue en vano. El mismo día llegaron las tropas con armamento, todo listo para asesinarlos a los que estábamos allí. Salimos de ahí en medio de las persecuciones y, desde las cinco de la tarde, caminamos por horas. Recordaba cada lugar porque ya habíamos pasado por allí. Perdí las esperanzas en esos momentos porque cada vez retrocedíamos más lo poco que habíamos avanzado, hasta que los uniformados dejaron de moverse hacia nosotros.

Llegada la noche, el señor hacía guardia porque no podíamos avanzar hacia nuestro objetivo sin ser baleados o aniquilados por una bomba. El siguiente día continuamos retrocediendo, ya sin ilusiones, hasta que nos topamos con un grupo de personas que se desplazaban hacia adelante. Les advertimos que los uniformados estaban avanzando hacia nosotros y que ellos serían una presa fácil, pero no nos escucharon.

Hoy ya no puedo más. Y no me refiero a lo que nos falta, sino a que nuestro objetivo se ve inalcanzable. Muerto de miedo, avanzo con ojos en la espalda para no tener que arriesgarme a recibir un balazo sin darme cuenta. El sol me quema la cabeza y no me he bañado desde que salí hoy en la mañana

—por suerte, en la última casa que estuvimos había tanques con agua—, y para colmo, el agua no estaba muy limpia que digamos. Recorro estos lugares no del todo destruidos, pero sí inhabitados —no sé adónde habrán ido todos—, y son muy pocas las casas que se conservan en buen estado. Son escasas las conversaciones que tengo con el hombre, porque si le hablara, lo único que le diría son insultos. No sé cómo está ahora Leo, pero si estuviéramos los dos juntos, tendríamos un hombro en el que apoyarnos.

Las horas pasan y es desesperante tener que seguir retrocediendo. Me asusto cuando diviso aviones a lo lejos —de guerra, supongo— y, luego de un segundo, inmensas nubes de humo se elevan hasta el cielo.

—¿Qué haremos? —pregunto, un poco dudoso.

—Volver. Es lo único que podemos hacer.

Volver. Haber recorrido tanto solo para volver. Si tan solo pudiésemos conseguir un auto... Pero por lo visto es muy riesgoso. A la distancia, escucho el sonido de explosiones y temo un poco al pensar que en cualquier momento alguna bala puede venir directo hacia nosotros. Pero con el militar aquí dudo que nos pase algo, o al menos eso espero. Doy media vuelta solo para ver el doble de filas de humo elevarse hasta el cielo

—¡Hey! —Se escucha una voz a lo lejos—. ¡Ayuda!

Entrecierro los ojos y distingo una figura adulta acercándose deprisa.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

No me dice nada, pero instantáneamente levanta su pistola y apunta hacia la persona, que ya está varios metros más cerca. Lo distingo bien y es un hombre, quizá de cuarenta años. Se detiene en seco, poniendo las manos delante.

—Necesito ayuda —nos dice—. No vengo a hacer daño.

—Y no te conviene hacerlo —responde el señor, apretando el arma entre sus manos.

Nos quedamos un rato en silencio. Lo observo, su apariencia es normal. Es casi tan alto como el militar y tiene una barba un poco grande; lleva un pantalón azul y una camiseta blanca. Al parecer, no ha pasado hambre ni sed, aunque es ilógico que lo haya hecho porque recién llevamos unos días en esta situación. Creo que no ha caído en cuenta de que el militar es del bando de los malos; a estas alturas, nadie se da cuenta de lo que hace.

—¿Cuál es tu problema? —pregunta mi acompañante.

—Huyo de la muerte, y creo que vosotros también —responde, jadeando.

—Lo hacemos, pero eso no nos asegura que no harás nada para atacarnos.

—¿Por qué os atacarían si no lleváis nada? —Tiene toda la razón. Hace varios días que dejé mi mochila y el señor lo poco que tenía. El abrigo siempre lo tengo amarrado a mi cintura—. Aparte, tienes un arma enorme, y con eso nadie se atrevería a hacerte algo.

—Tiene razón —le digo—. No tenemos nada que perder.

Asiente, luego dice mirando al caminante:

—Está bien. Puedes venir con nosotros.

—Gracias. En serio, gracias.

—No lo agradezcas —termina la conversación el señor.

El caminante nos mira en silencio, luego avanza hacia nosotros y me doy cuenta de que en la espalda lleva una mochila. Tiene la cara rayada y un chichón en la frente. Me mira y sonrío, yo solo lo observo. Le tiende la mano al uniformado y se saludan, luego damos media vuelta y seguimos avanzando.

—¿Qué fue lo que te sucedió? —pregunto.

—Es una larga historia. Les digo que no sé ni cómo sucedió esto.

El señor y yo nos miramos, pero me encojo de hombros; no vuelvo a preguntar porque sé que recibiré la misma respuesta. Todos los panoramas que hemos visto en este tiempo han sido horribles, unos peores que otros. Cuando llegamos a un conjunto de edificios, nos sorprendemos porque están intactos y, al entrar, salimos por las mismas, ya que el olor que había allí era insostenible. Ni siquiera vimos los cuerpos. ¿Cómo es que hemos sobrevivido así? A lo mejor hemos tenido suerte. Mucha suerte.

La luz empieza a bajar y la noche se acerca. Seguimos caminando, no sin antes voltear la cabeza para ver si alguien nos quiere atacar. Alrededor de una hora después, cuando el sol ya no está presente, pregunto:

—¿A qué hora descansaremos?

—Lo siento, Gus. Esta noche no habrá descanso.

«Maravilla de día», pienso.

—¿Cómo podíais descansar con esta gente atacando? —pregunta el hombre nuevo.

—Estamos, digamos, camuflados —contesta el militar jalándose el cabello—. Este y otro niño están a mi cargo, me prometí que los salvaría. Debo hacerlo.

—¿Y por qué? La vida de este no vale mucho que digamos.

—Gracias —replico, escupiendo las palabras—. No tenía que ser tan sincero.

—Yo de ti no hago otro comentario como este —el tono del señor cambia rápidamente—, porque por él te acogimos.

—Está bien —se disculpa—. No quería discutir.

—No hay problema.

«Pero sí lo hay».

—Por cierto, ¿cómo os llamáis? —pregunta para cambiar de tema.

—Yo soy Leopoldo —responde mi acompañante—, y este es Gus.

«Yo nunca le he dicho mi nombre», pienso, y es verdad. Entonces, si sabe mi nombre, no sé por qué todos estos días me ha dicho «niño».

—Yo soy Gregorio —se presenta. Lo bueno de esta pequeña conversación es que ya no tengo que identificarlos como «el señor».

—Bueno, Gregorio —continúa Leopoldo—. Será mejor que ya empieces a contar tu historia.

—Está bien. —Toma un respiro profundo y comienza—: Pues, como ustedes ya saben, todo empezó el día lunes. Estaba en mi trabajo, a muchos kilómetros de aquí, cuando todo sucedió. Salieron muchos «urgentes» en las noticias, pero cuando nos enteramos, ya era demasiado tarde. Aviones de guerra llegaron a la velocidad del rayo a varios lugares, todos al mismo tiempo. En ese momento, arribaron las fuerzas armadas, pero el ejército enemigo era mayor, casi el triple. Los aviones lanzaban las granadas desde lo alto. Todo se volvió confusión y caos en cuestión de segundos. Las personas evacuaban el edificio, pero los que nos encontrábamos fuera, vimos la muerte en su estado más puro.

»Muy pocos logramos salir, entre ellos, yo. Cuando estuvimos lejos de varios puntos de ataque, lo único que podíamos hacer era correr, pero había una multitud en las calles huyendo. Me di cuenta de que ya no teníamos esperanzas porque muchos militares nos tenían rodeados a casi cincuenta personas en un pequeño espacio.

»Empezó el tiroteo y yo estaba en el centro del círculo, así que cuando escuché el primer disparo, me tiré al piso. Sin saber qué hacer, rogaba por mi vida, por seguir viviendo, por ver a mi familia de nuevo. Luego de ese holocausto, los uniformados se fueron en un abrir y cerrar de ojos. En poco tiempo el lugar quedó devastado, lo único que se pudo escuchar fueron los avisos de que se necesitaban fuerzas en el norte. El país entero, en cuestión de segundos, estaba siendo aniquilado.

»No sé cómo estará mi familia, pero he perdido completamente las esperanzas. Tengo dos hijas gemelas, ambas llamadas María. Mi esposa

murió hace mucho tiempo en un accidente de avión. Ahora, mi meta es llegar hasta mis dos hijas que, lamentablemente, estudiaban en una escuela muy alejada de mi trabajo. Por lo que pude escuchar, solo la parte norte y sur, bien al sur, han sido atacadas. Así que aún tengo fe de que ellas sigan vivas. Y si muero, espero que ellas queden con buenas personas al final de todo esto. Los días siguientes al primer ataque he huido a cualquier parte segura. Me junté con personas que luego murieron y ahora estoy solo; no saben lo que es estar a la defensiva siempre y vivir con el miedo de morir por una bala en la espalda. Y lo repito, gracias por acogerme. Me gustaría que me contéis vuestra historia.

—Yo solo puedo decir que él me salvó —contesto, refiriéndome a Leopoldo.

—Entiendo, ¿y tú?

—Yo soy del bando de los militares —explica Leopoldo—, pero un porcentaje de ellos hemos decidido rescatar a los niños, a pesar de que muchos hemos fracasado. Bueno, yo por ahora no.

—Entiendo.

No digo nada, pero me apena mucho la historia de Gregorio. Mientras avanzamos, la noche cae como una cortina tapando una ventana; deben de ser las ocho. Durante este trayecto he visto cientos de cosas destruidas y docenas de personas muertas en el piso, pero lo peor es el olor. Deberíamos buscar ya un lugar para dormir, aunque no sea conveniente.

—Estás pensando lo mismo que yo —me dice Leopoldo—. Está bien, debemos buscar una casa que esté en buen estado para poder descansar. Llevamos caminando desde la mañana, pero lo bueno es que, por ahora, se ve algo en este lugar; quizá mañana no quede nada de electricidad.

Solo asiento y doy gracias porque al fin se da cuenta de lo mucho que hemos estado andando y del ardor en mis piernas. Avanzamos por un terreno baldío muy extenso hasta que llegamos a un gran grupo de casas inhabitadas. Elegimos una de dos pisos y entramos, no sin antes cerciorarnos de que nadie nos sorprenda. Voy directo hacia la cocina para poder recoger unas cuantas cosas que podría necesitar. Luego, abrimos la última lata de atún que nos quedaba y nos dedicamos a comer con Gregorio. Pasa una hora y solo escucho las conversaciones entre ellos. Me acomodo en un sofá pequeño en el que entro perfectamente. Entrecierro los ojos, viendo a un punto fijo, una vela. Me siento acogido por el silencio que se prolonga, me recuesto más y cierro mis ojos.

—Hasta mañana —nos despedimos todos.

—¡Gus! ¡Gus! —me despierta una voz gritando.

Abro un poco los ojos. Es Gregorio que está diciendo algo pero un estruendo no me permite escucharlo bien.

—¿Qué pasa? —Es lo único que alcanzo a preguntar.

—Los uniformados ya están en esta zona. Están derribando todo.

Salgo del trance y me incorporo de un salto. Lo primero que hago es levantarme y ponerme los zapatos. Miro a mi alrededor, pero solo me acompaña Gregorio. Empiezo a temblar de miedo y desesperación y temo quedarme en blanco.

—¿Qué hacemos? —pregunto un poco aturdido mientras me restriego los ojos.

No dice nada, solo me levanta con los dos brazos. Pronto, ya estamos al otro lado de la casa, pero sigo sin ver a Leopoldo. Ahora escucho mejor los sonidos e instantáneamente me doy cuenta de que son bombas.

—Bájame —le pido—, puedo andar solo.

Lo hace y se estira. A través de la ventana observo a los uniformados correr en nuestra dirección. Ahora sí que estamos en aprietos. Me acerco más al vidrio y veo a personas normales siendo asesinadas por los militares. Ahogo un grito, pero aun así la pena me inunda. Miro a Gregorio y está igual que yo, solo que menos asustado.

—¿Dónde está Leopoldo? —pregunto.

—Apenas escuchó aproximarse a los uniformados, fue en busca de un auto, pero es inútil, no sé de dónde sacará uno a estas alturas. Debemos salir rápido de aquí o estaremos fritos.

Asiento. Él se va caminando hacia el otro lado de la casa, pero cae al suelo de un salto. Una bala agujerea la puerta y da en la pared. Ahora sí estoy aterrado.

—¡Subamos! —ordena Gregorio—. Nos iremos por los techos. Estas casas están muy pegadas, sobre todo en el tejado.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste. —Y en un segundo desaparece por las escaleras.

No tengo más remedio, así que lo sigo. Escucho el sonido de sus pasos en los escalones y en un instante, ya estamos en otra escalera que da al tejado.

Subimos, y ahora puedo ver cómo está el panorama. Creí que éramos los únicos en esta zona, pero por lo visto mucha gente ha estado por aquí, ya que las veo correr en todas direcciones. Sin embargo, los soldados son suficientes para matar a la mayoría. Hay un hombre que, con un bate, golpea a un militar, lo deja inconsciente y le quita el arma. Empieza a disparar en varias direcciones y los uniformados van cayendo al suelo.

«Vaya, en los videojuegos pasaban estas cosas».

—¡Gus! ¡Agáchate!

No dudo. Me tiro al suelo instantáneamente y escucho una serie de balas volar por los aires. Me pongo a llorar, aunque me siento orgulloso porque es la primera vez después de varios días en esta situación que lo hago. Mi felicidad dura poco porque sé que quizá esta sea la última vez que lllore o me sienta feliz. Miro a Gregorio de pie y me llama:

—Vamos, ganemos tiempo.

Me levanto deprisa y noto la distancia entre un tejado y el otro; no es mucha, pero aun así tengo miedo de no lograrlo. Escucho los gritos y las balas a mis espaldas, junto a mí y al frente. No sé cómo saltaré.

—Primero iré yo —me dice Gregorio— para que veas cómo debes hacerlo.

Asiento. Gregorio se gira, se encoge y salta. Lo logra, pero ahora el verdadero reto está en que yo lo haga. Estamos en un lugar con muchas casas cerca, hasta con una iglesia a mi izquierda, pero las balas vuelan desde mi derecha. Desde aquí arriba observo que los militares avanzan en una sola columna ordenada y no dispersándose; eso es algo que podríamos aprovechar.

—¡Gus! —me grita Gregorio desde el otro lado—. ¡Deja de pensar tanto y salta!

Me preparo, aunque con muchas dudas; ruego al cielo para lograrlo, me encojo y de golpe salto hacia arriba y adelante. Veo la distancia entre el suelo y yo, y me aseguro que esta será la primera y última vez que hago esto. Llego al otro lado y aprieto los dientes para aguantar el grito de dolor. Mis rodillas y mis piernas sufren un calambre porque caí mal. Gregorio no nota mi dolor, sino que avanza hacia la otra punta del tejado de la casa. Lo sigo y ya estamos ambos en el extremo. Algunos militares desperdician municiones disparando a las ventanas, parece que lo están disfrutando, como ese día en la escuela cuando estábamos siendo acorralados por el uniformado. Saltamos otra vez, y ahora lo hago bien. Se repite el proceso sin problemas y nos

detenemos, esta vez en el borde de la última casa de la cuadra. Las piernas me laten por el dolor y no sé si lograré seguir.

—Mira. —Gregorio señala un auto que viene en dirección hacia nosotros.

—Es Leopoldo —exclamo, emocionado. Pero lo raro es que viene con un vehículo militar—. Vamos.

Un objeto redondo cae al otro extremo del tejado. Lo observo, pero no distingo nada: no se ve bien y no sé de dónde viene.

—Mire —advierdo—, ¿qué es?

Antes de que pueda responderme, una fuerza colosal eleva el techo, y a nosotros con él. Me siento como un gimnasta olímpico que da vueltas muchas veces. Siento que me muero y muchas imágenes pasan por mi cabeza. Los gritos me envuelven por completo y tengo la sensación de que jamás caeré, hasta que por fin termino golpeando el piso con fuerza. No puedo abrir los ojos y estoy muy aturdido. Quizá si...

—¡Gus! —grita una voz—. ¡No hay tiempo para que mueras, vámonos!

«Qué bonito sonó eso».

Es Leopoldo que se acerca corriendo, aunque está muy lejos. Los sonidos de balas se intensifican pero ninguna lo alcanza.

Miro a mi lado y ahí está Gregorio. Tiene la cara ensangrentada y una vara está enterrada en su abdomen. Grito más y más fuerte hasta que ya no siento mi voz

—¡Gregorio! —vocifero por última vez y la tristeza inunda hasta la última parte de mí—. Por favor, no te mueras.

Él me mira. Soy lo último que él verá en su vida.

—Dile a mis Marías que las amo, y que sobrevivan —me pide y sollozo más fuerte—. No llores, solo hazme ese favor.

Asiento. Llega Leopoldo, pero sé que ya no podemos ayudarlo. Llora desconsoladamente, pero esta vez es por el dolor que tengo en el cuerpo. Siento como si me hubiera roto el brazo, o lo que sea, porque me dan ganas de arrancarme el cuerpo para que cese la tortura. Leopoldo me carga y nos alejamos, yo en su espalda mientras él corre en medio de las balas, el llanto y el humo. Giro la cabeza para verlo por última vez y ahí está, con una sonrisa en su cara.

Muerto.

—Se fue —me lamento—. Gregorio se fue.

—Lo siento, pero sabes que no podemos hacer nada.

Lo miro pensando en lo insensible que es, pero quizá tenga razón, ahora

los sollozos no me ayudan en nada. Recuerdo que fue lo mismo que me dijo cuando murió Franco. Muchas personas se topan con nosotros, los uniformados se están quedando atrás. Me duele todo, hasta los cabellos, y ni siquiera sé si podré caminar luego de esto.

—¿Adónde vamos? —pregunto aguantando las lágrimas.

—El auto está cerca, llegaremos pronto. Estamos muy cerca de Leo, Gus. Tenemos que ir con ellos.

Llegamos al auto, me deposita en el asiento y, con el dolor de mi alma, me abrocho el cinturón de seguridad. Corriendo, entra en la cabina y pisa el acelerador. Escuchamos las balas intensificarse pero nos alejamos cada vez más.

—¿Cómo consiguió este auto? —pregunto.

—Fue fácil engañarlos, pero el efecto duró poco. Debemos irnos ya.

—¿Adónde vamos? —Trato de enderezarme en el asiento, el dolor empieza a pasar un poco.

—Estamos muy cerca de Leo y Sarah, así que tenemos que ir a verlos.

—¿De verdad? —pregunto mientras el auto acelera más y más.

—Sí, así que volverás a verlo.

«No puedo creer que esto esté pasando».

—Toma —me dice, entregándome un arma—. Úsala en caso de emergencias.

—No sé usarla. Usted tómela —respondo, indiferente. Pero la verdad es que no puedo ni girar la cabeza. Deposita el arma en mis piernas y me mira un par de segundos. Al parecer las cosas no saldrán bien hoy.

«¿Para qué quiero yo un arma, si apenas puedo mover el brazo?».

—Yo seré el primero al que dispararán —me dice—. Tenla tú, nos estamos acercando más a donde está Leo.

No puedo rehusarme, así que cierro los ojos y ruego al cielo que no nos maten.

Jamás olvidaré este día.

—¿Qué día es hoy? —pregunto.

«Hoy no es un buen día para morir», pienso, como dijo el protagonista de una de mis películas favoritas.

—Sábado. Diecisiete de marzo del dos mil catorce. Son las once de la mañana.

Asiento, me atrevo a preguntar algo más, aunque algo me detiene. No tengo los ojos muy abiertos así que siento que el mundo da vueltas, pero

reacciono demasiado tarde.

El auto se está volcando.

LEO

Si nos dedicamos a buscar la luz donde sabemos que no está, viviremos con la frustración de no haberla buscado donde debimos.
Félix Villacís

Pedazos de la pared se esparcen por todo el lugar y caigo al suelo, golpeándome. Miro a mi alrededor buscando a Sarah y la encuentro al otro lado de la sala junto con el señor, ambos agarrándose la cabeza y arrugando la cara. No sé en qué momento me separé de ellos.

—¡Leo! —me gritan desde el otro lado—. ¡Muévete! Debemos irnos.

Me quedo estático. Muchas cosas están pasando a la vez. Luego de varios segundos con mi mente en blanco, avanzo hacia ellos, y al llegar, me doy cuenta de que ella está llorando y él trata de consolarla. Sin nada que hacer al respecto, me dispongo a preguntar:

—¿Qué hacemos?

«Vamos a quedarnos aquí a cantar una canción mientras nos matan, estúpido», me arrepiento de haber preguntado.

—Huir, y rápido —responde el hombre—. Saldremos y, si podemos, nos escabulliremos para tomar otro callejón, de esa manera nadie nos notará.

—No —se rehúsa Sarah—. Huid vosotros. Yo solo os retrasaré.

Me quedo mirándola. Antes pensaba que ella seguiría luchando por buscar a sus nietos, pero ahora me doy cuenta de que no. Ya perdió la esperanza.

«Pero ¿quién no lo haría? Estamos rodeados por la muerte».

—¿De qué hablas? —Creo que ahora está más desesperado que antes—. No me hagas perder la paz y vámonos.

—Iré —acepta—, pero si vosotros estáis en peligro, yo me sacrifico. Es lo único que pido.

Los dos asentimos. Sin discutir más, salimos y corremos por el callejón sin contratiempos. Luego de un par de segundos, la casa en la que estábamos estalla junto con la de al lado. Cierro los ojos para no imaginar lo que hubiese pasado si nos quedábamos un rato más allí. Seguimos huyendo hasta que el callejón se acaba y llegamos a una avenida. Hay unas cinco personas corriendo calle arriba, y por alguna razón, aquí el ambiente se siente un poco más tranquilo. No sé en dónde están atacando y me siento igual que hace

unos días en la escuela.

—¿Y ahora? —pregunto.

—No lo sé —responde la anciana.

De repente, las balas llegan hasta las ventanas a nuestro lado. Me asusto, pero en un instante ya estoy corriendo con la anciana y el señor calle abajo.

«Al parecer hablé muy rápido».

En el peligro, me encuentro con nuevas personas, las cuales cambian de dirección. Volteo solo para ver a uniformados correr y disparar en varias direcciones. Llegamos a un pequeño parque y nos encontramos con tres autos militares. Automáticamente cambiamos de dirección, no sin antes observar un poco. Las personas son atrapadas, pero no asesinadas, lo cual me parece un poco extraño.

—¿Por qué no las matan?

—¡Vámonos, Leo! No esperemos a estar así.

Cambiamos de sentido y avanzamos con sentido fijo. Las balas siguen sonando, y hasta ahora escucho otro estruendo fuerte.

«Corre como nunca lo has hecho, Leo».

Honestamente, no sabía que había tanta gente por aquí.

—¿Hacia dónde vamos?

—Estamos corriendo hacia el sur, por donde se fueron Leopoldo y Gus — contesta el señor, agitado—. Por ahora solo debemos huir, si no seremos un muerto más tirado en el piso.

Asiento, pero lo que más me preocupa es la anciana; en un momento se la ve tan cansada... Pero ella dijo que seguiría. Noto que baja la velocidad hasta que se queda en pie, jadeando. Me detengo de golpe y avanzo hacia ella. Al llegar, el sudor recorre mi espalda y distingo la expresión de dolor en su rostro.

—No puedo más —dice.

—No, sí puede. Si tan solo...

No termino de decir la oración. En secuencia, tres casas explotan y sus escombros vuelan por todas partes. Las personas corren todas hacia nosotros. Desde donde estoy, miro a los uniformados venir en nuestra dirección con las armas levantadas, riéndose. Lo disfrutan, como si fuésemos topos a los que deben aplastar. Me lleno de odio y tristeza, y trato de buscar una solución rápida.

—¡Moveos! —ordena el señor—. U os dejo aquí a vuestra suerte.

«No sería capaz».

—Iros de aquí. —Sarah se arrodilla y le dan arcadas—. Solo os estoy retrasando.

La miro. Ella se recuesta y dice algo que no alcanzo a escuchar. No puedo dejarla aquí así, sin ninguna cosa y sabiendo que no hago nada; estoy decidido a quedarme.

—Yo también me quedo —anuncio con la poca voz que me queda. Me tiemblan las piernas pero no sé si será por el cansancio o por el miedo a morir. No tengo idea de qué haría mi papá en este caso, pero esto es lo que haré yo—. Así nunca llegaré a mi familia.

El hombre nos mira con una expresión de enojo, pero, a la vez, con pena. No dice nada, luego da media vuelta y se va. Todo se ve de una manera inexplicable y Sarah está llorando. La pena me inunda y rompo en llanto, también.

—No tenías que hacerlo —me habla por encima de todo el ruido y los gritos.

—Sí debía —replico, secándome las lágrimas. Trato de mostrarme valiente, pero a quién quiero engañar, no tengo ni un gramo de valentía.

Sin embargo, sucede algo increíble: los autos militares pasan a dos cuadras y no nos hacen nada a los pocos que estamos aquí, simplemente siguen de largo.

—¡Se están yendo! —grito, emocionado.

—Sí, mi niño, lo hacen.

Se levanta con esfuerzo, mira a su alrededor y asiente.

—Vámonos —ordena.

—¿No está cansada? —pregunto, confundido.

—Tú has decidido quedarte por mí, así que yo avanzaré por ti.

No digo nada porque no tenemos otra opción. No veo rastros del otro señor.

—Pero ¿por qué dejó que él se fuera? —pregunto confuso.

—Porque sí. A dos cuadras de aquí los uniformados no están, podemos avanzar hasta allá. Pero hay una cerca enorme que separa esas cuadras, te ayudare a subir.

—¿Y usted?

—Como te dije, ya viví lo suficiente —responde con una sonrisa—. Ahora levántate, no tenemos tiempo.

Asiento, me pongo de pie y avanzo con ella por un pequeño pasadizo entre la cuadra. Volteo a ver y no hay nada fuera de lo normal, pero lo que

me preocupa son las balas que suenan mucho más fuerte. Desde el lugar en el que estoy sigo viendo personas que huyen pero desaparecen instantáneamente. Corremos un par de cuadras hasta que llegamos a la cerca de la que hablaba. Es el final de la cuadra y al otro lado hay más casas, pero estas parecen un laberinto. La malla se eleva siquiera unos tres metros y en realidad necesito ayuda para poder subir.

—Tú sube.

Sé que no puedo negarme porque ese es el trato. Mi vida a cambio de la de Sarah.

—¿No podemos derribarla con algo?

No me responde, solo entrelaza los dedos de las manos haciendo un pequeño escalón.

—Pon el pie, te impulsas con todas tus fuerzas y saltas al otro lado —me ordena, mirándome fijo.

Trago saliva. Asiento y pongo el pie.

—Solo recuerda que... —empieza a decir cuando suenan dos balas. Sus ojos lanzan un brillo que no puedo explicar y no entiendo que está pasando.

«Sarah...».

La sangre empieza a salir de su boca y sus ojos se quedan abiertos como platos.

La observo, está muriendo.

—¡No! —grito, e instantáneamente las lágrimas brotan de mis ojos—. No, no te mueras. Sarah, por favor...

Su rostro se relaja y, en medio de todo el dolor, su boca forma una sonrisa.

—¡Sarah! —grito de nuevo y la zarandeo. Intenta decirme algo, pero lo último que hace es guiñarme un ojo.

Ha muerto.

Suenan dos disparos más, pero pasan rozándome, no atinan. Me tiro al suelo encima de Sarah, todavía llorando. No me quiero mover, ya no quiero correr más. ¿Cómo puede alguien tan bueno como ella morir por mí, cuando ni siquiera me conoce lo suficiente? Detesto esto, la diversión que sienten ellos al atacarnos sin piedad. El último de los uniformados que disparaban hacia aquí se va. Me levanto llorando y volteo; hay un par de personas detrás de mí, muertas.

«¿Cómo es que no los vimos?».

Por obra del cielo, veo una rasgadura hecha al otro lado de la reja: una

pequeña puerta. Imagino que no llegó a ser utilizada al ver personas muertas a apenas unos centímetros de ella. Me apresuro hacia allí y descubro que se puede abrir más. Con un fierro que le saco de la mano a uno de los cuerpos golpeo la reja hasta que el agujero se amplía lo suficiente para poder pasar. Cruzo y me parece raro ver al otro lado gente caída. Avanzo hacia donde estaban los uniformados que, para mi suerte, no están.

Sigo escapando hacia lo que yo creo que es el sur. Deben de ser las once de la mañana porque el sol está casi en lo alto. Avanzo sin rumbo fijo, pero con la meta de estar fuera de peligro. Entro en un callejón demasiado largo, lo recorro hasta el final, revisando en los espacios por si hay alguien.

«Sarah...». Todavía sigo llorando, siento que todo se desmorona. Ya casi no se escuchan balas y la última explosión que escuché fue la de las tres casas.

Camino muchos minutos, siempre en la misma dirección. Aún no asimilo del todo lo que ha sucedido. ¿Qué haré ahora? No tengo adónde ir, y ni siquiera sé cómo llegar al refugio. No conozco a nadie y ya perdí las esperanzas de reencontrarme con Gus. Me detengo un rato para llorar y mi cabeza empieza a latir por el dolor. Tengo las ropas manchadas de sangre, la de Sarah. No debería estar aquí. Me levanto para caminar sin punto fijo, pero me falta el aire y las piernas me duelen.

Ya no escucho ni un solo sonido por parte de los uniformados, ni siquiera sé si todavía están por aquí. Creo que ya se han ido, pero el dolor me impide correr. Llevo caminando un largo rato y, aun así, este callejón no se acaba. Todavía está intacto, pero sospecho que no se mantendrá así mucho más.

«Debería quedarme aquí hoy —medito—. Total, si me matan daría igual».

Paso cerca de una casa color marrón y me muero de pena al ver en la puerta un enorme cartel con globos desinflados que dice: «¡Bienvenido, Cesar!».

«Así debieron de estar en casa los demás esperando a Hellen».

Las siguientes casas de por aquí son idénticas, como si los dueños se hubieran puesto de acuerdo para construirlas: tejado rojo, solos dos ventanas sin cortinas y un pequeño balcón en el segundo piso.

Pasan los minutos y no dejo de llorar, quizá es así como se sienten los niños que salen en las noticias; así es como me siento yo ahora.

«Gus, espero que lo hayas logrado».

De repente, en todo el dolor y el inquietante silencio, veo una sombra

moverse entre dos de las casas y me detengo en seco. Doy cada paso lentamente y, como hay un espacio pequeño entre cada casa, debo mirar hacia todos lados. Escucho unas risas en uno de los escondites pero no veo a nadie. Me asusto un poco, pero el —o los— que me están viendo, deben saber ya que no cargo nada.

—Hey —digo—. ¿Quién anda ahí?

Nadie contesta. Me acerco, esta vez corriendo, hacia el frente pero sin ver a los lados, hasta que una mano me agarra de la camiseta, me acerca hacia su cuerpo y me rodea con el brazo.

—¡Suéltame! —grito dando patadas.

Me tapa la boca con la mano y noto que no me quiere hacer daño.

—Cállate —me susurra una voz demasiado aguda para ser la de un hombre adulto—. Pronto vendrán por aquí.

Me quedo quieto porque es lo único que puedo hacer. La persona que me tenía agarrado me suelta y, entre jadeos, avanzo dos pasos hacia delante. Volteo y me sorprende al ver que no es un adulto, sino un niño, más grande que yo, pero que no debe de pasar de los doce años.

—Tu nombre.

—Leo —contesto—. ¿Y el tuyo?

—Bien, Leo —continúa sin responderme—. No tenemos tiempo así que debemos irnos.

Mientras habla, sale otro grupo de niños de entre los callejones —supongo que son los que se estaban riendo—. Son de mi estatura, y hay tres niñas. Todos se me quedan mirando y luego sonrían.

«¿Cómo es que están ustedes aquí? Quizá ya estoy alucinando».

—Bienvenido, Leo —habla uno que está cargando una mochila en la espalda—. Mi nombre es Christopher.

Asiento con una sonrisa a pesar de que desconfío de ellos. Voy a decir algo, pero el que me atrapó se adelanta:

—Basta de saludos. Todos vengan. Es hora de salir de aquí.

Los demás aceptan, pero yo no hago nada. Son un grupo de nueve niños, y es un poco reconfortante, pero no sé cómo han sobrevivido en medio de todo esto. No veo a ningún adulto cerca y no puedo imaginar cómo habrán pasado estos primeros días. Todos nos agrupamos, desordenadamente, pero lo hacemos. No sé si decirle algo a alguien, pero me siento verdaderamente incómodo por el silencio ya que ellos no son como Gus. ¿Cómo es que están tan organizados? Es como si supieran lo que hacen, tanto que no parecen

niños como yo.

«Tú solo quédate con ellos. Gus no volverá, así que intenta no decir nada».

Obedeciéndome, los sigo hasta salir a una cuadra, donde continuamos hacia el sur. Llegamos hasta una calle casi principal y allí observamos todo devastado: personas y animales sin vida, todo destruido. Entre los niños ya distingo a algunos, como el de lentes que me dio la bienvenida; hay tres chicas —dos gemelas y una más—, pero no se me acercan. Hay un niño que es muy callado, así que no le he hablado. Luego noto a tres más: el que me atrapó, uno que parece que siempre está bailando y chasqueando los dedos y otro que siempre está feliz. Y, por último, uno moreno con ojos raros.

—¿Por qué tienes sangre en la camiseta? —me pregunta una de las gemelas.

—Caí sobre una mujer muerta —«Sarah»—. Están matando gente cerca de aquí y terminé solo. Deberíamos estar corriendo.

—Sí, lo sabemos. —El líder es quien responde ahora—. Pero por aquí ya no hay nada. Sin embargo, tienes razón, debemos acelerar el paso.

Todos aceptamos.

—Por cierto... ¿Cómo es que habéis...?

—Luego te contaremos. Vamos, debemos avanzar más rápido.

Todos trotamos en dirección hacia el sur, por donde supongo se fueron el militar y Gus el lunes. Mientras avanzamos, notamos aviones de guerra pasar. No me asusto porque para mí ya es normal, pero los otros hacen comentarios y los señalan, aunque no lo entiendo, ya que imagino que también debería ser normal para ellos. Observamos humo a poca distancia de donde estamos, así que decidimos escondernos unos instantes. Mientras lo hacemos, autos y camiones de guerra pasan cerca de nosotros, pero no se detienen. Desde las ventanas, explosivos son arrojados, caen en parte de las calles y, al instante, explotan, arrasando una gran parte de las casas cercanas.

«Así es en los videojuegos. Siempre he sido del bando malo».

No tengo ni idea de si mis padres habrán pasado esto, pero lo más seguro es que sí, y el imaginarlo me provoca un nudo en la garganta.

—Avancemos —ordena el que parece ser el líder—. Falta poco para el mediodía.

Nadie dice nada, solo nos movemos. Mientras lo hacemos, el panorama empeora: más gente muerta, casas derribadas, humo por todas partes... Pero algo nos llama la atención. Un estruendo ocurre calle abajo y la curiosidad

me mata. Corro hasta llegar allí y veo un vehículo militar volcado. Atrás de él, más camiones y autos salen como el rayo e instantáneamente me escondo detrás de unos cubos de basura. No sé por qué han dejado a sus compañeros accidentados, así que debo averiguarlo. Los militares están asomados por las ventanillas riéndose a carcajadas, burlándose de nuestra desgracia. Uno de ellos empieza a disparar hacia el cielo, gritando:

—¡Esto es lo que quieren, muerte!

Ya no sé si sentir odio o tristeza, quizá ya no sienta nada después de esto. Cuando se van, todo queda en silencio y el grupo se acerca corriendo, el líder con cara de endiablado me dice:

—¿En qué demonios estabas pensando? ¡Pudo haber muerto cualquiera de nosotros!

—Pero no ha pasado, cálmate —replica el chico callado en mi defensa.

—Basta de peleas. —Cris, que llega jadeando, trata de calmarlos—. Veamos qué les ha pasado a estos.

—Me parece bien —acepta una gemela.

—Hasta que alguno de nosotros muera, no dejaréis de hacer cosas estúpidas —nos reprende el líder.

—Ya lo hemos oído varias veces —contesta la tercera niña—, y todavía seguimos vivos después de este par de días.

—Al diablo —se rinde el cabecilla—. Nunca aprenderéis.

Ignoro lo que dicen y me acerco hacia el vehículo. Todos me siguen y, un poco dudoso, observo su estado.

«¿Qué hago aquí viendo este auto?», me pregunto, pero la curiosidad me consume porque parece que esto estallará.

Con dudas, me arrodillo, pero es difícil ver lo que hay dentro. Hasta que distingo, por fin, algo. Al parecer, recién se ha volcado, porque hay unas manos casi puestas en el volante, pero nada más.

Ahogo un grito, hay un niño y un hombre ahí dentro. Parecen muertos, pero sé que no lo están. Son Gus y el militar que nos salvó.

—¡Es Gus! —grito emocionado y me levanto de un salto. Muchas imágenes se cruzan en mi cabeza en segundos.

—¿Quién? —pregunta Christopher.

—Gus —repito, impaciente—. Venid, ayudadme a sacarlo.

Me acerco de nuevo y empiezo a jalar la puerta. Mi amigo, como es pequeño y, además, llevaba el cinturón, no ha salido volando del asiento.

—Espera —me detiene el líder—. Puede estar mal. Un movimiento en

falso y él muere, así que saquémoslo entre tres con cuidado.

—Está bien —aceptamos Christopher y yo al mismo tiempo.

Él se acerca y se arrodilla con nosotros. Me muevo un poco en diagonal para dejar espacio para cuando Gus sea liberado. No me preocupo por cómo está el militar. Aunque sea un poco egoísta de mi parte, mi amigo es lo primero.

—Bien, chicos —llama el líder—. Lo levantaremos cuando chasquee la lengua.

En el momento que da la señal, lo alzamos con cuidado. Miro su cara, hay un pequeño corte en la mejilla, con la sangre aún fresca. Tiene moratones en el brazo y en el cuello; el cabello está revuelto y hay sangre en las piernas y brazos. No sé por qué hay sangre si no tiene heridas peligrosas. Por un momento pienso que está muerto, pero siento como respira. Miro a nuestro alrededor por si algún uniformado está en camino, pero los pocos que estaban aquí ya no lo están. Al mirar a Gus se me hace un nudo en la garganta: nunca tuvo que irse, de haber sabido que esto pasaría, me habría aferrado tanto que no nos habrían separado. Avanzamos cargándolo un par de metros y lo dejamos en el piso, ubicamos delicadamente su cabeza en el pavimento y me quedo en blanco. Escucho las voces de los demás detrás de mí, todas preguntando con curiosidad quién es.

«Vamos, Gus. Por favor, tú no puedes estar muerto».

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto.

—Esperar a que despierte —responde Cris—. Aunque puede que no lo haga.

Trago saliva. Mi único bastón desde que empezó todo esto ha sido él. Se me llenan los ojos de lágrimas y el resto se queda en silencio.

—Hay que traer agua —sugiere el niño callado—. Vamos, Leo. No se despertarán solos el chico y el otro señor.

«El otro señor», pienso, y abro los ojos como platos.

—¿Qué, qué pasa? —pregunta Cris.

—El otro hombre. Tú ve por agua. Por favor, ayudadme a sacarlo.

«Aunque no sé de dónde sacarán agua en este lugar».

El líder avanza conmigo, llegamos al otro lado del auto y nos agachamos. Abrimos la puerta de un tirón y él se acerca primero. Revisa lo que hay dentro y se aleja, mirándome fijamente.

—Lo siento. Ya murió.

Trago saliva. Me acerco y veo una línea de sangre recorrer su garganta.

Ahogo un grito, y el cabecilla me pone una mano en el hombro, como un padre que apoya a su hijo al ver a su perro muerto. No sé cómo puede estar tan tranquilo si apenas es mayor que yo.

—¿Lo conocías? —me pregunta.

—Sí. Él nos salvó a mí y a Gus.

—En serio lo siento.

El líder se aleja unos pasos y me quedo sentado. Ahora sí que Gus y yo tenemos un gran problema. No sé dónde queda el refugio al final de la provincia, así que no llegaremos nunca. Mucho menos al del sur de la frontera. Me rasco la cabeza desesperadamente y me lleno de rabia. Empiezo a llorar, pero no porque el señor haya muerto, sino por la frustración y la impotencia de no poder hacer nada ahora. Recuerdo cuando me preguntó cuál era el precio de mi vida y yo no sabía qué responder, ahora sé que una parte del precio fue la vida de él.

—¡Hey! —nos grita una de las gemelas desde el otro lado—, está despertando.

En un segundo, ya estoy de pie y avanzo rápidamente hacia ellos, que están rodeando a Gus en un pequeño óvalo. Me arrodillo para ver mejor y esperar una respuesta.

—Leopoldo —susurra Gus—. Leopoldo, por favor.

—¿Qué dice? —pregunta una de las niñas.

—Es un nombre —contesta Cris, sosteniendo un balde roto con agua.

«¿De dónde la habrá sacado?», pero eso no importa ahora.

—Gracias, genio —le replica la chica sarcásticamente.

—Al diablo —responde Cris, e inmediatamente lanza el agua hacia Gus, cayéndole en toda la cara. Me doy cuenta de que es agua sucia. Me espanto un poco, pero se me pasa.

Gus abre los ojos como platos y se sienta en un dos por tres. Noto el dolor que siente al incorporarse, pero sonrío al ver que se encuentra bien, a excepción por la cortada en su cara y de todos los golpes y la sangre.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? —pregunta, desorientado.

—En Narnia, yo soy el León —hace un chiste uno de los niños.

—Cállate —le replica otro—. No le creas, Harry. Aún no llegamos a Hogwarts.

—¿Narnia? ¿Hogwarts?

—Gus, Gus —le digo—. Soy yo, Leo.

Me mira y se tira de nuevo al suelo con los ojos abiertos, pero esta vez se

golpea fuerte con el piso. El alivio de encontrarlo de nuevo es reconfortante, como si recién hubiese tomado agua luego de un día caluroso. Con mucho esfuerzo, se sienta. Le paso agua, la bebe y sonrío, mirando a todos alrededor. Unos asienten, y los miro a todos, detenidamente. Parecen una familia que solo lleva junta una semana.

—¿Dónde está Leopoldo?

«El uniformado es Leopoldo».

Lo miro al líder y él cierra los ojos lentamente. Trago saliva.

—Murió. —Yo aún no lo creo. Siento que mis ojos se humedecen—. Lo siento, Gus, quizá tú lo conociste mejor.

Empieza a llorar y todos nos quedamos viéndolo en silencio. Debería echarme a llorar porque él fue quien nos salvó y ahora está muerto. Pero desde que vi a Franco y a Sarah morir, esto ya no me lastima tanto.

—Esto es normal —lo consuela el líder, como si me hubiese leído la mente.

—¿Tú qué has de saber? —pregunta Gus, furioso e impotente.

—Mi familia murió cuando empezó todo esto —responde, y se me hace un nudo en la garganta—. Sé perfectamente lo que sientes.

Gus alza la mirada y nos mira a todos, avergonzado. El silencio continúa hasta que me doy cuenta de que llevamos minutos de pie.

—No te preocupes —rompe el silencio el cabecilla—. Así que vámonos, no queremos que esta gente vuelva y nos termine de matar a todos.

—Espera —lo detiene—. Hay algo en el auto que nos puede servir, ya vuelvo.

—Si quieres, puedo ir a verlo —sugiero.

—Debe de estar entre mi puesto y el de Leopoldo, Leo.

Miro el auto y avanzo trotando. Me agacho para ver lo que Gus ha dicho que busque y, con dificultad, me arrastro en el auto. Me detengo para mirar a Leopoldo, y al ver como la sangre ha ido corriéndose por su cuerpo, me estremezco. Sigo observando el piso —mejor dicho el techo— y encuentro un arma enorme. Me pregunto si esto será a lo que se refería Gus, pero no veo nada más. Retrocedo sin quitarme de la cabeza la imagen de nuestro salvador y agradezco que no sea Gus el que está allí. Me levanto y vuelvo hacia donde están los demás. Todos me están mirando como si hubiese ganado una competencia y cargase mi premio, pero esto no es un juego, y esta arma no es ninguna recompensa que quisiera recibir.

—Me la dio —nos explica— para que la utilizara si pasaba algo malo.

—Pero no sabemos cómo usarla —advierde el chico tímido—. Podríamos matar a alguien por equivocación.

—Chicos —nos llama el que siempre está feliz—. Tomadlo suave, todavía no muere nadie.

Todos nos quedamos mirándolo, y sobre todo el líder, que lo está fulminando con la mirada. O está loco, o aún no reacciona sobre lo que está pasando.

—Mejor vámonos —sugiere la niña pálida—. Antes de que pasemos peligro de nuevo.

«Debería aprenderme sus nombres».

—Tienes razón —concordamos Gus y yo al mismo tiempo—. Tenemos que ir al sur. Ahí hay un lugar seguro, al que nos dirigíamos.

—¿Lugar seguro? —preguntan algunos a la vez.

—Sí —responde Gus—. Luego os contaremos.

Nadie dice nada, así que el cabecilla toma la palabra de nuevo:

—Bien, tengo un plan para avanzar sin ser vistos.

—¿Avanzar a dónde? —pregunta Gus.

—No lo sé. Solo sé que debemos irnos a un sitio seguro.

—Ya les dijimos que sabemos de uno.

—Bueno —habla Cris—. Será mejor que vayáis hablando. Es la una de la tarde.

Mientras caminamos —un poco lentos por Gus—, contamos lo que ha pasado desde que empezó todo: el señor que nos ayudó, el lugar en donde me dejó. Les hablamos, también, acerca del conflicto y sobre lo más importante: el lugar seguro.

—Así que ese es vuestro plan —indica el líder tocándose la barbilla.

—No es un plan —replico—. Así es como nos lo han pintado y esperamos que así sea.

—¿Pero por qué no fueron todos juntos? —pregunta Cris—. ¿Por qué solo llevar a uno?

—Sarah y el hombre con quien Leo se quedó no quisieron ir —responde Gus—, así que él decidió seguir con su misión llevándonos a nosotros. El refugio está en la profundidad de un enorme bosque y hay una carretera que conduce a los transportes, pero cada militar puede llevar solo a uno, y su idea era llevarme a mí y luego volver por Leo.

—A mí, ese plan me parece pendejo —comenta Cris.

«Él debió tener sus razones, pero eso ahora ya no importa».

—Quizá tengas razón, porque no dio resultado —respondo—. Pero estoy seguro de que el refugio existe. Lo que deberíamos hacer es juntarnos con un grupo grande que nos pueda llevar, pero por lo visto eso no será posible. Así que tendremos que avanzar por nuestros medios.

—Y entonces ¿adónde debemos ir? —pregunta el chico moreno.

—Hacia el sur —respondemos Gus y yo al mismo tiempo—. Así nos dijeron, en caso de que pase algo malo.

—Hacia el sur —repite el líder—. ¿Dónde queda eso?

—Por allá —dice Christopher, apuntando hacia el frente—. Ustedes dijeron que el refugio seguro está al sur de la provincia, y el sur es por allá.

—De algo te sirve leer tanto —comenta una de las gemelas.

No me había percatado de lo que pasaba fuera de mí y de Gus, pero ahora noto que se escuchan estruendos a lo lejos y que todavía se ven personas corriendo en diferentes direcciones; pero comparando con lo que sucedió hace un par de horas, las cosas están más tranquilas.

—Tiene razón —dice el chico feliz y que parece que baila siempre.

Sin decir nada, todos cogen sus mochilas, avanzamos en la dirección que Cris indicó y nos vamos. Me parece extraño que no nos hayamos presentado, sobre todo porque algunos hablan entre sí, marginándonos a mí y a Gus. Nos detenemos cerca de las tres de la tarde para almorzar; no es que sea la mejor comida, pero los chicos nos brindan pedazos de bananas, que, por cierto, no saben nada mal. Luego nos recuerdan que comeremos otra vez al día siguiente, o cuando volvamos a conseguir comida.

Seguimos caminando y las horas pasan, todas demasiado rápido. En cierto momento nos detenemos para descansar porque el sol brilla con intensidad y es demasiado agotador seguir. Me siento muy mal por Sarah, porque desearía que ella estuviera aquí conmigo. Ya no veo a los uniformados cerca ni aviones pasar, y mucho menos camiones. Pero lo horrible de todo esto es el panorama que han dejado. Hay niños, mujeres, animales y ancianos muertos, como si fuera un juego de guerra en el que todos deben morir.

«Mamá está bien, así como lo estaremos nosotros», me digo, porque pienso que mi familia está en la calle como todos ellos.

No tenemos líquido hasta que encontramos una casa, sin servicio de agua pero con ollas con reservas en ellas. El único problema es que el agua está un poco sucia y no queremos quedarnos mucho tiempo por hervirla. Me siento más seguro con ellos, y aún no considero conveniente preguntarles cómo lo

han pasado. Luego del descanso, seguimos rápidamente, asustados porque pasan aviones. Pero esos tipos ni nos han de ver.

Tras horas caminando, el sol da su señal de retirada; todos damos gracias porque el calor se ha ido, pero en medio de este lugar debemos buscar un sitio seguro. No hay luz ya, así que puede ser peligroso. En el trayecto no he hablado con nadie a excepción de Gus, que me ha contado cómo lo pasó desde que se fue. Me siento demasiado mal porque nunca debí dejarlo ir. Se le hace muy difícil caminar, y aun más correr cuando es necesario. Con el agua le limpiamos la cara y las manchas de sangre, pero los moratones se ven a simple vista.

El sol se esconde por completo y no hay rastros de personas en las calles. La iluminación no ayuda en nada y solo nos acompaña la luz de la luna, así que no sé cómo está el panorama, pero esta vez no doy gracias por eso, ya que estoy cansado de ver muertos. Caminamos sin parar, y el hambre junto al dolor en los pies es lo que más me ataca, pero no digo nada porque nadie se está quejando aún, ni siquiera mi amigo.

—¿Qué hora es? —pregunto, desesperado.

—Son las siete—me responde la niña muy blanca, mirando un pequeño reloj negro en su brazo—. Ya estoy muy cansada, deberíamos parar.

Todos concuerdan con ella, incluyéndome. Gus ha estado muy callado desde hace un par de horas, quizá pensando en todo lo que hemos pasado solos en estos cinco días, aunque no ha dejado de ver a la gemelas. Yo no quiero recordar porque no me ayuda en nada, solo me deprime. Ahora lo único que quiero es llegar hasta mi familia, cueste lo que cueste. Tengo la esperanza de que ellos estén en el refugio. Si llego al primero, ojalá los encuentre ahí. Caminamos un rato más hasta que entramos en un conjunto de casas enormes y que, para nuestra suerte, están casi intactas. Seguimos una cuadra y media más y nos encontramos con una de tres pisos que tiene balcón y, al parecer, una terraza. Quizá todavía haya gente por aquí, pero eso aún no lo sabemos.

—Esta es perfecta —asiente el líder—. Aquí debemos quedarnos.

Todos concuerdan, y no creo que alguien se oponga porque por aquí no hay lugar mejor.

Abrimos la puerta doble, esforzándonos por no hacer ningún ruido; luego, entramos todos, uno por uno, con el cabecilla al final. Es una casa enorme: la sala contiene como diez sofás y en el comedor nos encontramos con una mesa como para veinte personas. Nos ha tocado algo bueno.

—Bien —dice el chico risueño—. Hoy es nuestra noche de suerte.

—Sí que la es —agrega una de las gemelas—. En ninguno de estos días nos hemos topado con lugares así.

—¡Id a la cocina! —gritan todos al unísono, entusiasmados.

«Quizá sí es posible que se las hayan arreglado solos».

Avanzamos todos, uno atrás de otro. Entramos y es impactante: repisas y vitrinas con alimentos por todas partes. Veo a los demás, todos están cogiendo comida, guardándola en las mochilas y abriéndolas. Luego de haber recogido todo lo que se pudo, volvemos a la sala y acomodamos los sillones haciendo un círculo. Somos once, y a ninguno de nosotros nos molestaría compartir cama con cualquiera. Hacemos la ronda para dormir tranquilos, pero en vez de eso, comemos un poco y empieza la conversación:

—Creo que es hora de presentarnos. —Es el chico que chasquea los dedos al ritmo de una música imaginaria quien empieza.

—Bien —concuerta Cris—. Lo interesante aquí es que todos tenemos una cualidad diferente, y eso es algo muy especial, porque sabemos de todo.

La sonrisa en su rostro hace que cada cosa que dice me la crea, pero aún no sé a lo que se refiere.

Todos nos acomodamos y el líder toma la palabra:

—Bueno, aún no me conocen todos lo suficiente, pero ya es hora de que lo hagan. Mi nombre es Noah. Como les dije antes, mi familia murió en el ataque. Yo ese día no fui a la escuela, y mientras estaba en casa con mis padres, empezó todo. Trataron de protegerme ocultándome en un baúl enorme en el sótano. Cuando estuve ahí, escuché los gritos de mi madre y dos disparos. En ese momento supe que estaban muertos. —Empieza a llorar, pero se seca las lágrimas y continúa—: Luego de eso, sonaron más y más balas. No vi lo que ocurría en ese instante porque pasé encerrado prácticamente todo el día y la noche.

»A la mañana siguiente, el martes, vi casi todo devastado. Mi familia, vecinos y gente desconocida estaban desplomados en el suelo de las calles. Todos muertos; era horrible. Lo único que podía hacer en mi dolor era llorar y nada más, así que me quedé sentado horas y horas, hasta que me encontré con Cris, acompañado de otras personas, que con el tiempo fueron dejándonos. Él dice que todos tenemos una cualidad diferente, pero es mentira, solo cinco de aquí son raros.

Todos murmuran algo y yo solo veo a Gus, que se encoje de hombros.

—Bueno —habla Cris—. Ya me conocen ustedes, pero...

—Sí, sí —interrumpe el chico moreno—. Amas leer, vives por leer. Vives para leer y lees para vivir.

—Gracias —responde Cris en forma sarcástica—. Pero bueno, ya lo ha dicho todo. —No suena muy convincente, porque la vida no son solo libros—. Así que, sí, me gusta leer. Y bastante.

«No creo que eso sea todo», pienso, pero no digo nada ya que debe de tener sus razones para no contar más.

—Bastante es poco —agrega Noah—. En tu mochila solo cargas tus libros.

—Bueno, ya. Cierto, me olvidaba —al parecer seguirá contando algo—. El día del ataque yo estaba en la escuela, todo sucedió demasiado rápido. Nos evacuaron del colegio con prisa. Luego, no tardaron en asesinar al cincuenta por ciento de los que salimos. Me escondí entre los cuerpos y aguardé un buen rato, hasta que los gritos y las personas huyendo desaparecieron.

»Después llegó lo peor: las bombas empezaron a caer y tuve que salir corriendo. Me topé con otros sobrevivientes y alrededor de diez formamos un grupo. No dejaba de llorar, porque no sabía qué hacer y no tenía idea de cómo estaba mi familia. Al día siguiente nos atraparon bien de mañana, nos pusieron en filas a más de doscientas personas y, antes de que nos asesinaran, nos mandaron a un grupo de niños a huir. Lo logramos. Pasadas un par de horas, me encontré con Noah, que estaba sentado en una vereda. Y sí, el escenario era infernal y desde ahí comenzó la travesía. Por cierto, tengo doce años.

Sus ojos cafés penetran en cada uno de nosotros cada vez que habla, como si supiese en lo que estamos pensando cuando lo escuchamos. Solo es un año mayor que yo, así que no creo que pensemos de forma diferente. No oí nada acerca de su familia ni amigos cercanos, pero debe de guardarlo para después. Miro a todos a mi alrededor, y quien más me llama la atención es el líder, que últimamente agacha demasiado la cabeza. Las gemelas toman la palabra esta vez:

—Nosotras —dice una— pasamos lo mismo que ellos. Fue una historia similar. Estábamos en la escuela. Lo único diferente es que nos llevaron en expresos fuera del lugar del ataque, pero no pasó mucho para que también estemos en aprietos. Fuimos hacia el sur, y ahora seguimos hacia ahí. Un grupo de personas nos ayudó.

»Vivimos en el norte; no sabemos si nuestro papa está muerto —cuando lo menciona, empiezan a caer lágrimas en las caras de ambas—, solo que

esperamos verlo. Mi nombre es María Fernanda, y mi hermana se llama María Paulina. —Se empieza a recomponer, pero no se la ve muy bien—. El grupo que estaba con nosotras poco a poco fue yéndose, a dónde, no sabemos. Todo eso pasó en un día y medio. Luego, en un ataque, solo nosotras sobrevivimos, con ayuda de un hombre que dio su vida por nosotras. En la noche del martes, huyendo, nos encontramos con ella —señala a la niña muy blanca—, y al día siguiente en la tarde nos topamos con Noah y Cris, el miércoles. Y así, ya éramos cinco.

—Esperen —las interrumpe Gus—. ¿Ambas se llaman María?

—Sí —responde la otra gemela.

—¿Su papá se llama Gregorio? —pregunta de nuevo, muriéndose de la curiosidad.

—¡Sí! —exclaman ambas al mismo tiempo.

Gus se queda en silencio un buen rato, como si estuviese pensando delicadamente lo que tuviese que decir a continuación.

—Creo que lo que les voy a decir no será bueno.

«Gus, ¿de qué hablas?».

Todos nos quedamos en silencio y nadie pregunta nada. Las caras de las chicas se transforman de una inmensa alegría a una notable curiosidad. Mi amigo me mira y me encojo de hombros porque no tengo ni la más remota idea de lo que dirá.

—Él está muerto —dice al fin, y automáticamente caen lágrimas de sus ojos—. Justo antes de que Leopoldo y yo nos volquemos en el auto, él estaba huyendo conmigo. Estábamos sobre un techo, lanzaron un explosivo y ambos fuimos a dar al piso. Él... —No quiere decir cómo murió, se nota en su rostro—. Solo murió. Lo siento mucho, en serio lo siento. No quise hablarte de él, Leo —me dice—. No quería pensar más en eso.

Todos nos demoramos en reaccionar, hasta que ambas niñas lloran. Es horrible. Todo esto es espantoso. Los demás guardan silencio mientras miran a las gemelas, y siento tanta tristeza que me muerdo los labios para no lagrimear. Luego de un buen rato de consuelo y llanto hasta más no poder, ellas se van arriba sin decir nada. Así que nos quedamos los demás.

—No hay nada que decir.

—Nos toca a nosotros hablar nuestra odisea —dice el chico moreno, abrazando al tímido. Parece que no hubiera escuchado lo que acaba de pasar, actúa como si no le importara tanto como a los demás.

—No hay mucho que decir —replica el chico tímido—. Mi nombre es

Orígenes.

—Espera —lo interrumpo—. ¿Orígenes? ¿Eso es un nombre?

—Sí —contesta—. Es extraño, pero con el tiempo te acostumbrarás.

Asiento.

—Mi nombre es Raúl —comienza el chico moreno—. Orígenes y yo somos compañeros de escuela; bueno, lo éramos. Nos dimos cuenta de lo que sucedía cuando vimos los aviones pasar. En ese momento, salimos de la escuela, ya la orden de evacuación había sido dada. Nos fuimos por el lado en el que no estaban atacando. Fue una mezcla de acción, miedo y desesperación. Pero la emoción duró poco. Estábamos rodeados, así que nos metimos entre la multitud que salía de sus casas como vaca locas. ¿Adónde?, no sabemos. Poco a poco, notamos que los que corrían iban cayendo inmóviles al piso, así que nos llenamos de miedo. En un momento dado, vimos las bombas caer, y eso fue todo. Fue como en una película. Una en la que no quiero volver a actuar.

»Como estábamos al norte de esta provincia, fue fácil avanzar hasta la parte de un río, al menos así me lo explicó una señora. Muchos llegamos hasta allí, pero el tirarnos desde una altura de quince metros no era una opción. Orígenes es muy católico, así que hizo su típica plegaria, nos armamos de valor y saltamos. Suena increíble ahora, pero vivíamos la adrenalina pura en ese momento. Me sentía como en ese concurso en el que debes competir por tu vida. La marea del río nos arrastró lejos del lugar del ataque, así que no tardamos en empezar a ahogarnos. Como cien personas se tiraron al río, unas ayudándonos, otras apoyándose en nosotros. Supongo que avanzamos varios kilómetros porque todos gritaban «¡Estamos salvados!». Vimos aviones y más aviones volar sobre nosotros, pero no pasó nada.

Toma un respiro, pero parece que su historia le da alegría en vez de tristeza o preocupación.

—Luego de horas huyendo —continúa—, nos establecimos en el campo y nos llevaron en auto hasta el centro de la provincia, pero, como siempre, la felicidad duró poco. Todos los que huimos tuvimos que regresarnos, porque los ataques llegaban rápidamente hacia nosotros.

»Después de escapar por días, nos topamos con Noah, las gemelas, Priscilla y Cris. Estaban solos, y no sé cómo diablos habrán sobrevivido en medio de todo este problema. Nos acoplamos a ellos ayer. Lo sé, fue lo más arriesgado que pudimos haber hecho, pero al final no nos pasó nada a ninguno de los siete. Y ahí, gracias a las oraciones de Orígenes,

sobrevivimos. Fue divertido —termina diciendo con una sonrisa, y me doy cuenta de que eso resalta sus ojos del color del plomo, que recién noto que los tiene.

—Pudimos haber muerto —replica Orígenes—, y tú dices que fue divertido.

Todos nos reímos, pero Orígenes no parece disfrutarlo mucho.

—Ya, Orígenes —dice Noah—. Con tus oraciones siempre saldremos vivos.

—¿Eres católico? —le pregunto.

—Ja —se burla Raúl—. Sus mejores amigos son San Agustín, San Ignacio de Loyola, San Pedro y Pablo, y toda la lista de los santos.

Me río, pero el aludido fulmina con la mirada a los demás. Gus no dice nada, pero también se ríe.

—Bueno, solo hago lo que Dios me manda —agrega Orígenes con modestia.

—Ya, ya —dice la niña blanca—. Creo que me toca contar mi historia.

La miro sorprendido porque me pareció que no hablaba mucho.

—No quiero repetir todo lo que ha pasado. Yo ingresé con las gemelas al grupo. Estaba huyendo con otras personas, sin esperanza. Me encontré con ellas el martes por la noche. Pasé casi lo mismo que ustedes. Escuela, asesinatos, muertos, y lo de siempre, huir. —No puedo creer que lo digan así de simple, mientras que a mí, cada vez que me acuerdo, me dan ganas de llorar por el resto de mi vida—. Mi nombre es Priscilla. Tengo familia, pero ya no tengo esperanzas de encontrarla, así que no sé por qué huyo, porque sé que me espera el mismo destino.

Admito que está más rendida que cualquiera de los que estamos sentados aquí, a excepción de las gemelas. La observo un buen rato. Es demasiado blanca, hasta parece un fantasma. Su cabello negro se extiende hasta su cintura de forma rara, casi como una cascada, y sus ojos verdes parecen dos lunas viéndote en la noche, tanto que hasta dan miedo. Luego de un rato observándola, me doy cuenta de que me está mirando también.

—¿Qué me miras? —me pregunta— ¿Tengo un moco en la nariz o qué?

Todos estallan en risas. Priscilla me sonrío, pero ignoro eso. Antes de poder decir algo, el chico risueño empieza su historia:

—Bien —comienza—. Por favor, necesito silencio. —Todos callan y sonrío—. Gracias. Yo me integré al grupo el día miércoles, cuando ya me daba por muerto. Mis padres estaban de viaje, así que yo estaba en casa de mi

tía, pero el día en que sucedió todo nunca la vi. Notamos las bombas caer y huimos por río hacia el sur. El día martes las bombas alcanzaron nuestra «barca» y anduvimos horas en el agua. Muchos fueron alcanzados por las balas o murieron en el intento de escapar. Luego de días que no quiero contar, me quedé solo, sin nadie en quien apoyarme, ni siquiera un perro. Ayer por la noche, en un lugar devastado y tras haber caminado por horas, me encontraron Noah y los demás. Me sentía como el último niño en el mundo hasta que llegaron ellos. Mi nombre es Adam, y me río mucho porque tengo como mil chistes en la cabeza. Tengo diez años, por si acaso.

Todos reímos y me siento conmovido por la historia de Adam, pero él se muestra fuerte. Ahora estoy viendo todo lo que nos ha pasado desde el primer día. Me siento triste, pero feliz a la vez al saber que no me encuentro solo en este barco. Si llego a sobrevivir a esto, sé que podré sobrevivir a todo.

—Bueno —dice el chico que chasquea siempre los dedos y menea la cabeza—. Mi nombre es Therry, y me gusta cantar. Lo sé, es algo tonto que lo diga, pero así es. También vi a mi familia morir el primer día en medio de todo el caos —se le quiebra la voz mientras habla y me vuelvo a sentir mal. Él se queda un minuto en silencio y nadie se atreve a interrumpir, luego, tomando fuerza, continúa—: Pasé con muchas personas estos días, algunas hasta dieron la vida por mí.

»Hoy en la madrugada nos estábamos moviendo hacia el sur y los ataques empezaron de la nada. Un grupo de personas tratamos de sobrevivir, pero pocos lo logramos. Luego de eso, me encontré con el grupo, todos estaban dentro de una mini fortaleza, de la cual no me di cuenta. De ahí, las siguientes horas las pasamos huyendo; lo vimos a Leo y seguimos. Luego encontramos a Gus y lo que ya saben. Por cierto, me gusta cantar, no lo hago en voz alta pero sí en mi mente. Por eso siempre chasqueo los dedos, no porque tenga un tic. —Adam se ríe cuando dice eso—. Y lo digo porque Adam me preguntaba que si tenía uno y le tuve que aclarar que no.

Todos nos reímos y ahora entiendo por qué siempre menea la cabeza. Luego de un rato, cuando bajan las gemelas, todos nos quedamos en silencio. Una de ellas lo rompe diciendo:

—Solo no nos hagáis preguntas, por favor. —Creo que es María Paulina la que habla, porque se me hace muy difícil diferenciarlas. Una está abrazando a la otra, y ambas tienen los ojos rojos.

—No lo haremos —aceptamos todos a coro.

«Yo lloraría todo el tiempo», pienso, y es verdad. No me imagino una

vida sin mi familia. No sería vida.

—¿Les importa si las llamo Mafer y Mapa? —pregunto para romper la tensión.

—Claro. No hay problema —contesta Mafer, aún secándose las lágrimas.

—¿Tengo un mapa dibujado en la cara o qué? —responde Mapa con otra pregunta, luego se ríen todos.

Sonríó también. Lo bueno de todos ellos es que, a pesar de que su mundo se cae a pedazos, nunca dejan de decir algo chistoso.

—Es una broma, Leo. No hay problema en que me abrevies el nombre.

Asiento. Todos tratan de acomodarse en sus camas, bueno, casi camas. Yo hago lo mismo, y algunos se arropan de pies a cabeza con sábanas que han encontrado; yo, por mi parte, solo me recuesto. Luego de un buen rato, me doy cuenta de que no consigo dormir, mientras que los demás hasta están roncando. Siento que pasa una hora, dos, y el sueño no me atrapa todavía. Me alerto por algo que se mueve, pero me relajo al ver que es Cris. Está todo muy oscuro, pero sé que es él porque se acostó en el sofá que está junto al mío. Lo miro durante un tiempo y luego, en silencio, sube las escaleras con algo en la mano. Cuando desaparece, me levanto y lo sigo. Sube hasta la terraza de la casa, que está unos tres pisos más arriba.

Él se ubica en todo el centro de la azotea, que es extremadamente grande. Luego arrastra una silla hasta el centro, se recuesta y abre lo que yo creo que es un libro. Enciende una linterna y comienza a leer. Despacio, me acerco hacia otra silla y, sin que él note mi presencia, la llevo hasta el medio. Me mira sorprendido, luego sonrío y continúa con su lectura.

—¿Sin sueño? —me pregunta sin apartar la vista del libro.

—Adivinaste —respondo, sentándome—. ¿Qué haces aquí?

—Jugando al fútbol, ¿quieres tapar?

Me río y él también lo hace. Miro hacia el cielo y veo que las estrellas están en todo su esplendor.

—Mira eso —me ordena Cris.

—¿Qué cosa? —pregunto sin entender lo que trata de decir.

—Cada estrella representa a cada persona muerta en esta semana —contesta con tristeza.

—¿Tú crees?

—Sí, son demasiadas. Pero no serán suficientes para cuando acabe todo.

—Bueno, desde aquí no se las puede contar.

Nos quedamos en silencio un rato. Observo las estrellas, unas más

grandes que otras. Todas ellas: una persona, una vida. Nunca sabemos cuándo será la última vez que hablaremos con alguien o compartiremos a su lado un momento feliz. Mi padre decía siempre que mientras vivamos debemos hacer lo que queramos porque de muertos no recordaremos nada más, a pesar de que somos católicos.

—En la escuela tenía un compañero que me molestaba por no tener tanto dinero como él —me cuenta—. O porque él era rubio con ojos verdes y yo soy trigueño con ojos cafés. En el ataque, él fue uno de los primeros en morir. Pero al principio me pidió ayuda para escapar, y yo se la di; luego lo vi tendido en el piso. Pero este trigueño de ojos cafés, pobre, ayudó a ese rubio ricachón, y eso me ayudó a darme cuenta de que no importa todo lo que acumules en este mundo, a la muerte no le importa quien seas, solo te lleva con ella.

Nos quedamos en silencio otra vez, él leyendo y yo pensando en lo que me acaba de decir.

—Quizá pienses que ahora solo debes ver cómo te salvas el pellejo, sin importarte nadie —comenta—, pero algunos no pensamos así. Yo daría lo que pueda por los demás, pero no mi vida. Orígenes sí daría la vida por cualquiera, sin importar quien sea. Las gemelas no tienen nada por qué vivir, pero igual harían lo que sea para salvarse. Y los demás harían lo que fuera también. En esta vida todo lo hacemos por algo, y que sea para nuestro beneficio.

—¿A qué quieres llegar con esto? —pregunto, un tanto curioso.

—A nada. Solo quería que me escuchasen un rato.

No entiendo lo que me trata de decir, pero me parece muy lógica su opinión acerca de lo que nosotros pensamos. Para romper el silencio, inicio otra conversación:

—¿Qué lees? Es un libro enorme.

—*Juego de Tronos*. Dudo que lo conozcas.

—Tienes razón. ¿Qué tal está?

—Es jodidamente increíble. Si el mundo leyese esto, las guerras no existirían.

—No lo sé. Yo no leo libros.

—Deberías. No sabes lo feliz que me siento al salir de este mundo un rato.

—Entiendo. Pero ¿qué es lo que más te gusta de ellos?

—Los personajes, la trama. Pero lo que más me gusta es el mensaje que

te da.

—¿El mensaje?

—Sí. Es lo que me llega más. Siempre está en la parte en la que menos te lo esperas.

—¿Y cuál es tu mensaje favorito?

—«El que confía en imbéciles, termina comportándose como un imbécil». No es literalmente de un libro, pero es una cita completamente fascinante. Es de Paul Auster.

—Interesante —consigo decir.

Sé que no puedo cambiar de tema porque seguirá hablando de libros. Hace frío, así que meto mis manos debajo de mi camiseta. Me pregunto si mi mamá tendrá frío ahora. O Raemal.

Yo sé que Raemal está bien.

—Bueno, Leo —ahora él empieza conversar—, ¿de qué hablamos?

—No me importaría que me cuentes algo de tus libros —contesto, porque sé que terminaremos hablando de lo mismo.

Cris se ríe y se recuesta más en su silla. El tomo que tiene en la mano es muy grande; no sé cómo puede leer tanto.

—Una vez escribí uno —me cuenta—. Pero creí que era un poco trágico como para mandarlo a una editorial.

—¿En serio? Bueno, nunca lo sabrás.

—Así parece.

—¿De qué trataba?

—Bueno... Así como nosotros, varios niños se encuentran en una guerra. Pasan por un millón cosas para poder sobrevivir, hasta asesinar personas. No quiero resumirlo, ni contar mucho... Perdón. Lo más loco fue que, al final, ellos debían saltar una valla. Antes de hacerlo, dijeron «A la cuenta de tres». Empezaron a contar y al llegar al último número, una granada los alcanza. Fin.

Lo miro atónito.

—¿Eso es, así es el final?

Nos quedamos un rato en silencio, luego rompemos en carcajadas.

«A la cuenta de tres, así de fácil se pierden vidas». Me quito esa idea de la cabeza pensando que pasaré por lo mismo.

—Pero supón que nos pase algo igual. Lo más chistoso es que nos encontramos en la situación de los personajes. No una idéntica, pero sí muy parecida.

Nos miramos un rato, pensativos. Luego estallamos en risas de nuevo. Pasamos un tiempo largo conversando acerca de las cosas que nos gusta hacer con nuestros amigos. Aún no podemos creer cómo hemos sobrevivido estos cinco días y cómo todo ha sucedido tan rápido.

—Cuando me dijeron que estábamos en una guerra, creí que sería como en la mayoría de los libros de guerra que he leído —me cuenta Cris—. Pero al contrario, todo ha sucedido tan rápido que me es difícil creer que nuestro grupo haya sobrevivido al transcurso.

—Yo pienso lo mismo. A decir verdad, no sé en dónde diablos estaba metida la gente mientras iba con Gus y Leopoldo fuera de la escuela. Por un lado, tranquilo; por el otro, caos y muerte. Aún me es difícil de asimilar todo.

—Bueno, lo importante es que estamos bien. Lo que debemos hacer es ir hacia el sur, según lo que tú dijiste. Ahí debe de estar el refugio seguro.

—Sí. Al menos eso fue lo que aseguró Leopoldo.

—Ojalá y sea verdad. Porque si no, desde la tumba lo arrastro y hago que construya el refugio.

«Bueno, nunca le cavamos una, aunque debimos hacerlo». Repaso de nuevo lo sucedido con él, pero se va de mi mente y recuerdo lo que dijo Cris.

Ambos nos reímos y dejamos pasar un buen rato. Cris, en realidad, es el que mejor me ha caído desde que llegué. Gus se ha mantenido distante, pero respeto su espacio; Noah y los demás están en su mundo, así que no intervengo en sus asuntos. Cris es el único que siempre está para todos.

—¿Te parece bonita María Paulina? —me pregunta.

—¿Mapa?

—Sí.

—Bueno, no sabría decirte. —Hasta ahora me he fijado en cuan bonitas son las chicas—. Un poco, no me he fijado.

—¿Crees que se vaya a fijar en mí alguna vez?

—Ah, ya lo entiendo. No lo sé, yo no soy Mapa.

—Bueno, verás, es que a mí...

—Sí, ya sé. Te gusta.

—Bueno, sí. Y ya se lo he dicho.

—¿En serio?

—Sí.

—Y... ¿Qué te dijo?

—Mira, en este mundo existen dos clases de personas en el amor: las que te usan y no les importas, y las que de verdad te quieren y no te hacen sufrir

ilusionándote. Sí, ya sé que soy un niño que no sabe nada de la vida y todo, pero tengo razón.

—Y ¿a qué te refieres con lo que me acabas de decir?

—Bueno. Lo que ella trató de decir fue: «Estamos en guerra, Cris, sería trágico que fuéramos algo y uno de nosotros muera después».

Ambos nos reímos porque Mapa tiene razón. Quizá si Gus llegase a morir, yo ya no tendría ese bastón que tengo ahora. Me imagino el llegar al refugio seguro sin él, el que me acompañó desde el principio. O el que yo no sobreviva y que Gus llegue solo; él no podría soportarlo.

—¿Crees que lo logremos? —pregunta Cris de repente.

Lo observo confundido y me devuelve la mirada.

—¿Lograr qué? —contesto sin entender.

—Sobrevivir. Hemos sido demasiado suertudos, no creo que nos pase de nuevo.

—Yo creo que sí. Como te dije antes, ha sido demasiado rápido.

—Tienes razón, pero no sé si lo consigamos después de todo. Ni siquiera sé si existe ese refugio del que hablan. Y si existiese, no sé si lo encontraremos.

—De seguro que sí, Cris, y ahora que he pasado más tiempo despierto, creo que debo dormir.

Avanzo hacia la escalera que lleva a los pisos de abajo, volteo y Cris aún está en la silla.

—¿No vienes?

—No. Prefiero quedarme aquí.

—Como quieras. Descansa, Cris.

No me contesta, así que lo dejo solo y me dirijo al primer piso. Miro a todos, todavía durmiendo profundamente.

«Sé que todos lo lograremos».

Me acuesto pensando en todo lo que ha pasado y lo que he visto. Lo que me ha dicho Cris tiene mucho sentido, pero tengo miedo de no llegar siquiera al sitio seguro. Solo tengo que esperar. Cierro mis ojos y sueño con mis padres y mis hermanos, todos juntos de nuevo. Ojalá así sea como termine.

Con ellos.

GUS

No tenemos sueños en vano, solo hay que esperar.

Félix Villacís

—Oye, Gus —me llama Leo—. Tenemos que salir de aquí.

—Lo sé, solo que puede que pase algo malo fuera.

—Deja de ser tonto. Estaremos a salvo.

—No lo sé.

Veo borroso y siento todo muy lejano.

De repente, los que están dentro de esta sala empiezan correr como si estuviesen huyendo del diablo.

—Leo, ¿qué está pasando?

—No lo sé.

—¡Deteneos y callaos! Todos salid en este instante haciendo una fila. — La voz es de un hombre barbudo y alto. Está parado al lado de la puerta y tiene un arma tan grande que es casi de mi tamaño.

Miro a Leo, que sin más remedio obedece. Alrededor de cincuenta personas estamos en esta habitación. Obedezco también y noto que todos estamos vestidos iguales. Hay ancianos y niños, mujeres jóvenes y hombres más adultos. Atravesamos todas las puertas y miro cómo es el exterior. Hay más salones parecidos a aquel en el que estaba; estamos en una especie de campo, como si fuésemos presos.

—¡En fila! —grita de nuevo el que nos sacó—. ¡Codo con codo!

Todos nos agrupamos, me alejo de Leo y me desespero un poco. Lo busco entre la multitud y allí está, situado entre un anciano y un adulto, también intranquilo. Su mirada se encuentra con la mía y se encoje de hombros, luego aparto los ojos.

—Los niños, un paso adelante. —Obedezco al instante, y otros veinte niños hacen lo mismo.

—Los ancianos, dos pasos adelante.

Una cantidad de treinta personas mayores se adelantan. Se agrupan siguiendo órdenes del militar y todos nos quedamos en silencio, ni siquiera respiramos.

—Acostaos. Todos los ancianos al suelo.

Automáticamente, más uniformados salen de escondites. Todos parecen

sorprendidos, pero yo sigo sin entender lo que sucede. Mujeres adultas acusan de mentirosos a los soldados pero ellos no hacen caso a los insultos.

—Bien. No os mováis.

Sucede lo peor. Uno a uno, los uniformados van disparando a los ancianos. El caos empieza. Todos los que estábamos en fila tratamos de dispersarnos, pero nos detienen con sus armas. En consecuencia, luego de que han asesinado a todos los mayores, nos avisan que es nuestro turno. Me desespero de la manera más fuerte y rompo en llanto. No quiero morir, no así.

—¡Agachaos! —ordenan, y sé que no puedo hacer nada.

Leo se acerca de prisa hacia mí y veo lágrimas en sus ojos. Nos agachamos y me dice:

—Este es el fin, Gus.

—No quiero morir —respondo, llorando. Mi familia no sé si me estará esperando en el otro lado o en este.

—Yo tampoco.

Empiezan los disparos y veo a Leo llorar; se me parte el alma al vernos en una situación así, tan pequeños. Nunca creí que lo estaríamos. Sollozo más fuerte que antes, tanto que las personas tienen que consolarme a mis espaldas para que me detenga, pero no dicen más que mentiras.

—Gus —me llama Leo. Las balas están tan cerca de él, solo faltan cinco más.

—Leo —respondo llorando.

—Siempre serás mi mejor amigo, hasta en el cielo. —Al escuchar eso, rompo en un llanto más fuerte.

—Tú también, Leo. —Pero no me oyó. La bala ya ha sido disparada y una mancha de sangre se extiende en toda su cara.

«Así es como termina», pienso. Y el sonido de la bala es lo último que escucho.

Me despierto.

—¡Gus! ¡Gus! —Es Leo, que me está sacudiendo para despertarme.

—Leo —consigo decir, y me doy cuenta de que mi voz está quebrada. Llora de la manera más ridícula, porque creí que eso estaba sucediendo realmente.

—¿Qué sucedió? —me pregunta Priscilla.

—Fue un sueño. Eso es todo.

—¿Qué soñaste? —Esta vez es Noah quien pregunta.

—Que Leo y yo no lo conseguíamos.

Todos se quedan en silencio un rato. Entro en razón de lo que hemos pasado y pienso que por gracia divina hemos sobrevivido y pasado por tanto sin ningún daño. Bueno, casi.

—No te preocupes, Gus. Tú sabes que todo saldrá bien, con ayuda de Dios. —Esta vez es Orígenes quien me trata de consolar.

Asiento sin poder decir nada.

—Chicos, Mapa y yo encontramos algo interesante. —Mientras Cris termina, Mapa saca una radio y la pone en el sofá.

—Una radio —dice Raúl.

—No me digas —le contesta Therry y Adam se ríe.

Todos nos ubicamos alrededor del sillón, en tanto Cris intenta hacerla funcionar. El aparato emite un sonido que da a entender que está funcionando.

—¡Bingo! —exclama Cris.

Maneja unos botones y gira una rueda. Una voz varonil habla acerca de música y anuncios publicitarios. Los demás prestamos atención mientras cambia de emisora.

—Para los oyentes de las provincias con refugios, tenemos un anuncio. — Sí que somos suertudos. Cris le sube el volumen, pero aun así nos acercamos más—. Debéis escucharlo perfectamente. El refugio al sur de la provincia tiene una capacidad para cuatro mil personas. En cuanto lleguen, deben ser cuidadosos con sus pertenencias. Luego de eso, por orden, seréis llevados al refugio al final del país. Esto ha sido planeado improvisadamente, así que se requiere discreción.

Luego de que acabe la transmisión, vuelvo a escuchar la voz del hombre y se repite todo.

—Que estúpidos —dice Cris.

No entiendo lo que trata de decir, pero las gemelas se adelantan a preguntar.

—¿Por qué?

—A estas alturas, los que sea que nos quieran muertos a medio país ya han de estar yendo al refugio del sur de la provincia.

—No —digo—. Leopoldo nos aseguró que una parte de ellos son los que han estado ayudando también. Un grupo de uniformados han apoyado a la causa. No sé mucho acerca de eso, pero Leopoldo me lo dijo, así que no creo

que hagan algo. Eso sí, lo preocupante es que el grupo que está ayudando es muy limitado, y ese refugio ha de estar repleto para cuando lleguemos. No creo que alcancemos a algo.

Es extraño porque todavía sigue sonando el mismo anuncio, una y otra vez.

—Eso aún no lo sabemos —dice Adam.

—Tiene razón —concuerta Leo con una sonrisa.

Suspiro y presto atención a la radio, por si es que hay más anuncios. Pero sigue siendo lo mismo.

—Lo bueno de esto es que ya he calculado cuánto nos tomará llegar hasta el refugio de la provincia.

—¿Cuánto? —preguntamos todos a coro.

—Bueno, he oído acerca de los peligros de andar en las calles, así que eso nos ha de retrasar unos días. Y considerando la longitud de la provincia, se harían aún más días. Pero como en una semana disminuirá la población del país, será más fácil avanzar... Y además ya estamos a medio camino.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunta Therry.

—Que nos demoraremos al menos unas dos semanas.

—Es mucho —murmuro para mis adentros.

—Es demasiado —concuerta Mafer, que no había hablado mucho en toda la conversación.

—Bueno, eso es porque no tenemos nada con que movilizarnos, salvo nuestros pies.

—Cierto —dice Raúl.

—Así que será mejor que busquemos cosas para el camino, chicos. Luego nos pondremos en marcha hacia el sur.

Desayunamos las sobras del día anterior y vamos en busca de agua, pero para nuestra desgracia, no cae y tenemos que bañarnos en el patio. No he cambiado mi ropa desde hace tiempo, así que hago lo posible para que no apeste, echándole perfumes de los varios cuartos que hay. Luego de eso, buscamos mochilas para guardar cosas para el camino.

—Que sea algo necesario —nos recuerda Noah.

Leo y yo alcanzamos a encontrar un par de mochilas grandes de uso escolar. Luego, nos adentramos en la inmensa cocina. Buscamos todo tipo de cosas, desde atún hasta frutas —un poco dañadas, pero sirven—, desde jugos hasta latas.

Ya es mediodía y cada uno tiene sus cosas listas. El sol afuera pega como

si estuviese a centímetros de nosotros. Almorzamos antes de partir, no sin antes dejar casi vacíos los anaqueles de la cocina. Todos nos agrupamos en el centro del patio, haciendo una pequeña ronda.

—Bien. —Noah es el primero en empezar el plan—. Cris y yo hemos hecho un proyecto para llegar de la mejor manera al refugio al haber confirmado su existencia, con el único problema de que no sabemos quiénes nos esperan allí. Pero será mejor tomar el riesgo a que nos lancen cualquier cosa y nos maten.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Adam.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —interroga Therry

—¿Cómo sabemos que funcionará? —cuestiona Raúl.

Todos lanzamos las consultas tan rápido que ni Noah ni Cris tienen tiempo para responder una. Luego de varias preguntas, Noah nos grita:

—¡Callaos, pedazos de mierda! —La ira recorre cada centímetro de él, y cualquiera estaría así, hasta Orígenes, que parece demasiado paciente.

—Perdón —nos disculpamos todos en coro.

—Como decíamos... —Cris saca una libreta, como si fuese un ingeniero—. El primer paso será avanzar. Tengamos en cuenta que mucha gente intentará robar nuestras cosas, que muchos uniformados siguen merodeando por los alrededores, etcétera. Esta provincia es muy larga y caminarla nos llevará como dos semanas.

—¿Tanto? —pregunta Raúl.

—¡¿TIENES ALGUN HELICÓPTERO QUE NOS LLEVE?! —ruge Cris.

Todos nos quedamos callados.

—Porque si te quieres demorar menos tiempo, debemos recorrer muchos kilómetros diarios, más de los que cualquiera haría, así que debemos caminar diez horas por día para avanzar muy rápido.

—¿Qué? —pregunta Priscilla.

—¿Diez horas? —reclama Therry.

—¿Sois sordos o hablo en japonés?

—Está bien —replican resignados los demás.

—Pero lo que realmente me preocupa —continúa— es el hecho de que no sabemos dónde se encuentra el refugio. De seguro debe de estar en un campo bien aislado, y eso será difícil de recorrer así nomás, sin casi nada.

—En algún momento puede que nos juntemos con algún grupo numeroso —replico.

—¿Tú crees? —pregunta Adam.

—¿Por qué no?

—¿Por qué sí? —Esta vez vuelve a preguntar Cris.

—Cálmate, Cris. Saldrá todo bien —lo para Orígenes.

—Bien. Ahora lo que me tiene más preocupado. —Cris saca de su mochila el arma que me entregó Leopoldo, y no sé cómo la consiguió. Es demasiado grande, ahora que la observo bien, tanto que se le hace difícil levantarla—. ¿Quién sabe usar este monstruo?

Todos negamos con la cabeza. Puedo apostar que es la primera vez que alguno de nosotros ve un arma así.

—Pues en los videojuegos... —empieza diciendo Adam.

—Esto no es un videojuego —lo corta Priscilla.

—Solo decía —responde, agachando la cabeza.

—Bota eso. —Mapa habla esta vez—. Alguno de estos idiotas puede que la dispare y mate a cualquiera. Os conozco.

—Tiene razón —apoyan Therry y Mafer.

—Habla por ti —replica Raúl—. Tú has de ser la inteligente que lo dispare, y quizá a ti misma.

—Cállate, imbécil.

—Basta —los detiene Orígenes—. Nada sacamos peleando.

—Perdona, San Agustín.

Adam y Therry se ríen por lo bajo, pero Orígenes no dice nada.

—No —dice Noah de repente.

—¿Qué? —pregunta Priscilla.

—Lo que debemos hacer es disparar en el primer momento que quieran nuestras cabezas —Noah coge el arma con las dos manos—, así que no debemos dejarla tirada.

—Concuerdo con él —corroborra Leo, que tiene la cara somnolienta como si no hubiese dormido mucho tiempo, o al menos el necesario.

—Se ha dicho —digo para romper el hielo y todos se quedan en silencio—. Está bien, está bien. Era solo una broma.

Todos se ríen y al parecer la decisión ha sido tomada.

—Bien, ya es la una de la tarde, chicos. —Noah ya ha recogido sus cosas y está en la puerta—. Es hora de partir.

—No quiero —se niega Raúl repentinamente—. Aquí tenemos de todo. ¿Y si mejor nos quedamos aquí?

—No creo que sea buena idea —contesta Cris mirando a Noah.

—No la es —apoya Leo, un poco impaciente.

—Ni aunque nos esforcemos sobreviviríamos aquí —afirma Priscilla; se ha cambiado de ropa y ahora tiene un calentador verde y una camiseta roja, pero el problema es que le quedan demasiado grandes.

—Ya, ya. Entiendo —se resigna Raúl.

—No hay nada que decidir ahora. —Noah quita los muchos seguros a la puerta y sale.

Todos recogemos nuestras mochilas y, en columna, vamos saliendo uno a uno. El panorama afuera no ha cambiado y, para mi sorpresa, podemos ver a varias personas. Pero no son compañía deseable, sino ladrones que están llevándose las pertenencias de los otros. Miro a los demás, que están haciendo comentarios por lo bajo.

—Lámpara.

—Foco. —Therry y Adam se ríen.

—¿Qué pasó? —pregunta Raúl.

—Debimos habernos quedado en la casa.

—Os los dije —replica Raúl—. Cuando estemos todos muertos recién empezaráis a recapacitar.

«Eso lo dijo Noah».

—Ya estamos fuera. —Noah avanza con paso decidido—. Sigamos.

Nos movemos sigilosamente los once niños en una fila que se mueve como gusano mientras caminamos. Al parecer, las personas que estaban fuera han abandonado el lugar, para nuestra suerte. El que ahora lidera el paso es Cris, seguido de Leo y las gemelas; más atrás están Therry y Adam, luego yo, Raúl y Orígenes; y cerrando la marcha están Priscilla y Noah.

Al pasar un rato, luego de cerciorarnos de que no hay peligro, aligeramos el ritmo. Algunos hacen conversa acerca de temas sin sentido, pero es inevitable hablar. El panorama en estas calles es un poco desastroso, cuando llegamos estaba todo oscuro y, al menos yo, no podía distinguir mucho: casas destruidas, inclusive hay cuerpos tirados en el piso, tanto de animales como de personas. La tristeza me inunda un poco por los animales, y creo que Leo también ha de pensar lo mismo por su perro Raemal.

Luego de un rato caminando nos quedamos en la calle principal, devastada casi por completo. Cris observa a ambos lados y se queda un rato pensando, provocando la impaciencia de Noah.

—El sur es allá —por fin logra decir, apuntando hacia un paisaje más feo que el último.

—Cuantos más kilómetros caminemos, más rápido llegaremos —señala Noah.

—Son las dos de la tarde, chicos. A las nueve de la noche pararemos, ahora empieza el día uno. Bueno, el medio día.

El tiempo vuela y yo me levanté muy tarde.

—¿En que se parece un elefante a un avión?

—No sabemos, Adam. Por millonésima vez, no sabemos. —Es Mapa la que habla con tono amargo.

—¿En qué? —pregunta Priscilla.

—En nada.

No me sorprende esta respuesta, pero Raúl y Therry se ríen a carcajadas. Leo y Orígenes esbozan una sonrisa.

—Deberías haberte muerto tú —explota Mafer—. Para lo que sirves es para contar chistes agrios y hacerme enojar.

—Ya ve, cascarrabias. Nada aguantas —dice Raúl.

Me rio un poco por la respuesta de Mafer, porque tiene razón, menos en la parte en la que Adam debería haber muerto.

—Ya basta de eso —dice Therry—. Las penas se calman con una canción.

—Mierda —se lamenta Noah.

—Saben que canto bien —lo calla y luego se ríe.

—Canta lo que te dé la gana. —Cris parece un poco enojado—. Pero al menos algo que entendamos.

—¿Cantas en inglés? —pregunta Leo—. Aquí el que te entenderá es Gus, él sabe.

—Bueno, un poco —digo.

—Cantaré en inglés, no se preocupen.

Todos suspiran.

Therry sonrío y sigue caminando. Empieza a entonar una canción suave con una linda melodía. La entiendo lo suficiente, pero habla de sexo, alcohol y muchas cosas más. Ya sé cuál es.

—¿Qué cantas? —Pregunta Adam con el ceño fruncido.

—Otra de sus canciones de cuna, eso seguro —responde Mafer con indiferencia.

—Es la canción *Gods and Monsters* —digo.

—¡Sí! —exclama Therry emocionado—. Es de Lana del Rey.

—Bueno, pero no entiendo qué quiere decir la canción —dice Adam.

—Adam, es acerca de las cosas que estamos destinados a hacer con tal de tenerlo todo. En este mundo, todos nos preocupamos por tener más que los demás, y luego de que lo tenemos todo, nos damos cuenta de que hicimos muchas mierdas por una satisfacción que no dura.

—Oh, bueno. No entiendo, pero fingiré que me gusta.

Therry mueve la cabeza y luego esboza una sonrisa. No puedo negarlo, tiene una voz sensacional y, de acuerdo a lo que canta, tiene toda la razón. Mientras camino me imagino en cómo lo deben de llevar todos ellos. Todas las noches lloro por el hecho de no estar con mi familia, y ellos se ven tan fuertes que me las he tenido que arreglar para no lloriquear frente a ellos. Pero por otro lado, me siento seguro aquí. Aún ninguno me cae mejor que los demás, a excepción de Leo.

El único problema es el dolor de mi cuerpo, los moratones y la cortada en mi cara.

Ciertas veces, aunque no muchas, tengo la idea de que no lo lograremos. La pesadilla de todo esto al parecer me ha traumatado, y creo que cualquiera lo estaría. Cada vez el panorama se vuelve más desolado y pobre, y no me imagino el destino de todos los que vivían aquí. Por un lado veo un edificio enorme que tiene la mayoría de las ventanas rotas y pisos devastados. Todos los que se encontraban aquí ya tuvieron que haber huido, y para nuestra suerte, desde que partimos hace un par de horas no nos hemos topado con nadie indeseable; y en tal caso, tenemos el arma, que aunque no sabemos cómo usarla, de algo nos servirá.

A lo lejos, escuchamos el grito de una mujer.

—¿Qué fue eso? —exige saber Priscilla.

—Fue un grito —responde Adam.

—Y es de una mujer —agrega Cris.

—¿De dónde viene? —Un tono de ansiedad se hace presente en la voz de Leo, que acaba de preguntar.

—Será mejor que no nos preocupemos por eso —dice Noah—. Que cada uno se encargue de su asunto.

—Concuerdo con eso. —Mapa habla con tono indiferente.

—¿Y si está herida? —vuelve a preguntar Leo.

—Dije que no es asunto nuestro. —Ahora Noah está enojado.

—Como digas.

Otro grito se escucha, tan fuerte que nos asustamos.

—No, ni mierda. Yo no me acercaré ahí. —Raúl entrecierra los ojos, mirando hacia delante.

—El grito viene de allá. —Cris señala con el dedo índice hacia más ruinas—. Aunque no queramos, tendremos que pasar.

—Moveos —ordena Mapa, que de un momento a otro ya está corriendo hacia el frente.

Nos acomodamos bien las mochilas en la espalda y salimos tras ella. Ahora sí me siento desesperado, porque quién sabe lo que nos encontraremos más adelante. Mientras avanzamos se escuchan más gritos, y me doy cuenta de que no es una sola persona. Corremos más rápido para pasar desapercibidos, pero cuando llegamos al centro del ruido, es inevitable ver lo que sucede. Un señor con dos chicas están rodeados por un grupo de hombres con aspecto de malos. Me detengo en seco porque veo que una chica mayor, creo que de veintidós años, es la que está gritando. Junto a ella se encuentra otra más joven, como de quince años. Alrededor de siete hombres armados solo con palos están rodeándolos, jalando a las chicas de manera brutal, y el señor, que es ya mayor, no puede hacer mucho. Uno de los tipos le asesta un golpe con un palo en toda la cara y el hombre cae al suelo, mientras los demás empiezan a agarrar a las chicas.

Se dan cuenta de que estoy mirando.

—¡Gus! —me grita Raúl—. ¡¿Qué mierda esperas?!

Todos se detienen y se quedan observando. El señor ya casi anciano yace en el suelo con un corte en la frente, y las chicas están sollozando, ya resignadas.

—Lárgate, enano, antes de que te golpeemos. —Un señor mayor, creo que de sesenta años, es el que me advierte, pero no hago caso. Estoy tan asustado que no puedo moverme, ni siquiera respirar. En cuestión de segundos los demás han vuelto, y traen piedras y palos en las manos.

La banda rompe en carcajadas en cuanto nos ve a todos juntos. Unos se mofan por nuestra estatura, otros por nuestras armas. Hasta a mí me parece gracioso.

—Soltadlas —ordena Mafer lanzando una piedra, esta le cae al que me advirtió, que se voltea y le dice algo a los otros.

—¿Qué hacemos? —pregunta Leo.

—Dame el arma —ordeno, y me la entregan.

«¿Ahora qué hago?».

—No dispaes, por favor —me pide Mapa.

—No lo haré —digo.

Los bandidos tiran a las chicas de lado y se voltean hacia nosotros. Me coloco el arma detrás de la espalda, temblando. No pienso disparar porque no sé cómo y no quiero lastimar a nadie.

—Hemos decidido que nos llevaremos a ese trío —nos comunica un chico más joven, señalando a las gemelas y Priscilla. Todos se acercan.

No tengo tiempo para pensar. Nos alejamos pero ellos ya nos están alcanzando. Noah levanta un palo y se les acerca, y en vez de ir a golpearlos, lanza el objeto. Uno de ellos grita porque la vara le ha dado en toda la cara y Noah aprovecha para ir donde las otras chicas. Cuando ya están lo suficientemente cerca, saco el arma de mi espalda y apunto.

—Iros o disparo —digo.

—Gus, no deberías... —empieza a decir Orígenes en tono calmado aunque con un toque de preocupación a la vez.

Se detienen en seco, y se les nota la cara de temor al ver el arma.

«Jamás vuelvas a hacer esto, Gus».

Aprieto el gatillo.

—¡Que mierda! —grita uno.

La fuerza me ha hecho retroceder unos pasos, pero me mantengo en pie. ¡He disparado un arma! Me arrepiento al instante, pensando que le he hecho daño a alguien, pero no lo sé ahora porque estoy conmocionado. Observo bien el panorama y gracias al cielo no he disparado a nadie. Los bandidos retroceden, pero las dos chicas atrás golpean demasiado fuerte a cuatro con dos varas. Un par de ellos se acercan a nosotros y disparo tres veces más. Cómo, no sé, pero procuro disparar al aire. Ninguno de ellos sale herido y, como ya me siento más seguro, aprieto el gatillo del arma otra vez.

«He disparado un arma». Esto será historia en mi vida.

Los demás, en fila, desaparecen asustados, y el resto de los chicos empieza a lanzar piedras y palos. Luego de un rato, cuando no vemos rastros de ellos, bajamos la guardia. Nos acercamos a las chicas, y el señor que estaba en el suelo comienza a recobrar fuerzas.

—Juani —empieza a llamar, un poco somnoliento—. Melina, ¿qué paso?

—Papá, estamos bien. En serio. —La chica mayor esboza una sonrisa.

—Mis niñas, decidme qué ha pasado.

—Unos niños los han ahuyentado.

—¿Unos niños? —se ríe—. ¿Cómo es que unos niños pudieron espantar a esos tipos?

—Con un arma, padre. Realmente lo hicieron.

Leo me mira, levanta el pulgar y sonrío. Noah se acerca a mí y me felicita, junto con Raúl y Priscilla. Adam y Therry observan en varias direcciones y, cuando me ven, sonrían. Me siento algo bien, y quizá así se sintió Leopoldo al ayudarnos a mí y a Leo.

«Solo que yo no tuve que matar a nadie».

—Bien hecho, Gus —me felicita Orígenes, que se ve muy feliz.

Las gemelas miran la escena del señor con sus hijas, y me siento realmente mal. Recuerdo a Gregorio mandándome un último mensaje para ellas y es como si lo viviera nuevamente. Ambas empiezan a llorar, y la pena me inunda a mí también, a tal punto que yo también sollozo. El grupo se acerca a ellas para abrazarlas y consolarlas, y tras varios minutos, dice Mapa:

—Estamos bien. No hay de qué preocuparse, chicos.

—Niños —nos llama la menor de las hermanas—. Venid aquí.

Rápidamente avanzamos los once hacia ellos y observo que el señor ya está sentado en el suelo con la hermana mayor.

—¡Pero qué tenemos aquí! —se sorprende él al vernos—. Por lo que veo sois once. Y, si me disculpáis, ¿cómo es que habéis sobrevivido tanto tiempo?

—Por las oraciones de Orígenes —contesta Raúl.

El señor y las hermanas se ríen un poco. Una de ellas es alta, con el cabello corto, ojos color miel y cara fina. La menor es casi igual, un poco más gruesa y con una cola de caballo que cae en su cuello.

—Sois muy, muy valientes todos ustedes —nos felicita.

—Fue idea de Gus —contesta Leo mientras me mira sonriendo.

—No es para tanto —replico, sonrojado.

—Por un momento creí que habías matado a alguien —comenta Orígenes.

—Créeme que no eres el único —agrega Mapa.

—Yo esperaba que hubiese más acción —interviene Raúl y Therry resopla—. Así como en Matrix.

Adam se ríe y Priscilla le da en la cabeza a Raúl con un palo.

—En serio, os lo agradecemos, niños. No habría sabido qué hacer si se llevaban a mis hijas. —El anciano sonrío tristemente y abraza a las dos chicas. Ahora yo soy el que me entristezco. Siento la nostalgia de mis padres

y de mis hermanos. El día en que ocurrió todo, ellos no estaban, pero aun así tenía la compañía de mis padres. Creo que nunca sabremos cuándo va a ser la última vez que veremos a alguien. Recuerdo a mis hermanos discutir con nuestros padres dos días después de Navidad y, a consecuencia de eso, decidieron viajar al exterior. Ahora, ¿qué han de pensar al ver en las noticias lo que nos están haciendo? Quizá al enterarse llamaron a nuestros padres desesperadamente, y quién sabe si recibieron una respuesta.

—Gus —me llama Leo chasqueando los dedos—. Gus, reacciona.

—¿Qué, qué pasa? —pregunto, un poco desorientado.

—Ya se te caían las babas —me dice Priscilla.

—Lo siento —contesto—. Estaba pensando en mi familia.

Todos notan mi tristeza y bajan la cabeza. Orígenes es el único que no dice nada al respecto. Melina y Juani dejan de abrazarse y se quedan en silencio un rato.

—Momento incómodo —comenta Raúl de repente—. Está bien. Noah, creo que debemos seguir.

—¿Os dirigís al sur? —nos pregunta el señor—. Porque nosotros también, al refugio seguro.

—Así es —contesta Cris—. Ya tenemos todo calculado, en unos días llegaremos a pie —termina diciendo, triunfante, como si ya hubiésemos llegado. Pero parece que sí lo lograremos. Las nubes en el cielo se tornan de un gris demasiado fuerte y eso significa que va a llover. No digo nada aún, porque los demás hacen comentarios al azar y Cris se mantiene algo ocupado hablando con el señor. Debo hablar con Leo.

—Leo —lo llamo—. Ven un rato.

Me mira extrañado y avanza hacia mí, yo retrocedo para alejarnos del grupo.

—¿Qué sucede? —me pregunta.

—Muchas cosas. Estoy algo preocupado acerca del refugio. ¿Recuerdas que Leopoldo nos dijo que solo podía llevarnos a uno? Pienso que era mentira porque...

—Gus —me interrumpe—. No creo que eso importe ahora. Él está muerto y todo lo que haya dicho o hecho antes ya no se hará con él. Por primera vez en toda esta semana de mierda me siento... seguro, y todos los demás también, eso no lo dudes. Has sido un héroe hoy. ¿Quién sabe qué les habría pasado a esas chicas si tú no te hubieras detenido? ¡Hasta pudiste haber muerto! Ahora somos once, bueno, catorce si es que se nos juntan ellos

tres. No hay nada que temer. Nos falta un camino largo y peligroso, pero haré lo que sea por volver con mi familia —empieza a quebrarse su voz—. Ahora solo nos tenemos a nosotros mismos, Gus. Y no sé cómo diablos harán todos estos por no llorar por sus madres, porque a mí me hace demasiada falta. No veo la hora de regresar con mi familia y volver a estar con Raemal. Hasta hace unos días ya había perdido las ilusiones de encontrarlos; ahora, ese pequeño rayo de esperanza que nos había dado Leopoldo se ha convertido en un sol entero. No debes preocuparte. Debemos dejar ese capítulo atrás o no podremos escribir este.

Me quedo en silencio un buen rato. La ira, la tristeza y la esperanza se mezclan demasiado ahora y no sé cómo controlarlas.

—Tienes razón —digo, convencido—. Gracias, Leo.

Me sonrío y agrega:

—Para eso están los amigos, Gus.

Nos acercamos al grupo de nuevo y vemos que Cris y el señor han llegado un acuerdo.

—El grupo aumenta, chicos. Iremos con los tres al refugio. Así será más seguro para todos.

Todo el mundo lanza sus comentarios y la mayoría son de aprobación. Las gemelas empiezan a socializar con las chicas, que por cierto son muy amables.

—Mi nombre es Jeremy. Espero que vosotros confiéis en mí, porque yo sí confío en vosotros. Estoy infinitamente agradecido por lo que habéis hecho. Nosotros también nos dirigiremos al sur porque muy pronto todo lo que queda en esta superficie estará destruido, lo hemos escuchado por la radio.

Trago saliva.

—¿Qué? —Es la pregunta de todos nosotros.

—Así es, por eso es que se han hecho los refugios. Este país está frito, pero las Naciones Unidas ha hecho lo posible para que los países vecinos nos ayuden en esto. Si no llegamos a la frontera a tiempo, será el fin para nosotros. —Jeremy trata de decirlo muy calmadamente, pero no lo consigue del todo.

Las gemelas empiezan a llorar y me lleno de miedo. El hecho de pensar que no lo lograremos por no tener tiempo ya es suficiente para perder las esperanzas. Orígenes se mantiene inexpresivo, una de las cualidades que más me sorprende.

—¡No es justo! —chilla Mafer—. Nosotros no tenemos la culpa.

—No somos quiénes para decirlo, niñas. Y solo nos queda una cosa por hacer: avanzar rápido.

—Es cierto —concuerdan Noah y Cris, que también habían llorado—. Ya tenemos calculado todo para llegar al refugio, ahora solo debemos acelerar el paso.

Todos asienten y lanzan más comentarios. Viéndolo así, Cris tiene razón. Solo debemos perseverar.

—Debemos avanzar lo que más podamos el día de hoy, porque ya son las cinco de la tarde.

—Tiene razón —concuerdas Cris—. Opino que caminemos hasta las diez, y entonces podremos descansar.

—Que así sea.

Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez de la noche. Cada hora viendo un panorama peor que el anterior. En una parte vimos una escuela totalmente destruida, y así mismo edificios en el centro. Nos hemos topado con personas sin rumbo y viajeros al sur, gente amable y ladrones, familias y gente solitaria. Pero a pesar de eso, no ha pasado nada tan malo aún. Ahora ya se ve a gente en las calles, pero no se preocupan de lo que está pasando.

—Es inevitable, no tenemos oportunidad —nos dijo una de ellas, una señora ya anciana con unos ojos grises acuosos como el mar.

Lo único que hemos hecho de interesante es escuchar cantar a Therry y los chistes de Adam, de los cuales Juani y Melina son expertas en reírse. Leo y yo conversamos con Jeremy acerca de lo que nos ha sucedido. La historia de él ha sido más trágica que la nuestra. El lunes habían empezado un viaje hacia el norte en familia, cuando las bombas empezaron a descender. «Todo había sucedido tan rápido», fue lo que nos dijo en ese momento, y es lo que todos hemos dicho. Luego, todos tuvieron que ejecutar una huida hacia el sur, en la cual murió su esposa. Pasaron días huyendo y con hambre, porque cada vez que llegaban a una casa, esta estaba completamente vacía. Tuvimos suerte de encontrar esa casa enorme a tiempo.

El día domingo que partimos, ellos seguían en la huida, porque pronto el lugar en el que estábamos sería atacado totalmente. Aunque creo que no más de lo que ya estaba. Una pandilla había llegado a ellos, armados con palos, piedras y muchas cosas más. Pensaban en quitarle lo poco que tenían y a las

dos chicas, pero nos dijo que fuimos sus «ángeles» y llegamos allí en ese momento.

En la oscuridad de la noche nos damos cuenta de que no podemos seguir avanzando. El último poste de luz en funcionamiento se acaba justo en esta calle principal, que al parecer no está del todo destruida.

—Es hora de parar —anuncia Jeremy.

—Gracias a Dios. —Orígenes estaba notoriamente cansado.

—No veía la hora de detenernos. —De repente Cris tira las cosas al suelo y las usa como almohadas—. Aquí estará bien. Buenas noches.

—Muévete, Cris. Debemos buscar algún lugar para dormir —le replica Noah.

—Ya para qué discutir, vamos.

—Aquel estaría bien —sugiere Raúl, apuntando a una casa de dos pisos que está a nuestra izquierda.

—No —se rehúsa Mapa—, hace un par de minutos vi una casa enorme, como de cuatro pisos.

—Tiene razón. —Melina apunta detrás de nosotros, hacia otro poste de luz—. Yo también lo vi.

—Como sea, con tal de que no nos maten, chicas —llega a la conclusión Jeremy.

Nos regresamos y caminamos un par de minutos. Encontramos la casa de la que Mafer y Melina hablaban.

—Es esta —anuncian triunfantes—. Es grande.

—Bien. —Jeremy abre la puerta lentamente—. Será mejor que entremos, antes de que nos dispare alguien acá afuera. Iré yo, quedaos aquí.

El arma que cargaba yo hace unas horas se la tira al hombro y entra. Los demás nos quedamos afuera, en silencio.

—Por fin a descansar —exclama Mafer, aliviada.

—Sí. Todo esto ha sido demasiado agotador. —Noah se apoya a uno de los muros de la casa.

—Supongo que, al paso que vamos, estaríamos llegando al refugio el sábado que viene —calcula Cris, satisfecho.

—Aún pienso que es mucho. —Priscilla, que no ha hablado demasiado desde que nos juntamos con los nuevos, opina ahora.

—Ese es el precio de nuestra vida, Priscilla —digo, un poco tímido.

—Como sea.

—No creo que tengamos suficiente comida para lo que nos queda de

viaje. —Adam sacude su mochila.

—Sigue orando Orígenes —se burla Raúl, sus ojos grises brillando como dos lámparas en la oscuridad. Hasta empieza a dar un poco de miedo—. Si seguimos así, hasta nos reencontraremos con nuestras familias.

—Ya supéralo, Raúl—dice Orígenes en tono seco.

Suenan un disparo y un grito.

—¡Papá! —gritan Juani y Melina a la vez. La voz es de Jeremy, eso es claro.

Todos entramos embalados a la casa y nos detenemos al ver Jeremy en el suelo con una mano en el abdomen.

—Papá. —Juani se tira al suelo junto a él, seguida de Melina.

—Vosotros no os mováis —nos dice una mujer, apuntándonos con un arma—. U os pasara lo mismo que a él.

—Vieja idiota, somos niños. —Cris se pone furioso y tira sus cosas al suelo. Puedo verlo llorar al ver a Jeremy, pero todos estamos así, no solo ellos.

Suena otro disparo. Lo ha disparado Juani, pero no le atina, ni siquiera cerca.

—Te perdono la vida esta vez —replica la mujer, furiosa.

Suena otro disparo. La mujer cae al suelo.

—Pues yo no —contesta Juani, angustiada y con el arma en la mano.

Me quedo en shock. Luego de eso, varias personas entran en la sala a ver a la señora.

—¡Corred!

—¡No! —los detengo—. No podemos dejarlas así.

Uno de los que ha entrado es un hombre que ya tiene el arma en la mano y apunta a Juani. Pero ella también tiene el arma levantada.

—¡Parad, por favor! —grita Melina, que no ha dejado de llorar.

Jeremy se retuerce en el suelo de dolor, mientras que Melina está tratando de calmarlo.

—Mierda, ¿qué hacemos? —Noah está desesperado.

—No podemos dejarlas aquí, así que no hagamos nada. —Cris habla demasiado bajo para que apenas lo escuchemos.

—Nos dispararán —dice Priscilla.

—No, somos niños. No creo que lo hagan —replico para calmarme.

«Eso no le importó al primer uniformado con quien nos topamos».

—Mierda —repite Raúl.

—Doble mierda —Therry empieza a preocuparse.

—Triple —agrega Adam.

—No respiremos. La disputa no es con nosotros, creo. —Hasta Leo está preocupado.

Juani se queda inexpresiva, viendo al señor con el arma apuntándola. Estamos en problemas.

«Yo no quiero morir ahora. Jamás debimos venir aquí».

—No dispararé —dice el señor, calmado—. Solo deja tu arma en el piso y yo dejaré la mía.

—Tú primero —contesta Juani a la defensiva.

«Que inteligente», pienso, pero no, no lo es tanto. Jamás debió haber disparado. Cualquiera de nosotros pudo haber resultado herido.

El hombre deja su pistola en el suelo, luego Juani hace lo mismo.

—Por favor, ayudadme. —Melina está llorando—. Mi papá está desangrándose.

Juani se voltea y es todo. El hombre patea las armas y de un solo golpe la noquea. Melina grita y trata de defenderla, pero es poco lo que puede hacer. Avanzo con Leo hacia ellos y lanzo lo primero que agarro. Le asesto un golpe en el ojo al atacante y este se tambalea. Todos los demás se tiran sobre él en un espectáculo de golpes y gritos. Cuando pienso que ya hemos ganado, un grupo de cinco hombres más entra en la sala y se bate contra nosotros. Agarran a Therry, Adam, Raúl y Orígenes; los demás tratamos de separarlos, pero es inútil. En cuestión de segundos apresan a las gemelas y a Priscilla. Se los llevan lejos de la sala, inconscientes; cómo, no sé. Juani está tirada en el suelo y Melina no para de llorar; Jeremy está prácticamente muerto en el piso. Comienzo a sollozar por la impotencia y el dolor. Nunca debimos haber entrado. Se llevan a las chicas y a Leo. Soy el único que queda ahí, solo. Me escabullo y me escondo detrás de un librero, pero creo que no es suficiente. Me siento como un cachorro en medio de un grupo de lobos, inexperto e inseguro. Al cabo de un minuto, ellos llegan mientras yo sigo llorando.

—¿Eran todos? —preguntan.

—No, falta uno. Por aquí debe de estar.

—Este viejo está muerto —anuncia, refiriéndose a Jeremy.

—¿En qué diablos habrá pensado Esther al haberlo matado?

—No lo sé, pero le costó la vida a ella.

«¿Cómo les puede importar tan poco?», pienso. La tristeza me invade, quizá todos a los que se han llevado ya están muertos. De un golpe tiran el

librero hacían un lado y en un momento ya me han agarrado de la camiseta.

—Veamos, ¿cómo te llamas?

—A... —Se me corta la voz y empiezo a llorar.

—Niño idiota.

—A este sí mávalo —dice, y se nota que es en son de broma—, no se necesita gente débil en el refugio. Mañana partiremos, nadie lo notará.

«El refugio», pienso. No puedo creer que ellos vayan allá.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta de nuevo, pero esta vez mas amablemente.

—Gus.

—¿Por qué están tus amigos y tú aquí?

—Queríamos dormir. No teníamos idea de que estaban aquí, lo juro. No quiero morir, por favor.

—Sabes lo poco que nos importa eso, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—No lo mates —le pide un chico algo joven, con cabellos dorados y ojos azules, quizá de la edad de Melina.

—Cállate, Johan.

—Míralo, es indefenso. Nuestra misión es llevarlos a todos al refugio. Y ellos ya son parte de nosotros.

—Maldito seas, Johan —termina diciendo el hombre. Me mira con ojos furiosos.

—Tienes suerte, Gus.

Me deja en el suelo y por un momento creo que no me ha de hacer nada malo. Pero no es así. Levanta la pierna y me golpea en el cuello. Todo se vuelve negro a mi alrededor.

LEO

Muchas de las veces en las que creemos estar bien, tiene que llegar alguien a cambiarlo totalmente.

Félix Villacís

—Leo, vamos. Tienes que ir a la escuela.

—¿Mamá? —pregunto, confuso.

—¿Qué sucede? —me interroga frunciendo el ceño.

—¿Dónde estoy?

—Pues en casa.

—¿Cómo? ¿La guerra terminó?

—Hijo. Por favor, olvídalo. Eso fue hace años. Debes superar eso.

—Espera.

—Por favor, no empecemos de nuevo.

—¿Y Gus?

—Hijo, él murió en la guerra. Sé que debes de extrañarlo, pero así fueron las cosas.

—No, los señores... Cris, Noah. ¿Dónde están todos ellos?

—¿De quiénes hablas?

—Del grupo con el que estaba.

—Por favor, hijo. No hagas lo de todas las mañanas.

—No. Estaba con ellos.

—Tengo que repetírtelo. Gus murió en la guerra...

La noticia que me dice me impacta. Mientras me levanto veo todo borroso, como si me fuese a caer. La cabeza me bombea tan fuerte que creo que va a estallar. No siento por completo ni mis brazos ni mis pies.

—Mamá, no entiendo nada.

—Esto te ha afectado, Leo. Pero debes...

—¡No! —grito con ira y tristeza en mi voz—. ¡Gus no ha muerto!
¡Estábamos en esa casa!

—Hijo, cálmate. No sé de qué me hablas. —Me mira con tristeza y me sujeta las manos con las suyas.

—No. Tengo que saber qué ha pasado. Por favor.

—Cariño, no hagas esto más difícil.

—Mis hermanos, papá. ¿Dónde están?

Empieza sollozar y me imagino lo peor. Gus no puede estar muerto. Empiezo a llorar a moco tendido por la noticia.

—Esto no pudo haber pasado —digo, llorando como si no hubiese un fin para mi tristeza.

—Hijo...

—¿Dónde está papá?

—No sobrevivieron.

La tristeza me inunda como agua en un vaso. Aunque con mi padre no haya tenido los mejores momentos, me duele la noticia de perderlo.

—¿Mis hermanos?

—Tampoco. —Mientras me lo dice llora desconsoladamente.

—¿Cómo es que no lo he sabido?

—Hijo, todas las mañanas te despiertas sin recordar nada. Te he llevado a psiquiatras, pero no puedes recordar. Por favor, no lo hagas más difícil.

—Pero mamá, ayer estaba en la casa con el grupo.

—No lo hagas más difícil.

—Gus no está muerto... —me digo desesperadamente.

—No lo hagas más difícil...

Me despierto.

—Gus... Gus... —Estoy llorando.

—Leo, Leo. Aquí estoy. —Gus está al lado mío, con cara de preocupación.

Donde estoy acostado no deja de temblar y no abro bien los ojos porque el resplandor no me deja ver.

—Gus... —hablo nuevamente.

—Leo, estamos aquí —me responde con una sonrisa.

—No estás muerto. Gracias a Dios.

—Sí, gracias a Dios

Me recuesto de nuevo, tratando de calmarme. «Fue solo un sueño, un mal sueño. Eso es todo».

—¿Dónde estamos? —pregunto, porque todo se está moviendo—. ¿Dónde están los demás?

—Supongo que dormidos.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, pero estamos en camino al refugio.

—¿Cómo? —vuelvo a preguntar, más confundido que antes—. ¿Los

señores de ayer nos están llevando?

—Sí.

—Malditos. Ojalá...

—No, Leo. En realidad ellos nos están ayudando. Sé que es algo confuso, pero debes dejar que te explique, ya verás.

—Pero si mataron a Jeremy. Melina, Juani, ¿dónde están ellas?

—Están en otra camioneta.

Me restriego los ojos con las manos. Llevo la misma ropa de ayer, sucia y rasgada.

—La señora que mató a Jeremy estaba loca, por eso actuó por impulso —me sigue contando—. Nos noquearon a todos y yo me levanté hoy en la mañana. Son... Bueno, somos un grupo enorme de niños. Hay como diez camiones en camino al refugio. A nosotros, al ser los últimos, nos llevaron en camionetas; Juani y Melina están en otra porque no entraban aquí.

Me siento despacio y al mover el cuello experimento un dolor que me recorre toda la espalda.

—¡Ouch! Me duele —me quejo.

—Ya se te pasará. Eso es solo un rato.

Me muevo un poco más despacio y el dolor sigue ahí. Los demás están acostados, durmiendo.

—Parecen piedras —comento.

—Sí, pero deben de seguir inconscientes. Yo me levanté hace horas, cuando eran las diez de la mañana. Ya son las cuatro de la tarde; ha pasado bastante tiempo. Tengo miedo de que alguno de ellos esté muerto.

—No creo.

«Aunque puede que sí». El solo pensar eso me revuelve el corazón.

—Todo fue tan rápido ayer —me recuerda Gus—. Jeremy, la señora, todo.

—¿Todos los niños que tienen los llevan al refugio?

—Sí, Leo. Nos están ayudando a nosotros también. Estuve despierto un rato para escucharlos hablar.

—Entiendo. ¿Cuántos son?

—Son como siete señores; un par son jóvenes, de la edad de Melina, supongo. No sé cuántos años tendrán, pero se ven de la misma edad.

Asiento.

—¿Estamos cerca del refugio?

—No lo sé —me responde.

El paisaje que nos rodea es de más y más árboles.

—Creo que ni siquiera estaremos vivos al final del día.

La carretera es como una serpiente, por eso el auto se mueve mucho, tanto que hasta llega a ser incómodo. Estoy en una esquina de la parte trasera de la camioneta, y desde este punto puedo ver a los demás. Adam y Therry están en otra esquina con las cabezas pegadas, y a su lado están las gemelas y Priscilla; Orígenes con Raúl están junto a nosotros y Cris con Noah están junto a las gemelas. La pesadilla que tuve, al parecer, me ha dejado marcado.

—Soñé algo muy feo —digo para romper el silencio.

—Yo ayer también soñé algo feo.

—¿Qué soñaste?

—Tu primero.

—Bueno. Pues verás, es algo confuso, pero trataré de contarlo bien. Mi mamá me levantaba y me parecía demasiado extraño, porque lo último que recordaba fue lo que sucedió ayer. Entonces pregunté por ti... y me dijo que habías muerto en la guerra, que había sucedido hacía años. —Mi voz se corta y empiezo a sollozar—. Luego empezaba a gritar, y me decía que mi familia había tenido el mismo destino. No lo pude soportar, así que empecé a llorar como una Magdalena. Luego me decía: «No lo hagas más difícil» y desperté.

—Oh, bueno. Ojalá no sean palabras proféticas —me dice y luego se ríe.

«Ojalá».

—¿Qué soñaste tú? —pregunto.

—Pues, es algo confuso. Parecía demasiado real. En mi sueño, al parecer, nos encontrábamos en el refugio.

—¿Nosotros?

—Solo te vi a ti, y de repente todos empezaron a correr y gritar. Fue demasiado rápido. Unos militares nos ubicaron en filas y nos separaron a los ancianos y los niños de los adultos. Entonces comenzó la matanza. Todos los ancianos fueron asesinados y luego nosotros corríamos la misma suerte.

—¿Nosotros?

—Sí —responde con un hilillo de voz—. Fue horrible, no lo pude soportar.

—A eso sí le debo tener miedo. Ojalá esas no sean palabras proféticas tampoco.

Nos reímos y nos quedamos en silencio un rato.

—Todo ha sucedido tan rápido —me dice de repente—. Todos los días he llorado, pero frente a ustedes me aguanto. Para mí es espantoso.

—Lo sé, pero daré todo por encontrar a mi familia. Espero que estén bien.

—Parecemos esos señores que salen en la televisión, los que fueron náufragos, Leo. No es el fin del mundo, solo debemos llegar.

Nos reímos un rato y seguimos haciendo chistes. Le cuento acerca de mi conversación con Cris ayer en la madrugada, pero lo único que dice es:

—Supongo que no quiere que nos vayamos, no ahora.

—Tienes razón.

—Lo sé —dice sonriendo.

—¿Cómo estarán nuestras familias?

—Mal. Deben de llorar todos los días pensando que estamos muertos.

—Nunca sabremos cuándo será la última vez que veremos a alguien.

—Tienes razón.

—Lo sé.

Me mira y sonrío. Agradezco a Dios por darme un amigo así.

Luego de varias horas, nos detenemos. Todos están aún durmiendo, y yo, preocupándome más. Nos paramos en medio de una carretera tan solitaria que a los lados solo vemos árboles. En silencio, el auto vuelve a arrancar de nuevo, levantando el polvo como una ola en medio del mar.

—¿Qué habrá sido eso? —pregunto.

—Así pasa a veces. Se detienen de la nada.

—Sigo sin entender.

—¿Ya estáis despiertos? —Sé que la voz es de Cris, pero hasta ahora me había dado cuenta de que estaba despierto.

—¿Cómo podéis dormir tanto? —pregunta Gus.

—No lo sé. Solo me desperté y ya.

—Ya nos hemos dado cuenta —digo.

—¿De qué me he perdido?

—De un viaje aburrido en el que solo ves árboles —responde Gus.

—¿Qué hacemos aquí?

—Nos vamos de vacaciones —contesto.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

Me mira entrecerrando los ojos.

—Después de que nos noquearan a todos, al parecer, nos han subido a estas camionetas, pero adonde nos dirigimos es al refugio. Eso es lo que he escuchado.

—No lo creo. —Cris se sienta para mirarnos mejor.

—Bueno, no somos los únicos que estamos con ellos, son más.

—Eso me pone en duda.

—A mí también —agrego.

—Si fuesen buenos, no hubiesen matado Jeremy.

—Los que nos acompañan no fueron. —A Gus le empiezan a brillar los ojos.

—Como digas.

—En cuanto se despierten todos, huiremos —digo.

—¿Huir? ¿A dónde? —Es Noah quien pregunta, que en este instante ya se está levantando.

—Fuera de aquí, lejos —le contesta Cris.

—No deberíamos —Gus sugiere en voz alta.

—Gus tiene razón, Cris. No duraríamos mucho tiempo, no tenemos nada. Apuesto que Leo piensa lo mismo.

No digo nada, reflexionando sobre mi propuesta. Estamos en el medio de la nada y no creo que a ellos les importe si vivimos o morimos

—Solo estemos con ellos —sugiere Gus—. Es lo que mejor podemos hacer ahora.

—Lo que mejor debemos hacer es dejar de pensar en planes de escape suicidas —dice Noah—, eso no nos sirve de nada ahora.

—Tienes razón —reconozco, cabizbajo. No puedo creer haber sido tan tonto como para haber propuesto algo como eso.

Mientras se oscurece, los demás empiezan a despertarse, hasta que ni uno queda dormido. Empiezan las conversaciones de nuevo. Todos haciendo preguntas como periodistas a Gus, que apenas puede responder a alguna .

—¿Nada más? —interroga Priscilla finalmente.

—Nada más —responde Gus.

—Es extraño. —Adam se queda tranquilo—. Será mejor quedarnos quietos.

—Sí. No tenemos más oportunidad —termina diciendo Mapa.

—Ya son las nueve de la noche —dice Cris—. Ni siquiera he bostezado por el sueño.

Ahora que habla del sueño, yo sí tengo, a pesar de que me desperté tarde. Gus también está cabeceando desde hace un buen rato, y no lo juzgo, es el que más ha pasado despierto.

—Creo que dormiré, chicos.

—No te preocupes, Leo —me dice Mapa—. Montaremos guardia en tu

ausencia.

—Sí, no te preocupes —termina Priscilla.

No sé si lo dicen sarcásticamente o tengo cara de inquietud.

—Un chiste antes de dormir —ofrece Adam.

—Está bien —acepto, con mis ojos entrecerrándose.

—¿Qué hace una abeja en el gimnasio?

—¿Qué hace?

—Zumba.

Admito que es un chiste gracioso, a diferencia de todos los que me ha contado.

—Gracias, pero debo dormir.

—Cantaré una canción mientras dormís, estoy aburrido —ofrece Therry.

—Como quieras —digo cerrando los ojos.

La canción es demasiado lenta, y la voz de él hace que suene como si fuese una canción de cuna. Pienso en lo que me ha contado Gus hoy mientras me recuesto entre las piernas de los demás. Jeremy, la señora muerta, las chicas, el auto, el refugio. Todo tan confuso...

—Leo, Leo, despierta...

Abro los ojos y sigue oscuro.

—Leo...

—Ya —respondo—. Estoy despierto. ¿Qué sucede?

—Hemos llegado —anuncia Noah.

Me siento de un brinco.

—¿Ya?

—Sí.

—No —dice Therry—. Nos hemos detenido en un monte que da a un campo lleno de vegetación. Pero estamos en lo más alto, así que desde aquí se puede ver un cuartel enorme, que parece diminuto por la distancia. Ya no se puede avanzar más, creo que debemos caminar.

—¿Y los señores?

—Nos acaban de avisar, nos han dicho que te despertemos. —Esta vez responde Priscilla.

Estoy a punto de preguntar algo, pero se adelanta Gus.

—Pronto volverán, así nos dijeron.

Asiento.

—¿No tienes sueño? —le pregunto—. Eres el que menos ha dormido.

—No, no tengo —contesta secamente.

—¿Pasa algo?

—No, ¿por qué?

—Estás extraño.

—Es la felicidad. Aquí la aventura termina —me responde con ojos brillosos.

—Cierto —comenta Cris

—Yo de ustedes no estaría tan seguro —interrumpe Orígenes, que no había hablado mucho con nosotros desde que despertó—. Es de noche, quién sabe con qué nos toparemos más tarde.

—Mierda, ya empezaste con tus cosas de terror. —Raúl, que no había dicho nada, le reclama a Orígenes—. Solo reza, es lo que siempre nos ayuda.

—Lo sé, pero presiento algo malo.

—¿Qué cosa? —todos preguntamos a coro, porque él nunca había dicho algo así.

—No lo sé. Solo que ha sido tan fácil el final que parece mentira.

—Deja de decir tonterías.

—Creo que será lo mejor.

—Necesito ir al baño —digo.

—Yo también —se une Orígenes.

Me bajo de la camioneta y avanzo a zancadas dentro del bosque. No quiero que me vean mientras orino, pero por aquí no se ve casi nada.

«Mientras más lejos, mejor».

Cuando ya estoy lejos y me dispongo a orinar, siento unos pasos que resuenan al aplastar las hojas. El miedo recorre mi espalda y mi piel se eriza

—¿Orígenes? —pregunto, algo preocupado. La noche está demasiado oscura y hasta parece que ojos me estuvieran observando. Pero no debo tener miedo.

Nadie contesta.

Luego de orinar, me doy vuelta para examinar quién ha estado por el lugar, pero no veo a nadie por lo oscuro que está. No sé qué es peor, el tener a alguien siguiéndote o no ver prácticamente nada. Lo único que me acompaña es el murmullo de los árboles que me envuelven como una ola en el mar. El sonido de los insectos aumenta y baja de volumen, como una canción. Siento las pisadas de nuevo, que cada vez suenan más y más fuerte. Agarro una roca

del suelo y la levanto en modo ofensivo.

—¿Quién anda ahí? Esto no es gracioso, chicos.

Para no asustarme más, camino de vuelta al campamento a paso rápido, y me doy cuenta de que me he alejado demasiado.

«Tranquilízate, Leo», me digo a mí mismo.

Giro a la izquierda para ir más rápido, pero el camino se hace más largo. Retrocedo por la misma ruta, pero las pisadas hacen que mi mente esté en blanco. Me asusto demasiado, tanto que estoy a punto de llorar, y salgo corriendo en dirección opuesta. Ahora los pies me persiguen, pero no he visto ni una sombra desde que escuché las pisadas. Me adentro más en el bosque y sé que estoy perdido.

«Tranquilízate, Leo».

Corro con más prisa porque ahora sí estoy asustado. ¿Qué es lo que me persigue? Si hubiese venido Orígenes conmigo, no tendría tanto miedo. Los árboles crecen a medida que avanzo por el bosque y un sinnúmero de insectos aparecen a mi alrededor. La noche cae sobre mí, y también el sonido de los grillos. Doy la vuelta porque no escucho más pisadas, pero ahora sé que no podré volver con los demás porque estoy demasiado lejos y no veo rastros de carretera.

Un campo mucho más peligroso se extiende desde donde estoy parado y escucho sonidos de animales más grandes. Avanzo un buen rato entre toda la maleza y observo que es como una colina, enorme; y al parecer hemos estado en la cumbre. Desde aquí miro el terreno, que está lleno de árboles, aunque no llego a ver todo por lo oscuro de la noche; a lo lejos se distingue un riachuelo que desciende desde mi izquierda hasta el horizonte. Desde aquí me siento como Tarzán, intrépido. Pero sé que si doy un paso mal, caeré como balón hasta el final y moriré, así que me iré bajando los humos.

«Bien. Sin nada ni nadie, pero encontraré algo, con o sin luz».

Para no perder más tiempo, me adentro en la oscuridad de manera rápida pero insegura. Me siento muy feliz por no tener miedo, porque sé que cualquier niño de mi edad estaría desesperado, aunque no es para tanto. Cada dos segundos miro detrás de mí porque pienso que algo, o alguien, me está persiguiendo. Varias veces me resbalo y caigo, aunque no pasa de un rasguño que me he hecho en el brazo. Estoy asustado, pero no me puedo dar el lujo de tirarme al suelo y llorar hasta dormir. El sonido de los insectos penetra en mis oídos cada vez más, tanto que hasta es incómodo. Me acomodo en el suelo para recuperarme, aunque no tengo ni una pizca de sueño tras haber dormido

todo el viaje. Ni siquiera sé qué hora es. Me quedo sentado un buen rato, y luego del descanso, me dispongo a seguir caminando.

Después de mucho tiempo entre sombras, arbustos, ratas e insectos, veo que la luz empieza a aparecer en el horizonte, y por fin comienzo a distinguir todo lo que he recorrido, que no es mucho, ya que al parecer he dado vueltas cuando bajé la colina. Ya no soy solo un niño de once años, sino que soy uno que ha pasado una semana sin su familia y se ha adentrado en un bosque peligroso. Me siento orgulloso de mí mismo por haberlo superado. Aunque también fue demasiado arriesgado, contando que no sé nada de este tipo de cosas. Me pregunto cómo estarán los demás, pero apuesto que a estas alturas ya deben de estar en el sitio seguro, mientras que yo estoy aquí con hambre y sed.

Para mi desgracia, no veo ni rastro de lo que sería el refugio, contando que he caminado por horas. Espero no haberlo hecho en círculos. Pasa un rato y el sol se hace presente, así que observo con claridad todo el paisaje a mi alrededor; es muy bonito. Continúo avanzando y un asqueroso olor se hace presente. Me tapo la nariz de inmediato y prosigo con miedo, pero decidido a saber de dónde viene la pestilencia. Para haber pasado recién una semana, lo he hecho bien, o al menos eso creo. Para cuando vuelva a casa, no necesitaré que me lleven a la escuela en el auto, sino que iré caminando.

«Pero papá querría llevarme».

La tristeza me invade al pensar en mi familia y mis lágrimas caen por todos los que me importan: por mis padres, por mis hermanos y por Raemal, pero no puedo hacer mucho. Ya todo se acaba, así que no puedo quejarme. Ha sido una semana dura, pero sé que puedo lograrlo. Y pensar que hace siete días a esta hora mi mamá me estaba levantando con un beso en la frente, pero ahora es el olor lo que me mantiene despierto. Mis ropas están sucias y desgarradas, y sé que necesito un baño. Sobre todo, necesito comer. En el camino tomo un par de frutas que están en el piso y, sin pensarlo dos veces, me las meto a la boca. El sabor de una manzana mal lavada por mí en mi boca es como un manjar de los dioses luego de no haber comido por horas.

Con el sol un poco más arriba en el cielo, en lo que supongo que son un par de horas después, picado salvajemente por mosquitos, avanzo, y el olor a putrefacción se incrementa con tanta potencia que me provoca arcadas. Sigo caminando hasta que me topo con algo tirado en el suelo.

Un cuerpo.

«¡Ala!», pienso, porque me esperaba toparme con un animal muerto, no

una persona.

Salgo apurado del lugar y vete a saber si es que hay más. Al principio gritaba si veía algo muerto en el piso, pero ya me he dado cuenta de que gritando no voy a cambiar su situación. A medida que avanzo, se percibe más la pestilencia, hasta que me topo con lo peor. Decenas y decenas de cuerpos.

«¿Qué habrá pasado aquí?», me pregunto, aunque creo que será mejor que no lo sepa.

Corro en dirección a los cadáveres, pasando por encima de ellos. Hay montones de cuerpos: niños, ancianos, mujeres y hombres, todos muertos. Mientras me alejo, algo me detiene. Repentinamente, escucho el sonido de camiones y balas, junto con gritos. Me acerco a mirar.

«No, Dios, esto no puede estar pasando».

No quiero ver ahora. Estoy paralizado, mis piernas tiemblan de miedo.

«Está pasando».

Hay camiones en el terreno. A lo lejos diviso a grandes grupos de personas siendo alineadas por militares, pero solo los ubican en filas. Las bajan de los camiones y se las llevan. Eso no se ve bien. Me detengo detrás de un arbusto y me escondo para ver qué sucede. Todos obedecen de una manera tan sumisa que cuesta creerlo.

Aquí se acaba el bosque y comienza un terreno llano enorme. Observo a derecha e izquierda y todo acaba en este extenso lugar. Pero el bosque continúa, ya que a la distancia se ven los árboles que dan al resto de este. En este enorme lugar han llegado más de doscientas personas, según lo que puedo contar, ya que no están demasiado lejos de aquí. Veo cómo separan a los niños de sus padres y empiezan los alaridos. Me mantengo bien escondido en el arbusto, pero si me quedo aquí, puede que alguno de los uniformados me vea en cualquier momento, y es lo que menos quiero al ver esta situación. Los niños empiezan a llorar y las madres gritan desesperadas. Los ancianos del enorme grupo son llevados lejos de ahí, pero aun puedo verlos. Los hacen acostar a todo ellos y suena un disparo.

Me quedo en blanco, aunque el trance no dura mucho por el estallar de los gritos. Decenas y decenas de uniformados han rodeado a las personas, así no tienen salida. Veo a un niño correr en mi dirección y me asusto por la cara que lleva al huir.

—¡Ayuda! —grita. Pero yo no se la puedo dar, no ahora.

Antes de ser capaz de responderle, cae al suelo con una mancha de sangre en la cabeza. Quiero volver a la cumbre de la colina, pero debo ver qué

sucede. ¿Ellos serán del refugio? Se parece demasiado al sueño de Gus. No parece; es su sueño.

Mientras los gritos se intensifican, todos son traídos hacia donde me encuentro, y sé que debo retroceder. A medida que lo hago, escucho voces que se aproximan.

«Mierda». Esto era lo que me faltaba.

Sin pensarlo dos veces, me tiro al suelo junto con los cadáveres, aguantando la respiración para no vomitar. Observo que los que se acercan son uniformados, y no se trata solo de un par, sino que son muchos de ellos. Todas las personas que venían comienzan a adentrarse en el bosque, pero cuando el sonido de las balas empieza, todos caen. Yo estoy en una esquina, al lado de un árbol junto con otra persona, una anciana. Una señora avanza gritando, una bala le golpea el cuello y cae sobre mí, toda su sangre derramándose en mi cara.

«Este es el fin. Así es como termina», pienso, mientras la sangre continúa regándome la camiseta.

Los demás caen entre gritos en el bosque, formando una pila enorme. Los que se dispersan igual son atrapados como ratas. Los uniformados asesinan a los otros, muertos de risa, disfrutándolo como si fuese un juego. Me lleno de miedo y empiezo a llorar, asustado. El ver a una señora muriendo encima de mí es lo peor que me haya podido pasar. Su cara queda sobre la mía, mientras me mira inexpresiva, sin vida.

Una vez que todos dejan de gritar y terminan en el suelo, los uniformados traen los cuerpos adonde me encuentro y hacen una montaña enorme y larga, donde los ubican a todos. Mientras están distraídos, me levanto y echo a correr, todo ensangrentado y con las piernas doloridas.

«El refugio seguro no es seguro —pienso mientras me apuro como corre caminos entre los árboles—. Los demás deben saberlo».

Recorro el trayecto que había hecho durante la noche, pero me desvío para ver si es que encuentro el refugio. Y si no, mejor morir en el bosque a lo que acabo de ver. No me quito de la cabeza la imagen de la señora muerta, y mientras agacho la cabeza para ver la sangre en mi camiseta, pienso en la posibilidad de que en algún momento me tope con alguien más, y así, juntos lleguemos al refugio.

Mis piernas arden y la cabeza me duele. Siento unos deseos de vomitar enormes, a pesar de no haber comido nada. Luego de un momento, desacelero el paso conforme me alejo, y veo una columna enorme de humo

elevarse en el bosque.

Están quemándolos a todos.

«Ahora sí que estoy muerto».

El fuego se expande rápidamente, pero aún estoy demasiado lejos para que me alcance. Estoy cansado, dolorido y traumatado, y no creo poder huir más. Camino por un sendero en forma de serpiente y aparecen todo tipo de pájaros e insectos entre las ramas o en el suelo.

«Es su hogar —pienso—. No pueden hacerles esto».

Cientos de aves vuelan por el cielo huyendo de las llamas, al igual que yo. Al menos ellas tienen más lugares donde ir. Camino más y más, pero no logro divisar nada del refugio, quizá aún estoy muy lejos. El sol intensifica su brillo y es lo que más me ataca ahora.

Encuentro un arroyo.

¡Un arroyo! Esto de seguro me debe llevar a algún lado, a pesar de que es el mismo que ayer.

Me lleno de agua la boca y siento que he resucitado. Me sumerjo en él y dejo que la corriente me arrastre, porque me lleva por el mismo camino que había decidido seguir hace un momento. Siento como cada gota de agua recorre mi cuerpo, y algunas veces me golpeo con las rocas del fondo. Lavo lo que más puedo de mi ropa para que se le quite lo rojo de la sangre mientras me alejo del bosque en llamas. Tras casi una hora en el agua, me tiemblan los dientes, pero no quiero salir de aquí. La luz del sol me pega muy fuerte, pero no es problema para mí ya que muchos de los árboles me ayudan a cubrirme.

El arroyo acaba en un río inmenso, casi tan grande como la llanura de hace un rato, pero no logro ver hacia dónde se dirige. Pienso con más calma acerca de lo que ha pasado, pero no logro asimilar nada.

«Leopoldo nos mintió —pienso—. Hemos recorrido tanto, perdido tanto, para llegar a un matadero. Sarah me mintió, al igual que el otro hombre. Franco tenía razón, Leopoldo nos iba a matar, y lo está haciendo».

El frío me recorre todo el cuerpo y me siento a orillas del río, preocupado por Gus y los demás; por mi familia y Raemal. No hay oportunidad, no la hay. Si la hubiese, no estaría aquí, en medio del bosque, sin nada ni nadie.

—Quieto.

Me volteo asustado.

—He dicho que quieto.

No hago caso a lo que me dice porque ya no importa si me muero. Me pongo de pie y levanto las manos, porque he visto en las películas que hacen

eso, así que si en ellas funciona, aquí también. Veo a un joven acercándose a mí y me parece familiar.

—Yo a ti te conozco —me dice—. Tú estabas con los otros niños, con el grupo ese.

Asiento.

—¿Qué haces aquí?

«¿Qué haces tú aquí?», pregunto para mis adentros.

—Ayer en la noche me perdí —contesto, titubeante y sin muchas ideas—. He caminado por horas y he terminado aquí —mentí.

—Así parece —reconoce, y me llena de un alivio enorme—. Ven conmigo, tus amigos te esperan.

No. No debo, pero me limito a asentir. Ya veremos la manera de salir con vida, porque ese es el final de los buenos: vivir felices, todos.

Me mira un buen rato y me pregunta:

—¿Por qué toda tu camiseta está manchada?

«Di la respuesta más convincente que encuentres en tu cabeza, Leo».

—Caí sobre un animal muerto, eso es todo.

No me responde, así que decido preguntar yo.

—¿Cómo es que terminaste aquí?

—Es una larga historia, pero lo importante es que estamos todos con vida.

«Yo no lo creo». Pero lo único que hago es asentir, como siempre lo he hecho.

—¿En cuánto llegaremos?

—Hoy en la noche. Es un camino muy largo.

No puedo rehusarme, así que iré con él, porque es la única opción que tengo. Esto no está bien, así que apenas llegue lo contaré. Saldremos todos y huiremos, sé que lo lograremos.

GUS

Si no tenemos esperanza en nada ni en nadie, ¿para qué vivimos?

Félix Villacís

—Es vuestro turno, acercaos, por favor.

Avanzamos con nuestros platos de comida y nos detenemos en cada puesto para que las señoras vestidas de rojo nos tiren de mala gana una porción.

—¿Qué es esto? —Priscilla mira confusa su plato.

—Parece que es lo mismo de ayer, solo que con una cosa negra adicional —le contesta Adam.

La comida es peor cada día.

—Callaos y comed, niños —los regaña Melina, que acaba de pasar por el último puesto y se agrupa con nosotros—. Es lo menos que podemos hacer.

—Cuando llegamos nos daban más —nos recuerda Raúl—. Más, y mejor también.

—Recordad que ahora somos el doble que la semana pasada, de ahí el porqué hemos perdido preferencia.

—Preferencia al diablo, Melina —Raúl eleva la voz.

—Cállate, te pueden oír, y eso no te va a gustar.

—Lo siento —se da cuenta de la estupidez que ha hecho—. Lo haré.

Llegamos a una mesa grande, para veinte personas, y todo el grupo se sienta. En la cabecera se encuentra Melina y a su derecha e izquierda están Juani y Mapa, seguidas de Raúl, Therry, Adam, Noah, Mafer y Orígenes; y al final, yo.

—Escuchad, chicos —nos habla a todos Melina—. Sé que es un poco duro con todo lo que ha pasado, pero es momento de aprender a empezar de nuevo.

—Eso ya lo sabemos —la interrumpe Mafer.

—Pues al parecer no, solo os la habéis pasado quejando.

—¿Quién no lo haría?

—Yo no lo hago.

—Porque ya eres mayor.

—La edad no tiene nada que ver. Si pudisteis pasar días solos y sin ayuda, podréis estar bien aquí. No os victimicéis.

—No me estoy victimizando.

—Sí que lo haces.

—Chicas... —Mapa se empieza a enojar.

—No ganáis nada discutiendo por tonterías, chicas —las corta Orígenes, que acababa de terminar de rezar.

—Tiene razón —lo apoya Noah—. Así discutís siempre y no llegáis a ningún lado. Aceptémoslo, esto es lo único que tenemos, nada más.

—Cambiemos de tema, esto es estúpido —sugiere Therry—. Quejándonos no resolveremos nada.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Es Adam el que quiere seguir discutiendo.

—¿Les hacemos huelga y asesinamos a todos? —contesta Melina, y al ver que nadie responde, da por terminado el tema.

La comida no está tan mala, la de ayer no parecía alimento siquiera. Tres hojas hervidas en agua con un muslo de pollo mal cocinado fue lo que nos dieron, pero tuvimos que conformarnos. Ni siquiera podemos reclamar por el mero hecho de ser refugiados.

—He estado investigando acerca del lugar —nos cuenta Cris, tomando un sorbo de sopa—. Esto antes era una cárcel, pero en vista de que no era habitada, decidieron ampliarla mucho más para hacer un refugio, el cual ha dado frutos. Cuando el país que nos está atacando ahora estuvo en aprietos, los desplazados vinieron aquí, al menos unos cuantos. Este lugar tiene una capacidad para cinco mil personas, que por lo visto se llenará rápido, porque en cada cama hay dos o tres. No sé exactamente de qué tamaño es el lugar, pero debe de ser demasiado grande.

»Hay más de doscientas habitaciones con quince literas cada una. Muchas personas han venido desde muy lejos, huyendo del caos que se ha propagado rápidamente por todo el territorio. Hace más de una semana, el país estaba en total calma, sin peligros ni nada. Ahora, casi la mitad de las provincias han sido devastadas. Las Fuerzas Armadas de las que todos hablan no han hecho lo suficiente por ayudar al país. Aquí, aparte de las habitaciones, hay diez comedores, con una capacidad para cien personas por cada uno; también, diez patios enormes para los refugiados, sobre todo para los niños, que son los más afectados. Se supone que a todos nos debieron de dar un mapa del lugar, pero yo soy el único que lo tiene, y eso que lo he robado de la oficina principal cuando pasamos por allí.

Miro mis platos de comida: sopa de pollo y arroz con pollo.

Excelente.

—¿Qué tal la comida? —pregunto para romper el hielo.

—Deliciosa —me responde Mapa con los ojos inexpresivos.

—Está bien, ya entendí, pero no está tan mal.

—Te dije que está deliciosa.

No respondo.

—¿Cuándo creen que pase esto? —Therry pregunta mientras toma el último sorbo de su sopa. Tiene los ojos rojos, pero no sé si es porque llora mucho últimamente, como algunos de nosotros, o porque no duerme.

—No lo sabemos, Therry, pero lo importante es estar vivos hasta ese momento —le contesta Melina.

—País asqueroso este —comenta una anciana de cabello blanco al otro lado de la mesa—. Thossil tuvo que haberse aliado antes al país vecino, pero no. Ahora nosotros pagamos las consecuencias.

—Thossil —repite Cris—, y pensar que hace un par de años estábamos sin conflicto; ahora estamos peor que conejo acorralado.

—Estúpido país —se queja Mafer—. Estúpida vida.

—Todo esto ya va a pasar, chicos —digo para tranquilizar a Mafer, que empieza a llorar—. Solo debemos...

—¿Hacer qué? —me interrumpe ella—. ¿Quedarnos aquí y esperar a que nos manden a otro país y empezar una nueva vida? Estúpido país.

—Es una buena idea —comenta Orígenes, tratando de calmarla—. Bueno, para algunos de nosotros que no teníamos nada.

—Púdrete, Orígenes.

—Ya cállate, Mafer. —Mapa suena ya estresada por los comentarios que se han hecho desde que inició el almuerzo—. Nuestro padre está muerto —empieza a quebrarse su voz y aprieta los ojos—, y no lo podemos cambiar. Lo único que podemos hacer es permanecer juntas o correremos la misma suerte.

—Lo siento. —Ambas están llorando ahora mismo.

—Espero que sí —concluye, secándose las lágrimas.

—Aún no he visto sus habitaciones. —Raúl y Therry siguen mirando sus platos de comida mientras Adam habla—. La nuestra —dice, apuntando a los otros dos y a sí mismo— es un asco. Un completo asco. En una misma cama dormimos los tres... Lo mismo pasa con las otras veinte literas del dormitorio, de dos a tres personas cada una. Es demasiado triste, y, según he escuchado, cada día llega más gente y los camiones que transportan a los refugiados no han vuelto.

—Eso es extraño. —Raúl, que había permanecido callado, por fin habla —. Leo aún no ha vuelto, pero hay que aceptarlo, no regresará.

—Cállate, idiota —respondo, completamente furioso—. Tú tuviste que haberte perdido.

—Quizá tengas razón, Gus, pero no ha sido así.

—Lástima. —Yo no había hablado en todo el almuerzo, pero Raúl siempre sale con sus comentarios tontos.

—Ya deberíais dejarlo, chicos. —Noah se levanta de la mesa y suspira—. Y Gus, yo tampoco creo que vuelva.

—Lo hará, Noah —concluye Priscilla con la conversación.

Me levanto sin decir nada y camino rápido, alejándome de la mesa y llorando. Leo, mi mejor amigo desde siempre, desaparecido; muerto según todos. Avanzo por los extensos pasillos color plomo mientras me choco con decenas de personas por el congestionamiento. Una anciana carga a una niña de pecho en sus brazos y se aleja sollozando, mientras que yo, perdido entre todos, me golpeo con un tipo enorme y caigo al suelo.

—¡Muévete, idiota! —grita, mirándome mientras se va.

Me levanto aturdido y me apoyo en la pared. Me encuentro con una multitud de rostros que pasan junto a mí, cientos de historias diferentes. Me siento como un bebé desorientado, perdido en la barriga de su madre. Avanzo deprisa para llegar a mi habitación, pero es imposible andar libremente con todo el tumulto que hay aquí. Luego de un buen rato, por fin llego. Abro la puerta rápido y me sacudo la camiseta para disipar el calor.

En el dormitorio hay casi cincuenta personas, tres usando cada litera. Ignorando las miradas en mi dirección, avanzo hacia mi cama y me siento. Debajo, encuentro tres juegos de ropa gris, una para cada uno de los que usamos la cama, supongo. Busco rápido una de mi talla y la aprieto contra mi pecho, temiendo que se pierda. No tenemos toallas en este lugar, así que me quito los zapatos y las medias y avanzo directo al baño, no sin antes guardar las cosas en las fundas de las almohadas. Miro a las personas acostadas en las camas o rayando las paredes, sin nada que hacer.

Abro la puerta del baño del cuarto y me encuentro con siete personas más adentro, ya que es público y, a la vez, enorme. Paso al final y me desnudo con vergüenza, aunque entro muy rápido a la ducha y me deja de importar. Al terminar, ya me encuentro vestido y salgo del baño, cerrando la puerta detrás de mí. Al caminar a mi cama, veo que están sentados Noah y Cris.

—Te queda bien el gris —se burla el segundo—. Deberíamos llamarte

«Gus, la nube gris».

—Ja, ja, ja. Deberías ser comediante. Dices mejores chistes que Adam.

—En eso tiene razón —concuerta Noah, riéndose.

—¿Se van a poner la nueva ropa?

—Es lo que hay. —Cris se levanta y desdobra sus prendas—. No puedo estar con esta camiseta de Divergente toda mi vida.

—Buena elección. Yo también debo bañarme. Demoraré un rato, chicos.

—Noah da media vuelta y se dirige al baño con su vestimenta.

Pasa un minuto, una hora, un día, una semana. Todos aquí, al parecer, ya han aceptado la pérdida de Leo, que hasta ahora no llega. He conocido muchas personas en este lugar, todas demasiado amables o demasiado imbéciles. Cada día llegan más de todas partes, pero el problema está en que no hay espacio. Muchos hubieran optado por irse, de no ser porque no pueden hacerlo: todo el que llega debe quedarse. Melina me ha repetido que Zackarías encontraría a Leo, pero ni siquiera él ha vuelto.

—Ya verás que sí llega, Gus —me dijo hoy en la mañana.

Ya hasta he perdido la fecha y la hora, pero calculo que desde que llegamos a este lugar no pueden haber pasado más de dos semanas.

Me bajo de la cama y camino hacia la ventana de la habitación, no sin antes tropezarme con alguien.

—Lo siento mucho —me disculpo, apenado.

La persona a la que he golpeado es un hombre ya casi anciano, pero no me responde y gira en el suelo para dormir del otro lado. Avanzo con más cautela y me encuentro con dos señoras conversando en la ventana. Sin pedir permiso, me hago a un lado y observo por el vidrio mientras las mujeres empiezan a hablar.

—No lo creo —comenta una, que al parecer es ya un poco anciana.

Trato de escuchar más acercándome.

—Yo tampoco. Ha sucedido demasiado rápido, así que creo que acabará pronto.

—Yo no estoy tan segura.

—¿Por qué?

—¿No te has dado cuenta?

—No lo sé. No sé a qué te refieres, mujer.

—Si nos hubiesen querido ayudar, ya deberíamos estar en el otro país. Hace dos semanas que dejaron de llegar los buses transportadores, y cada vez vienen más personas. No nos dejan comunicarnos con nadie y nos dejaron sin nada apenas llegamos. Acéptalo, este es un país insignificante, y si hemos llegado hasta aquí es por pura suerte, pero la fortuna se nos está acabando.

—¿Por qué se nos está acabando?

—Que idiota eres, muchacha. Somos diversión, juguetes. Ya verás lo que pasará luego. No, lo que está pasando ahora. Suertudos los que no han llegado.

—Entonces, ¿Leo está bien? —pregunto, pero no debí haberlo hecho.

La señora junto a mí me mira y entrecierra los ojos.

—No deberías meterte en conversaciones ajenas, niño —me regaña quien es más joven. Chista y se va a su litera.

—¿Quién es Leo, niño? —me pregunta la señora anciana.

—Es mi mejor amigo.

—¿Y por qué me preguntas por él?

—Porque se perdió en el bosque la noche anterior a que lleguemos. Aún no vuelve.

—Pues da gracias que aún no vuelve. Supongo que ya sabes por qué.

Asiento con la cabeza, pero no sé nada.

—¿Cuál es tu nombre, pequeño? —me pregunta.

—Gus.

—Mi nombre es Margarita, gusto en conocerte —se presenta, sonriendo.

—Igualmente —contesto con educación.

—¿De dónde vienes tú?

—Soy de esta provincia, Meville. Así que no se me hizo muy largo el trayecto.

—Entiendo. Yo soy de Osville, en la parte central del país, así que recién he llegado hace una semana. ¿Tienes familia?

Asiento.

—Padres y dos hermanos —digo—. Mi papá se llama Luis y mi madre, Teo. Tengo dos hermanos, Violeta y Marcos. No quiero hablar de ellos; los extraño demasiado.

—Te comprendo, pequeño. Mi esposo murió hace un par de años y mis tres hijos salieron del país para tener una mejor vida, y vaya que la tienen.

—¿Por qué dice que estamos acabados? —No quiero preguntarle acerca de su familia porque me recuerda a la mía y me siento peor.

—Los ancianos escuchamos cosas.

—Aquí todos oyen cosas.

—Pero los ancianos hemos vivido lo suficiente para confirmarlas.

—Bueno, usted gana. Pero ¿qué ha oído?

—Que los últimos que se fueron no han llegado al refugio del sur del país.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste. Ya se me hacía extraño que no podamos salir. Según todos, los primeros días eran donde mejor los trataban, pero eso ha cambiado. Hasta se escuchan balas.

—Ya tengo miedo. —Vaya que lo tengo.

—Estamos en guerra, todos lo tenemos —continúa ella—. Este país no tiene ni dos millones de habitantes, y eso que es un país grande y rico en petróleo.

—Y eso significa...

—Significa que las seis mil personas que estamos aquí podríamos ser la centésima parte de la población. Más de la mitad del país está devastado, incluyendo a los habitantes.

—Pero Leopoldo nos dijo que estaríamos bien aquí... —Empiezo a contar todo lo sucedido las últimas tres semanas, desde Leopoldo hasta la pérdida de Leo. Cuento la historia de los demás chicos y cómo terminamos aquí.

—Eres muy valiente, chico. Pero no debisteis confiar en el tal Leopoldo.

—Aún no lo sé.

—Lo sabrás.

—Está bien. —Me han enseñado a no discutir con los mayores.

—Leo volverá, Gus. Ya verás.

—Eso quiero creer. —«En realidad quiero».

—Lastimosamente, las personas creemos lo que todos nos dicen. Si te digo que eres pequeño, te crees pequeño. Lo único que nos debe importar es lo que nosotros mismos creamos, porque al fin y al cabo, estamos solos en este mundo.

—Lo tendré siempre en cuenta. —A pesar de que no lo haya entendido del todo.

—Eso espero.

—¿Qué día es hoy? —aprovecho para ponerme al día.

—Lunes, dos de abril.

—Gracias.

—Son las cinco de la tarde, por si acaso.

—Gracias —contesto con una sonrisa.

Suena la campana de la merienda y estalla por todo el cuarto.

—Bueno, Gus, ¿vamos juntos a la merienda?

—Claro, me encantaría.

Me toma de la mano y caminamos hacia la puerta del cuarto.

—Espere —la detengo—. Déjeme despertar a mis amigos.

Me desprendo y me acerco a mi litera, Cris y Noah están dormidos en una de las camas. Me inclino y los sacudo.

—¡Despertad!

—Mierda —me dice Noah levantándose de un salto.

—¿Qué sucede? —pregunta Cris.

—Es la merienda, no os la perdáis —contesto, y doy media vuelta para reunirme con Margarita.

—¿Estamos listos? —me pregunta con una sonrisa.

—Sí —contesto asintiendo mientras pasamos por la puerta.

Y luego de mucho tiempo aquí, al fin me siento seguro.

LEO

Busca la mejor manera para solucionar las cosas, porque a la larga la vida es como un restaurante, nadie se va sin pagar.
Félix Villacís

—Zackarías, por favor —le ruego, furioso y desesperado a la vez. Al parecer no me quiere escuchar—. Ya quiero ir donde los chicos.

—Tienes que ser paciente —me responde de forma calmada.

—Ya va pasando un mes, ¿cómo quieres que sea paciente?

—¿Cuál es tu desesperación, Leo?

—Pues... No los he visto, eso es suficiente.

—Yo también extraño a Melina...

Abro los ojos como platos.

—Espera, ¿tú y Melina son, bueno, eran algo?

—No quise decir eso...

—Vi... —digo, hincándole las costillas con el dedo.

—Suficiente, Leo.

—Está bien —finalizo, riéndome.

Deja los papeles sobre el escritorio y se acerca al pizarrón del otro lado de la oficina. Escudriña un poco las letras dibujadas en él y se rasca la cabeza.

—Aquí no entienden que deben de escribir con buena letra —se queja, enojado—. Piensan que soy mago para entender sus porquerías.

No respondo y me acerco a la pecera que está junto al escritorio. Jalo una silla y me siento a tocar el cristal con el dedo y asustar a los peces.

—Déjalos. Se están espantando —me regaña Zack.

—Esa es la idea. —Empiezo a tocar más fuerte.

—Basta, o te dejo de nuevo en el bosque.

—Hazlo. Sé cómo regresar.

—Vete a la mierda, Leo.

—El baño está muy lejos.

No me responde.

—Por favor, Zack. Quiero regresar y tú eres el único que me lo impide.

—Ya te he dicho que no me han autorizado para ir al Ala B. Cuando lo hagan, te prometo que iremos.

—Pues dudo que te autoricen.

Dejo de tocar el cristal y camino hacia donde está sentado él. Desde el día en que llegué, no he hecho más que ordenar papeles y abrir cajas. No me he movido de esta oficina porque tiene todo: baño, camas y comida. Las únicas personas que habitamos esto somos Zack y yo, nadie más. He intentado muchas veces contarle acerca de lo que vi el día en que me perdí, pero tengo miedo de que lo cuente y nos maten a los dos. La primera semana no se me hizo tan estresante estar aquí, porque según Zack, iríamos a ver a Gus y a los demás, pero no ha sido así.

Camino de un lado a otro para quitarme el aburrimiento, pero no logro conseguirlo. He meditado un mes entero sobre si contarle o no, pero sé que si sigo así, no lo lograré nunca.

Ya es hora.

—Zack —lo llamo, titubeante—. Debo contarte algo.

Deja de mover los papeles y se gira sobre su silla.

—¿Qué sucede? —me pregunta, extrañado.

—Pues... verás... —Trato de ser lo más cuidadoso posible.

—Al grano. Cuéntame.

—Cuando me perdí, no solo pasó eso.

—¿Qué? ¿Cómo? —Ni siquiera parece entenderlo.

—Pues, verás... El día en que me perdí...

—Eso ya me lo has dicho.

—Sí, bueno. No solo eso. Luego de caminar un par de horas, llegué a un terreno llano, y cuando estuve allí, vi a los últimos camiones que transportaban personas.

—Bueno. Fue hace un mes, continúa.

Respiro profundo y prosigo:

—Pues, estaba oculto entre los árboles, así que no vi cuantos eran. Pero de un momento a otro bajaron a todos los de los buses y empezó una cacería horrible. Total que la mayoría de ellos fueron a parar donde estaba oculto, y cuando mataron a todos, les prendieron fuego, lo que causó un incendio en el bosque.

—Incendio, con razón...

—¿Me crees? —pregunto luego de una larga pausa.

—Por supuesto que te creo, Leo. Me tuve que haber dado cuenta desde hace mucho.

—Por eso quiero ir donde los chicos, para avisarles de esto e irnos.

—Es imposible salir, muchacho.

—¿Por qué? —pregunto, horrorizado.

—Son órdenes. Pero todo esto es demasiado estúpido, el traernos aquí para que luego nos maten. Alguien debe estar detrás de esto.

—Eso creo que no importa ahora. Debes hablar con uno de los superiores para detener esto.

—A la mierda ellos. —Se levanta y camina hacia la puerta—. Ya sé con quién hablar.

Siento el tic tac del reloj en mi cabeza y no puedo moverme por la tensión. Hace frío en esta oficina y me siento como los detectives de las películas, pero en esta ocasión es a mí a quien están interrogando.

—Deja ya eso, chico.

—Lo siento —respondo, dejando el bolígrafo al lado de mi cuaderno.

—Zack, todo lo que ha dicho este chico, ¿es cierto?

—Absolutamente, Erick.

Él me mira con ojos de asesino, pero debo mostrarme seguro y no dudar.

«Ya, al diablo. Si no puedo convencerlo, iré por mi cuenta hacia Gus».

—¿Por qué no me cuentas mejor lo que ha pasado?

—Lo haré. El día en que me perdí... —Empiezo a relatar todo lo que vi, sin nada que se me escape.

—Todo concuerda muy bien, pero temo que estés mintiendo, muchacho.

—No lo hago, lo juro. Fue horrible.

—Así veo, para cualquiera es espantoso observar ese tipo de cosas, pero te prometo que no lo volverás a vivir. Eres muy fuerte, niño.

No respondo.

—Si las cosas son así —dice Zack mientras saca un celular—, debemos llamar a las autoridades de otro refugio para que envíen transportes...

—Eso debe ser al final —lo interrumpe Erick—. Debemos enviar la notificación de emergencia, que es un botón rojo que se encuentra en la oficina del general. El problema es que nadie, absolutamente nadie, puede entrar.

—Y ¿qué planeas hacer? —pregunta Zack.

—No lo sé.

—Uno de ustedes deberá ir a esa oficina en un día determinado, y cuando esté allí, debe presionar el botón ese.

—¿Y qué cuando lo hagamos? —pregunta Erick.

—Asumo que en el otro refugio recibirán la notificación e instantáneamente enviarán los transportes, pero hasta eso, se corre el riesgo de perder vidas.

—¿Y ese es el precio?

—No. Cuando se haga el llamado de emergencia, y antes de que llegue la ayuda, buscaremos la manera de abrir todas las puertas, y los que estamos aquí atrapados podremos salir.

—¿Cómo conseguirás eso? —pregunta Zack.

—Aún no he terminado —digo alzando la mano—. Aquí es donde entro yo. Si me dejáis salir, podré ir corriendo la voz para que la gente se vaya enterando del plan. Sé que muchos no lo creerán y la mayoría se volverán locos, pero ya sé qué decir en ese caso. Se perderán vidas, pero somos los suficientes para poder salir y llegar seguros a un terreno baldío.

«Quizá sea mi vida la que se pierda».

—Es un buen plan, aunque es muy arriesgado. Pero tampoco puedo permitir que sigan asesinando gente. Los que iban en todos esos camiones eran casi quinientas personas, con razón el incendio fue devastador.

—Pues tenemos que empezar lo más pronto posible. Leo, todo esto está en tus manos —me advierte Zack.

—Lo sé —digo asintiendo.

El día de hoy me he sentido como aquellos protagonistas de las películas que tratan de hacer todo el trabajo, pero aún no consigo terminarlo.

«Mierda, ¿en qué me he metido?».

Por la noche, repito la lista de personas con las que me gustaría estar al final de la historia.

—Mamá, papá, Evan, Hellen, Raemal, Gus, Cris, Noah, Priscilla, Mafer...

—¿Tienes que hacerlo todas las noches? —me interrumpe Zack.

—Sí.

—Deberías dejarlo un rato, chico.

—Temo que se me olvide algún nombre.

—Y, según tú, ¿qué pasa cuando se te olvida uno?

—No estarán conmigo hasta el final.

—Buena suerte, chico.

No respondo y me giro arrojándome más con la sábana.

—Mapa, Adam, Therry, Raúl, Orígenes, Melina, Juani, Zack... —Cierro los ojos imaginándonos a todos con nuestras familias, juntos de nuevo, como antes.

Me despierto por el ruido que se propaga en el cuarto.

—¿Qué sucede? —pregunto incorporándome.

—Es la computadora, se ha dañado.

—¿Qué tiene?

—No lo sé, pero no luce bien.

—Ya veo.

—¿Estás listo para el plan?

—He estado listo todo un mes, Zack.

—Pues es hora de que salgas.

—¿En serio?

—Sí, pero será peligroso que salgas así, a simple vista. Tendrás que ir por los conductos de ventilación.

—¿Es en serio?

—Sí, irás como los espías.

—¿Me darás una pistola?

Me fulmina con la mirada.

—Está bien, está bien.

—Manos a la obra. Saldrás desde aquí, acabarás en uno de los comedores y allí empezará tu búsqueda y tu misión.

Asiento.

—Y pase lo que pase, no des información tuya a los uniformados. Y ponte esto —me dice, tendiéndome una ropa gris—. Para que pases desapercibido.

Luego de cambiarme, Zack ubica una escalera en el conducto de ventilación y empiezo a subir los peldaños. Ya arriba, echo mi último vistazo a la oficina.

—Son las tres de la tarde. Deberías estar en el comedor para la merienda, o sea, a las cinco.

—¿Y si alguien me pregunta algo?

—No lo harán.

—Está bien.

—¿Tienes el mapa?

—Todo listo.

Zack aprueba con la cabeza.

—Recuerda, un error tuyo y todo se jode.

Asiento y trago saliva.

—Buena suerte, Leo.

Cierro la puerta del conducto y avanzo por el frío suelo gris.

El primer pasillo en el que estoy es tan grande que parece no tener fin. Luego de varios minutos gateando incómodamente, veo que el conducto se divide en dos pasillos más y opto por ir por la derecha. Después de unos minutos, ya me encuentro perdido y no sé a dónde carajos ir.

—El mapa —me digo a mí mismo.

Me acuesto boca arriba y meto la mano en el bolsillo del pantalón, haciendo el menor ruido posible. Saco el papel y lo desdoblo. En él encuentro el dibujo de un lugar cuadrado y enorme, con demasiadas líneas rectas, pero solo algunas terminan en algún lado.

—Recuerda que este sitio es muy grande —me dijo Erick en una ocasión.

Observo detenidamente el mapa. Hay un círculo rojo en donde empieza un conducto, acompañado de unas letras rojas que rezan:

«LEO, AQUÍ ES DONDE ESTÁS TÚ, HAS EL FAVOR DE LLEGAR AL COMEDOR Y NO PERDERTE».

«Mierda».

Sigo las líneas desde que empezó el conducto y me alegro porque he tomado el camino correcto, pero todo lo que he gateado apenas son unos milímetros en el mapa. Indica que debo girar a la izquierda, o al menos eso creo, pero mejor eso que nada. El estar aquí no es tan divertido que digamos, pero todo sea por volver a ver a los chicos. Zackarías, al parecer, se encargará de activar el botón de emergencia, si es que no fallo y hago la grande. Erick ha avisado a unos cuantos de sus superiores y ellos le han creído, pero como dijeron todos, solo depende de mí. Estúpido plan. Ya tengo miedo, pero no puedo echar vuelta atrás, ahora no.

El conducto se inclina hacia arriba demasiado alto; se puede subir, pero con dificultad. Trato de sentarme un poco para empezar a escalar pero me duelen las piernas por el espacio reducido. Miro hacia arriba y me impulso

para aplastar las paredes con las manos y las piernas y no resbalarme. Me quedo estático un buen rato, pensando en qué hacer para no caerme. Luego de evaluarlo, ya sé cómo subir; primero elevo la mano izquierda y el pie derecho a la vez, y rápidamente hago lo mismo con mis otras extremidades. Subo, subo, y sigo subiendo.

Cuando llego al final de esta parte, veo que hay un cuadro que da a otro conducto, pero no puedo sacar el mapa y ver cual elegir. Ignoro el cuadro y me apoyo en el borde para subir con más facilidad. Cuando la subida acaba, me quedo acostado un buen rato para recuperar fuerzas y descubro que en el mapa, luego de ascender, debo bajar. Gateo apresurado hasta llegar a una rendija en la que se puede ver una cocina, porque justo debajo de mí hay una hornilla que emana vapor. Ignoro eso, pero ya sé que estoy cerca del comedor principal, o al menos eso creo.

Me arrastro por aproximadamente una hora antes de volver a ver otra rendija, en la cual se escuchan muchas voces. Sé que estoy en el comedor, pero me encuentro demasiado alto.

«¿Cómo diablos voy a bajar?», me pregunto; debo de buscar la bajada que vi hace un rato.

Llego al final del conducto y encuentro la ansiada bajada que, gracias a Dios, no está en vertical. Noto que es más espacioso que el último, hasta me podría sentar. Me preparo para ir descendiendo lentamente y no ir de un solo golpe, pero la superficie me traiciona, y en un segundo, ya estoy cayendo hasta el final del conducto. Al llegar, me golpeo fuerte en la cabeza y me quedo mareado. Aún hay más bajadas, pero en estas voy lento e inseguro, hasta que entro en confianza y me deslizo sin problemas. Cuando por fin llego al final de todo, me encuentro sentado ante una rejilla, viendo decenas de pies caminar entre mesas y sillas.

Estoy en el comedor.

«Lo he logrado», me digo a mí mismo con aire victorioso.

Retrocedo un poco y empiezo a golpearla con el pie, hasta que se abre un poco, nada más.

—Mierda —murmuro, pateando más y más fuerte—. Abre, por favor, abre.

Unas manos jalan desde atrás la rejilla y empiezan a tirar de ella hasta que consiguen retirarla. Sin pensarlo dos veces, me arrastro hasta poder asomar, dejando el mapa de lado.

—Gracias por ayudarme a salir —digo, y me doy cuenta de que todos se

han amontonado donde estoy yo, porque el que sacó la rejilla es un guardia.

—¿Qué diablos hacías en los conductos de ventilación? —me pregunta, furioso.

—Yo solo estaba... estaba... perdido.

—Así veo.

—Bueno, ya encontré el lugar, así que iré a comer.

—Tú no irás a ningún lado.

—¿Qué?

—Vendrás conmigo. Te me haces sospechoso.

—No, lo juro. Estaba jugando y me perdí. En serio.

—He dicho que vendrás conmigo.

«Mierda».

—No —digo firmemente.

—¿Perdón?

—He dicho que no.

Sin pensarlo dos veces, me levanto y corro sin una dirección fija, dando codazos para poder pasar. Escucho gritos detrás de mí, pero no me importa. Paso por las mesas y esquivo a los que llevan platos de comida, pero me tropiezo con unos cuantos y lanzan maldiciones a mis espaldas. Salgo del comedor repleto de personas que, al verme pasar, no desvían la mirada. En el pasillo me topo con más gente, y como el espacio es reducido, es más dificultoso pasar. Unas manos me agarran la camiseta y me detengo bruscamente. Me giro y lanzo un puño al aire sin conseguir golpear a nadie. Las manos se aflojan un poco y aprovecho para poder zafarme y correr. Miro al frente y aprovecho cada espacio para pasar por allí y no detenerme, pero ahora escucho más gritos a mis espaldas. Cuando paso por los baños, no dudo en entrar y meterme en uno de los servicios, asegurándome de pasar desapercibido. Cierro la puerta tras de mí y me siento sobre el inodoro con la respiración acelerada.

«Un error y se jode todo —pienso, mientras trato de relajarme—, pero aún no».

Escucho voces en el baño, pero las ignoro. Cuando el sudor cesa y estoy completamente relajado, empiezo a escuchar las conversaciones:

—Esa comida estuvo asquerosa —empieza diciendo un niño.

—Agradezcan que nos dan de comer, chicos —le replica la voz de otro muchacho.

—Que les agradezca su madre. El único momento en el que nos han

tratado bien fue cuando llegamos, de ahí ni más.

—No es tan malo, quizá nos vayamos pronto, Noah.

«No es posible».

—Llevamos un mes ya, Cris. Ya no tengo esperanzas. Ya no.

«Sí, es posible».

Reconozco esas voces, son ellos.

—Te equivocas, Noah. Nos irá bien.

—Cállate, Orígenes.

«Sí, son ellos».

Me bajo y abro la puerta. Camino en dirección al lavadero y me mojo la cara. Mis cabellos caen hacia delante y les echo también, no sin antes pasarme las manos sobre ellos. Me enderezo y me observo al espejo, y noto las miradas de los tres sobre mí.

—No es posible.

—Sí lo es, Cris —digo, apareciendo con una sonrisa.

—A la mierda todo, Leo. ¿Dónde has estado? —me dice Noah, echándome agua.

—No muy lejos, eso seguro —responde Orígenes, sonriendo—. Creímos que habías muerto el día que te perdiste.

—Yo también me daba por muerto —respondo, riéndome.

—¿Con quién has estado?

—Con Zackarías, él me encontró.

—Melina tenía razón —dice Noah.

—Así parece.

—¿Dónde está Gus? —pregunto, avanzando hacia la puerta.

—Lo siento, pero él murió —me responde Noah.

«No».

Me detengo en seco.

—¿Qué?

—Cállate, Noah — lo regaña Orígenes, enojado—. Es mentira, Leo. Gus ha estado preocupado por ti todo este tiempo. Se alegrará de saber que has vuelto.

Fulmino con la mirada a Noah, que se está riendo.

—Idiota —digo, y salgo del baño.

Avanzo entre la multitud y una mano me agarra el hombro.

—¿Adónde vas? —Es Cris el que me sigue.

—A buscar a los demás —respondo, acelerando el paso—. Está pasando

algo malo y debo decírselo a todos.

—¿De qué hablas?

—Ya lo verás, Cris.

—¿Sabes siquiera dónde se encuentran nuestras habitaciones?

—No —respondo, deteniéndome.

—Yo te llevo. Hoy va a haber una reunión en mi cuarto. Bueno, en el de Noah, Gus y yo. Es ahora, diciéndolo literalmente, así que vayamos lo más pronto posible; estarán felices de verte de nuevo.

Asiento.

—¿Qué habéis hecho vosotros en mi ausencia?

—A mí me quitaron mis libros antes de llegar. Más claro, nos quitaron todo. Hemos pasado pensando en qué te había ocurrido, hasta que nos resignamos.

—Espera —digo, ocultándome detrás de un señor enorme mientras Cris me sigue.

—¿Qué sucede?

—Hace unos minutos causé problemas.

—¿Problemas?

—Sí. No hagas preguntas, no hay tiempo.

El guardia de hace un rato pasa justamente al lado nuestro pero no nos nota por el gigante que nos cubre.

—Bien; el peligro se ha ido.

—Será mejor que me cuentes lo que está pasando —empieza a acelerar el paso.

—Todo a su tiempo, Cris —digo, corriendo detrás de él.

«Todo a su tiempo».

El viaje hacia la habitación fue, de hecho, muy largo, pero durante su transcurso hablé con Cris todo lo que pude: lo que vi, Zackarías y el plan. Él también me contó cosas, pero nada importante: los chistes de Adam, las canciones de Terry y las oraciones de Orígenes. Que todo este mes se la han pasado aburridos, según él, pero que aun así siguen bien. En los pasillos me he topado con demasiada gente, en exceso: desde niños hasta ancianos, tanto tranquilos como personas con cara de asesinos. Cuando ya por fin llegamos a los enormes pasillos donde se encuentran las habitaciones, Cris se detiene

delante de una puerta.

—Espera —le digo antes de que la abra

—¿Qué sucede?

—¿Por qué no hay nadie en los pasillos?

—Nadie puede, pasadas las seis y media, estar por los pasillos. Ya todos se dirigen a sus dormitorios.

Asiento.

—¿Estás listo? —me pregunta.

—Lo he estado todo un mes.

—Me alegro —dice, y abre la puerta.

Hay muchas personas en la habitación, casi setenta, y todas están vestidas de gris como yo. Cris avanza y lo sigo hasta llegar a un pequeño grupo de individuos apiñados en una litera. Nadie nota mi presencia hasta que Cris llega.

—Hola, chicos —digo alzando la mano.

—¡Leo! —gritan todos, lanzándose sobre mí.

—¿Dónde has estado?

—¿Con quién estabas?

—¿Cómo la has pasado?

—¿Por qué no habías venido antes?

Son tantas las preguntas que apenas las puedo escuchar. Observo a todos ellos aquí y parece que han pasado años desde la última vez que los vi. Luego de los saludos, encuentro a Gus de pie frente a mí.

—No eres un fantasma. Estás vivo —me dice sonriendo y lo abrazo.

Todos se quedan en silencio.

—Espero y nos cuentes todo.

—Eso seguro.

Asiente.

—Hoy os necesito a todos en la terraza a la medianoche, y si podéis, llevad a personas de confianza. Lo que os tengo que contar es de vida o muerte.

—¿Por qué a la medianoche? —pregunta alguien, pero no reconozco quién—. No creo que se pueda, porque...

—Allí estaremos, Leo —interrumpe Priscilla—. Debemos ir a nuestras habitaciones, todos, por si no te importa.

—Para nada.

A la hora siguiente, me encuentro sentado con Noah, Cris y Gus.

Conversamos acerca de las cosas que han sucedido, pero no cuento el plan, aún no. Gus ha conocido a una señora llamada Margarita y dice que quiere llevarla a la reunión.

—¿Estás seguro que es de confianza? —le repito a Gus antes de salir.

—Más que seguro.

—Está bien. Es hora de ir, ya es medianoche.

Todos asienten.

Avanzamos lenta y silenciosamente entre las camas mientras Gus va por Margarita. Ella se acopla a nosotros en la puerta y salimos despacio. Vemos un par de guardias a lo lejos, pero seguimos avanzando sin problemas. Luego de cruzar los amplios pasillos, nos dirigimos hacia las escaleras.

Subimos los seis pisos del lugar, deteniéndonos un poco por la anciana, pero aun así logramos llegar. En la terraza distinguimos a los demás, somnolientos, mientras el viento golpea demasiado fuerte. Avanzamos con dificultad y nos acoplamos al grupo.

—Bien, Leo. Es hora de que empieces a hablar —ordena Melina, aunque su tono no es autoritario. Hace frío, así que ya todos se quieren ir.

—Es un poco complicado...

—Tómate tu tiempo —dice Margarita, sonriendo.

Asiento. Empiezo a contar todo lo que ha ocurrido el último mes, sin interrupciones. Muchos prestan bastante atención, otros no tanta por el sueño. Pero luego de mi relato sé que me han creído.

—¿Cuál es tu plan? —me preguntan a la vez los presentes.

—Alertar a todos. No quiero decirles que nos van a matar tarde o temprano, solo que harán una evacuación para llevarnos al otro refugio. Tenemos una semana para hacerlo porque Zackarías realizará el llamado un día antes de que se encuentre con nosotros, y ellos vendrán.

—Y ¿quiénes apoyan esto?

—Al parecer, muchos; pero no se sabe exactamente quién está de nuestro lado. Recordemos que una gran parte de ellos son soldados del país atacante, pero es lo que hay.

—Pero debe de haber un lugar de encuentro.

—En eso también hemos pensado. Cuando volvía con Zack, vimos un

terreno enorme, como en el que se asesinó a las personas. No está muy lejos, solo a un par de horas caminando. Lo que debemos hacer nosotros es sonar la campana de emergencia de aquí, y como los guardias ya estarán enterados, nos trasladarán a todos a ese lugar. Luego, llegarán los transportes, pero eso no me lo han dicho muy bien.

—Es arriesgado, pero... —comienza a decir Melina, aunque, al parecer, recapacita un poco y asiente.

—¿Estáis conmigo?

—Lo estoy —contesta Margarita.

—Yo también —continúa Mafer.

—Y yo —dicen algunos a la vez.

—No quiero morir, Leo. No ahora —agrega Melina.

Apruebo con un gesto de la cabeza.

—¿Y tú, Gus? —le pregunto al verlo callado.

—No es necesario preguntar, Leo —contesta.

—Entonces empezaremos mañana mismo.

Por la mañana, luego de desayunar, nos dispersamos por todos los lugares. Somos un grupo de catorce personas. A cada piso irá un adulto con un par de niños. Margarita irá con Therry y Adam; Melina con Raúl y Orígenes; Juani con Noah, Cris y Mapa; y el último, Gus, Priscilla, Mafer y yo.

—Bien —digo—. Viernes, seis de abril. Zackarías me dio tiempo hasta el miércoles. Ese día él tocará la campana y el jueves vendrán los rescatistas.

—Entendemos. —Mafer me mira y no dice nada más.

—Am... —trata de decir algo Gus, pero no logra formular nada.

—¿Qué sucede? —le pregunta Priscilla con el ceño fruncido.

—No es nada, solo que ¿por dónde empezaremos?

—Buena pregunta —respondo—. Iremos por las habitaciones donde estén los ancianos. Luego, hablaremos con las personas adultas y padres de familia para que los demás los sigan.

—Entiendo, pero luego surgirán preguntas, Leo, preguntas que no debemos contestar. Por ejemplo: «¿Por qué viene un niño a decirnos esto?». O sea, o no nos creerán, o sospecharán algo más y querrán tener más respuestas. ¿No te dijeron qué hacer en esos casos?

—La verdad es que no. —Empiezo a preocuparme porque quizá sí me dijeron qué hacer, pero las reuniones eran muy de noche y no prestaba mucha atención.

«Un error tuyo y se jode todo».

—Ya veré qué hacemos, Gus.

Él acepta. Avanzamos por la marea de personas y nos metemos en la primera habitación que encontramos.

—Te toca, Leo.

Trago saliva y asiento. Me dirijo nervioso hacia un grupo de hombres que están comandados —al parecer— por un señor mayor. Me detengo en frente de ellos y uno nota mi presencia.

—¿Qué se os ofrece, niños? —Gus y los demás se habían acercado mientras me miraban.

—Necesitamos hablar algo importante con cualquiera de vosotros —lo digo tan rápido que ni siquiera sé si me han entendido.

—Oh, bueno. El más viejo aquí es César, así que os llevaré con él.

—Gracias —respondo con tranquilidad.

Caminamos deprisa entre las literas y nos frenamos ante un anciano que se está poniendo los zapatos.

—César —lo llama mi guía, pero él ya había notado nuestra presencia.

—¿Qué sucede, Víctor? —pregunta lentamente.

—Estos niños te están buscando.

—Déjalos. Yo hablaré con ellos.

Víctor asiente y se va sin decir nada.

—Decidme, niños. ¿Qué se os ofrece?

—Mi nombre es Leo —me presento—, y ellos son amigos míos, Mafer, Gus y Priscilla.

—Un gusto, pequeños. Pero aún no me decís qué es lo que queréis.

—A lo que hemos venido es a difundir un mensaje lo más pronto posible.

—Al decirlo, el anciano se sobresalta y se acerca más—. Habrá una evacuación masiva el jueves de la semana que viene, y todos y cada uno de los que estamos en el refugio debemos estar en un terreno no tan lejos de aquí. Pero necesitamos que todos ayuden a expandir esta información lo más que se pueda, y en silencio.

—Y ¿por qué unos niños tienen que decírmelo en vez de los líderes de aquí?

—Porque no todos están enterados y somos muchos. Ellos tienen cosas

que hacer...

—Espera —me interrumpe—. Si tratas de tomarme el pelo...

—¡No! —grito tan fuerte que hasta yo me sobresalto—. No es eso. Solo que puede ser muy peligroso.

—¿Peligroso por qué?

—Ya la has cagado, Leo —me dice Mafer—. El hombre no es tonto, cuéntale.

—Cálmate, niño —me dice al verme alterado—. ¿Qué es lo que tienes que contarme?

«Un error tuyo y se jode todo».

—Está bien —digo, y empiezo a relatar con calma todo lo que ha pasado. El hombre me escucha y asiente cada vez que hago una pausa. Al terminar, me escudriña y acepta con un movimiento de cabeza.

—Esto yo ya lo sabía —me contesta muy tranquilo.

—¿Qué? —pregunta Gus.

—Lo que habéis escuchado, pero solo lo de los asesinatos, no del plan ese que me acabas de contar.

—¿Cómo se enteró? —cuestiona Mafer.

—¿Que cómo me enteré? —replica y luego se ríe—. Niños, aquí más de la cuarta parte de las personas lo saben, pero no lo dicen. Hace más de dos semanas que nos ha llegado la noticia a los adultos. Sí, ya es mucho tiempo, pero no podemos hacer nada. Medio país ha sido atacado en menos de un mes, por eso es que nadie reclama. Mejor estamos aquí encerrados que afuera siendo blancos de un ejército.

—¿Y qué opina acerca de lo que le conté?

—Que ya era hora, chico —contesta sonriendo y se levanta—. Venid, a mis hijos les gustará oír esto.

—¿Lo ves? —me dice Priscilla—. Creo que será un poco más fácil de lo que pensabas.

—Yo también pienso lo mismo —agrega Gus.

—Ahora esperemos que alguien no la cague, chicos. —Mafer se ríe mientras salimos por la puerta al pasillo.

«Un error tuyo y se jode todo».

CAROLINA

No se necesita un aparato para medir el amor de una madre, porque ellas simplemente lo dan.
Félix Villacís

—*¡Han llegado!* —*No alcanzo a diferenciar a todas las madres que se acercan a recibir a sus hijos, pero no puedo contener la emoción y avanzo directo al patio.*

—*¡Espera, Caro!* —*me grita Bryan a mis espaldas.*

Muchas personas están alrededor de los camiones, muy aglomeradas. Espero a que vuelva Leo, sollozando a unos metros de distancia. Mientras aguardo, Bryan, Hellen y Evan se acercan y se quedan junto a mí.

—*Está allí, mamá* —*me reconforta Evan*—. *Sé que lo está.*

Mi marido me toma de la mano y la aprieta fuerte.

—*Un mes y medio, cariño. Un mes y medio hemos estado esperando.*

—*Lo sé.*

—*Se están dispersando* —*anuncia Hellen, y muchas madres salen llorando de los buses.*

—*Mira quién está ahí, mamá* —*me señala Evan*—. *Creo que es Gus, el amigo de Leo.*

Entrecierro los ojos y lo distingo. Es él. Corro en su dirección y me mira, pero sus ojos no me dicen nada.

—*Gus, Gus...* —*No puedo hablar.*

—*Tranquila, señora* —*me dice con calma*—. *¿Dónde están mis padres?*

—*Ellos estaban almorzando, Gus* —*respondo, aún intranquila*—. *¿Dónde está Leo?*

Me observa y sigue de largo.

—*Gus* —*lo llamo*—. *Vuelve, por favor.*

—*¿Qué sucede?*

—*Te he preguntado que dónde está Leo.*

—*Am... bueno, debe de seguir en el auto.*

—*¿En serio?*

—*No.*

—*¿Qué? ¿De qué hablas?*

—*Compruébalo* —*responde y se va corriendo.*

Empieza a alejarse y me dirijo al lugar del que él venía. Un par de mujeres están llorando al pie de los buses, pero las ignoro. Subo los escalones del vehículo y avanzo entre los asientos, viendo en cada espacio si es que él está allí. Cuando llego al final, lo encuentro acostado en uno de los bancos. Sonríe al ver su rostro otra vez después de tanto tiempo.

—Leo —lo llamo sin tocarlo.

No responde. Me acerco y lo muevo con el brazo.

—Leo, cariño...

—No va a despertar —habla alguien detrás de mí. Me volteo y no encuentro a nadie.

—¿Quién ha dicho eso?

—Los ángeles sin alas.

—¿Quién?

—No te preocupes. Leo ya está con ellos.

—Cállate —replico, pero la voz se mete en mi cabeza.

—Está muerto. Pero él ahora es un ángel, ya no un ángel sin alas.

Trato de no escuchar, pero la voz viene de algún lado. Me inclino y levanto a Leo, siento húmeda su cabeza.

«Sangre».

—¿Lo ves? No despertará por mucho que intentes.

—¡Cállate! —grito, furiosa y desesperada a la vez.

—Tendrás que aceptarlo, Caro. Y deberías sentirte sumamente feliz.

—Mi hijo no puede estar muerto —digo, llorando sin consuelo.

—Pues lo está. No puedes hacer nada ahora, mujer.

—No —replico apretándolo contra mí.

—Sí. —Y Leo desaparece en un instante.

Me despierto.

El día en que comenzó toda esta pesadilla, pensé que nunca iba a acabar. Sabíamos que el país estaría en un conflicto armado y todo, pero no algo de esta magnitud. Bryan, Hellen, Evan y yo estábamos demasiado tranquilos juntos cuando empezaron las alertas. «Debemos ir por Leo», fue en lo primero que pensé, a pesar de que estábamos muy lejos. Llegaron varias patrullas a nuestro barrio y nos informaron de que estábamos en alerta roja: sumamente grave. Nosotros tenemos autos, y la mayoría de los que teníamos nos fuimos en ellos. Rogué y rogué para que me dejaran ir a ver a Leo, pero fue en vano, solo me dijeron que ellos ya estarían en los buses en ese

momento, que lo podría ver en el dichoso refugio.

—Mientras estamos aquí discutiendo, su hijo ya está en camino al albergue. —Y ahí terminó la conversación.

Avanzamos rápido por medio de carreteras y atajos, y al final llegamos. Pensé que Leo llegaría un día después, o dos a lo mucho, pero no. Las primeras jornadas no dejábamos de llorar y rezar por él, pero nunca obtuvimos respuestas. Pensaba lo peor porque cada vez llegaban más niños y se reencontraban con sus madres; creía que me tocaría a mí, pero nunca vi a uno con las prendas características de la escuela de mi niño. A la semana, me topé con los padres de su amigo Gus, y ellos tampoco habían recibido noticias de él.

—Cuando llegamos, creímos que estaría aquí, esperándonos —decía su madre entre sollozos.

Hasta ahora hemos sido tratados muy bien. No nos han negado nada en cuanto a lo material, pero a mí me falta una de las razones de mi vida, y en verdad no puedo con esto. Ni siquiera Bryan ha sido capaz de soportarlo.

—Nunca fui ese padre que él hubiese querido —dijo llorando mientras caminábamos en la terraza—. Nunca pude decirle lo mucho que lo amaba, Carol.

Y, en tanto nosotros nos lamentábamos aquí, el país era atacado cada vez con más saña. Luego de una semana en el refugio, dejaron de llegar personas al lugar, y eso nos iba entristeciendo más. La situación del país era cada vez más crítica.

—A este paso —dijo uno de los líderes—, Thossil quedará destruido en menos de un año. Es muy lamentable lo que ha ocurrido.

—Dime algo que no sepa, imbécil —le había gritado un anciano a modo de respuesta.

Ahora, ya un mes después, he perdido todas las esperanzas que me quedaban. Temo que el sueño que tengo todos los días llegue a cumplirse, porque no lo soportaría, ninguna madre lo haría. ¿Por qué simplemente no nos dicen que todo se ha acabado, que ya no hay oportunidad en Thossil? Porque a pesar de que muchos ya hayan perdido las esperanzas, yo las sigo teniendo.

Camino con Bryan para hablar con los superiores para ver si es que tienen respuestas ahora. Abro la puerta de Información General y me siento con Bryan al lado del televisor, en el cual están pasando un show de Miss Universo, y lo más estúpido es que le preguntan a una cómo sería un mundo

sin guerras, mientras que en vez de preguntarlo, deberían venir hacia donde estamos nosotros y parar todo.

—Bryan —le digo—, ¿crees que ya es hora de dejarlo?

—No, Carol. Jamás.

—A veces pienso que si lo hubiésemos hecho quedar ese día... —
Empiezo a llorar.

—Pues no lo hicimos, Carol. Leo es fuerte. Puedo apostar a que pronto estará aquí, mi corazón me lo dice.

—El mío también, pero no lo sé, de verdad. Las pesadillas me dan un mal presentimiento.

—Aquí hay muchas madres que tienen pesadillas, Caro. Eso no demuestra nada.

—Sí, tienes razón. Solo debo esperar porque nuestro hijo es fuerte.

—Lo es.

Cuando nos llaman casi sabemos lo que nos responderán en la oficina.

—No me sorprende que vengáis por noticias, todos lo hacen. Pero, lamentablemente, no sabemos nada hasta ahora. No responden nuestras llamadas, ni siquiera leen nuestros mensajes; pero hay que tener fe, eso es lo último que se pierde.

—Lo sabemos.

—Pero, si os sirve de algo, lo que más hay en el otro refugio son niños. Así que allí deben de estar vuestros hijos.

Por un momento un rayo de esperanza cae sobre mí, pero al rato lo invade la misma oscuridad de siempre.

—Muchas gracias, general.

—Estoy para servirlos.

Bryan toma mi mano y salimos de la oficina, no sin antes dar las gracias al guardia.

—La una de la tarde, es hora del almuerzo.

Asiento.

Cuando ya estamos en el comedor, noto que Evan y Hellen ya han acabado la sopa, mientras que nosotros recién vamos a tomar nuestro plato. Paso por el puesto de ensaladas y Katty me saluda amablemente. Sigo hasta poder reunirme con mis hijos y empiezo a comer. Desde que me di cuenta de que Leo no volvería, he dejado de comer como antes; un poco más y no lo hago.

—Trata de comer todo hoy, mamá —me ordena Hellen que, a pesar de

que era la que más estaba con él, es la más tranquila—. Leo está bien.

—No sé cómo podéis estar tan calmados todos vosotros. Yo estoy destrozada.

—Todos estamos preocupados, mamá. Pero Leo volverá, por eso no estamos destrozados.

—¿Cómo se sentirán el resto de las personas aquí sin sus familias?

—Mejor que tú, mamá.

—Ustedes no lo...

—Sí, lo entendemos, Carol. Por favor, ya para con eso. —Me sorprende al ver que es Bryan el que me lo ha recriminado. No lo había oído decir eso nunca.

—Lo siento. Es solo que... —No quiero que se repita lo que acaba de pasar, así que me levanto sin decir nada más y me voy.

No escucho nada a mis espaldas y en vez de volver a mi habitación, voy a la terraza del lugar para pasar un momento a solas. Al llegar, observo el hermoso jardín que han dejado aquí y busco la misma banca que uso para sentarme siempre que estoy mal, que suele ser todos los días. Hay una anciana en ella; ignorándola, me siento y miro al frente.

—Es hermoso, ¿verdad? —me pregunta, pero no sé si se refiere a la vista.

—Lo es.

—Desde aquí se pueden ver cinco montañas. ¿Cuántos son en tu familia?

Me sorprende al ver el rumbo de la conversación, pero no está de más hablar con ella.

—Éramos cinco.

—Son cinco, ¿verdad?

—Lo éramos —digo con un nudo en la garganta.

—Pues, ¿por qué crees que a esas cinco montañas nada en esta tierra las podrá mover?

—A decir verdad, no lo sé.

—Porque así es su naturaleza, mi niña. Y así deberíamos ser todos. Tú y tu familia nunca estaréis separados, y no son un «éramos», sino un «somos». Porque si tú no lo crees, ¿quién lo hará?

—Supongo que tienes razón.

—No se trata de la razón, sino de fe.

—Lo entiendo.

Recojo mi cabello en una cola de caballo y me seco las lágrimas.

—¿Por qué lloras, mujer?

—Son demasiadas cosas, ¿sabes? Pero lo que más me duele es la idea de no volver a verlo.

—Es el menor, ¿cierto?

—¿Cómo lo supiste?

—Los menores dicen que uno prefiere al mayor, pero el menor es la aguja más fina que traspasa el corazón. Por eso es que estás así.

—No lo sé. Es tan solo un niño... Temo que le haya pasado algo malo.

—Eso aún no lo sabes.

Observo detenidamente las cinco montañas y aún creo que no se separarán.

«Solo verlo una vez más —pienso—. Es todo lo que pido».

—¿Tienes familia? —le pregunto.

—Dios me bendijo con once hijos —contesta, orgullosa—. Cuatro me los quitó antes de que yo partiera, y siete están aquí, conmigo.

—Eso es impresionante.

—A decir verdad, no lo es. Mi esposo murió hace ya mucho tiempo y mis hijos ahora no se preocupan por mí. Es muy difícil para mí ver cómo una madre pudo cuidar a muchos hijos, pero después ellos no pueden ocuparse de ella.

—Lo lamento...

—No, niña. No lo hagas. Solo espero que te sientas muy feliz al ver a tu hijo contigo de nuevo.

—Usted piensa...

—¿Que volverá? Sí, por muchas razones. Un hijo no puede estar muy lejos con tantas lágrimas derramadas, mi niña.

—Gracias —contesto—. En serio, gracias.

—De nada. Tengo que irme. Supongo que estaré aquí pronto.

—Está bien, señora. Gracias.

—Silvia Funes. Llámame Silvia, mejor.

—Está bien, Silvia. Mi nombre es Carolina.

—Muy bonito.

—Gracias.

Se aleja y me quedo pensando en el paisaje. Escucho los gritos de alegría de unos niños y me pregunto si Leo estará así ahora; pero a quién quiero engañar, él no está así. Me levanto y camino hacia el otro lado de la terraza pero me detengo a observar unas flores.

—Son igual de bonitas que tú —dice una voz. Me volteo y encuentro a

Bryan frente a mí.

—Gracias.

—Mira, solo quería disculparme...

—No te preocupes, ya estoy mejor. Acabo de hablar con alguien que me ha ayudado.

—¿Con alguien? ¿Hombre o mujer?

—Pues un señor muy apuesto, a decir verdad —le contesto y me rio al ver su expresión—. Es una broma. Era una anciana, se llama Silvia.

—Está bien. Ahora estoy más tranquilo —me dice y me da un beso.

A pesar de que los días pasen sin noticias acerca del otro refugio, aún no se van mis esperanzas de ver a Leo. Han implementado charlas para las personas que han perdido seres queridos y he asistido.

—Leo no está muerto, Carol —me recriminó Bryan cuando empecé a ir.

—Que vaya no significa que lo piense.

Y allí acabó esa discusión.

No he perdido la esperanza de encontrarlo, ninguna madre lo haría. El amor de una madre no se trata de pasar barreras, se trata de no creárnoslas, porque por nuestros hijos somos capaces de todo.

Hoy, martes diez de abril, ya no lloro por Leo porque sé que volverá. Me reúno con mi familia en la hora del almuerzo y compartimos lo que nos ha pasado la anterior semana. Hablamos acerca de las charlas y en cómo lo llevamos, pero ninguno ha perdido la esperanza.

Antes de que acabe el almuerzo escuchamos un ruido ensordecedor, como el de una campana. Todos somos llevados repentinamente al patio más grande y vemos al responsable del refugio.

—Necesitamos la calma de todos —nos dice al vernos inquietos.

—¿Qué ha sucedido?

—¿Qué nos haréis?

—¿Es acerca del otro refugio?

—Necesitamos saber...

Suena una bocina que hace callar a todo el mundo y el responsable toma la palabra.

—La campana que acaba de sonar ha sido tocada por el otro refugio. Lo sabemos porque fue implementada para cuando sea una situación extrema.

—¿Qué quiere decir con eso, cariño? —le pregunto a Bryan apretando su mano.

—Deja que hable.

—En el otro refugio la situación es crítica. Será necesaria una evacuación de emergencia. Ahora mismo se están preparando los transportes para dirigirnos allá. O bien vuestras familias volverán, o lo harán después. Os pedimos tener calma; aquí todo está bien. Y nos estamos dirigiendo al otro refugio ahora mismo. Eso es todo, gracias.

LEO

No se necesitan héroes que aparezcan en la televisión... Bueno, hasta ahora hemos visto a uno con capa, pero lo que quiero decir es que nosotros somos héroes de nuestra propia vida, porque hasta el más débil y pequeño es capaz de vencer al mundo.

Félix Villacís

—Vámonos ya, Leo.

—Espérame solo un rato.

—Eso me dijiste hace media hora.

—Listo.

Nos apresuramos por el pasillo para llegar al comedor principal. Y pensar que hace algún tiempo corríamos de esta forma huyendo de los uniformados. Por nuestra velocidad, recibimos empujones mientras avanzamos, pero eso no nos detiene. Ya casi todo el lugar nos conoce, así que no es preocupación ahora. Al llegar, encuentro a mi grupo, que ha aumentado bastante. Sonríen al vernos, pero no dicen nada y esperan a que almorcemos.

—Solo quedan dos días, chicos —anuncia Melina muy emocionada—. Todo ha resultado perfecto. Zackarías hará el llamado y estará todo bien, lo presiento.

Terminamos nuestros platos y Andrés toma la palabra:

—El noventa por ciento de los adultos está informado acerca de esto. Muchos no lo han creído, pero al ver que todos nos iremos será fácil que se unan a nosotros. Los padres de familia y ancianos son los que llevan a los niños, obviamente, así que eso nos ha facilitado una gran parte del trabajo. Tenemos un día de sobra, así que debemos comunicarnos con Zackarías, pero ya.

—No creo que sea posible —digo.

—No podemos quedarnos cruzados de brazos aquí, sin saber si es que está vivo o no.

—Él me dijo que...

—Del dicho al hecho hay mucha diferencia, chico. Debemos hablar con él.

—Te recuerdo que vine por los conductos de ventilación.

—Sí, eso lo tengo claro. Pero debemos ir por la puerta normal, no por una extremadamente reducida.

—Ya hemos tenido muchos problemas con los guardias. Nos han atrapado hablando del plan. Esto es algo muy grande, no se lo puede echar a perder por falta de confianza —replica Melina.

—No hay problema —digo, tratando de calmar la situación.

—Podríamos ir dos, por si nos atrapan —sugiere Gus.

—Es perfecto.

—¿Teníamos que venir a las tres de la mañana?

—Sí, Gus. A esta hora no nos descubrirán.

—Apuesto que Zackarías debe estar dormido y no podremos hablar con él.

—Eso aún no lo sabemos.

—Bueno, entonces apurémonos. —Empieza a correr y lo sigo.

—Gus, espera —digo, jadeando, mientras él se apresura por el pasillo. Se detiene y me mira con una sonrisa.

—Solías ser más rápido.

—Tiempo pasado.

Seguimos por el resto de los corredores, pero nos detenemos por una sombra que se proyecta en las paredes. Vemos otra detenerse junto a la anterior y los escuchamos hablar.

—¿Tú qué haces aquí? —La voz es la de un hombre viejo.

—Me mandaron a vigilar un rato. —Esta es de un chico—. Me han informado que unas personas se van de cuarto en cuarto hablando cosas extrañas.

Lo miro a Gus, espantado.

—Estamos jodidos —le digo.

—No lo creo, solo esperemos.

—Solo estaré aquí un rato, espero que no te moleste —responde el más joven.

—Quédate lo que quieras, yo me iré a dormir.

—Oh, bueno, es preferible.

La sombra de uno de ellos desaparece y la otra también. Me arriesgo a no mirar y sin más, camino al pasillo con Gus.

—Eso estuvo cerca.

—¿Quién anda ahí? —preguntan y reconozco la voz.

—Ya nos fregamos, ¡corre!

—No, Gus —le digo mientras se aleja.

Se detiene y me mira confuso.

—Nos van a atrapar.

—Es Zack.

—¿Quién?

—Zackarías.

Oigo las pisadas acercándose y salgo al pasillo.

—Leo, Gus, ¿qué estáis haciendo aquí? —nos pregunta.

—Te íbamos a buscar.

—Bueno, yo iba a hacer lo mismo ahora.

—Pues nos adelantamos.

—Necesito hablar con ustedes.

—Nosotros también.

Mi amigo se acopla a nosotros y salimos por el corredor.

—Leo, ¿lo has hecho todo?

—Sí, completamente.

—Me alegro.

—Ahora las personas quieren saber si es seguro lo que hemos organizado.

—Lo es. Venía para deciros eso y agradeceros por todo lo que habéis hecho.

—Pues ya era hora, Zack —dice Gus—. Todo el mundo ha querido saber de ti.

—Lo sé. Debemos irnos ya. Ahora mismo debería estar hablando con los que han informado. ¿Qué ha dicho la gente acerca de esto?

—Están de acuerdo, todos. Es esto o morir aquí —respondo.

—No hay tiempo, es más de medianoche. Ahora debemos hablar con los demás.

Sin decir más, encabezo la marcha para volver a la habitación. Al llegar, todo está demasiado silencioso, pero aun así no se nota nuestra presencia.

—¿Quiénes están aquí? —pregunta al azar.

—Am... Cris y Noah —responde Gus.

—¿Dónde están los que han difundido todo?

—Bueno, ellos se encuentran en otra habitación y es muy difícil ir hasta allá ahora.

—¿Aquí todos están enterados?

—Completamente.

Sin agregar nada, saca un pito de su bolsillo y sopla. Todos se despiertan rápidamente por la magnitud del sonido, que es muy fuerte, y se restriegan los ojos.

—¿Quién diablos hizo eso? —pregunta T, un anciano que conocimos hace pocos días.

—Fui yo —contesta Zack—. Perdón por despertarlos. Mi nombre es Zackarías, y vine a...

—¡Zackarías! —grita Jourdan, la hija de T—. Hasta que al fin te vemos.

—Sí, bueno... —Eleva un poco la voz porque todo el mundo empieza a hablar—. Necesito silencio, por favor. Aquí, al parecer, ya me conocéis, pero no hay tiempo. Son las tres de la mañana, así que será sonada la alarma mañana y debemos estar atentos. Será cerca de la hora del almuerzo y el sesenta por ciento de los guardias está enterado. En el momento que suene, las puertas serán abiertas y todos seréis dirigidos hacia un terreno, en el cual ya estará la ayuda. Seréis llevados a los transportes e iréis al siguiente refugio.

—¿Cómo sabremos que estarán allí?

—La alarma será sonada hoy en el refugio de la frontera, estarán en camino. Por eso no había venido con vosotros, porque debíamos hacer ese llamado. Ahora quiero que hoy todos vosotros propaguéis este mensaje lo más rápido que podáis, porque solo tenemos un día y un poco más, y puede que no sea suficiente. Recordad, el día de mañana al mediodía, todos vosotros seréis encaminados al terreno donde estará la ayuda. Si subís a la terraza, veréis, aunque muy pequeño, en donde se encuentra el sitio y os haréis la idea de por dónde ir. Ayudadme a difundirlo, gracias.

—¿Así que mañana nos iremos al mediodía? —pregunta alguien que no reconozco.

—Así es. Mañana vendrán por nosotros y esto habrá acabado.

—Pero puede ser muy peligroso —comenta una señora—. Los uniformados intentarán detenernos o, aún peor, matarnos.

—Hemos conspirado contra los jefes de aquí... Bueno, no todos —contesta amablemente—. Pero un gran porcentaje está con nosotros, os lo aseguro.

—Ojalá —susurra Gus.

—Entonces, seguid con vuestro sueño. El desayuno es a las nueve, así que ahí empezaremos a decir la última parte del plan, amigos.

Dicho esto, da media vuelta y se dirige a la puerta. Se cerciora de que no

haya nadie en el pasillo y sale. Gus y yo nos miramos, pero Zack vuelve y nos dice:

—Vosotros venid, chicos.

Ambos asentimos. Al caminar, escucho a mi amigo bostezar como loco, tanto que hasta es molesto. Zackarías también empieza con eso, y se vuelve el doble de fastidioso.

—¿Cómo lo habéis hecho? —pregunta al azar.

—¿Hacer qué? —interrogo.

—Todo esto. Sois solo niños, Leo. ¿No extrañas a tus padres?

—Los extraño todo el tiempo.

—¿Y tú, Gus? ¿Los echas de menos?

—Lloro todas las noches, pero me ahogo con la almohada porque no quiero que nadie me escuche.

—Y a pesar de todo, vosotros vais a salvar a esta gente.

—¿Lo haremos?

—Sí, lo haréis.

—Nunca lo había pensado de esa forma.

—Yo menos —agrega Gus.

—Quizá nadie sepa que tú, Leo, fuiste el que inició todo este plan, pero debes saber que Dios te compensará.

Cuando me menciona a Dios, me imagino a un señor con barba que está encima de las nubes, y cuando mueve un dedo, cosas pasan en este mundo.

—Entonces, ¿por qué Dios permitió que pase esto? —pregunta Gus.

—No lo sé, pero Dios hará que todo esto se resuelva, te lo aseguro.

Asiento.

—¿Tú crees que nuestros padres están en el refugio?

—Estoy más que seguro.

—¿Y si no lo están?

—Lo están.

—Está bien. Solo quiero que esto se acabe pronto. Ir al refugio y volver con mi familia y Raemal.

—Todos queremos eso —termina diciendo Gus.

Subimos en silencio hacia la terraza. El viento me golpea fuerte mientras trato de avanzar hasta el borde. Gus también tiene problemas, pero se recupera y ambos nos acercamos con Zackarías. A lo lejos, veo el bosque levantarse grandioso, tanto que hasta da miedo. «¿Cómo pude estar allí y no llorar todo el tiempo?» me pregunto, y quizá la respuesta era que Dios me

estaba cuidando en ese rato, y también cuando quemaron los cuerpos. Él me hizo encontrar el arroyo. Zackarías debe tener razón, quizá no sepamos por qué Dios permite este tipo de situaciones, pero lo que sí hace es ayudar a que podamos resolverlas.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Gus, con los ojos rojos.

—Pensar. Solo piensa.

—Pero tengo sueño.

—Yo también, Gus, pero piensa un rato en todo.

—Lo haré —concluye y cierra los ojos.

Cuando me había quedado con Sarah, creí que había finalizado todo, que llegaría al refugio y luego iría con mi familia, pero todo dio un giro inesperado y no fue como creía. Cuando conocí a los chicos no me convencía la idea de venir solos al refugio, pero tras la muerte del papá de Melina y Juani a manos de la gente de Zack, creí que ya por fin nos iríamos. Ahora, cuando ya he pasado por tanto, creo que sí hay un fin para las cosas, y quizá ya está cerca el de todo esto. Nunca imaginé que estaría tanto tiempo sin mis padres, tanto tiempo fuera de casa. Nunca pensé que pasaría todo esto con mi mejor amigo. Ni que sería alguien que ayudase a salvar a toda esta gente, pero lo soy. Bueno, casi. Quizá nunca me lo agradezcan después de esto, pero Zack dijo que Dios no lo olvidaría. Ahora lo creo.

—No perdamos tiempo —le digo al soldado—. Solo tenemos un día para hacerlo todo.

Me mira y sonrío.

—Tienes razón. Gus, ¿estás con nosotros?

—No lo dudes.

Para la hora del almuerzo ya habíamos hecho muchos recorridos por todo el lugar. La gran mayoría estaba emocionada por la noticia, y, por supuesto, algunos seguían sin creer. El llamado ya fue hecho y solo queda esperar y seguir avisando. Me acerco por el pasillo del comedor; ahora dan menos de la mitad que cuando empecé a servirme aquí. Ya no dan jugo, sino agua, y no te sirven bien la comida, sino que te la tiran en el borde del plato. Camino hacia la mesa donde están los demás, y al ver sus sonrisas de entusiasmo, me siento calmado y feliz. Priscilla está sentada con Cris a un lado y me señala un puesto frente a ellos, asiento y me acerco. Escucho risas y chistes, pero no los

alcanzo a distinguir.

—Un día, chicos —dice Mafer, emocionada—. Ya se acaba todo esto.

—Lo sé —respondo feliz.

—¿Pero qué pasará cuando todo esto acabe y nos vayamos por nuestro camino?

Al escuchar eso, me dedico a pensar en los que no tienen padres ahora y en los que no tienen a dónde ir. Después de todo, solo he pensado en mi familia, pero no en la vida de los demás después de esto. Un silencio incómodo se presenta en la mesa.

—Ya veremos —responde Melina, calmada—. Todo estará bien, os lo aseguro.

Escucho a algunos llorar y me siento extremadamente mal, porque ellos han sido parte de esto también.

—Será mejor que sigamos, chicos —sugiere Zack, que por lo visto ha estado muy cariñoso con Melina—. Debemos armar lo último porque esto ya se acaba.

Las horas pasan y nos tomamos nuestro tiempo para descansar. Converso con todos acerca de lo que hemos vivido. Cris se encuentra triste por no poder leer, mientras que Adam y Therry lo animan con sus chistes y canciones. Las gemelas y Priscilla lo han pasado bien aquí, tanto que no sufren mucho por la pérdida de sus familiares, lo cual es algo extraño. Noah y Orígenes han estado distantes del grupo por el hecho de que no sienten tanta emoción como al principio. Las demás personas que hemos conocido hasta ahora han sido muy amables. Muchos de ellos nos han contado acerca de lo que han pasado. Hemos compartido risas, lágrimas y muchas cosas más. Aquí, todo esto nos ha unido, ya no hay peleas como antes porque ahora todos estamos por un mismo propósito.

A la hora de la cena no me siento con los de siempre, sino con otro grupo que he conocido, que por cierto son muy buena gente. Al llegar, veo a Bryan y a Moisés jugando con la comida mientras su padre los regaña, enojado. Milena me mira y sonrío mientras me siento junto a ella, y su abuela, Samia, me mira guiñándome un ojo que, por cierto, aún no entiendo por qué lo hace.

—¿Ya está todo listo? —me pregunta Guillermo, el papá de Milena.

—Ya casi, solo esperemos hasta mañana.

—No sabes lo feliz que estamos, Leo. Realmente estamos agradecidos con tus amigos, que han hecho esto.

—Lo sabemos, gracias.

—Y cuando llegues, ¿verás a tus padres? —Esta vez habla Bryan.

—Eso espero, Bryan. Eso espero.

—Ten fe en que sí —me anima Samia—. Muchas cosas pueden pasar en estos momentos.

Asiento.

—Y tus amigos, ¿tienen familia? —pregunta Guillermo de nuevo.

—Muchos la han perdido en los ataques. Otros no saben si estarán bien o no.

—Deben de estar destrozados.

—Lo más seguro es que sí —digo, y me ubico en el lugar de ellos. ¿Qué pasaría si llegase al refugio y me enterase de que mi familia ha muerto? La sola idea me aterra y me provoca lágrimas, que todos empiezan a notar.

—¿Qué tienes, mi niño? —me pregunta Samia, preocupada.

—Nada —contesto, pero se me nubla la vista—. Es solo que... no soporto la idea de no volver a verlos. Eso es todo.

—Ten fe, hijo. Has hecho muchas cosas buenas, Dios te lo compensará.

—¿Y usted cree que llegaremos bien al otro refugio?

—Yo debería preguntarte eso a ti.

—Pues... soy solo un niño.

—Un niño que ha hecho muchas cosas. Y sí, sí creo que llegaremos bien.

—Yo creo que morirás, así le pasa a la gente buena —comenta Guillermo—. Haces cosas buenas, los malos pierden, pero uno de los buenos muere de todos modos. Es ley primordial, Leo. Pero lo que es innegable es que si mueres, irás al cielo.

—¿Por qué cree eso?

—Porque los niños son ángeles sin alas.

—¿Cómo?

—Que no existe maldad en ellos, no conocen la mayoría de los pecados de los adultos.

—Por eso son ángeles sin alas.

—Porque esas alas son su inocencia, y este mundo está tan corrompido que no las pueden ver. Así de simple.

Quizá él tenga razón, pero muchas cosas un pasan por mi cabeza, tantas que pienso que va a estallar.

—Gracias.

—De nada. Termina de comer. Mañana es el gran día.

—Lo sé —agrego y empiezo a masticar el pollo—. Solo quiero que pase

ya.

—Todos lo queremos.

Al terminar mi plato, me dirijo a un pequeño salón de juegos del refugio. Cuando llego, encuentro a Cris sentado con el libro que tenía cuando lo conocí. Su mirada es como la de un animal salvaje intentando capturar a su presa, demasiado concentrado, diría yo. Me acerco a él y me observa. Cierra su libro y lo deja a un lado mientras me siento.

—¿Cómo lo recuperaste?

—Le tuve que rogar horas a esa tipa para que me regrese al menos este.

—Bueno, pero tener uno es algo.

—Lo sé. ¿Tú cómo vas?

—Supongo que vamos bien.

—Sí. ¿Qué se siente?

—¿Qué cosa?

—El haber ayudado en todo esto.

—¿Por qué todo el mundo me pregunta por esto?

—Pues porque has hecho algo grande, Leo. Eres el primer niño de once años que ha hecho esto.

—Solo hice lo que tenía que hacer.

—Mientras que muchas otras personas no lo hubiesen hecho, mucho menos un chico como tú o como yo.

—La verdad es que no le encuentro mucha emoción.

—Eso es muy extraño, pero qué más da.

—Sí, bueno. No quiero hablar de eso. ¿Qué tal el libro?

—Genial. Absolutamente genial. ¿Recuerdas cuando te dije que si leyésemos este libro no existirían las guerras?

—Sí, en la madrugada.

Lo recuerdo perfectamente.

—Lo dije porque a veces no debemos confiar en nadie cuando de vidas se trata. A los grandes solo les importa estar con grandes, nada más.

—¿A qué te refieres?

—Todas esas personas que tienen el control, solo les importa el poder, nada más. ¿Por qué en vez de hacer documentales de niños hambrientos no les dan de comer y beber? Porque ganan más dinero haciendo que idiotas vean eso que dándoles un maldito gramo de arroz. Todo esto está pasando porque un maldito idiota quiere el control de esto. ¿Para qué? Para tener dinero. Dinero. Destruyen vidas, familias, ¿para qué? Para tener poder, un

poder que se acaba cuando mueres. Todo esto sucede en *Juego de Tronos*, y la gente debería leer en lo que se están convirtiendo, en personas que viven de mentiras y maldad. Yo lo leo porque me parece fascinante, los personajes, la trama, todo. Es sencillamente perfecto.

—Ahora sí lo entiendo. Debes tomártelo con calma.

—No me lo tomo con calma porque mi familia puede estar muerta.

Ahora que menciona eso, él nunca me hablo de ellos, por lo que recuerdo.

—¿Por qué nunca me hablaste de tu familia?

—Porque nunca me preguntaste.

—Tienes razón, pero ahora me interesaría saber.

—Yo no quiero hablar de eso, solo espero encontrarlos.

No quiero insistirle acerca de ese tema; pero al ver su rostro me doy cuenta de que de seguro piensa que están en el otro refugio, al igual que yo.

—Cris, ¿cómo esta Mapa?

—Supongo que está bien. Creo. Solo concentrémonos en sobrevivir.

—Sí, tienes razón.

—Esto ha sido lo peor y lo mejor que me ha pasado.

—¿Por qué lo dices?

—Nunca me imaginé estar tanto tiempo sin mis padres y la vida normal que llevaba, pero así pasa.

—Yo tampoco. Todo el mundo dice que somos fuertes.

—Porque lo somos.

Luego de un rato, observo el sol ponerse y Cris se despide. Decido quedarme un rato más, saltándome la merienda. Toda el área de juegos se queda vacía. Me dirijo a un columpio y empiezo a mecarme; después de un tiempo, siento pasos acercándose, pero no los tomo en cuenta.

—¿Sin hambre? —me pregunta alguien, y reconozco la voz de Therry.

—Un poco, ¿y tú?

—Acabo de comer. Siempre vengo aquí en las noches porque nunca hay nadie.

—Debe ser por los mosquitos —digo, y se ríe.

—Así parece.

—¿Cómo la has pasado aquí? —Jamás me había detenido a hablar un rato con él, solo lo había escuchado cantar.

—Normal, diría yo.

—¿Y Adam?

—Él siempre ve el lado positivo de las cosas. Nunca dudó de que

volverías, y él cree que nadie morirá cuando intentemos irnos.

—¿Tú crees que sí?

—Eso es más que obvio.

—Bueno, Therry...

—Sí sé, Leo. A veces la vida da sorpresas.

—No lo sabemos aún.

—Sí. Bueno, por si no te molesta, quiero cantar algo. Es una canción que Orígenes me enseñó hace mucho.

—No, para nada —contesto, sonriendo.

Se queda en silencio un rato, pero luego empieza a cantar:

«Cuando Israel salió de Egipto,
la casa de Jacob de un pueblo bárbaro.
Judá fue su santuario, Israel fue su dominio.»

No tiene mala voz, hasta me siento bien al escucharlo entonar. Él sigue cantando algo acerca del mar y las montañas, pero dejo de prestarle atención y cierro los ojos. Su voz y los sonidos de afuera se desvanecen por completo.

—Leo —me despierta Therry—. Leo, son las diez. Vámonos.

Lo miro confundido, con dolor en el cuello, pero asiento y me levanto. Camino con él hasta que toma su camino, despidiéndose. Yo me dirijo hacia mi habitación. Al entrar, pocas personas están despiertas. Hace un tiempo que el control dejó de ser tan estricto. Ahora todos pueden hacer lo que quieran y no dicen nada. Tomo algo de ropa gris y me dirijo al baño. Al terminar de cambiarme, me acuesto en mi cama y pronuncio los nombres de los que quiero, aunque no sé si haberlos dicho todas estas noches sea suficiente para que se salven. Luego de rezar, cierro mis ojos, esperando a dormirme.

«Ahora ya no es un error tuyo».

Ya lo he hecho todo.

CRIS

Luego de una tormenta, el suelo termina empapado de agua y, al día siguiente, el sol provoca un calor infernal y los únicos beneficiados son los árboles y plantas, mientras que otros se lamentan; pero estos árboles darán buenos frutos que nosotros consumiremos.

Asimismo, en nuestras desgracias, debemos aprender a ver lo bueno que nos espera, porque todo lo que sucede en nuestra vida para mal, termina siendo para bien después de un tiempo.

Félix Villacís

—Vámonos ya —digo mientras camino en círculos, impaciente.

—Deberías esperar un rato más, Cris —me replica Noah.

—Sí, lo siento. —Aunque no lo hago.

—No tienes por qué disculparte.

Camino hacia el baño para lavarme los dientes y mojar me la cara. Hemos acabado de desayunar y todos hemos tomado rumbos diferentes hasta la hora del almuerzo, el momento en que se decide todo. Noah, Priscilla, Mapa y yo estaremos juntos hasta que todo acabe, el resto ha armado grupos para encontrarnos cuando ya estemos en el otro refugio. En el desayuno hemos tenido nuestra última conversación antes de que la evacuación empiece, y al parecer todo saldrá bien.

Siendo ya las once, avanzamos hacia el patio principal. Aquí nuestro grupo ya está completo y, según el plan, en el momento en el que suene el timbre, las puertas se abrirán automáticamente y nos dirigiremos hacia el sur del refugio; y para ese entonces, ya estarán las autoridades esperando. Aunque sería más fácil que ellos llegasen, no sabemos qué puede pasar. Me encuentro con el resto de las personas, a cuyo frente está Zackarías, que es quien llevará a este grupo al terreno en el que deberían estar ya los demás.

—Escuchad y avisadme si viene un guardia.

Todos guardamos silencio.

—Ya falta poco, casi media hora —anuncia mirando su reloj—. Cuando las puertas se abran, habrá probabilidades de que alguien salga herido, así que debemos apurarnos. Recordad que primero sonará el timbre del almuerzo, y luego uno mucho más fuerte; esa será la señal. Nada más.

«¿Nada más?».

Cuando Zackarías sale, corro hacia él y lo detengo.

—¿No dirás nada más? —le pregunto, aunque no soy la persona más indicada para hacerlo.

—Ven conmigo, pero que no te vean.

Asiento y lo sigo hasta un pasillo.

—Escucha, pero no le digas a nadie. Aún no hemos visto rastros de las fuerzas del otro refugio.

—No me jodas.

—¿Tengo cara de que lo hago?

—Está bien. Entonces, ¿por qué les has dicho todo eso?

—Porque sé que vendrán.

—Pues todos creemos en lo que nos habéis dicho.

—Sí, lo sé, Cris. Vete ahora, no digas nada y espera al timbre.

Asiento y me voy corriendo de vuelta al patio. Cuando llego, veo a los demás simulando hacer algo porque hay guardias observando. Camino hacia Noah y los demás, quienes fruncen el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Dónde estabas? —me replica Mapa.

—En el baño.

—Ah, perdón —se disculpa, sonrojada.

—Falta muy poco, chicos —comenta Priscilla, emocionada.

«¿Por qué se emociona tanto? —pienso, pero no formulo la pregunta—. Cree que ya no tiene familia».

—Diez minutos para el timbre del almuerzo.

Aguardamos unos minutos más hasta que suena.

«Cálmate, Christopher».

Todo el mundo se inquieta, pero tratamos de relajarnos lo que más podemos. Una mujer llora, pero quizá sea de felicidad. Mapa me mira con sus ojos grandes de emoción. Ya falta poco, muy poco. Quizá mi familia me está aguardando, como la familia de Leo lo está esperando a él.

—Esto es muy estresante, chicos.

—Lo es —concluye Priscilla, mirándome con sus penetrantes ojos verdes. Suena la alarma.

Mi corazón se detiene por un momento, pero luego inicia la revuelta. Es la hora. Las puertas se abren y las personas comienzan a salir. Me quedo estático, viendo todo en cámara lenta, hasta que me sacuden por el hombro. Escucho el sonido de los zapatos de todos mientras que ciertos guardias están gritando cosas. Me están empujando y casi me tiran al suelo. «¿Por qué no

me nuevo?». Ya debería haberlo hecho, pero antes de pensar en otra cosa, siento que me desplazan otra vez.

—¡Cris! —me gritan, y la voz es de Mapa—. ¡Vámonos!

—Está bien —respondo, aún confundido, y empiezo a correr.

Escucho gritos en todas las direcciones, pero no los tomo en cuenta. Salimos todos como una bandada de pájaros, bien organizados y hacia una misma dirección; son casi dos horas de camino hacia el terreno baldío. Nos movemos muy rápido hasta que llegamos a los primeros árboles.

—¡Deteneos todos! —grita alguien que está delante de nosotros.

Todo el mundo trata de detenerse, pero empieza a hacer calor. Hago caso omiso y sigo corriendo. Mapa me toma de la mano y la aprieta, ese apoyo me reconforta. Los árboles empiezan a hacerse presentes, mientras la gente sigue gritando. Deben de haber pasado unos diez minutos corriendo porque no siento mi respiración. Miro a derecha e izquierda, y siento como si me reflejara en un espejo al ver que muchos huyen.

—¿Dónde están Priscilla y Noah? —pregunto, desacelerando un poco el paso para que Mapa me alcance.

—Atrás de nosotros.

—¡Esperad! —nos gritan—. ¡Hay un incendio!

—¿Qué? —preguntamos a coro ambos.

—Mirad a lo lejos —nos dicen, apuntando a nuestra derecha, y sí, lo hay. A pesar de la altura de los árboles, puedo ver una columna de humo negro que se eleva como una horrible tormenta. Esto será espantoso, todo se podría quemar.

No.

«No puede estar pasando».

—¿Y por qué miércoles hay un incendio ahora? —pregunta Mapa, cambiando su rostro de cansancio a uno de preocupación.

—No lo sé, pero vámonos. Debemos irnos ya.

«¿Pero cómo vamos a atravesar el fuego si este se expande?».

Sin decir mucho, salimos corriendo, pero nuestros caminos se bloquean por el fuego, que se esparce como lluvia. Veo a los pájaros volar en bandada lejos del lugar, y me gustaría huir como lo hacen ellos. El humo se eleva en muchas direcciones, pero por la altura de los árboles no logro ver cuál camino es seguro.

—Cris, ¿qué hacemos? —pregunta alguien, aunque no reconozco la voz. Estoy en blanco.

Escucho gritos a mi alrededor. ¿Qué está pasando?

—Vamos —digo—. Solo lleguemos al lugar de encuentro y fin, dos horas no son nada.

«Dos horas son suficientes para morir aquí».

Sin esperar respuesta, corro intentando dirigirme al sur, omitiendo los gritos y las llamas que empiezo a ver a lo lejos, aproximándose cada vez más. Me encuentro con un par de jóvenes que han caído al suelo y una mujer que trata de ayudarlos, pero ni ella puede consigo. Me borro esa imagen de la cabeza hasta que escucho un grito. Un chico se interpone en mi camino, ardiendo, y me mira. Hay un momento en el que sus ojos parecen penetrarme el alma. Él está agitando los brazos sin saber qué hacer mientras que sus gritos ensordecen todo a mi alrededor; sus ojos me muestran el dolor y la desesperación que voy a sufrir y decido apartar la vista. Ver su mirada de dolor y desesperanza es lo peor que me ha pasado en la vida, y esta imagen me la llevaré a la tumba.

—Avanza —me anima, y me sorprendo de escuchar su voz, a pesar de que está cortada—. Pero los están matando, a todos, así que debes ser rápido.

—¿Matando? —pregunto, pero cae al suelo, retorciéndose. Lo miro y me quedo hipnotizado por las llamas.

«Cálmate, Cris». Pero no puedo. No puedo. Me pongo a llorar sin saber qué hacer.

—¿Mapa? —pregunto, mirando a mi alrededor. Necesito saber que ellos no se han apartado de mí.

—Cris, aquí estoy. No te preocupes. Los demás están conmigo.

—Este tipo está muerto —comento, llorando—. Está muerto.

—Lo sé —responde, y escucho que ha ahogado el llanto con la voz—, pero no hay tiempo. El fuego está cerca.

Lágrimas caen por su rostro, y me siento tonto al llorar y no mostrarme fuerte, pero ver esto fue demasiado. Tratamos de correr, yo todavía sollozando, pero mucha gente se nos mezcla en el camino. Una mujer se lamenta desconsoladamente al ver a su hijo sangrando en el piso mientras nosotros corremos por sobrevivir.

—¡Mira en el cielo! —grita Mapa.

Lo veo: algunos helicópteros empiezan a sobrevolar el bosque; pero siguen avanzando y no nos toman en cuenta.

—¿Ha llegado la ayuda?

—Puede que sí —contesta Noah.

—O puede que no —dice alguien, y la voz es de Orígenes. No lo había notado pero está con Raúl, Therry y Adam.

—¿Y vuestro grupo? —pregunta Noah, un poco desesperado.

—Se ha dispersado.

—El nuestro también.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Hay que avanzar —sugiere Therry—. No perdamos el tiempo aquí.

—Él tiene razón —lo apoya Mapa, que también se nota asustada.

—Está bien. Vámonos.

Lidero la marcha, adentrándonos en el bosque. Ramas y arbustos nos obligan a agacharnos o a saltar. Nos hemos alejado del fuego un poco, pero al parecer no es suficiente, porque igual se escuchan gritos. Corremos lo que más podemos, hasta que nos encontramos en un declive muy empinado. Camino por los bordes para ver si podemos bajar más seguros, pero nos encontramos con muchas personas ahora.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—¿No hay manera más segura de bajar? —Orígenes asoma la cabeza un poco y se da cuenta de que no la hay.

—Démonos prisa, mirad al frente.

Hay un par de helicópteros descendiendo con militares asomados.

—¡Ocultaos! —ordena Raúl; también tiene lágrimas en los ojos.

—Pero ¿por qué? —replica Priscilla.

—Solo hazlo —responde esta vez Adam.

Todos nos tiramos al suelo rápidamente y escuchamos a la gente gritar.

—¡Hey! ¡Estamos aquí!

—Idiotas —lo escucho susurrar a Raúl.

Suenan los disparos.

—¡Qué diablos...! —Empiezo a levantarme, pero Orígenes me jala justo antes de que las balas pasen por encima de mi cabeza.

—Esto es una matanza —dice Mapa, llorando.

—No se desesperen, pronto llegaremos —digo, pero aún estoy tratando de creérmelo.

—¿En serio lo crees? —replica Raúl, con su voz llena de ira.

—¡Callaos! —contesta Orígenes, ya muy enojado—. Esperemos a que se vayan.

Dejan de sonar los disparos, pero los gritos continúan. Oigo a los helicópteros alejarse, pero no estoy muy seguro. Me lleno de miedo y

empiezo a llorar más fuerte. ¿Qué está pasando? ¿Por qué nos atacan? Me levanto un poco y asomo la cabeza por encima de las ramas. Ya no están.

—Se han ido —anuncio con un hilillo de voz.

—¿En serio? —Mapa se levanta apenas y lo comprueba.

—Bajemos —sugiero antes de que el miedo me paralice las piernas.

—¿Cómo? —pregunta Orígenes.

—Como en los viejos tiempos —contesta Raúl y salta.

—¡No! —grita Priscilla, pero al ver que está colgando de una rama, se calma.

—¿Cómo se supone que haremos eso? —pregunto, desesperado al oír más tiros.

—Obviamente tendrás que aguantar golpes, solo salta. Orígenes —dice mirándolo—, ya hemos hecho esto, no creo que no puedas ahora.

Raúl se apoya en las ramas bajas y empieza a descender hasta que desaparece.

—¡Toqué fondo!

—¿Es mucho?

—Para nada. ¡Bajad! —grita por encima de todo el ruido, aunque apenas lo escucho.

Todos nos miramos, pero nadie se atreve a dar el primer paso.

—¿Qué esperáis? —nos reclama, y tiene razón, la situación no es la mejor por aquí.

—¡Mirad! —advierde Priscilla.

Hay más helicópteros acercándose.

—¡Dios! —Orígenes apunta a nuestra izquierda—. Mirad las llamas.

—Ya no hay salida —se rinde Priscilla.

—No, sí la hay. —Y salto.

Me siento como todos esos personajes de los libros mientras lo hago, y experimento esos pocos segundos de adrenalina como toda una eternidad.

Un escalofrío recorre mi espalda mientras desciendo y escucho un grito a mi espalda. Busco la primera rama y me agarro fuerte. Gracias a Dios, me sostengo y piso con firmeza una rama más abajo.

Lo he conseguido.

—Estoy bien. Ustedes también pue... —No termino de decirlo, porque la rama se rompe y caigo al suelo. Me golpeo fuerte la cabeza y no siento el dolor en mis piernas hasta tiempo después.

—Mierda, Cris. ¿Estás bien?

—No, pero no hay tiempo para eso.

Me levanto adolorido y empiezo a escuchar el sonido de las balas. Me apoyo en Raúl, esperando a que el resto baje.

—¡Nos han visto! —advierte Priscilla desde arriba y trato de ocultarme entre los arbustos. El calor por las llamas extendiéndose y el humo me sofocan, tanto que empiezo a ahogarme.

—Cris, resiste. Estaremos bien. —Raúl vuelve al punto de caída y mira hacia arriba.

Todo a mi alrededor se nubla y no escucho nada más. Oigo un grito, quizá es de Priscilla, o tal vez sea de Mapa, pero ya no me importa.

—¡Cris! —Mapa sale de entre los árboles y se inclina hacia mí—. Ayúdame a amortiguar la caída de los demás.

—¿Amortiguar?

«¿Cómo diablos vamos a hacer eso?». Me parece una idea loca, ya que ni siquiera puedo conmigo mismo.

—Sí, vamos.

—Está bien —concluyo. Ella me ayuda a levantarme agarrándome por el brazo. Cojeo hasta llegar al lugar.

—¡Saltad! —les ordena Noah a los demás desde arriba.

Estamos atentos por si alguien cae del cielo pero no hay tiempo, una bala pasa junto a nosotros.

—¡Moveos! —los sigue apurando Raúl, que ya está demasiado desesperado.

El siguiente en saltar es Adam, que cae encima de Raúl y Mapa, salvándome del golpe.

—¡Seguid! Cris —me mira preocupado—, alguno no lo logrará.

—Lo harán todos —le aseguro.

—¡Seguid saltando!

Veo a alguien cayendo en mi dirección; es Therry. Su grito termina cuando aterriza encima de mí, pero no me pasa nada. Luego, Noah salta con agilidad y cae entre nosotros como un ninja.

—Esto está ardiendo, chicos —advierte al ver las flamas llegando.

—Apuraos, solo uno podrá saltar si os seguís demorando —apremia Therry.

Pero ya es tarde, todos nos alejamos del centro porque las llamas nos han alcanzado.

—Saltad, por favor —ruego.

«Solo uno más puede saltar», pienso, y ya sé quién es el que lo hará.

—¡Irá Priscilla! —anuncia Orígenes.

—¿Qué? Orígenes, no puedes... —La cara de preocupación de Raúl lo dice todo.

Orígenes abandona.

—Sí puedo —grita desde arriba—. Puedo dar la vida por ustedes.

—No seas tonto. Haciendo esto no serás un santo.

—Quizá no lo sea, amigo —grita más fuerte para que todos lo escuchemos—, pero puedo dar la vida por alguien, así como Jesús la dio por mí. —Dicho esto, termina la conversación y Priscilla salta.

—¡No! ¡Orígenes! —Raúl llora desconsoladamente—. Hay que ir a verlo.

—¡No podemos! —le grito, pero mis ojos se llenan de lágrimas—. Él ha querido esto, Raúl. Él lo ha querido.

«Y a mí ni siquiera me importa». Trato de no pensarlo de esa forma, pero no he hecho nada por salvarlo.

El fuego consume todo a su paso. Oímos los disparos arriba de nosotros y vemos algo caer: Orígenes.

—¡No! ¡Dejadme! ¡Iros vosotros! —grita Raúl, lleno de dolor.

—No seas tonto... Debemos escapar. —Pero sé que su dolor ahora es más grande que sus ganas de irse.

—Orígenes, no debiste... —Su cara está repleta de lágrimas. Y así es como se siente perder a un compañero.

—¡He dicho que nos vamos! —Mapa, Adam y yo lo jalamos, con los ojos húmedos.

Corremos llorando por todo lo que ha pasado, tropezando con los arbustos y las ramas tiradas en el suelo y con los ojos ardiéndonos por el fuego. No logro diferenciar la luz de sol del color de las llamas. Muchas personas siguen apresurándose a nuestro alrededor, pero no todas logran librarse del fuego que nos rodea. Trato de no mirar, de no escuchar, de no sentir, pero en esta situación, intentar no vivirlo es imposible.

Nos encontramos en una bajada ya no tan peligrosa como la anterior, pero aun así, esto nos quita tiempo. Mapa y Priscilla van primero, seguidas de Therry, Adam y Noah. Raúl y yo vamos al final, y mientras bajo, observo detenidamente todo lo que está pasando: columnas de humo se elevan desde la copa de los árboles, incrementándose cada vez más, y desde aquí se pueden escuchar las balas; sé que en algún momento una de ellas llegará a nosotros.

—¡Moveos! —Raúl se empieza a desesperar por la lentitud de los demás

—. ¡En cualquier momento nos toparemos con un soldado!

«¿Por qué nos están atacando? —pienso, mientras esquivo las ramas de los arboles más pequeños—. Se supone que son la ayuda... No, Cris. No hay tiempo para eso».

—¡Deteneos! —grita Adam, y antes de que demos un paso más, un árbol cae frente a Priscilla, quien es la que lidera la marcha esta vez.

Ella grita, igual que Mapa. Incluso Raúl y yo vociferamos por el tremendo espectáculo que presenciamos.

—Y una mierda. ¡Vamos por la derecha! —ordeno, pero el dolor de mis piernas es demasiado, no puedo.

—Mirad, un arroyo —anuncia victorioso Therry.

—Lo veo —agrega alguien más, aunque no logro distinguir quién es.

—En una ocasión —comenta Priscilla— Leo me dijo que el arroyo...

—Al diablo lo que diga Leo —la interrumpe Raúl—. Orígenes está muerto por culpa suya, así que no quiero oír nada de sus ideas.

Priscilla me mira, pero no lo puedo discutir porque tiene razón.

—Está bien —acepta, aunque no está del todo de acuerdo.

Nos quedamos un rato en silencio, quietos.

—Entonces sigámoslo —sugiero de repente—. Llegaremos al terreno, aunque podría ser peligroso.

—Es prácticamente lo mismo —me replica.

—¿Qué otra opción tenemos? —Pero al ver que no tiene respuesta, está dicho.

Cuando ya estamos a punto de saltar al agua, una bala nos pasa por los pies, e inmediatamente vemos a los soldados del otro lado, acercándose cada vez más.

—No me jodan —digo, enojado—. ¡CORRED!

Huimos como gacelas, pero el ardor en mis piernas es demasiado para seguir la marcha. Soy el último, y cada vez veo a Raúl alejarse más y más. Cuando decido tomar más fuerza aunque esté cojeando, caigo al suelo por una raíz que no vi venir. Siento como mi cara escuece por el raspón y quedo tendido boca abajo.

«Bueno, aquí acaba, Cris», pienso, y el dolor me inunda de lágrimas por la idea de no llegar a mi familia, de ni siquiera haberme despedido. La idea de no haber estado con Mapa cuando esto acabe también me llena de pena. Pero espero en algún momento verme con Orígenes

«¿Así es como se siente esperar una muerte inevitable como en *Juego de*

Tronos? Quizá —me arrastro hasta un árbol a mi derecha—, pero, al menos, espero que escriban un libro acerca de toda esta historia».

Veo las llamas acercarse por los árboles de atrás y presiento que es el final. Mi final. Toco las hojas del piso como si fuesen lo más hermoso en esta vida justo ahora, pero en situaciones como esta, tu vida no se salva por lo mucho que tengas o por lo hermoso que sea lo que haya cerca. Así de simple. Trato de caer en un sueño para no sentir dolor, pero al parecer no da resultado...

—¡Mirad! —Escucho una voz a lo lejos, pero qué más da. O muerdo por una bala o por el fuego.

—¡Lo veo!

«Sé que me veis».

—¡Es Cris!

Abro los ojos de par en par.

—¡Cris! —Reconozco la voz. Es Gus.

«Bendito sea Dios».

—¿Qué haces aquí tirado? —me pregunta Leo, que llega después de él.

—Las hojas aquí abajo estaban tristes, así que quise abrazarlas y arder con ellas. ¿Tú qué crees? Estoy lastimado.

—Ya veo. Leo, ayúdame a levantarlo.

—Voy. —Se agacha y me toma de un brazo rápidamente; siento una punzada de dolor.

—¡Ay! Espera, espera, por favor. Duele.

—Leo, Mateo. Ayudadme a levantarlo y carguémoslo. No hay mucho tiempo.

Sin quejarme más, me muerdo el labio mientras tiran y me suben a la espalda de Mateo, un muchacho al que no había conocido y que, de por sí, es dos veces más grande que yo.

—¿Estás cómodo así?

—No, pero eso no importa ahora.

—¡Vámonos! —grita Gus, y todos empiezan a avanzar.

Giro un poco la cabeza para ver lo que está tras nosotros y es demasiado: muchas personas están corriendo en nuestra dirección, mientras que otras se quedan en el piso con alguna herida.

—Leo —pregunto—, ¿dónde está Zack?

—Él ya tuvo que haber llegado —me responde.

—¿Cómo es eso posible?

—Él y un grupo de personas siguieron el arroyo.

«No puedo creer que no hayamos hecho lo mismo, debíamos haberlos esperado».

—Pero allí es peligroso, ¿por qué nos están matando?

—¿A qué te refieres? —me replica.

—¿Que a qué me refiero?

—Los que están en el terreno nos están esperando.

—Entonces, ¿quiénes están aquí?

—Si te has fijado en sus ropas, son las del ejército enemigo; ellos han venido también.

—¿Cómo es eso posible?

—Aún no lo sé. Pero ambos ejércitos se habían encontrado justo antes de que suene la alarma.

—Eso ha sido una estupidez. Entonces, ¿por qué la habéis sonado?

—Porque nos dijeron que no habría riesgo.

—¡ORÍGENES ESTÁ MUERTO! El peligro no se ha ido; aun si llegásemos, no estaríamos a salvo. Nunca lo estaremos.

Las lágrimas caen y el odio que tenía guardado sale. Apretó mis manos tan fuerte que le hago daño a Mateo, que se está quejando.

—¿Orígenes, muerto? —pregunta Gus, conmocionado.

—Muerto. Lo hizo por salvar a Priscilla.

—No puede ser. —Lo miro y noto que está llorando.

—Lo sé.

—Y... ¿cómo murió? —Mateo pregunta esta vez.

—Teníamos que bajar una colina, por así decirlo, pero estaba demasiado empinada. Mientras estábamos allí, uniformados con helicópteros empezaron a disparar.

—Nosotros pasamos por lo mismo, mucha gente murió allí por asomarse.

—¿En serio? ¿Todos hemos caído allí?

—Al parecer.

—Casi soy asesinado en ese lugar.

—Y... ¿dónde están los demás? Se supone que somos más de cuatro mil.

—¿No ves a la gente correr a tu alrededor? —me responde Gus con otra pregunta—. La mayoría están escapando en dirección al arroyo. Es lo más seguro.

—Ahora lo sé. Pero como decía, dado que nos demoramos en bajar todos, solo uno más podía hacerlo y el otro sería alcanzado por las balas. La que

bajó fue Priscilla, y antes de que Orígenes la siguiese, fue herido por los disparos y cayó al suelo, donde las llamas lo consumieron.

—Dios, no puede ser. —Gus está llorando, ni siquiera puede mostrarse fuerte.

—Solo sigamos —sugiere Leo, que también solloza, pero menos que su amigo—. Estamos lejos, pronto habrá una cascada enorme, chicos, así que preparaos.

—¿Cascada?

—No nos vamos a tirar, Cris. Pero debemos bajar por tierra, lo que será difícil.

—Nos has traído a morir aquí.

—¿Por qué lo dices?

—Hay ancianos, enfermos, niños que morirán intentándolo.

—Muchos de ellos están siguiendo el arroyo. El mayor grupo de ancianos y niños van por ahí, y las fuerzas se han adentrado al bosque para ayudarlos a seguir.

—¿Y cómo sabes que lo harán?

—Porque íbamos a seguir ese sendero, Cris —contesta Gus—. Deberías calmarte. Lo rechazamos porque queríamos buscarlos a ustedes. Hay más de quinientos transportes que nos llevarán al refugio. Hay muy pocas fuerzas enemigas, pero han sido demasiado astutos y han prendido fuego a todo esto. Quizá nosotros no sobrevivamos, pero al menos muchos de los refugiados se salvarán.

—Entonces debemos llegar al río para no caer en las llamas.

—Exacto. El fuego no parará, pero si miras al cielo, sabrás que dentro de poco lloverá, y eso es lo que necesitamos.

Seguimos corriendo sin detenernos, pero sé que Mateo está cansándose. Mucha gente huye con nosotros, la mayoría muy cansada. El fuego en esta parte ha disminuido un poco pero ha cobrado víctimas, y eso hace que me llene de coraje por las personas que nos hacen esto.

«Por favor, que llueva».

Mateo se detiene un momento y ya sé por qué es.

—Me bajo si quieres.

—No, estoy bien. Solo hace demasiado calor, es todo.

«Por favor, que llueva».

Seguimos andando y lo único que hago es apoyar mi cabeza en la espalda de Mateo, y mientras cierro los ojos, escucho cómo Gus se queja por sus pies.

Han hecho tanto, y no sé cómo se han de sentir al saber que estos malditos lo están arruinando todo. Pero si llegasen a morir, sabrán que han hecho lo que han podido, y eso les bastará.

—¿Lo sienten? —pregunta Gus, emocionado.

—Lo siento —le responde Mateo, también excitado.

—¿Qué cosa? —Miro confundido a todos.

—¡Es agua!

—No puede ser...

—¡Lo es! Ha llegado el agua. El fuego acabará pronto si llueve lo suficiente.

«Dios, me has escuchado».

—Orígenes estaría feliz de ver esto.

—¿Por qué? —Mateo no parece entenderlo.

—Porque él se lo hubiese pedido a Dios y sabría que él le ha respondido.

«Apuesto que Orígenes en el cielo le pidió a Dios que enviase la lluvia».

—Entiendo.

Empiezo a sentir las gotas caer más fuerte, tanto que se convierte en una lluvia torrencial. Lo malo de todo esto es que el terreno se vuelve difícil de caminar, pero aun así, al menos se sabe que nadie más morirá abrasado.

—Dejadme descansar, chicos.

—No hay tiempo ahora. Tenemos la lluvia a nuestro favor. Cris, ¿crees que puedas caminar? —pregunta Leo.

—Creo que sí —miento, pero quiero quitarle un peso a Mateo.

—Pues hagámoslo. Pronto estaremos en una de las partes más altas de por aquí.

Todos seguimos la marcha, un poco lento, pero seguros porque las llamas han parado. A medida que varios de los que abandonamos el refugio continuamos avanzando, no escuchamos balas ni nada parecido.

—¿Dónde crees que estén los demás? —pregunto.

—Si han seguido el arroyo, es muy probable que estén alejados de aquí.

—¿Zack?

—Él está conduciendo a todos al lugar, se ha separado de nuestro grupo y nos hemos distanciado.

—Entonces, ¿por qué habéis venido por aquí?

—Hemos preferido que los ancianos y mujeres vayan por aquel camino más seguro.

—Ojalá lleguemos también.

—Lo haremos.

—¡Mira! —anuncia Gus—. Aquí acaba.

Avanzamos un poco más y lo vemos: una enorme cascada está en diagonal a nosotros y es completamente vasta; cae desde un río y sigue más allá. Los helicópteros se han estado alejando en dirección opuesta a la nuestra.

—Se están yendo —anuncio, feliz—. Podemos ir tranquilos.

Detrás de nosotros, un gran grupo de personas se ha acumulado, muchos jóvenes. No sé por qué no están con sus familias, no creo que los hayan dejado así porque sí.

—Mirad. Allá está el arroyo —nos señala Leo, y lo diviso: una gran fila de diminutas personas está caminando junto al pequeño riachuelo, y es demasiado larga. No lo veo tan bien porque la lluvia me obstaculiza la visión.

—Puedo ver los transportes —digo feliz porque en realidad los veo. Señalo muchos camiones y helicópteros esperando. La lluvia cae por completo sobre mí y empiezo a tener frío. Este diluvio nos ha llegado de milagro porque en todo este tiempo no habíamos recibido precipitaciones, y justo en estos momentos han llegado.

—Yo también los veo, hay muchos helicópteros aguardando.

—Sería bueno que vayamos al final —sugiere Mateo—, el camino hasta allá es muy fácil de seguir, no os perderéis.

—Estaría bien —con cuerda Gus.

—Sí —agrega Leo.

—No puedo discutirlo.

—Entonces, hagámoslo.

Nos hacemos a un lado mientras que todos los que estaban detrás empiezan a moverse hacia delante.

—Esto tomará un rato, chicos.

Fueron tantas personas las que pasaron que ni siquiera alcancé a calcular el número. Desde aquí observo marchar a todos y todavía siguen el camino correcto. Cuando los últimos treinta pasan, echo un vistazo al arroyo al otro lado del lugar donde muchos todavía están cruzando

—Han sido demasiados, chicos. Es hora de avanzar.

La lluvia ha bajado su intensidad, lo cual es bueno porque ya tanta cansaba. Estoy completamente mojado y siento que peso el doble. Leo y Gus avanzan primero por el sendero, mientras que Mateo y yo nos quedamos atrás. Muchas personas nos han alcanzado y caminan con nosotros. No vemos

peligro cerca y lo que esté pasando en el refugio-infierno en el que estábamos ya no nos importa ahora.

—Debemos apurarnos. Un animal salvaje podría alcanzarnos en cualquier momento, y eso sería lo peor.

—Está bien —acepta Leo—. Gus, adelántate y diles que aceleren la marcha, que algún peligro nos podría alcanzar.

—¿Y si no me hacen caso?

—Diles que es en serio. Todos aquí conocen a Mateo también, así que diles que vas de su parte.

—Está bien —obedece, asintiendo. Se abre paso entre la multitud y desaparece. Miro el agua de la cascada caer y los pájaros sobrevolarla. Se ve tan hermoso que, si no fuese por la situación en la que estamos ahora, me la pasaría aquí todos los días contemplando.

—Mateo —le digo—, ¿cuánto crees que falte?

—Salimos del refugio doce y quince, Cris. Ahora son las dos de la tarde. Han pasado volando estas dos horas, ¿verdad? Según la distancia de los transportes que hemos visto, nos tardaremos una hora más, como máximo. Para los que siguen el arroyo será mucho más cómodo y rápido llegar, ya que van por una vía directa. Llegarán en menos de una hora. Realmente estoy muy feliz de que los mayores y las mujeres hayan ido por ese lado, en serio. Lo curioso del riachuelo es que antes de llegar al terreno da la vuelta y se reúne con la caída de la cascada. Esta obra es perfecta.

—¿Cuántos crees que hayan muerto antes de llegar aquí? —pregunto.

—Casi mil, eso seguro, chico —responde un poco triste—. Muchos delincuentes también habían estado en el refugio, así que espero que sean ellos los que hayan perecido.

«Orígenes no pensaría lo mismo». Ahora se cruza por mi cabeza todo lo que él haría. Él hasta habría dado la vida por un delincuente.

—Yo pienso que Orígenes irá al cielo —comenta Leo, con una enorme sonrisa dibujada en el rostro.

—Yo también lo creo —agrego.

Seguimos caminando mientras la multitud avanza emocionada porque ya estamos cerca. La lluvia ha cesado y no se ven rastros de las fuerzas enemigas. Realmente es cierto que después de la tormenta viene la calma. Me pregunto dónde estarán los demás ahora. ¿Cuándo se habrán dado cuenta de que me dejaron atrás? Quizá mucho después, porque estaban corriendo con ganas, pero me duele la idea de que no hayan vuelto por mí. ¿Mapa lo habrá

sugerido? Quizá, pero ellos no habrían retrocedido todo lo que avanzaron por mí, no lo creo. Los pies me duelen por haber caminado tanto, aun estando lastimado, pero ya hemos dejado la mayor parte del camino atrás. Trato de calcular la longitud de la columna, y esta parece no tener fin, tanto delante como atrás. Leo debe sentirse completamente feliz porque lo ha hecho muy bien.

«Ojalá así sea como acabe todo».

—¡Nos han visto! —gritan personas delante de nosotros.

—¿Quiénes? —pregunta Mateo. Por un momento pienso que son los del ejército enemigo.

—¡La ayuda! ¡Está llegando!

—Dios, sí. —Ahora se acaba todo, en verdad se termina.

La multitud se emociona y empieza a correr. Gus vuelve con una sonrisa en el rostro.

—¡Ya estamos cerca! ¡Se están aproximando!

—Lo sé —responde Leo.

Corremos más rápido, pero las piernas me fallan y caigo al suelo. Gus se da cuenta y vuelve conmigo, tropezando por la multitud a la que se enfrenta.

—¡Mateo! —llama, y al instante tanto él como Leo llegan.

—Yo lo cargo. —Mateo me ubica en su espalda y continúa avanzando sin decir más. Siento mi cuerpo caliente por el agua en mi ropa gris; solo me faltaría enfermarme después de esto, y espero que no sea así. Volteo a ver a los que están detrás de mí, y noto que Gus y Leo se han quedado de pie, para luego ir por otro camino.

—Mateo.

—¿Qué sucede?

Tiemblo de frío, pero trato de no paralizarme por eso.

—Leo y Gus se han ido.

—¿Qué? —Se detiene al momento.

—Se han desviado.

—Pero, ¿cómo? Se supone que todos vienen en esta dirección.

—Al parecer lo han hecho a propósito.

—Ellos irán a los camiones, porque por ahora no veo peligro, solo debemos llegar. Seguiré y tú no te bajarás.

—Tampoco pensaba en bajarme, Mat.

—Entonces debemos esperarlos en los transportes, solo sigamos.

No digo nada, sino que asiento mi cabeza en su espalda para no ver a

nadie. Nos acercamos cada vez más y el terreno no nos ha fallado hasta ahora. El sol se hace presente y comienza a calentar mi espalda. Imagino que empezamos a dejar la vegetación porque dejo de escuchar los árboles junto a mí.

—¡Hemos llegado, Cris!

Abro los ojos para contemplarlo y así es. Observo al terreno enorme imponerse frente a nosotros, y los cientos de personas siendo ayudadas y llevadas a los transportes.

—Está hecho —digo, llorando de alivio.

—Lo está.

Me bajo de la espalda de Mateo y avanzo por mi cuenta. Muchos alrededor de mí corren como gacelas, pero no me desespero porque sé que hay incontables transportes aguardando. Los pies me pesan por el agua en mis zapatos, pero eso no importa ahora. Ya nada importa.

—¡Le han dado! —grita alguien, horrorizado.

—¿Qué? —le pregunto a Mateo—. Mat, ¿qué pasa?

—No lo sé. —Y cae al suelo.

—¡Mat! —grito y me detengo. Corro hacia él y veo que no es el único en el piso.

—Vete. Me han disparado, Cris. Vete ya.

—No. Pero ¿cómo?

—¡Vete!

—No. —Me rehúso a dejarlo aquí; al voltearlo, encuentro una mancha de sangre en su pecho. Entro en razón y veo helicópteros en el cielo, varios atacándose entre sí y otros disparando hacia abajo.

—¡Huye! —insiste mientras las lágrimas se deslizan por sus mejillas.

Lo dejo y sigo corriendo, llorando por la injusticia de esto. Él me ayudó cuando no podía seguir y yo no puedo hacer lo mismo.

—¡Malditos! —grito, mirando hacia arriba mientras escapo—. ¡Deberíais morir todos vosotros!

Avanzo como loco y un uniformado me agarra.

—¡Suéltame! —grito mientras lanzo patadas.

—Soy la ayuda, cálmate.

Me detengo un momento y él llama a un grupo de personas para que nos dirijan a un enorme bus, quizá el más grande que haya visto en mi vida. A trompicones, me subo y me tiro en el primer asiento que encuentro. Muchas personas entran llorando y gritando, pero ninguno de los militares que están

dentro logra calmarlos. Me siento bien y trato de tranquilizarme, pero todo es demasiado. No puedo.

«Mateo —me digo, llorando. El trayecto entre estar con él y estar aquí pasó demasiado rápido—. Mateo, perdóname. Nunca quise esto para ti».

El bus se llena por completo, incluso hay gente que va de pie. Miro por la ventana el panorama y es horrible: personas caen al suelo por segundos y pocos son los enemigos que mueren. No he visto a Leo ni a Gus, pero espero que lo logren.

Sé que lo harán.

LEO

Si yo no muero por el amigo que tengo al lado mío, ¿cómo puedo decir que tengo las agallas para morir por Cristo?
Félix Villacís

—¿Cómo es eso posible? —pregunto.

—No lo sé, Leo. Si me hacen el llamado, sabré que podemos sonar la alarma.

—Está bien, pero cálmate, Zack. No nos vamos a morir, creo.

—Bueno, está bien. ¿Todos están listos?

—¿Y si vas y se lo preguntas?

—De acuerdo.

Zack se abre paso entre la multitud y sube a las gradas.

—¡Escuchadme! —llama aplaudiendo, mientras todos empiezan a guardar silencio—. Aquí está reunida una parte de los ancianos, y espero que tengáis claro que debéis ser lo suficientemente ágiles para seguir el camino junto al arroyo. No hay manera de desviarse si lo seguís, y llegaréis en dos horas y media como máximo. Es lo único que tengo que deciros. Y, por favor, los jóvenes ayudad en lo que más podáis a los mayores.

Cuando regresa, casi la totalidad de los presentes está guardando silencio, esperando el timbre, pero no soporto la idea de llegar al terreno y que nadie esté allí.

—Iré donde Cris —anuncia Zack y se va antes de que responda.

Camino hacia Gus, que está hablando con Margarita. Una mujer se cruza conmigo y me brinda una sonrisa. Todos sonríen. Solo espero que al final de todo sigan haciéndolo.

—Leo, ¿todo bien? —me pregunta Gus.

—Sí, todo está bien.

—Veinte minutos para el timbre del almuerzo.

«Dios, por favor, no puedo creer que no hayan llegado a estas alturas».

—¿Sabes? Yo no sé por qué ellos no vienen hacia nosotros —pregunta Margarita.

—Porque sería muy fácil para las fuerzas enemigas saber que aquí hay una gran cantidad de personas intentando escapar, por eso necesitamos ir

nosotros.

—Pero el costo son vidas.

—Lo sé, pero si nos quedamos aquí, las cifras podrían aumentar.

Aunque no me responde, sé que tiene más dudas. Al rato llega Zackarías, mientras que todos aquí aguardan sentados.

—Se lo ha tomado bien.

—Cris no es tonto.

—Me doy cuenta de eso.

Algo vibra dentro de su pantalón y rápidamente toma el dispositivo.

—¡Es la alarma!

—Baja la voz.

—¡Vete con Gus y los ancianos! Pronto vendrá Mateo y estará con ustedes.

«Ellos deben llevar allí mucho tiempo, ¿qué es lo que pasa en realidad?».

Mientras se va, suena el timbre del almuerzo. Mateo se une a mí y nos acercamos a Gus y Margarita. Nos quedamos mirando la puerta mientras esperamos a que Zack active la alarma.

—¡El camino junto al arroyo! —grita Mateo—. ¡No lo olvidéis!

Suena la alarma.

Respiro profundo y empiezo a moverme rápido, pero no demasiado porque Margarita necesita alguien en quien apoyarse, a pesar de que ese no soy yo. Todos avanzan a trompicones y me empujan por mi lentitud, pero eso no me molesta. Nos adentramos en el bosque siguiendo el sendero más amplio, todavía no el del arroyo. Siento algo muy extraño, pero trato de ignorar cualquier cosa que me desvíe de mi objetivo. Pasan unos minutos y estamos muy adentro, eso es una buena señal; pero, para mi sorpresa, muchos están huyendo despavoridos. Algo más tarde nos alcanza Zack, que llega con cara de haber visto muertos.

—¿Qué te sucede? —le pregunta Mateo, que también se ha dado cuenta de su expresión.

—Hay fuego, nos están atacando. No por aquí, es más a nuestra derecha. El refugio tiene muchas salidas para las personas, pero una gran parte está yendo por la zona de peligro. Estoy esperando a que se comuniquen con nosotros. Los responsables deben estar muy confundidos.

—El lugar del que hablas es donde están los demás —digo—. Mafer, Melina y Juani llegarán al terreno por ese lado

—Lo sé, pero ir allá no es una opción, Leo. No podemos...

—Tú no puedes. Quizá nosotros podríamos mandarlos al sendero del arroyo.

—Sí —apoya Mateo—. Yo lo conozco perfectamente.

«No sabía que vivías en el bosque».

—Es que... no lo sé... —duda Zack.

—Yo también iré —interviene Gus—. Tú podrías ir con Margarita. Igual, nos veremos en el terreno.

—El problema es que no sé quién nos está atacando ni cuándo lo dejará de hacer.

—Que vayan —interrumpe la anciana—. No discutáis. Estáis perdiendo demasiado tiempo.

Lo miro y él asiente.

—Id, pero que no os maten.

—No lo harán —responde Mateo riéndose.

Avanzamos deprisa en dirección contraria al sendero, chocándonos con árboles y personas. Empiezo a andar rápido y es Mateo quien lidera la marcha. Lo veo: columnas de humo son visibles desde aquí en varias direcciones; es un incendio. Mientras corro, siento desde todos lados el calor que proviene del fuego y temo que en algún momento nos encontremos atrapados.

Mateo ha estado gritando que sigan el sendero del arroyo desde que nos separamos y la mayoría le está haciendo caso. Giramos a la izquierda para dirigirnos hacia el sur, dado que ya hemos avanzado lo suficiente.

—Esto me da mala espina —advierte Gus.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Nos movemos más rápido que antes. En este punto el fuego provoca demasiado calor, tanto que parece que estamos en un horno. Observo a las aves y otros animales alejarse de las llamas, mientras en el piso hay muchas personas muertas.

«No puede estar pasando de nuevo».

Por eso no habían sonado la alarma, porque no estaban solos.

Todo lo que viví en los primeros días parece estar ocurriendo de nuevo: fuego, persecución y muerte. Todo esto ha venido como un paquete horrible. Sin darme cuenta, tengo las manos en los oídos y me he detenido. Gus, al parecer, lo nota y camina para auxiliarme.

—¿Qué tienes? ¿Te han atacado?

—No es eso. Solo que es lo mismo de hace un mes. Es demasiado. Él no parece entenderlo, pero en el fondo está sintiendo lo mismo.

—Escucha, Leo, no podemos pensar en eso ahora. Solo recuerda que salimos vivos de eso, y ahora también lo haremos.

Escucharlo me calma por completo, pero aun así las escenas de las muertes que he visto no desaparecen, y no lo harán.

—Las imágenes de las muertes que presenciaste, ¿no las recuerdas?

—Cada vez que duermo, no dejo de verlas en sueños. Necesitaremos buenas terapias psicológicas cuando salgamos de esto.

—¡Chicos! ¡El fuego está llegando!

—Vamos, Leo. Mis pesadillas serán peores si te encuentro en ellas.

Me levanto y me apoyo en Gus. Corremos por un largo rato, hasta que pierdo noción del tiempo.

—¡Deteneos! —grita Mateo.

—¿Qué sucede?

Se aparta y nos muestra el panorama. Es el fin del camino, pero solo se ven columnas de humo. Mucha gente queda detrás de nosotros sin saber qué hacer, pero Mateo trata de calmarla.

—Seguiremos por otro rumbo. Por favor, tratad de no separarse por ahora. Ya veremos la forma de bajar.

Se mueve hacia la izquierda, caminando por el borde. Trato de seguirle el ritmo pero el humo me asfixia. Caminamos rápidamente hasta que nos topamos con una bajada más segura.

—¡Por aquí! —Mateo empieza a descender, y ahora que el humo no nubla mi visión, miro el escenario en que nos encontramos.

—¡Mateo, detente!

Aunque es algo tarde, las balas no lo alcanzan. No puedo creer que no haya visto el helicóptero frente a nosotros.

—¡Agachaos todos! —ordena, y siento que el miedo recorre hasta el último de mis cabellos.

«Por favor», ruego.

Al instante, me arrojo al suelo, pero muchos otros no lo logran. Las balas pasan rasantes por encima de mí y por poco salgo lastimado. Me cubro la cabeza con los brazos sin mirar a nadie. Una tormenta de gritos y maldiciones empieza y nada parece ser capaz de controlarla. Empiezo a llorar de inmediato. No soy fuerte y, luego de esto, creo que jamás lo seré. Lo que sucedió con Sarah no es nada en comparación con esto. Aprieto las hojas del

suelo con mis manos, y pienso que incluso ellas deben sufrir por lo que estamos pasando.

—Leo, debemos irnos rápido —sugiere Gus—. Mateo debe de estar abajo.

—Sí, tienes razón.

Abro los ojos y veo personas tiradas en el piso. Mi amigo avanza a gatas hasta el punto en el que saltó Mateo y se asegura de que nadie esté atacando.

—¡El helicóptero se ha ido! —grita, y al parecer todos lo escuchan porque se quedan en silencio.

Él no presta atención y comienza a bajar agarrándose de los arbustos a los lados. Lo sigo con mucho cuidado para no resbalarme, pero no es tan preocupante, dado que el suelo no está muy lejos. Cuando ya estamos más cerca, se deja caer y desaparece en dirección al suelo. Lo sigo y aterrizo en cuatro patas. Me incorporo de prisa y veo que Gus y Mateo ya han avanzado un poco. Muchas personas empiezan a correr detrás de mí. Al avanzar un poco más, las personas se dispersan a mis lados, tanto a derecha como a izquierda. Por todos lados hay fuego, y eso no es una buena señal en este momento. Corremos un rato largo para evitar el incendio, que ahora está pisándonos los talones. A este paso, si no salimos rápido del bosque, terminaremos rostizados.

—¡Mirad! —grita Gus.

Me acerco lo suficiente para ver quién es.

—¡Es Cris!

Orígenes muerto.

«Él no merecía un final así, pero hizo lo que creía correcto», pensaba mientras Cris me relataba cómo sucedió. Las lágrimas inundaban mis ojos y muy pocas veces las solté; cuando eso sucedía, no dejaba que nadie me viera.

El grupo dispersado.

Muertes y más muertes.

Todo eso nos ha contado Cris durante la última media hora. Cada cosa peor que la anterior, y no puedo controlar la rabia. Ahora ha empezado a llover y todos estamos agradecidos por eso, porque el fuego se ha ido. Estamos ya en la cascada a donde todos los que no siguieron el sendero del arroyo deberían llegar, y desde aquí observamos el escenario que nos espera.

—Que todos empiecen a bajar —sugieren por la gran cantidad de personas que están detrás de nosotros.

Por cantidades, la gente empieza a bajar por la colina, todavía con lluvia. El terreno podría ser un poco riesgoso ahora, pero todos avanzan tranquilos porque ya no vemos peligro al acecho. Mateo advierte que algún animal podría atacarnos, a nosotros o a cualquiera de los miles que nos encontramos en este bosque, así que envía a Gus para prevenir a todos sobre lo que puede suceder.

—Estaremos allá en una hora como máximo. Puedo ver desde aquí los transportes, así que no te preocupes.

La lluvia ha cesado y el sol empieza a salir. Según Mateo, son las dos de la tarde, lo cual me parece extraño porque siento que no ha pasado ni una hora, pero él sabe más que yo. Aún no puedo olvidar el hecho de que Orígenes haya muerto; no me habló de su familia ni de su historia, solo de Dios. ¿Me estará viendo ahora? ¿Le estará pidiendo a Dios que nos deje llegar vivos al refugio? Él podría estar haciendo muchas cosas, pero preferiría que fuese la segunda.

«Lo siento, Orígenes».

Hemos llegado tan lejos. He hecho todo lo que debía, y lo he hecho bien, por eso estoy feliz de no haberme quedado callado. Mi mamá debe estar orgullosa, y quizá ya tenga un tema de conversación con mi padre. Aunque, si llegase a verlos de nuevo, ¿en algún momento los medios nos preguntaran qué tal la pasamos? Quizá la guerra ni siquiera termine. No sé si podremos volver algún día a nuestras vidas normales, o si las tendremos siquiera. ¿Así se sienten esos niños de otros países cuando pasan por estas situaciones? No, porque no lo han vivido. Yo lo estoy viviendo ahora, y no se lo desearía a nadie.

—¡Nos han visto! —gritan algunas personas delante de nosotros.

—¿Quiénes? —pregunta Mateo.

—¡La ayuda! ¡Está llegando!

—Dios, sí —exclama Cris, que había estado casi dormido en la espalda de Mateo.

Siento mi ropa pesada y el camino se vuelve irregular. Muchos están confundidos, pero igual esperan llegar rápido a los camiones. Lo único que temo es que se nos crucen y nos intercepten. Aunque, incluso si eso sucediera, las fuerzas que nos ayudan los detendrían rápidamente.

Todos empiezan a correr y nosotros no somos la excepción. Los pies me

duelen de tanto andar, pero eso no interesa ahora. No me importó la carrera hace más de un mes, huyendo de los uniformados, así que no me importará más. Gus avanza hacia nosotros con una sonrisa en el rostro. Me mira y cierra los ojos demostrando alivio.

—¡Ya estamos cerca! ¡Se están aproximando!

—Lo sé —respondo.

Mateo va corriendo delante con Cris en su espalda, y nosotros tratamos de seguirle la marcha. Miro a mi derecha para ver la cascada, el río y el arroyo. Observo a uno de los compañeros de Zack que me ayudaron a permanecer con él en su lugar de trabajo y espero que él también sobreviva. Los cabellos me caen en el rostro y mis zapatos tienen agua por dentro.

—¡Leo! —escucho gritar a Gus, pero no está al lado mío, sino que se ha quedado unos metros atrás.

Corro en su dirección y me detengo junto a él. Está mirando algo al otro lado del río, pero no logro distinguir qué es porque está el arroyo y una parte del bosque en la que no se ven personas.

—¡Mira! —me señala, y veo a una anciana apoyada en un tronco.

—¿Quién es?

—Es Margarita.

—¿Y por qué está allí? Se supone que va con Zackarías.

—No lo sé, vamos.

—¿Cómo? —pregunto al ver lo lejos que estamos.

—Pasando por la cascada.

—Estás loco —le replico, porque no sería un rescate, sino un plan suicida.

—No, si te fijas bien, puedes ver un túnel, diría yo, a mitad de la cascada. Al parecer es seguro.

—Ni hablar, Gus.

—Pero es que no hay tiempo. No la puedo dejar allí.

Ir allá sería la cosa más estúpida que podríamos hacer, pero no puedo dejarla allí, tampoco. Miro a mi amigo, que está observándome con esos ojos de súplica, y no soy capaz de permitirle ir solo.

—Vamos, pero apurémonos.

—Gracias. Primero debemos subir otra vez por este camino.

Empezamos a correr hacia arriba por lo que se supone que es la colina, pero se nos dificulta por la cantidad de personas que se han acoplado a este sendero y se apresuran en dirección contraria. El piso bajo nuestros pies se

vuelve resbaloso por la lluvia reciente, pero aun así trato de mantenerme en pie.

—¿Cuánto falta?

—Estamos cerca, Leo.

Avanzamos solo unos metros y la cascada se impone en diagonal a nosotros. Gus se detiene a observar y parece tener una idea.

—Mira. —Señala una bajada que lleva a un camino justo atrás del salto de agua.

—Gus, no creo que sea buena idea.

—Nunca lo sabremos.

—Ay, Dios. No quiero morir ahora.

«Por favor».

Él empieza a bajar por el sendero, titubeante pero sin mirar abajo porque estamos a mucha altura.

—¡Niños! —nos grita alguien—. ¿Tan jóvenes queréis morir? ¿Dónde están vuestros padres?

Mi compañero ignora los gritos y continúa bajando, sin dudar. Lo sigo temeroso, porque en cualquier momento podríamos resbalar, y ahí si no habría quién nos salve.

—Ya falta poco, Leo.

Estamos tan cerca del agua que parece que estuviéramos bajo una llovizna, y antes de poder parpadear, él ya está al otro lado, en el camino detrás de la cortina de agua.

—¡Ven! —me llama—. ¡Es seguro!

«Bien, aquí vamos». Empiezo a caminar con cuidado, temiendo que me resbale y caiga. Trato de no mirar abajo porque automáticamente se revolvería mi estómago. Creo que no puede ser tan difícil.

«Das un paso, y luego el otro. Es fácil, Leo». Cuando ya voy por el quinto, mi pie patina.

—¡Leo!

—Estoy bien.

«Ya nada, así nunca llegaré». Empiezo a correr y en dos segundos estoy en el piso junto a Gus.

—Vaya, eso fue rápido.

Me levanto y comenzamos a caminar deprisa. Observo el agua caer frente a mí, es algo que quizá nunca más vuelva a ver.

—Pintaré esto algún día —comenta.

—Vaya que lo harás.

Llegamos al final y me encuentro con que no se puede bajar.

—Genial, Gus.

—Podemos saltar. Caeríamos en un árbol.

—Vete al diablo. Yo sí quiero llegar entero al otro refugio.

Él no me escucha, sino que empieza a descender poniendo los pies en el borde de un escalón que se ha formado con las rocas. La verdad es que esta es una mini cascada y no entiendo por qué sale tanta agua de las piedras. Mi amigo baja con tanta comodidad que cualquiera diría que es sencillo.

—Mira, es fácil; hasta hay agua, así que podría tirarme desde aquí.

—No lo hagas... —Pero es muy tarde, se arroja al agua sin gritar, y gracias a Dios no le pasa nada.

—Está bien, Leo. Puedes saltar también, aquí está tranquilo.

Empiezo a bajar como él lo hizo, y para mi suerte, el escalón no está tan lejos, si se toma en cuenta que soy pequeño. Me aferro al muro y miro abajo. Sigo descendiendo unos cuantos metros y ya no hay cómo seguir bajando.

—No quiero saltar, me da miedo.

—No te golpearás, te lo aseguro.

Inhalo profundo y me suelto. Cierro y abro los ojos, y siento como el agua se acerca más y más. Caigo en ella y me golpeo todo el cuerpo. Es un poco profundo, pero salgo a la superficie rápidamente.

«Gus era el que siempre tenía miedo».

—Hay pescados —comento, para no pensar en algo más horrible.

Salimos del agua y nos movemos con velocidad. Estoy todo empapado y siento mi cuerpo pesado.

—¿Dónde viste a Margarita? —le pregunto.

—Muy cerca de aquí. No debemos de estar lejos. —La lluvia casi está parando. Desde aquí distinguimos el arroyo a lo lejos y a las personas que avanzan junto a él—. La veo —anuncia y comienza a correr más rápido.

Está agachada al lado de otra persona, pero al vernos llegar se levanta.

—¡Margarita! —Gus la llama, y ella lo escucha enseguida.

—¡Gus! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hace usted aquí? ¿Dónde está Zack?

—Lo siento, pero le mordió un animal, según él una serpiente, y se desvió un rato. Luego me dieron la noticia de que estaba muerto.

—¡¿Qué?! —grito, desesperado—. Pero, ¿cómo?

—La serpiente era muy venenosa, lo mató minutos después.

«No». No puede pasar eso, no a él. ¿Qué dirá Melina? No, esto es mentira. Mis lágrimas caen automáticamente y me arrodillo en el piso. Él ha hecho todo esto, no pueden ser verdad las palabras de Samuel, él debía terminar vivo.

«Otro más que ha muerto por mí y por los demás».

—¿Cómo acabaste en este lugar? —pregunto, llorando.

—Vi a esta persona aquí, pero no sabía qué le sucedía. Ya no tengo fuerzas, estoy demasiado cansada. He pedido ayuda, ya casi no me puedo levantar, chicos.

—Entonces, vámonos —sugiere Gus.

«Zackarías».

—Leo, siento lo de Zackarías.

—Yo también lo hago —respondo, pero no quería que suene grosero.

Empiezo a botar más y más lágrimas. Así no debía terminar para él.

—Te ayudaremos a levantarte, Margarita.

«Zack».

La llevamos entre los dos. Hay muchas cosas sucediendo ahora mismo. Llegamos al sendero del arroyo y aún hay personas allí. Sigo llorando por no haberme despedido de él ni haberle dado las gracias.

Hay una extensa fila de adultos tras nosotros, y un par de ellos se ofrece a ayudar a la mujer. Luego de caminar un buen rato, llegamos al terreno, todos sanos y salvos, pero lo que nos encontramos aquí no es lo que esperábamos. Vemos a cientos de personas correr en dirección a los buses y transportes, pero, desde arriba, algunos militares están disparando.

—¡Gus! —Oímos la voz de Margarita detrás de nosotros, y al verla nos damos cuenta de que los dos tipos que la cargaban la han dejado tirada.

Corremos a cogerla, pero se nos dificulta, ya que es demasiado pesada para nosotros. Hacemos nuestro mejor esfuerzo y empezamos a andar.

—Chicos, dejadme. Vosotros podéis iros. —El sol está en su máximo esplendor y cae frente a nosotros.

—No —replico—. Sarah murió diciéndome lo mismo, ahora puedo cambiarlo. Vamos.

Gus no dice nada, sino que sigue avanzando, sosteniéndola con fuerza.

«Zackarías, Orígenes...».

—Esto es horrible —dice, y en realidad lo es.

Cientos de personas estamos aquí y vemos casi cien vehículos aguardando. Ya hay personas en ellos, y a lo lejos veo que algunos ya han

arrancado.

«Erick dijo que los buses sabrían qué camino seguir para ir por carretera firme». Espero que lo sepan.

Así que no nos podemos rendir ahora.

Aún falta demasiado para poder llegar a cualquier vehículo, pero eso no nos quita las ganas. Los helicópteros han dejado de sobrevolar encima de nosotros, pero no sé por qué lo hacían en primer lugar. Podría ser mucho más fácil atacar los buses y ya está. Muchos se llenan y arrancan, y temo que no alcancemos ninguno. Mis piernas empiezan a doler, pero no me quejo porque Gus está luchando, y eso me da fuerzas a mí también.

¿Dónde estaría Zack ahora? Quizá todavía esté vivo y se sienta destruido al no poder lograrlo. Varios uniformados de nuestro bando se acercan a nosotros y toman a Margarita. Los reconozco porque su traje es de los colores de la bandera de Thossil. Corremos junto a ellos y avanzamos eufóricamente.

¿Ahora acabará? ¿Así es como debe terminar? Ojalá pueda llegar vivo luego de estos últimos momentos. Leopoldo, Zack y muchos más han muerto para que nosotros lleguemos hasta este punto, pero la pregunta es ¿cuántos más deben de morir? A mi alrededor veo personas en el piso, agonizando o muertas. Quizá todos esos adicionales se necesitaban para que los que se han ido sobrevivan.

—Hay un problema —anuncia el militar.

«Ahora no, por favor». El problema es grande. El bus en el que planeaba meternos está a punto de reventar.

—¡Subid! —ordena, desesperado al ver bombas caer.

Margarita sube y el uniformado ya está al volante.

«No queda espacio».

—Leo, podemos entrar —dice Gus. Él ya está arriba, pero sé que la puerta no se podrá cerrar.

«Si no se cierra la puerta...».

—No —me rehúso y me alejo.

—¿Qué? No, estás equivocado.

—¡Arrancad! —gritan desde las ventanas, donde algunos hasta están por salirse del bus.

«Leo, sabes que no puedes hacer más, eres tú o son todos». Aprieto los puños y con una sonrisa doy un paso atrás.

—Sálvate, Gus. Dile a mi mamá que la estaré viendo desde el cielo. — Siento las lágrimas caer—. Al menos eso me dijo Samuel.

—No, Leo. ¡SUBE!

—Ya estoy arriba, solo debe arrancar el auto, Gus.

—No, Leo. Por favor. —La puerta empieza a cerrarse a la fuerza, y cuando lo logra, el bus puede partir—. ¡LEO!

—En el cielo podremos jugar, Gus, ¿lo recuerdas? —le grito para que se calme—. Aún estamos a tiempo.

Trato de buscar algún otro vehículo que tenga lugar, pero se encuentran demasiado lejos y muchos están casi llenos.

«Recuerda que eres de los últimos en llegar».

Muchas personas a unos metros de mí están intentando llegar a los otros buses, y yo solo observo el espectáculo. El transporte aún no arranca y no sé por qué.

Levanto la mirada y veo que algo se aproxima. Creo que se necesitaba una muerte más para que este grupo de personas se vaya.

—¡Dile que arranque! Una bomba está cayendo.

—¡No! ¡Leo!

Veo a Gus llorar y golpear la puerta. Margarita lo está abrazando para que se pueda calmar, pero aun así no lo consigue.

El explosivo cae a un par de metros de mí y observo como la llamarada rodea a la mayoría de las personas que están cerca. Miro a Gus por última vez y me siento feliz, porque sé que él llegará bien. Lo escucho gritar desde el vehículo en movimiento, pero eso ya no importa ahora. El fuego me envuelve y caigo al piso por la fuerza.

Mamá, papá, Gus, Evan, Hellen, Raemal, Noah, Cris, Priscilla, Mapa y Mafer; Zack, Therry, Adam, Melina, Juani, ahora no los puedo nombrar a todos. La bendición que me dio mi padre el último día que lo vi puede que hoy haya caducado aquí, pero seguirá todavía en el cielo. Al menos eso me explicó Orígenes.

Lo que me dijo Samuel, ¿será verdad? Ya no soy un ángel sin alas, ¿quizá ya soy un ángel! En algún momento me pregunté cómo iba a morir, y esperaba que fuera de viejo, pero el resultado ha sido diferente. Quizá extrañe todas esas cosas buenas que hacía con mi familia, ir al cine, salir a comer y cosas así, pero ya no creo que sea posible; al menos no con ellos. Tal vez sí arriba con los ángeles. Ahora mi hermano no tendrá a quién molestar, y quizá solo me extrañe por eso.

Cuando llegue al cielo, ¿Dios me recibirá? ¿Cómo será Él? Las únicas veces que lo he visto ha sido en una cruz como su hijo Jesús, pero aún no

entiendo cómo ambos pueden ser lo mismo, y según mi mamá él está allí porque murió por mí; si lo pienso bien, yo me parezco un poco a él, porque también he muerto por alguien. Espero que Gus me pueda perdonar, ya que no quería ser alguien más en sus pesadillas.

Lo he hecho todo, y lo he hecho bien.

«Así se siente morir».

«Así se siente dejar de ser un ángel sin alas».

«Ahora me tocará esperar a los demás, a que también dejen de ser ángeles sin alas».

«A la cuenta de tres, ya no estaré aquí».

GUS

—¡Sigue sangrando! —Escucho gritar a mi alrededor.

Abro los ojos y una luz cegadora me obliga a cerrarlos de nuevo.

—¿Dónde estoy? —pregunto, porque lo único que recuerdo es estar junto a Margarita en el bus.

—No hables. Te dolerá más.

—¿Qué me va a doler? —Es entonces cuando siento miles de punzadas en mi abdomen. Me retuerzo por el padecimiento y solo consigo sufrir más.

—No te muevas. —No sé quién es el que me habla, pero es una voz de hombre.

Percibo que me agarran de los brazos y las piernas y me elevan. Grito porque siento como si me quebraran en dos. Rápidamente me acuestan en una cama que empieza a andar. Ahora abro los ojos porque ya me estoy adaptando a la luz. Algunas personas están empujando la cama en la que estoy; dos tipos con batas blancas van junto a mí, y otros con ropas grises están detrás. Sin darme cuenta, me han conectado un tubito en el brazo que termina en una bolsa plástica.

—¿Qué es eso? —pregunto al señor de la bata.

—Es un suero. Ya te he dicho que no te muevas. Tienes una gran herida en el abdomen.

—¿Voy a morir?

—No lo sé.

«Nunca sabéis nada».

—¿Qué me vais a hacer?

—Vamos a entrar en una cirugía. No sentirás nada, te lo aseguro.

—¿Me voy a morir? —Cuando lo pregunto otra vez, me mira y sonrío.

—Ten fe en que no.

Abren dos puertas enormes y entramos a un cuarto blanco. El dolor es demasiado, tanto que hasta siento que llega a mis cabellos. Quiero preguntar algo más, pero me mueven la cabeza y no lo digo. Los doctores se ponen guantes y gorros y preparan una aguja.

—¿Cómo terminé aquí?

—Un accidente.

—Pero estaba en el bus.

—Estabas.

—¿Dónde está Margarita? Leo...

—Decías ese nombre mientras estabas inconsciente; creíamos que estabas agonizando. No hables. Te vamos a dormir.

—Espere... —Coloca una máscara en mi rostro y no distingo nada más. Noto como todos mis músculos se relajan, pero no consigo dormirme aún.

«Margarita, ¿dónde estás?».

«¿Dónde estoy yo?».

Me duermo.

Siento mi cuerpo como si pesase diez veces más. Trato de mover los dedos, pero están demasiado pesados. Escucho voces en la sala y no puedo identificarlas porque siento como si tuviese agua en mis oídos. Quizá ya he llegado al otro refugio, pero no tengo memoria de haber sufrido alguna herida mientras lo hacía. Solo recuerdo mirar a Leo antes de que arrancase el auto y seguir. Margarita había estado conmigo mientras andábamos por horas, completamente incómodos. Avanzamos durante mucho tiempo, yo llorando por ver a mi mejor amigo morir rostizado y ella consolándome por la pérdida. ¿Cómo estarán sus padres? Deben de sentirse fatal al no verlo. No sé si habrán llegado todos, pero al menos espero que la mayoría se haya salvado.

Me siento muy mal por Orígenes, tanto que cada vez que pienso en él rompo en llanto; pero él tuvo que haber muerto feliz, o al menos eso creo. Siento que estoy nadando dentro de mi mente y hasta tengo miedo, porque parece que no despertaré. ¿Será la anestesia —creo que así se llama esa cosa que te duerme— o ya estaré muerto? Todo es tan confuso ahora que ya ni sé qué está pasando realmente.

Noto el cuerpo menos pesado que antes, y mis oídos empiezan a escuchar mejor. Comienzo a abrir los ojos, pero me obligo a cerrarlos otra vez por el resplandor. Los abro por completo y parpadeo varias veces para adaptarme. Lo único que veo es el foco sobre mí, a la vez que escucho más voces.

—¡Está despertando!

«Entonces no estoy muerto».

—Gus. Soy yo, mamá.

—Mami —respondo, pero mi voz suena como una brisa de aire en una

tormenta.

Siento que vuelo por la felicidad de saber que mi mamá está viva. Creo que ya no importa nada, todo porque mi mamá está aquí conmigo.

—Shhh... —me calma—. Debes seguir durmiendo. Tienes que descansar.

—¿Dónde estoy?

—Duerme, mi niño.

—Leo... —De repente vuelvo a sentirme cansado. Percibo que me tocan los cabellos y me duermo otra vez.

Los primeros días fueron muy duros: me dolía demasiado el abdomen y podía hacer pocas cosas. Aún no me han dicho nada acerca de lo que ha pasado, y todo porque afirman que no estoy preparado psicológicamente. Me la he pasado en esta camilla desde hace tres días y no puedo siquiera enojarme, porque hasta eso me duele.

Los días transcurren y mi recuperación avanza muy bien, al menos eso me dicen los doctores. Todavía sueño con las cosas horribles que he pasado, y la que más parece durar es cuando recuerdo a Leo arder por mí, mientras que es él quien merece estar vivo luego de hacer tantas cosas buenas, no yo. Él fue quien me calmó cuando vi a Franco volar en dos, mientras que yo no le dije nada consolador cuando murieron Leopoldo y Zackarías.

¿Dónde estarán los demás ahora? Sé que Cris lo ha conseguido, y quizá Mateo también, pero de los otros no estoy tan seguro. Las cientos de personas que se han salvado deben de estar agradecidas con el que inició esto, porque si Leo no hubiese abierto la boca, nadie estaría vivo para contarlo. Nadie. Todos los que han pasado por mi camilla han sido amables, pero a quienes no he visto es a su familia. ¿Ya se habrán enterado? Eso es indudable, pero ¿sabrán que murió por dejarme ir a mí? Eso seguro que no.

Ya pasada una semana, puedo caminar libremente por el hospital, aunque deba andar con un bastón. Al parecer, mi herida en el abdomen solo necesitaba puntos. Todos y cada uno de los niños van a terapias psicológicas y eso resulta bastante incómodo y triste. Contarle a alguien cómo te sientes luego de pasar el peor momento de tu vida no es algo muy lógico que digamos. He hecho muchos amigos en el lugar, aunque eso es porque nuestras camas están demasiado cerca y solo una persona nos puede visitar. Mi mamá ha estado conmigo desde el primer día, y mi papa viene a verme

por corto tiempo debido al reducido espacio. Suelo salir al patio para tomar algo de aire, pero no es lo mismo. En todo este tiempo no me han dicho nada de los demás porque no los conocen, creo, pero me aseguraron que están bien. No se cómo me pueden afirmar con tanta certeza algo de alguien que ni siquiera creen que existe.

Ahora me encuentro sentado en un pequeño cuarto blanco y frente a mí hay otro señor con mandil.

—Hola, Gus —me saluda mientras revisa unas hojas. Usa unos lentes enormes, quizá los más grandes que jamás haya visto.

—Hola.

—Sabes por qué estás aquí, ¿cierto?

—Porque dicen que tengo problemas.

—No hemos dicho eso...

—Sí, lo han hecho. Los escuche hace un par de días.

«¿Cómo no los voy a tener?».

—No debo de haber sido yo —me explica.

No respondo, sino que miro mis dedos y los empiezo a mover.

—¿Cómo te sientes?

«¿Que cómo me siento?».

—Mal, supongo.

—Así veo.

—¿Dónde estoy?

—En un hospital.

—Eso se nota, pero, ¿en el refugio?

—No. Ya nadie está allí.

—¿Cuánto ha pasado?

—Solo una semana desde que llegaron los refugiados.

—¿Ya estamos a salvo?

—Por decirlo así, sí.

—¿Cuántos sobrevivieron?

—No estás aquí para saber eso. Luego de unos días te enterarás. Ahora debes recuperarte.

—Bueno.

—¿Te sientes más tranquilo que antes?

—Mucho más tranquilo.

—Eso es bueno. ¿Crees que superarás todo esto?

—No lo sé.

—Todo lo que has pasado ha sido muy difícil, ¿lo sabes?

—¿Cómo no lo voy a saber si todos los días escucho eso?

—No estés molesto. Todo esto tiene un proceso, y recién lo estás empezando.

«Solo quiero que Leo esté aquí conmigo».

Los siguientes treinta minutos los pasamos hablando acerca del refugio: mi estancia allí, las cosas que pasamos y cómo logramos salir. Se le complicó la idea de que un niño de once años haya —literalmente— salvado la vida de muchas personas. Me duele demasiado hablar de Leo y los demás por el hecho de que ni siquiera sé si están vivos. Espero, al menos, que Cris lo haya conseguido. Al salir, encuentro a mi mamá esperándome en el pasillo, y a lo largo se ven las filas de madres e hijos esperando su turno.

—Vamos, Gus.

—¿Por qué todos se portan así? Necesito saber de los demás. ¿La mamá de Leo sabe que murió por salvarme?

No me responde, sino que me lleva al comedor, y al dirigirnos a una mesa, encuentro a más niños allí sentados. Me acerco casi corriendo y veo que Cris se levanta y se acerca a mí. Me abraza, y observo detrás de él a los demás, aunque no a todos.

—¡Qué bueno verte, Gus!

—Gracias. He estado muy preocupado.

Solo veo a Cris, Mapa, Adam y Therry.

—¿Dónde están los demás? —pregunto.

—Mafer no lo logró. —Mapa está llorando y se me encoge el corazón.

No debí preguntar eso.

«Dios, ella está sola. Ya no tiene a nadie».

—¿Dónde está Melina?

—Pronto llegará. ¿No sabes nada de Zackarías?

«Cierto».

—Lo siento... pero él... tampoco lo logró. —Parezco una computadora contando de manera tan simple una muerte, hasta parece que no tengo sentimientos.

Se me hace un nudo en la garganta al saber qué será lo que me preguntarán ahora.

—¿Dónde está Leo? —Pero no es ninguno de los que están sentados el que me lo preguntó. Volteo a ver y Priscilla está detrás de mí con Melina.

«No creo que no lo sepáis».

Al ver que agacho la cabeza, todos empiezan a sollozar. Trato de no llorar pero es demasiado. Me siento y mi mamá me deja. Papá está en otra mesa, esperándola. Veo que ya tienen mi plato servido y me dispongo a comer.

—¿Dónde están Raúl y Juanita?

—Juani murió junto con Mafer —me responde Melina, que no me mira, sino que mantiene la vista fija en su plato—. Mi tío, Juani y Zack... —Me escuchó cuando dije lo de Zack—. No sé si pueda más con esto. No tengo más familia a la que recurrir.

No me atrevo a preguntar cómo murieron; ya he llorado demasiado como para buscar decenas de motivos más. Muchos en la mesa están tratando de contener las lágrimas y también apretando las manos contra el metal.

—Cris, ¿has encontrado a tus padres?

—Sí, ellos llegaron bien. —Su expresión demuestra todo.

«Gracias a Dios».

—¿Adam y Therry?

—¿Qué? —me preguntan a la vez, pero no entiendo por qué fueron así de cortantes.

—Sus padres...

—Olvídate de ellos —responde Adam—. Con tal, ni siquiera te importa. Solo quieres parecer preocupado por nosotros ya que tú estás bien feliz con tu familia aquí, mientras que la nuestra está muerta.

Sus palabras fueron como una estaca en mi pecho. Jamás creí que Adam me diría algo así, y lo peor es que no les pregunté por sentirme mejor conmigo mismo, sino porque realmente quería saber cómo estaban.

Adam se levanta y se va. Therry ni siquiera se mueve, solo me mira.

—Discúlpalo, sus padres no lo lograron. O al menos eso cree.

—¿Los tuyos?

—Yo soy huérfano. Mis padres murieron en los primeros días.

—¿Qué?

Jamás habría pensado que Therry era huérfano, ahora me siento mucho peor. ¡¿Cómo puedo ser tan tonto?! Empiezo a comer más rápido mientras los demás conversan acerca de las terapias que han empezado a recibir. Siento la mirada de Melina y levanto despacio la cabeza.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta, y veo que tiene los dientes muy blancos mientras sonrío.

—Fatal. Todos me preguntan eso. Todas las noches tengo pesadillas de lo que ha sucedido en los últimos dos meses.

—Escucha, Gus...

—No, Melina. Tú también debes estar mal. —Y al ver que agacha la cabeza, sé que tengo razón. Yo empiezo a llorar y todos en la mesa guardan silencio.

—No es nada, chicos.

—No te preocupes, Gus. Todos ellos deben estar en el cielo ahora. —Cris trata de consolarme, pero eso me hace pensar en la muerte de Orígenes y lloro aún más fuerte. Me tomo el jugo de un solo trago y me levanto. Camino fuera del comedor y Melina me sigue. Noto que mi mamá también se levanta al verme salir, pero, por alguna razón, cuando me voy solo Melina viene detrás de mí.

—¡Espera, Gus!

—¿Qué quieres? —Veo todo nublado por las lágrimas.

—Solo quiero hablar contigo.

—Zackarías también está muerto. Le mordió un animal en el bosque.

—Eso lo sé —aunque imagino que en realidad no lo sabía—, pero quiero saber cómo estás tú.

—¿Cómo crees que estoy? Mi mejor amigo murió por dejarme ir a mí. Leopoldo murió por salvarme, igual que Gregorio. De todos nosotros, yo soy el único al que le ha ido mejor, por así decirlo. Tú no tienes a tu hermana, ¿no te duele? Yo no sabría qué hacer si hubiese visto a mi hermano morir. No, sí vi a mi hermano morir y es horrible. Siento que no me lo merezco. Ni siquiera sabía acerca de la vida de Therry, y no quisiera estar en los zapatos de Adam.

—Gus, estás gritando...

—Solo déjame, porque sé que en el fondo también desearías que tu familia estuviera aquí contigo. Desearías que Zackarías viniera aquí y te dijera que te ama y que todo se solucionará, pero eso no puede suceder, ya no.

Recuerdo una de las canciones de Therry que hablaba acerca de perder a un amigo.

—Lo que deseo es que todo esto haya sido una horrible pesadilla — contesta Melina— y que esté a punto de despertar. Sé que no soy la única.

—No sabría qué decirle a los padres de Leo si los llegara a ver. Ya deben de saber que está muerto, pero no que lo último que vio fue a mí partiendo.

—Yo he hablado con ellos.

«¿Tú?».

—¿Por qué?

—Porque me preguntaron por Leo y por ti. También hablé con tus padres.

—¿Cómo salí accidentado?

—Eso no lo sé.

—¿Dónde está Margarita?

—Ella ya no está aquí.

—¿Está muerta? —«No, por favor».

—No, nada de eso, Gus. Todos los ancianos han sido llevados a diferentes hospitales.

—Entonces, ¿no la volveré a ver?

—Me temo que no. —Su tono de voz suena como el de mi madre cuando no me podía comprar un juguete. Ahora esas cosas ya no me importan; quizá después de esto, todas las cosas infantiles que hacía antes ya no las volveré a hacer. Antes lloraba cuando se rompía una taza, y ahora creo que no lloraré cuando alguien muera.

—La familia de Therry murió, escuché cuando lo contó. ¿Cómo pude haber sido tan tonto?

Recuerdo el primer día que pasé con los demás chicos. Casi todos contaron su historia y he sido el único idiota que le ha preguntado si ha encontrado a su familia muerta. He sido el único bobo que le ha preguntado a Adam por su familia, cuando ni él mismo sabe si tiene una.

—No te deprimas, Gus.

—Iré a pedirle perdón a Therry.

—Eso no arreglará mucho las cosas.

—Pero sé que me sentiré mejor.

—Espero que así sea.

Me alejo caminando en la dirección en la que se fue. Cuando lo encuentro, me siento a su lado y lo escucho cantar. De repente, empieza a llorar y me contagia. No solo lo hago por lo que ha pasado, sino porque sé que lo que vendrá después no será bueno.

—Quería disculparme por... —comienzo a hablar. Mientras llegaba, estaba planeando los párrafos que le iba a decir, pero muy pocas son las ideas que ahora llegan a mi mente.

—Lo sé —me interrumpe—. No tienes que disculparte.

—No sabes cómo me siento.

—Sí, lo sé. Llora todos los días por mi familia; todos lo hacemos. Los psicólogos dicen que nos ayudarán y que con el tiempo lo superaremos, pero

yo no lo creo, Gus.

—Yo tampoco, Therry.

—Orígenes merecía vivir. Leo merecía vivir, también Mafer. No sé por qué todo ha sido tan injusto.

«Quizá, si lo supiéramos, no lo entenderíamos».

Eso es lo que me hubiera dicho Orígenes.

—Tengo que dejarte, Leo. Espero que la pases bien.

—¿Leo? Soy Gus.

—Era tu mejor amigo. Si llamas a alguien mejor amigo es porque si el otro falta, aun así una parte de él vive en ti. Hablaré con Adam, sé que se le pasará.

Dicho esto, se va.

Los siguientes días los paso mejor. Me han dicho que mi herida fue por una granada que cayó cerca del bus, y que partes de la puerta cortaron mi abdomen. Las terapias las he pasado normales, pero aún no tengo el valor de hablar con los padres de Leo, a pesar de que mi familia ya lo ha hecho.

La mayoría de los chicos han sido trasladados a otros lugares y me he despedido de ellos de la forma más triste. Todos fueron muy amables conmigo. Los que no tienen familia, irán a orfanatos. La familia de Cris tiene parientes en este país, así que se fue hace unos pocos días; y lo mejor es que adoptarán a Adam y Therry. Me enteré de que Raúl y Noah fueron llevados a otro refugio.

Y pronto la familia de Leo también se irá.

Tengo que hacerlo.

Al ser ya el mediodía del viernes, camino hacia el patio donde ellos se encuentran. Me sorprende de que no se hayan marchado, a pesar de que no sé a dónde podrían ir. Este lugar ya está lleno, cada día llegan más refugiados de Thossil, aunque han sido muy buenos con nosotros. Miro a todos los miembros de la familia reunidos en una mesa redonda.

—Solo me quedaré aquí sentado —murmuro.

Tomo una silla y la arrastro hacia mí. Hay muchas personas en el parque, así que me siento a observar como los enfermos y los refugiados hacen actividades juntos. Miro de reojo a la mesa de la familia de Leo y veo que la mamá se levanta.

«Cálmate. No creo que venga hacia aquí».

Viene hacia aquí.

La observo y no aparto la vista. Ella me mira a los ojos y sonrío. Eso me

calma un poco, pero no lo suficiente. Su familia atrás no deja de ver en nuestra dirección, y yo tampoco dejo de hacerlo en la suya. Ya estoy empezando a lagrimear.

—Gus, ¡qué alegría verte! —me saluda, dándome un beso en la frente.

No respondo porque sé que mi voz se cortará y ahí sí estallaré en llanto. Sueno mis dedos y mis ojos se humedecen.

—¿Cómo estás?

—Fatal. Muy mal. —Las lágrimas empiezan a caer e imagino otra vez a Leo en llamas.

Se me queda mirando un rato y luego respira profundo.

—Todos estamos mal, Gus. —Ella también está llorando—. ¿Dejó un mensaje para mí?

«¿Mensaje?».

—Dijo que la quiere mucho y la querrá por siempre.

La escucho llorar con más intensidad y eso me pone mucho peor a mí.

—Gracias, Gus. Algún día superaremos esto. —Es todo lo que me dice.

—¡Fue mi culpa! —estallo—. Él pudo haber subido primero al bus, pero no lo pensó dos veces y me dejó ir.

Sollozo más fuerte y siento que mi alma se parte en miles de pedazos. ¿Por qué lloro, si cuando me dejó ir él estaba feliz? Habrá cosas que nunca entenderé, pero con el tiempo espero aprenderlas.

—No fue tu culpa. Él hizo lo que tú habrías hecho por él. No sé qué habrá pasado, pero todos estos niños me dijeron que Leo fue un héroe, y recuerdo que ustedes dos jugabais a eso antes del ataque. Ahora él lo es. Él ha muerto y una parte de mi corazón se ha ido, pero sé que es feliz en el cielo.

—Solo me quería disculpar, señora.

—No le has hecho daño a nadie, mi niño. Solo tendremos que esperar a volver a Thossil y hacer nuestras vidas de nuevo. Sé que sufriré los primeros años, pero algo me dice que todo saldrá bien.

Miro a la familia de Leo a lo lejos y cruzo miradas con sus hermanos y su padre. Escucho llorar a su mamá y, por mucho que trato, no logro dejar hacerlo tampoco.

Se despide de mí y camino fuera del lugar. Espero que el tiempo me ayude con lo que he vivido. Sigo con las terapias psicológicas y creo que me he equivocado, porque en verdad me están ayudando. Mis padres y hermanos —desde que llegaron— están siempre junto a mí, y recuerdo la primera noche que no estuve con ellos. Me acuerdo de que estaba con Leopoldo y que

no sabía qué sería de mí y de Leo.

La herida en mi abdomen ya no me molesta y los doctores creen que pronto estaré recuperado del todo. Thossil ya no es Thossil, al menos como lo conocía, aunque fuera poco; su destrucción ha sido una noticia mundial y muchas naciones se han mostrado solidarias con los que hemos logrado salvarnos. Mi familia ha contactado a ciertos parientes en este país, así que nos quedaremos una temporada aquí.

Luego de mucho tiempo después de la guerra en Thossil, puedo decir que la muerte de Leo no fue en vano, porque de las cuatro mil personas que salieron del refugio, el ochenta por ciento fue rescatado. Cuando me enteré de aquello, no pude contener la alegría. Todos los días pido por los que murieron y por los que vivieron porque, como una vez me lo dijo Orígenes, Dios se acuerda de todos.

Cae la noche en un día cualquiera y mi mamá duerme junto a mí. Ubica su brazo bajo mi cabeza y trato de conciliar el sueño. ¿Leo estará durmiendo ahora o estará salvando al cielo de alguna catástrofe como lo hizo aquí? No sabría qué decirle si se me presentara alguna noche en sueños, pero creo que él no me preguntaría nada. Solo caminaríamos al patio y nos dedicaríamos a jugar a los héroes con un par de palos. En esos momentos yo era feliz y no lo sabía. Cierro mis ojos pensando otra vez en todo lo bueno que sucedió y no en lo malo, como me dijo el doctor. Pido a Dios por todos, porque si Leo está con él, puede que me escuche.

«Podría decirte muchas cosas, Leo».

—Sé que me escuchas, Leo, lo sé.

«A la cuenta de tres, soñaré con Leo y los demás y volveré a ser feliz».

EPÍLOGO: Diecisiete años después

*Sin el miedo de vivir nos adentramos a sembrar amores no eternos en tierras fértiles,
cada flor viva que alguna vez poseemos, pero si no sabemos cuánto durará, le pregunto a
mi conciencia*

¿Dónde puedo sembrarte?

Gustavo Palma

—¿Ya está bien? —pregunto, un poco apurado.

—Está perfecta.

Ayleen me da un beso y sonrío. Me pongo el saco y me observo en el espejo. Todo listo.

—Papi, ¿por qué siempre hablas donde hay mucha gente? —me pregunta Leo, con sus ojos cafés que derraman inocencia.

«Porque he sufrido lo suficiente, hijo, pero ya no».

—Porque quiero ayudar a los demás.

Dejo a mi familia en el pasillo y avanzo deprisa hacia la puerta. Escucho fuertes aplausos del otro lado, y también mi nombre, por lo que sé que debo entrar.

Muchos siguen aplaudiendo mientras entro caminando. La luz me molesta unos segundos, pero me acerco al atril rápidamente. Hay muchos niños con uniformes de escuela en los asientos. El auditorio está lleno. Mientras todo se calma, observo a mi familia tomar asiento en las primeras filas. Ayleen sonrío, mientras que David y Ronald me saludan desde su sitio.

—Bien —digo a través del micrófono. Todos hacen silencio por completo—. Os agradezco por haber solicitado mi presencia en este evento que para mí no es solo uno más, sino una parte de mi vida. Mi nombre es Gus, sí, solo Gus, y tuve vuestra edad hace mucho tiempo; y sé que es aburrido ver a un señor hablando de algo que no os interesa, pero sé que habrá alguien que ha preparado alguna pregunta, que se ha enterado de lo que yo pasé cuando tenía su edad, y espero que las haga.

Me miro los dedos, pensando en lo mucho que podría ayudar a estos niños en esta charla, pero no hay demasiada respuesta. De repente, un chiquillo no muy grande se levanta. Lo miro y se parece mucho a Cris, pero siendo sincero, todos los niños que veo se parecen a los que conocí en la

guerra. Sube a la tarima y se ubica en el otro atril. Saca una hoja del bolsillo de su camisa y me mira.

—Con mis compañeros de clase hemos escrito muchas preguntas para cuando lo conociéramos, señor Gus.

—Solo Gus.

—Am, bien. Tenemos algunas preguntas, y sería un honor que usted las contestara porque serán parte de un proyecto en la escuela.

—Por supuesto. Puedes empezar.

Frunce el ceño mientras mira el papel. Nunca un niño así de pequeño había subido antes a hacerme preguntas. Por lo general eran jóvenes a los cuales casi ni les interesaba.

—Bien, ¿cómo reaccionó cuando se enteró de que estaba en medio de una guerra? Para un niño de once años tuvo que haber sido algo confuso.

—Estaba en la escuela. —Empiezo a recordar la película, la que sueño siempre, la que nunca me quitaré de la cabeza—. Entonces comenzó todo. Según muchas fuentes, fue el ataque militar más rápido y mortífero en la historia del continente. Quise reaccionar de la mejor manera posible, pero al ver como alguien que conocí ese día moría volando en dos, no di lo mejor de mí. Pensé que jamás volvería a ver a mis padres y lloraba todas las noches por eso.

—¿Cómo se sentía todos los días de esos horribles meses?

—¿Cómo me sentía? —repetí—. Me sentía indefenso, me sentía tonto. Creía que ya no había oportunidad para mí, o al menos eso pensaba. Cuando conocí a Leopoldo, un militar del ejército enemigo que nos trataba de ayudar, empecé a ver un poco de esperanza; aunque no le tenía mucho afecto a ese señor, por obvias razones.

Empiezo a sentir un nudo en la garganta, pero trato de que no se note.

—¿Qué fue lo mejor que vivió en ese episodio de su vida?

—El haber salido vivo. El saber que hubo alguien que dio la vida por mí y que tengo la mayor deuda de mi vida.

Trato de que mi tristeza parezca felicidad, porque en parte estoy feliz de haber experimentado eso.

—Usted ha sido muy conocido, y tan solo tiene veintinueve años. ¿Cree que su éxito es por su historia o por algo más?

—Cuando Thossil se consideró segura de habitar, miles volvimos a nuestro país. Cuando terminaba la secundaria, como proyecto de literatura, lancé un libro acerca de lo que viví en la guerra. Eso cautivó a miles de

lectores y me llevó a lugares que jamás creí conocer. Pero esa no fue la causa de mi éxito, lo fueron las personas que prefieren leer un libro acerca de un niño en la guerra que rescatarlo de ella.

Por un momento pienso que he ofendido a alguien, a pesar de que diga la verdad, hasta que todos en el auditorio empiezan a aplaudir.

—¿Qué sentía cuando escribía el libro?

—Siempre lloraba, siempre. Me la pasaba escribiendo horas y era como vivirlo otra vez. Pero, a su vez, era dejarlo para siempre

—¿Cuál es el peor recuerdo que se llevó de ese episodio de su vida?

—¿Tienes un mejor amigo? —le pregunto y él asiente—. Todos aquí creemos tenerlo. Yo supe que lo tenía.

Muchos están esperando atentos a que siga respondiendo. Las lágrimas caen por mis mejillas y debo terminar la respuesta.

—Yo lo supe porque mi mejor amigo me dijo que avancemos cuando él estaba cansado y yo estaba bien. Él me dijo que todo saldría bien mientras que él estaba tratando de salvar a cientos de personas. Él dio la vida por mí cuando él merecía vivir y estar aquí parado, contando la hazaña que realizó hace diecisiete años. Ese es el peor y el mejor recuerdo de toda mi vida.

El chico hace una pausa, pero yo necesito una más larga que esta para componerme. Lee su hoja y continúa:

—Una última pregunta, ¿por qué su libro se titula *A la cuenta de tres*?

Miro a todos en el auditorio. Esta es una de las muchas veces que me han preguntado el porqué del título de mi obra, y vuelvo a responderla:

—Uno, dos, tres. Ahora ha nacido un bebé. Uno, dos, tres. Ahora han muerto cinco personas. Así de frágil es la vida que llevamos.

AGRADECIMIENTOS

Yo sé que no debería, pero lo haré.

Quiero agradecer a todos aquellos que tienen su nombre en este libro, porque son personas importantes en mi vida.

A mi familia, por todo lo que ha hecho por mí.

Especialmente a la maestra Jully Villacís, quien me mostró este maravilloso mundo al que he entrado.

Al pilar más grande de mi vida: mi comunidad.

También a Robert y Katy, para quienes no tengo palabras que expresen mi gratitud por el gran apoyo que me han brindado.

A mi gran amiga Silvia Funes, quien es una de las mejores personas que he conocido.

A Natalia, Florencia y Marta, quienes me ayudaron a cumplir este sueño.

Y a ti que lo has leído.

SOBRE EL AUTOR

Félix Villacís Del Valle es un joven ecuatoriano nacido en la ciudad de Guayaquil el 17 de marzo de 2000, siendo el tercero de cuatro hermanos en una familia católica-catecúmena. Su interés por la literatura se despertó a los once años gracias a autores como Juan Carranza Carrillo y Edna Iturralde. A los catorce, empezó a escribir lo que luego de un año sería su primera obra, que se titula *A la cuenta de tres*, una historia en que se presentan valores como la amistad, el coraje y la lealtad. En la actualidad estudia en el colegio San Agustín en su ciudad natal terminando el bachillerato.